

87
221

EL VIZCONDE
DE BUEN-PASO



92 Hoy. of.

Biblioteca de LA LAGUNA

El Vizconde de Buen-paso

POR

E. A.

(D. José Rodríguez Moure)



IMPRENTA DE LA LAGUNA

55, HERRADORES, 55

1904

660485558



PRÓLOGO

Según confesión propia, el apuro mayor que pasara Cervantes fué, al tratar de endilgar el prólogo de su historia de D. QUIJOTE DE LA MANCHA, y a fe que si el prudente consejo de su amigo no hubiese venido en su ayuda, estaría aún con la pluma á la oreja, rascándose con la mano sana la mollera; ó hubiera salido á luz la inmortal historia sin tan sabroso bocado.

La potente imaginación de este genio colosal no sólo salió del apuro del prólogo, sí que también lo hizo de un modo airoso, creando su fecundo ingenio el personaje de aquel su amigo, gracioso y bien entendido.

¡Pero pobre de mí! ¿Qué podré yo decir cómo prólogo de este VIZCONDE CALLEJERO, traído y llevado por la tierra con muchos y sonados aspavientos? Seguramente que lo mejor fuera no decir nada y ni por asomos caer en la tentación de crear ni criar amigos; porque dados los materiales de que puedo disponer, fácil sería que, en lugar de discretos y bien

intencionados, salieran tontos con vistas á lo belloco.

Así, lector desocupado, toma al Vizconde como lo hallares y si no te gusta, déjalo, ó tiraló á un rincón, porque no encuentro otro remedio mejor que darte. Ahora bien; si por mal de tus pecados apechugas con él y tu estragado paladar lo encuentra soso, dále saínete, murmurando lo que callo, que á la verdad es mucho y bueno; pero si á lo fino y delicado de tus mucosas te pareciere cáustico por las faltas de que adolece, dóíte el consejo de que te apliques el gran emoliente de llevar con paciencia las flaquezas del prójimo, y ya verás cómo pasa sin mayor molestia.

Laguna 1.º de Febrero de 1904.

E. A.

EL VIZCONDE DE BUEN-PASO

I.

Cinco horas en el Puerto de Sta. Cruz

En la noche del 10 de Febrero de 1721, á poco de dar las siete, dos damas, muy arrebujuadas en sus mantos, llamaban á la portería del convento de Franciscanos del Puerto de Sta. Cruz de Tenerife, tirando de la cuerda de un esquilón que en el arquillo del muro interior de la primer crujía, soñoliento, montaba la guardia de aquella santa casa.

Tan pronto como el esquilón fué agitado por la mano de la dama que parecía de más abultadas formas, sacudió el sopor que le embargaba y con su voz chillona y un tanto cascada, gritó á la oreja de su compinche el hermano portero.

—¡Qué llaman!... Fray Toribio.

Tal era el nombre del compadre del esquilón, que roncaba en aquel momento sobre la tarima de su celdagarita como si lo hiciera de intento; pero despertando al grito de su amigo, apretó los párpados, cerró los puños,



bostezó, y después de estirar los brazos cuanto para des-
perezarse le alcanzaban, se puso en pié al mismo tiempo
que oía una segunda voz de alarma de su amigo que le hizo
gritar con toda la fuerza de sus pulmones *chasneros*, (pues
el hermano era de Granadilla):

—¡Ya van!... Ya van!—y en tono más bajo—Dios me
dé paciencia...

Aunque el buen lego no se daba mucha prisa para acreditar que Dios le oía en lo de la paciencia pedida, las mujeres pudieron apercibirse del ruido de castañuelas que producían las mal abrochadas sandalias del Fraile, por lo que, dominando su impaciencia, no repitieron el toque, á pesar de que ya empuñaban la cuerda.

--Abra, hermano, que nos precisa—dijeron las damas tan pronto sintieron tras las maderas de la puerta la agitada respiración de Fray Toribio.

Ducho el lego en el oficio, hizo como que no había oído y abriendo sólo el ventanillo protegido por reja de hierro que tenía la puerta, desde él, después de decir el consabido *Ave María Purísima* y de reconocer el género á la luz de un farolillo que alumbraba en el atrio una imagen de San Antonio, preguntó:

—¿Qué se les ofrece á las hermanas?

—Pues mire, Padre,—dijo la que más bulto hacía—somos dos damas que nos urge hablar con el Sr. Obispo y esperamos de Vd. le pase aviso y nos ponga en su presencia.

Al oír esto, el lego con todo el mal humor que pudo hacer, repuso:

—Vaya con la pretensión y las horas de la demanda. Váyanse, hermanas, y descansen tranquilas la noche y si tienen hambre y quieren limosna del Sr. Obispo acudan de día, que estas no son horas de hacerla.—Y diciendo ésto intentó cerrar el ventanillo; pero la que había hecho la petición, entrando por el postigo, el puño de un latiguillo que

tenía en la mano impidió que el fraile lo cerrara, y con acento colérico, díjole:

—Entienda el fraile que no necesito limosnas de nadie, antes bien muchas hago, y para que lo sepa por experiencia ahí tiene para sus necesidades religiosas—y le tiró una dobla que al caer en el suelo produjo el sonido de plata acuñada que no dejó de perturbar al frailecito.

Bajóse el lego y al tiento recogió la dádiva, y como si el contacto de la moneda fuera el de una pila de Volta, el hombre se humanizó hasta el extremo de convertirse en almirado caramelo.

—¡Ay! todo sea por Dios y mi Padre San Francisco. Las señoras me han de perdonar, pues con los tiempos de maldad que corren y lo bueno y limosnero que es el Señor Obispo, son tantas las desazones que tengo sufridas, que sus mercedes no las podrían contar. Sepan pues mis señoras que yo bien quisiera servirles, pero á estas horas no se puede, porque, miren mis señoras: el Sr. Obispo no se sirve por el Convento; aunque en él habita su Ilustrísima con su familia las celdas que fabricó á la espalda de la Iglesia por la puerta del campo es por la que entran y salen los que quieren hablarle, y ésta desde el obscurecer se cierra y ya no se abre hasta la mañana. Yo bien quisiera servir á mis señoras, como Fray Toribio que me llamo, pero ya lo sabe Dios que no puedo.

Quedóse pensativa la dama que llevaba la voz, y luego dijo al fraile:

—¿Se puede pasar del Convento á las habitaciones del Sr. Obispo?...

—Vaya que sí, pero mis señoras no pueden entrar en la clausura y menos de noche.

—No... no deseo eso ni lo necesito. El hermano si quisiera me puede hacer un favor, que yo le aseguro ganará en lugar de perder. Vaya su Paternidad y dígame á D. Marcos Monilla, el paje del Sr. Obispo, que dos damas desean

hablar á su amo con toda urgencia, pues se ven en una aflicción muy grande; y que se acuerde de la familia en cuya casa perdió una noche la golilla en el juego del mus...

--Pero ¿si es que yo no puedo ir sin licencia del Padre guardián?—repuso el lego.

—Bueno, bien, la pide y se la dará, como que es justa. Nada, conque aquí le esperamos y no se detenga hermano, dijo la dama con imperio de persona acostumbrada á mandar.

--Mientras el lego se alejaba por el claustro, subyugado por el tono imperativo de la dama, haciendo sonar sus sandalias, decía para sí: Toribio, en las que te metes... Con seguridad que el Padre guardián te echa un réspice, si no te pone tres días á pan y agua. ¡Ah!... pero son unas señoras y esta doblita que me han dado bien le viene á mi desgraciada hermana, y si me dan más, mejor todavía para ella, la pobrecita; verdad es que me la dió para mí y yo nada puedo tener sin faltar á la regla, pero, en fin, ya le diré á la señora que me la dé para mi hermana, que es viuda, pobre y con cuatro hijos.—¿Y si D. Marcos se lo dice al guardián? ¡Ay! entonces al cepo: porque la falta es mayor. —¿Pero el guardián se compadecerá?.. Sí, sí, bonito genio gasta su paternidad para esto.—¿Y mi hermana? ¡Ay Dios mio, iluminadme!...

Se detuvo un momento como diciendo ¿qué hago? y al fin se decidió.

—Nada,—se dijo—que llamo á D. Marcos y si tienes que pagar Toribio, págala, que para eso es el cuero.

Con esta resolución, el lego metióse por la sacristía, salió al patio de los Terceros, y desde él, poniendo las manos á guisa de tubo, comenzó á llamar muy quedo á D. Marcos, en cuya habitación se veía luz por tener las maderas de la ventana abiertas. No tardó el llamado en aparecer en el alfeizar y al ver un bulto en la sombra del patio, en el mismo tono de voz, preguntó:

—¿Quién?, ¿quién llama?

—Yo; Fray Toribio.

—¡Qué quiere, hermano?...

—Si el Señor me hiciera el favor de bajar, le diría...

—Pues dígalo desde ahí, hermano.

—Señor, no puedo, porque es cosa muy grave, y...

—Potra, con el hermano; espérese que ya bajo por el camarín.

Don Márcos tomó una llave y una bujía encendida; salió al corredor, entróse en el camarín de la Virgen; bajó la escalera y al fin de ella pasóse de un salto al sótano donde ya lo esperaba Fray Toribio, á quien dijo incontinenti.

—Vamos; desembuche, hermano.

—Señor D. Márcos—añadió el lego muy emocionado—yo le suplico ante todo que de esto nada diga al Padre guardián, pues si su paternidad lo sabe, mis ocho dias de ceppo no me los quita ni Nuestro Padre San Francisco, si es que nos lo ayuda con darlos á pan y agua por comida y una disciplina para desengrasar.

—Bueno, convenido, nada diré; pero despacha pronto que puede llamarme el señor Obispo.

—En la portería—replicó el lego—están dos damas que me encargaron por todos los santos del cielo que dijera á V. que por señas de que en casa de su familia su merced había perdido hasta el collarín jugando al mus, que se les ofrece una gran desgracia y que les precisa hablar con el Sr. Obispo sin demora.

—¡Fray Toribio!... ¿Será Doña Clara?

—Yo, señor, no lo sé; y por lo que entiendo no lo quiere decir.

—Pues.. ¿y qué hacemos Fray Toribio?—añadió D. Márcos.

—Señor, más sabe su merced que yo; pero yo á ser su

merced iría á la portería y hablaría con las señoras, que hablando se entiende la gente.

—Bueno... pues vamos.

Ya iban á marchar cuando le dijo el lego á D. Márcos:

—Pero señor, quítese los zapatos por que si los padres lo oyen creerán que hay gente en el convento.

—¡Ah!... sí, tiene razón, hermano: me descalzo.

Y hecho esto se encaminaron á la portería. Una vez en ella, púsose el lego en la reja y dijo á las señoras.

—Ya tienen sus mercedes á D. Márcos aquí.

—¡Ay!.. ¡gracias, hermano!—contestaron las damas con impaciencia y revelando al mismo tiempo la alegría que las produjo la noticia.

II.

Una conferencia por la mirilla

—Mi buen Don Márcos, ya sabrá usted quienes somos; pues no se habrá olvidado de la broma de la golilla que le dimos una noche en mi casa, cuando en la tertulia se jugaba al mus.

¡Ay, amigo mío, una gran desgracia nos abrumba y quiéramos sin pérdida de tiempo hablar al Sr. Obispo!

—Pero, ¡Santo Dios!... ¿tan fuerte es la cosa que no pueda aguardar á mañana mi señora Doña Clara?—repusó el paje.

—Por Dios, D. Márcos—dijo la dama—guarde mi nombre y con esto ya entenderá que no puedo explicarme más en este sitio.

El paje reflexionó un instante y luego, confuso, preguntó:

—Pero señor, ¿y cómo la haremos para que el señor admita á estas horas la visita?

—¡D. Márcos!... por Dios, por lo que V. más estime—hágame ese favor y le viviré agradecida lo que V. no puede suponerse—insistió la dama.

Calló D. Márcos para volver á recapacitar y en el silencio de la noche oyóse el sollozo de una de las damas.

—¡Virgen María! ¿quién llora?—preguntó D. Márcos.

—Amigo, es Otilia—dijo la dama al mismo tiempo que la estrechaba contra su pecho preguntándola con voz con-

movida:— «¿Qué te pasa hija mía?... Cálmate, que yo espero que el santo Obispo nos haga justicia.»

D. Márcos, que á pesar de gastar collarín, era blando para lágrimas de niñas, enternecido á su vez, puso fin á aquella escena, diciendo:

— Mi señora Doña Clara... sea lo que Dios quiera; sus mercedes salen ahora y doblan sobre la derecha; al llegar á la esquina de la Iglesia, doblan sobre la misma mano y siguen. Al llegar á la esquina de los Terceros, también doblan sobre la derecha, y llegando á la rinconada que hace allí el muro, encontrarán la puerta del campo. Se esperan un credo y luego tocan con brío, que lo demás corre de mi cuenta.

La dama gruesa no tuvo tiempo ni de dar las gracias al paje: tal fué la prontitud con que D. Márcos se apartó de la reja, y pasando de prisa por Fray Toribio, que prudentemente se había apartado para no oír la conversación, dióle las buenas noches y siguió hácia la sacristía donde tomó la bujía que allí había dejado. Una vez que llegó á su habitación y se quiso poner los zapatos, notó que con la prontitud no se había acordado de cojerlos al subir, y tuvo otra vez que bajar al sótano.

Al poco tiempo llegó algo jadeante á su cuarto y esperó á sentir los golpes en la puerta del campo, según la consigna dada.

Mientras D. Márcos hablaba desde la reja con las damas, el bueno de Fray Toribio devanábase los sesos sentado en el murillo del cláustro, pensando en la dobla, en su falta al voto de pobreza y en la miseria de su hermana. A su parecer ya tenía resuelto el problema, poniendo por intercesor para con las señoras al mismo D. Márcos, á fin de que la destinasen como limosna para su hermana, cuando el paje pasó por él como una sombra. Tal era la prisa con que corría.

Al principio el lego quedóse atontado; pero luego, creyendo que las señoras todavía estarían en la portería, co-

rrió á ella: abrió el postiguillo y ¡nada!... ya las señoras, no estaban allí.

Después había que oír á Fray Toribio, diciéndose, desesperado:

—Santo Dios ¡qué me hago!... ¡San Francisco de mi alma, favoréceme!... ¡Ay, Dios mio!... yo no puedo tener este dinero... ¡Huy!... me quema como fuego, (arrojándolo al suelo) ¡Pobre!... ¡pobre como lo he sido siempre, Santo mio!...

Pero—añadía más sosegado—¿y mi Inés... que anoche tuve que darle mi colación?... ¡Qué bien no le vendría este dinerito para pagar cinco meses del cuarto donde vive!... ¡Señor, ilumíname!...

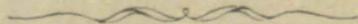
El lego cruzó los brazos, dobló la cabeza sobre el pecho y después de un prolongado suspiro, dijo:

—Que poca, que poca suerte tienes, hermana mía...

Y se levantó resuelto, murmurando:

—Nada, nada, al padre guardián con ella.

Tomada esta resolución, y resuelto así el conflicto, Fray Toribio se fué á su celda y tendióse sobre la tarima con deseos de dormir, cosa que no pudo lograr en toda la noche porque su hermana, los cuatro chiquillos, la dobla y la regla de San Francisco daban más vueltas en su magín que los garbanzos en la olla de la comunidad.





III.

D. Lucas Conejero de Molina

Sentado en sillón de baqueta, junto á una mesa cargada de infolios, protocolos y papeles, hallábase D. Lucas Conejero de Molina, Obispo cuadragésimo octavo de Canarias, en la sala de despacho del departamento que para su habitación había construído á su costa y á su gusto en el convento de franciscanos del puerto de Sta. Cruz. Con solo ver el mobiliario de la vasta sala, veníase en conocimiento de la austeridad de costumbres del Prelado; una mesa de cruceta y doce sillas de Moscovia de grosera labor estaban arrimadas á las paredes, por las que se veían repartidos ocho cuadros de lienzo con pinturas de Santos, de distintos pinceles, tamaños y guarniciones; cerca de la ventana, una estera de palma, bastante grande, se extendía en el piso, y sobre ella, una amplia mesa, el sillón que ocupaba el Obispo y dos taburetes forrados de cuero.

Sobre la citada mesa—cuyas patas de pino dejaban ver en más de la mitad una vieja cubierta de damasco verde—á más de los libros, legajos y papeles, veíase en lugar preferente un crucifijo grande y *aberrugado*, sin que por esto hubiera merecido que Berruguete pusiera en él sus manos; un velón de aljofar con pantalla y tres mecheros que al cuarto de hora de encendidos daban cierto tufillo de aceite frito; y un tintero de plomo que bien lo quisieran de medi-

da los parroquianos de bodegas. Además se podían observar otros objetos de menor cuantía, como tijeras, plegaderas, tarro de plumas y otras zarandajas; no haciendo mención de los grandes anteojos de cuerno de su Ilustrísima porque á la sazón los tenía en el problemático caballete de sus narices, un poquito chatas y arremangadas.

A pesar de este defectillo conque la Naturaleza sacó la cara de su Ilustrísima, quizá por falta de barro, el conjunto de su rostro (por supuesto sin anteojos) resultaba simpático y atractivo. El blanco rosado de su cutis por el cual parecía querer verter la sangre; lo ancho y despejada de la frente, adornada en la base, costados y cima, por la blancura plateada de cejas y cabellos y las arrugas simétricas que además de la ancianidad marcaban con perfección el límite de las facciones; todo cortado por el azul del alzacuello ó collarín que hacía juego con el de los ojos, dábanle tal expresión al rostro del Prelado, que en su presencia nadie se sentía molesto, y al poco tiempo de tratarle se disipaba el temor que es natural cuando se habla con estos altos personajes.

Pero así como en lo físico la nariz del Prelado rompía en algun tanto la armonía, en lo bondadoso y afable de su carácter se bogaba como en puerto cerrado; siempre que no se tocara el pequeño escollo de sus opiniones jurídicas, que en estas sí que era infranqueable su Ilustrísima: pues no en valde su vasta fama de jurisconsulto, lo había sacado de la tranquila residencia de su canongía doctoral de Placencia, para traerlo arrastrado por estos abrojos del obispado de Canarias.

Pluma en mano y la vista fija en el papel que escribía, el Sr. Conejero oyó unos golpes bastantes sonoros, dados en la puerta del campo, lo que le hizo levantar la cabeza en el momento en que el rostro picarezo de D. Marcos, su paje, aparecía en la uerta p de entrada, diciéndole:

—¡Señor... llaman!

—Sí, Marcos—repuso el Obispo—parece que es aquí; pero supuesto que callan, quizás sea equivocación, ó algun ébrio desgraciado que celebra carnestolendas desde la víspera.

Pero... ¡calla!... repiten el golpe... baja y ya sabes lo que tengo ordenado: para negocios no es hora; para limosnas que vengan de día.

Salió D. Marcos, y como ya tenía la llave, tan pronto llegó, abrió la puerta, diciendo:

—Entren mis señoras y esperen un poco sin hacer ruido, que en esta comedia hay que hacer bien el papel.

Cuando iba á cerrar la puerta, notó que en la calle quedaba más gente y preguntó dirigiéndose á Doña Clara.

—Pero señora, ¿quién está fuera?

—Son mis criados y lacayos con las caballerías—contestó la dama—que si algo nos hemos detenido es porque estaban al otro lado del convento y fuimos á avisarles para que nos esperaran en esta puerta.

—Bien; pues que se queden fuera interín se descorra el velo,—añadió Monilla—subiendo inmediatamente.

Llegado que fué D. Marcos á la presencia del señor Obispo, éste le dijo:

—Lo de siempre, ¿eh?... «que se vá el barco».

—Señor, no es barco que se vá—repuso D. Marcos—; son personas amigas de su Ilustrísima que vienen desde diez leguas de camino: son las señoras D.^a Clara del Hoyo y su hija D.^a Otilia, que todas llorosas me han dicho que sin falta tienen que hablar con su Ilustrísima, como único que puede favorecerlas en la cuita que padecen.

—¿Y qué es ello, Marcos?

—Señor... no lo sé.

Quitóse el Obispo los anteojos: miró fijamente á su paje que procuraba poner la cara más compungida que podía, y arrugando el entrecejo exclamó:

—Pero, ¿qué estás diciendo Márcos..., que Doña Clara del Hoyo quiere hablarme á estas horas y que está á la puerta con su hija Doña Otilia?...

—Señor, eso es...

Pensativo se quedó el Prelado por un momento y luego, dirigiéndose á su paje, díjole:

—Haz pasar á esas señoras: no puedo negarme á su súplica toda vez que fuí su huésped en Garachico y las estoy agradecido.

Pero antes—añadió—llama á D. Juan, mi Capellán.

Tiempo le faltó á Monilla para llamar al D. Juan y correr luego á la puerta á participar á las damas el feliz resultado de su plan. Después de hacer entrar á pajes, lacayos y caballerías para que no estuviesen en la calle, con la bujía que tenía en la mano guió á las damas por la incómoda escalera, presentándose con ellas en la Cámara episcopal donde el Prelado las esperaba asistido de su capellán.

Tan pronto como las damas se vieron en presencia del Prelado, postráronse de rodillas y después de una serie prolongada de sollozos y de tres ó cuatro comienzos, la madre pudo decir.

—¡Señor Ilustrísimo!... ¡Justicia señor!... ¡justicia para una madre noble que se vé atropellada y se la quiere burlar!..

—¡Pero, señoras—dijo el Prelado—cálmense vuestas mercedes y tomen asiento!—y dándoles á besar el anillo pastoral en que lucía una hermosa esmeralda,—señalóles los taburetes frente al sillón que él se disponía á ocupar.

Una vez sentados D. Juan, el Capellán y Monilla que en pié y á distancia presenciaban la escena, comprendiendo habían de ser incompatibles, para hacerse notar casi á un tiempo, fingieron toser; á lo que Doña Clara volvió la cara como deseosa de poder hablar á solas con el Sr. Obispo. Observó éste la mirada de la dama, é inmediatamente ordenó se retirasen sus familiares, los que salieron enseguida de la Cámara, sintiéndose luego las pisadas que producian al alejarse por el corredor y el cerrar de la puerta del cuarto del capellán.



IV.

Expresión de agravios

Cuando cesó todo ruido, el Prelado rompió el silencio, y dirigiendo la palabra á la madre, díjola:

—Sepamos Doña Clara que trabajosa aflicción es esa que á hora tan impensada la obliga á llamar á la residencia de su Obispo.

Algo serena la dama, después de secarse los ojos con un pañuelo de estopilla que traía en la mano, con voz todavía insegura, contestó:

-- Señor; ante todo pido perdón á su Ilustrísima por el desavío que le estoy causando; pero ya entenderá que mucha es mi desgracia, cuando á hora tan molesta me encuentro en su presencia sin descansar de la fatiga de un viaje tan largo, abandonando mi casa á los cuatro meses no cabales de hallarme viuda.

¡Un malvado, señor Obispo, sin fé en Dios; mal cristiano, mal caballero y mucho peor deudo, ha ultrajado mi honor en esta desventurada hija, á la que con palabras finas y obsequiosas y con discretas galanterías, dió á entender su deseo de tomarla como esposa!

El pueblo, siempre malicioso, ha estrujado la honra de esta hija y murmura de las relaciones amorosas, llevando sus temerarios juicios á lo que, á Dios gracias, no han lle-

gado los hechos. Como madre que está obligada á velar por la honra de sus hijos, tan pronto supe la malicia de la plebe, llamé al que se decía amante de Otilia y requeríle de que, supuesto había sido causa de la maledicencia, reparara la falta tomándola por esposa. Pero el muy bellaco, señor Obispo, negó rotundamente los hechos; resistió el compromiso, se encogió de hombros, fingió sentir lo que la plebe murmuraba, y dijo que, como entre mi hija y él había un parentesco tan cercano, necesitaba bula del Santo Padre, aunque él no la pedía de ningún modo, pues si bien quería y estimaba á la niña, estaba ya comprometido con otra dama...

Yo, como su Ilustrísima supondrá,—continuó Doña Clara—me ofendí de aquel desleal proceder: llamé á mi esposo y á mis hijos, les referí el agravio, y cuando le iban á pedir la debida satisfacción, huyó á la Laguna, donde está y donde he sabido tenía de tiempo há otros devaneos por otras damas, muy honestas sí, pero que al fin presumen de alcanzarlo; y como que á Garachico nos llegó la noticia de que el malvado trata de hacer viaje en el navío que sale mañana para España, evadiendo el cuerpo como cobarde, vengo, señor, á que su Ilustrísima, en vista de mi queja y de la justicia que me asiste, se lo impida.

Hubo una ligera pausa y luego el Obispo rompió el silencio, diciendo:

—Grave es, Doña Clara, el asunto, y bien entiendo su pena; pero alguna más explicación requiere el caso para no obrar sin cordura. Diga vuesa merced ante todo, ¿quién es el delincuente?...

—¡Pero, qué!—repuso la dama—¿no supone Su Ilustrísima quien puede ser el osado?...

—Yo mi señora—añadió el Obispo—algo presumo... Pero para no arriesgar sospecha me reservo toda clase de juicio.

—Pero, señor... ¿qué caballero de la nobleza ha conocido Su Ilustrísima que en nuestra tierra echa piernas de reirse

de lo que todos veneramos? ¿Con cuál ha platicado que más desahogo muestre? ¿A quién ha visto presumir de que todo lo entiende mejor que los demás?...

Con seguridad—añadió Doña Clara—que la sospecha de Su Ilustrísima no recae en otro que en el verdadero mal-sín de mi hermano; el Vizconde de Buen-Paso, y hoy, por mi desgracia, Marqués de San Andrés, autor y causante de mis desventuras; ladrón de mi honra y malversador de la suya, pues del mismo caudal la gasta.

—¡Ya me lo suponía, señora!—replicó el Obispo.—Pero no queriendo causar agravio á vuesa merced, no la había querido nombrar al Sr. Vizconde... Ciertamente que de su señor padre, que en gloria esté, solo ha tomado sus nobles apellidos.

—¡Ay, Sr. Obispo; corto, muy corto, se queda Su Ilustrísima en calificar á mi hermano!...

—Entre tanto que esta conversación pasaba, á Doña Otilia todo se le iba en dar vueltas al pañuelo de estopilla que traía en la mano, secándose los ojos una y otra vez, si bien con la escasa luz que daba el velón no se podía apreciar si el llanto correspondía á las demostraciones...

Después de otra pausa bastante larga, el Prelado miró el reloj y viendo que marcaba las ocho menos cinco, tomó una campanilla y llamó.

Al instante vino su paje Monilla.

—D. Márcos,—dijo á éste—vaya usted á la celda del Padre Guardián y dígame de mi parte le facilite un lego que le acompañe al Principal de S. Cristóbal, con objeto de que pregunte al Sr. Castellano la hora en que sale mañana el esquife francés que está para hacer viaje.

Salió el paje á cumplimentar la orden recibida y el Prelado, volviéndose á las señoras, díjolas:

--Sus mercedes me permitirán que interín D. Márcos nos trae la contestación al recado que le dí, escriba al Ca-

pitán General, solicitando dé las órdenes de impedir el viaje y registrar los buques.

—¡Señor!...—repusieron las damas—hágalo en buena hora Su Señoría Ilustrísima, que harto pesar nos produce la desazón que á su casa y familia estamos causando.

—No se preocupen sus mercedes,—añadió el Prelado,—que á nosotros los Obispos nos tocan estas dependencias de amparar y defender la grey que se nos encomienda.

Y tomando un poco de papel, al que cortó las barbas con unas tijeras fenomenales, calóse los anteojos y se puso á escribir.

Aunque el Prelado no repetía en alta voz las palabras que iba trasladando al papel, bien las podemos leer nosotros, pues con más ó ménos exactitud decían lo siguiente:

«Puerto de Sta. Cruz y Febrero 10 de 1721

J. M. J.

»Celebraré que la salud de S. E. siga en mejoría y
 »que del pasado achaque, al recibo de la presente ni el más
 »pequeño resquicio se vea, al fin de que S. D. M. nos lo
 »conserva para alivio de los pobres. A esta hora (las nue-
 »ve de la noche) háseme presentado demanda de cumpli-
 »miento de expensas contra el señor Vizconde de Buen-
 »paso, por parte de la señora D.^a Clara del Hoyo, madre,
 »tutora y curadora de su señora hija D.^a Otilia y como
 »quiera que hay fundadas esperanzas de que el demandado
 »trata de hacer viaje en el navío francés que está próximo
 »á salir del puerto, toda vez que como coronel de las Rea-
 »les Milicias debe y tiene necesidad de la licencia de S. E.
 »para ausentarse, espero se la recoja si ya está dada, ó
 »no se la dé si la pidiera, interín se le reciban los descar-
 »gos en el proceso que se ha de formar. Y si lo que no es
 »de esperar por parte del acusado, fratare de ausentarse
 »furtivamente, S. E. podrá impedirlo, dando las órdenes
 »bajo el recaudo de las penas impuestas; todo lo que

»se espera de su mucha cristiandad, amor al Rey Nuestro
»Señor (q. D. g.) y á los fueros de la justicia.

»Aunque al presente sólo *vive voxis* está dada la denun-
»cia, no por eso ha de estimarse por no comenzado el pro-
»ceso, como S. E. lo tiene sabido en su mucha adver-
»tencia.

»Dios N. S. nos lo conserve como fervorosamente se lo
»pide su amigo y Obispo que lo bendice.

LÚCAS, OBISPO DE CANARIAS.

»A S. E. el Sr. D. Juan de Mur y Aguirre, Capitán ge-
»neral de estas islas.»



V.

Una broma pesada.

Mientras el Obispo ponía sus cinco sentidos en la confección de la carta y las damas cuchicheaban en voz baja, D. Márcos Monilla llamaba con los nudillos de los dedos y un *Deo gracias* muy sonoro, á la puerta de la celda del Padre Guardián, quien respondió con voz algo gangosa por estar saboreando en aquel momento el escosor de un gran polvo de tabaco verdín con que acababa de regalar sus hermosas narices, tan anchas como un apagador y más coloradas que un tomate.

—Perdone Su Paternidad,—dijo D. Márcos entrando—pero el Sr. Obispo me manda á suplicarle ordene que un lego me acompañe al Principal á saber si el barco francés sale mañana.

—¡Señor D. Márcos!...—repuso amablemente el guardián:—su merced bien sabido tiene que nuestro bienhechor no suplica en esta casa, sino que manda á su sabor. Dígame, pues, cual de los cinco hermanos que tiene el convento, quiere que le acompañe.

—Aunque para mí todos son buenos,—añadió D. Márcos,—y puesto que su Paternidad me dá á escoger, yo preferiría á Fray Toribio; pues su conversación edifica y su virtud parece estimular al bien.

—Tiene V. mucha razón, Sr. D. Márcos; me parece que ha sabido V. escoger.

Y dando una fuerte voz por Fray Andrés, al poco, presentóse un corista jovencillo, fámulo de su P. M. R., el cual se venía restregando los ojos.

—Vamos, fray Andrés... no se duerme mal á lo que vemos—díjole con aire bondadoso el Guardián—.Vaya y dígale al hermano Fray Antonio Rosado que pase á la portería y se encargue del oficio, interín Fray Toribio acompaña al Sr. D. Márcos á una diligencia del Sr. Obispo.

Al oír esto, Don Márcos dió las gracias y las buenas noches al Guardián y en unión del corista llamó al lego Rosado; lo instaló en la portería y tomando á Fray Toribio llevólo á su habitación.

Ya en ella, D. Márcos se dirigió á Fray Toribio y le dijo:

—Esta noche es sábado de carnaval: el Sr. Obispo ya está recogido y he dispuesto correr una parranda para la cual quiero tenerlo á V. de compañero... Conque ya sabe, Fray Toribio; quítese los hábitos y yo le daré capa, sombrero y una peluca que tengo disponible...

El lego miraba atento á Monilla, creyendo y dudando al mismo tiempo lo que éste le decía: tal era el aplomo y serenidad que mostraba. Pero no queriendo lo tuviera por tonto, díjole con cierta sorna:

—El que no lo conociera creería, D. Márcos, que su merced está formal...

En tanto el paje se arrollaba la sotana á la cintura y bajo de ella se ajustaba el cinto de una espada que sacó del fondo de un cofre, echando mano á una capa y chambergo que tenía escondidos en el mismo.

Al ver esto, Fray Toribio no tuvo más remedio que tragarse la bola y perdiendo su habitual *homo bono* se llegó á D. Márcos en el mismo momento que éste se disponía á encender en la bujía una linterna sorda.

—¡Señor!... ¡Perdóneme su merced!... Ni puedo quitarme el santo hábito, ni mucho menos acompañarle á semejante locura... que á saberlo el Padre Guardián no le dá licencia para sacarme de casa... Quédese, pues, su merced con Dios, que yo me voy á mi celda...

D. Márcos nada contestó, queriendo seguir su broma, pero al volverse con la linterna encendida notó que el lego ya se había marchado y comprendiendo su imprudencia, para repararla salió al corredor y á prisa agarró al lego por el capillo, diciéndole algo mal humorado:

—No sea simple, hermano, y sepa lo que es sério y lo que es chanza.

Volvió el lego detrás de D. Márcos y al llegar á la habitación, exclamó:

—¡Señor D. Márcos!... Perdóneme su merced que bien sabe Dios no tengo intención de ofender á V. ni á nadie.

Pero D. Márcos, á quien no se le había ido el berrinche, encarándose con el pobre Fray Toribio, djóle:

—¡Qué se creyó el hermano? ¿qué yo le proponía fuéramos á picos pardos?... ¡No me vé que aunque no soy sacerdote ya estoy tonsurado y soy familiar de su Ilustrísima! ..

—¡Señor, no he pensado eso; pero...

—No; los peros hasta el otoño no maduran... Cálese la capucha y sígame, que la obediencia le obliga.

Callados bajaron las escaleras, y ya en la calle, con el airecillo que corría, disipósele la mosca á D. Márcos que, pesándole el mal rato que había dado á Fray Toribio, trató de reparar el daño, sin dar mucho su brazo á torcer. Para ello púsole la mano por el hombro, cosa que hizo con mucha facilidad, pues lo que á él le sobraba de altura faltábale al lego para ser de un tamaño regular, y atrayéndolo á sí con cariño, le dijo:

—Venga acá el beato Fray Toribio que ya verá lo que le vá á pasar por no quererse poner la capa y demás avíos.

Cuando llegemos al baile que hay á estas horas en el Cabo, casa de un conocido mío, con hábito y todo, ha de bailar Fray Toribio más que la perinola con que Fray Nicolás saca los *padres nuestros* para las ánimas...

—¡Jesús, señor!—repuso Fray Toribio—¡Las cosas de su merced!... Yo sé que no hará tal, pero, francamente, al ver á su merced ponerse la espada, casi estuve en la tentación de creer era cierto lo que estaba diciendo y por ello le pido perdón. Yo estoy ya seguro de que todo lo dicho y hecho por su merced no ha sido más que una broma para oirme á mí. Ahora conozco mi necedad al considerar para qué habia de querer un señor que ha de ser un Cristo de Dios, esa espada, ni á qué cuento sacarla en un pueblo donde la gente es mansa de condición y hasta los gatos del vecindario se conocen de día y de noche.

No dejó de mortificar á D. Márcos la atañada advertencia y fino reproche que el lego le hacía con su natural sencillez, y como para desquitarse y justificar el haber usado el disfráz y haber sacado la espada, repúsole:

—Sí, Fray Toribio; mansos como corderos son sus paisanos... Bien que ya no lo puede decir el Intendente que há seis meses mataron en pública asonada en este bendito país; y si tanto se conocen á todos, ¿por qué no han ajusticiado á los verdaderos culpables?

Calle, pues, hermano—añadió:—que contra los enemigos, como dijo el otro, bueno, muy bueno es el santo nombre de Jesús; pero mejor es todavía cuando vá ayudado de una tizona que blande un buen puño...

—Yo, D. Márcos, de eso nada entiendo—dijo el lego.—Sólo sé que al Santo nombre de Jesús tiemblan y huyen las potestades del infierno.

Comprendió D. Márcos que por su calidad de aspirante al sacerdocio le desalojaban de sus posiciones en el terreno en que se encontraba, y queriendo mejorarse vino el hombre á dar en tierra, pues bastante mohino dijo al lego:

—Convénzase hermano que á los isleños los hacemos gentes los que venimos de España...

A pesar de la humildad de Fray Toribío, al oír esto, sintió que el calorcillo de la tierra se le subía al piso alto. Hizo un gran esfuerzo para tragarse el resuello y con toda calma pudo contestar:

—Tiene mucha razón su merced; mezclada nuestra sangre con la española, libres y cristianos, mal pagamos á nuestros amos que nos hacen gente y nos tratan bien...

Al llegar á este punto del animado diálogo, encontráronse frente al portalón del muelle; pues sin darse cuenta habían recorrido el callejón del Saltillo y la calle de S. José, y vieron lucir la mezquina luz del cuerpo de guardia del castillo Principal. Destrabóse D. Márcos la sotana; la dejó caer ocultando con ella la espada, la que puso perpendicular cuanto pudo, y acompañado del lego, después de contestar el *quien vive* del centinela, esperó á que saliera el sargento, á quien dijo la misión que le traía al castillo.

Avisaron luego al caballero Castellano que salió á recibir á D. Márcos, y previos los cumplidos de estilo, satisfizo su pregunta, diciéndole que el navío francés no saldría en tres ni en cuatro días, á pesar de tener despachados sus papeles, por que el piloto se encontraba enfermo en la Laguna, en casa del cónsul D. Estéban Porlier.

Despidióse nuestro paje con la cortesía que le era proverbial y al salir tomó al lego que había dejado en el patio.

Ya en la calle, D. Márcos siguió calle del Castillo arriba y como hablando para sí, dijo: «No tendrá de que quejarse mi señora Doña Clara; desde que está con el Sr. Obispo tiempo sobrado habrá tenido de contar todas las cuitas habidas y por haber.»

Este monólogo no lo hizo en voz tan baja que no lo oyera Fray Toribío, el cual, con el nombre de la señora, vol-

vió á acordarse como por encanto de la dobla y de la miseria de su pobre hermana.

Y sin poder dominarse, con mucha viveza preguntó á Monilla.

—¡Pues qué, Sr. D. Márcos! ¿Llegó la señora á ver esta noche á Su Ilustrísima?

—¡Ah!... Fray Toribio!,—dijo D. Márcos que, bueno en medio de su génio, ya le pesaba lo dicho:—tiene razón hermano, que nada le había contado, tonto de mí. Si señor les conseguí la Audiencia, y no podía ser menos. Cuando la Santa Visita, nos hospedamos en sus casas en Garachico pues esta señora Doña Clara del Hoyo es gente de lo más principal y Su Ilustrísima la estima y distingue mucho. Yo no sé qué congoja la embarga, porque no es discreto preguntar esas cosas.

—Si su merced me hiciera un favor, no sabe lo reconocido que le viviría Sr. D. Marcos....—añadió Fray Toribio.

—¡Pero, hermano!...—repuso aquél!—¡No sabe que yo lo estimo aunque le mortifico con mis chanzas!... Si está en mis manos, cuente con él.

—Pues mire, Sr. D. Marcos,—añadió el lego,—esa señora me dió una dobla para mis necesidades religiosas, porque yo llamara á su merced; y su merced sabe lo pobre que está mi hermana, que si no fuera la caridad del Sr. Obispo, hubiera muerto en esta hambre con que Dios ha castigado nuestros pecados. Yo, en cuanto cogí la dobla, la dediqué á mi hermana, pero luego advertí que tengo hecho voto de pobreza y por él de nada puedo disponer. Pensé manifestárselo así á la señora y contarle la miseria de mi Inés para que la destinara á ella; pero cuando fuí á la portería, después que su merced habló con las señoras, ya no estaban allí. Si su merced, como que las ha de ver, hiciera la caridad de decirles la positura de mi Inés y que como yo no puedo tomar la limosna, se la apliquen á mi hermana, Dios le pagaría con creces.

—Descuide hermano si están todavía en casa. Vaya que si se lo digo—repuso D. Márcos.

Ya en la puerta del campo, el paje levantó el picaporte y se dirigió á su cuarto con Fray Toribio.

Dejó allí su disfraz y pasando luego al despacho de su amo, dió la noticia adquirida en el Principal, retirándose al punto.

Tan á tiempo había llegado D. Márcos, que el Sr. Consejero encontrábase poniendo el sobrescrito de la carta á su amigo el Comandante general. Terminado esto quitóse sus gafas y dirigiéndose á las damas les dijo:

—Ya oyen mis señoras como á Dios gracias el primer temor está completamente desvanecido. Esta carta por orden de vuesa merced ha de ser entregada mañana mismo al Comandante general en la ciudad y luego su merced dará poder á un procurador; consultará el caso con un letrado y me elevará escrito de demanda, que yo tan pronto lo reciba daré comisión con los recaudos necesarios á juez especial.

—¡Ay señor!... —añadió Doña Clara—¡Cuánto debo á Su Ilustrísima! Yo misma seré la portadora de la carta al Comandante, pues esta noche subo á la Laguna y mañana, Dios mediante, le pido audiencia; y como en todo quisiera acertar ¿no le parece á Su Ilustrísima tome por abogado á D. José Jacinto Loreto?

—¡Oh, muy buena elección!—repuso el Obispo.—Loreto además de ser sacerdote de ajustada conducta, es, en mi sentir, un gran abogado; nadie como él podrá atajar los salideros del Vizconde, que con seguridad procurará encontrarlos.

—Señor Ilustrísimo,—concluyó diciendo la dama,—no quiero ser ya más gravosa, ni ocasionar mayores molestias. Mil y mil gracias señor y dénos su bendición.

Levantóse el Prelado, dióles á besar el anillo, y hacien-

do sonar la campanilla ordenó á D. Márcos acompañase á las señoras.

Ya fuera de la cámara episcopal, D. Márcos, bujía en mano, todo era cortesías y zalemas ante las señoras, y si bien nada se le podía reprochar de incorrecto, á la legua se entendía que el bueno de Monilla trabucó los papeles.

Fray Toribio que desde la habitación del paje percibía distintamente la conversación que éste tenía con las damas, temiendo se le fueran al paje las glorias con las memorias, cuando por junto á la puerta pasaba con las damas, fué tan fuerte el golpe de tos que dió, que hasta los sordos pudieron entender no provenía de afección de pecho, ni de cosquilleo en la garganta; y notado esto por el familiar del Obispo, con gracia djole desde el corredor.—¡Ya entiendo... Fray Toribio!...

El pobre lego sintió que la voz se le anudaba en la garganta y que se le coloreaba el rostro de vergüenza. ¡Aquello no se lo esperaba él de D. Márcos!

Creyó el paje debía dar explicación á las damas por su extemporánea contestación al lego y sin dejar de continuar su marcha djolas:

—A sus mercedes mis señoras les habrá puesto en cuidado lo que acabo de decir, pero el bendito Fray Toribio, el lego portero del convento, que es el que me acompañó al castillo, me hizo un encargo para las señoras, y á fin de que no lo echara en olvido tose con esa tos perruna que sus mercedes le han oido.

—¡Las cosas tuyas, D. Márcos, tienen que ver!—dijeron las señoras á un tiempo.—Mire que pocas ganas tenemos de reir, pero el caso no es para quedar en seriedad. ¿Y qué encargo le hizo el leguito?...

—Pues según me ha dicho—contestó D. Márcos—parece que vuesa merced le dió una dobla para él, pero como no puede admitirla porque según parece tiene hecho voto de pobreza absoluta, desea que mi señora cambie la

intención, y dedique la dobla á una hermana que tiene viuda y con cuatro hijos, para la cual el infeliz se quita muchas veces la comida de la boca, con licencia del Guardián.

—¿Y no es más que eso, Sr. D. Márcos? —dijo la madre de Otilia.—Pues nada;—añadió—díglele vuesa merced que está por cambiada la intención, y que como yo le prometí no le había de pesar el servicio que me prestó, que ahí tiene esas dos más para que le compre ropa á los sobrinos.

Y acompañando la acción á las palabras, puso las dos doblas en manos de Monilla, á tiempo que en el patio esperaban á que los pajes y lacayos sacaran las caballerías.

—Gracias, señora,—contestó Monilla.—¡Cuánto se vá á alegrar Fray Toribio!

Interín que los servidores reparaban cinchas y arreglaban bridas, el paje estuvo acompañando á las damas y cuando ya iban á partir, Doña Clara se dirigió á él diciéndole en baja voz.

—Amigo Monilla: no debo tener secretos para vuesa merced; sepa que le estoy reconocida en mucho por sus buenos servicios, y que la causa de mis quebrantos es mi hermano, el Vizconde de Buen-Paso, que ha negado á mi hija lo que debe cumplir.

—¿Qué me dice, Doña Clara?...

—Lo que vuesa merced oye, amigo mío.

—¡Válgame Dios!—replicó D. Márcos.—¡Quién lo había de suponer en caballero tan caball!...

—Sí señor, amigo Monilla, mi hermano nunca me quiso bien desde que vino de París; disimulaba á duras penas su mala voluntad. Mientras vivieron mi padre y mi esposo no se mostró vengativo; pero hoy que éstos son muertos, quiere cobrar el favor que yo he prestado á mi hermano D. Juan, más desgraciado que culpable, y me juega esta pasada..... Pero no haya cuidado; si hay justicia vá á saber él cuánto pesa la mano de esta hermana que tanto odia.

Aquí llegaba Doña Clara en su diálogo, cuando uno de los lacayos se acercó á ella para preguntarla si encendía la linterna. Entonces se despidió muy afectuosa de D. Marcos, y mientras de los pajes ella y su hija eran ayudadas á montar en las caballerías, arrellenándose en los sillones, éste cerraba la puerta del campo, echando cerrojo y llave, y subía á su habitación—en el momento en que el reloj tocaba las once—donde participaba á Fray Toribio generoso donativo que Doña Clara le había hecho para su pobre hermana, cosa que al buen lego lo sacó de quicio privándole del sueño; pues tanto ahuyenta á Morfeo la alegría como la pena.



VI.

La ronda del Corregidor

Doña Clara y su hija, en hermosas yeguas bien enjaezadas, marchaban silenciosas camino de la Laguna, escoltadas por sus dos pajes á caballo y precedidas del lacayo de la linterna y de otro que, espada al hombro, conducía ensartado en ella un pequeño cestillo.

Cerca ya de la ciudad, Doña Clara se dirigió al lacayo de la linterna y le dijo:

—Mira Miguel, cuando lleguemos al pueblo, guía por las calles más excusadas, y lleva pronta la llave para no apearnos sino dentro de la casa.

En cumplimiento de esta orden, tan pronto llegaron á la *Cruz verde*, tomó el lacayo el cauce del barranco, salió á la calle de la Trinidad y doblando sobre la derecha en la de Herradores, fué á coger la del Pino, á cuyo término y esquina á la del Peral ó Fagundo, encontrábanse las casas del conde del Palmar, donde se hospedaba doña Clara, por habérselas cedido aquél con fina galantería para que las utilizara en su viaje.

Cerca ya de la calle de Piteras sintieron las damas el armonioso sonar de dos laudes que acompañaban el canto

de una letanía, y pararon las cabalgaduras antes de llegar á la encrucijada.

Con el silencio de la noche hasta los oídos de las señoras y sus serviciales, clara y distintamente llegaron las siguientes estrofas.

Teresa divina... exaudinos
Por consejo de tu dueña... exaudinos
Por tus favores de picos pardos... liberanos
De la saña y celos de tu tío... liberanos... liberancs.
In espíritu. confortanos.

Al llegar el cantar á este punto, unos gritos de ¡*ellos!*... se oyeron en la calle, y en el acto dos embozados pasaban corriendo calle abajo como alma que lleva el diablo, seguidos de los ministros de justicia, que, jadeantes, seguían detrás de aquellos á todo correr y casi no se rompen la crisma en las cabezas de las caballerías de Doña Clara y su hija; pues los brutos como que estaban tan cerca de la esquina algo se habían encabritado al ver pasar aquellos fantasmas.

Cuando Doña Clara dió orden de seguir, un hombre embozado llegaba á buen paso á la esquina y al ver la comitiva de la dama, dijo con voz grave y bastante fuerte. «¡Alto á la justicia!»

La contrariedad que este encuentro inesperado causó en Doña Clara, luego se echó de ver por el tono con que ésta preguntó al interlocutor.

—¿Y qué puede tener que ver la justicia del Rey con dos damas y sus sirvientes que van caminos de sus negocios?»

—Lo que tiene que ver ya se sabrá;—replicó el embozado—por de pronto, guarde la señora ó lo que sea más comedimiento, sino quiere dormir esta noche en la cárcel y en mala cama.

Gran coraje se apoderó de Doña Clara al oír estas razones, pero temiendo un atropello por parte de aquel que

parecía de justicia, reprimió un poco su cólera y dijo al desconocido:

—Señor mío; no sé con quién hablo. Si quiere cono-
cerme por curiosidad ó por deber de su obligación, soy
Doña Clara del Hoyo que vengo de Santa Cruz y tengo
que evacuar ciertas diligencias cerca de S. E. el Coman-
dante general.

—¡Mi señora Doña Clara!...—exclamó el desconocido.—
¡Vuesa merced por aquí!, ¡quien lo había de decir!... ¡Vál-
game Dios y en qué ocasión!...

—Pero señor... ¿quién me habla?

—Qué?... ¿No conoce vuesa merced al Corregidor?..

—¡Señor D. José Manuel de Mesones!...—¡Cómo había
de conocer á vuesa merced—cuando sólo le he visto por el
lado de la carcelerial... dijole Doña Clara con cierta sorna.

—¡Vamos!...—replicó el corregidor—á lo que veo vuesa
merced no está en estos encuentros; dejémos á un lado
lo de la cárcel, pues ya tiene sabido, soy siempre muy ser-
vidor de mi señora Doña Clara; y aunque vuesa merced es
parte de este sochantre que nos ha salido en la ciudad y
que nos trae en un pié, ya veo no fiene pitanza en la fun-
ción de esta noche...

Con que si mi señora quiere que la acompañe mi ronda
hasta su morada, lo ordenaré con mucho gusto, y si prefie-
re que el corregidor le dé escolta, tendría en ello mucho y
señalado favor.

—¿Pero D. José de mis pecados?... ¿Por qué dice V. que
soy parte del sochantre?... ¿Qué tengo yo que ver con to-
do eso que está V. diciendo? Anteayer noche salí de Ga-
rachico llegando aquí á la madrugada; hoy hemos bajado
á Santa Cruz y esta es la hora en que regresamos.

Algo parado quedó el cerregidor con esta explicación y
ordenando que pajes, lacayos y corchetes siguieran calle
arriba, él quedóse al pié de las caballerías de las damas.

Luego que vió á su ronda en la esquina de la calle Real de San Agustín, dijo á aquellas á media voz.

—Por lo visto mi señora Doña Clara nada sabe de lo que ha pasado hará cosa de nueve dias. Sí;... al siguiente del jueves de compadres, el Inquisidor Dr. D. Juan de Talavera fué á mi casa y me denunció que á su sobrina Teresita (que aquí sea dicho, es muy bella y dá algo que decir) la cantaron unos pícaros una letanía profana, tan impía como desvergonzada, y que lo ponía en mi noticia para la captura de los osados, sin perjuicio de delatarlos al Santo Tribunal por la blasfemia, cuando fueran conocidos.

Este hecho ha sido la ensaladilla de las asambleas en estos dias, y con más razón por haberse repetido en la noche de comadres. ¡Cómo será ahora el zumbiar del público, cuando se sepa mañana que esta noche también hubo letanía!... El inquisidor á estas horas estará bufando y después en su lengua me hará un picadillo, por no haber capturado á los insolentes.

—¿Y no tiene el Sr. Corregidor— preguntó la dama— sospechas de quienes puedan ser? Con seguridad debe ser gente villana.

—Señora: no vá por ahí la corriente. Los cantores son dos, y según me ha dicho en reserva el Dr. Talavera y otras personas, parece que las sospechas recaen en D. Tomás Cervellón, caballero de la Palma que ahora está aquí de temporada, y en el Sr. Vizconde, hermano de vuesa merced.

De pronto, un grito de Doña Otilia llamó la atención de su madre y del corregidor, el cual viendo que la jóven se desmayaba sobre el sillón, llegó á tiempo de recogerla en sus brazos. Al instante acudieron también los pajes, lacayos y alguaciles, que ayudaron á bajar á Doña Clara y con sus capas hicieron lecho donde recostaron á la jóven junto á la acera.

Una vez que Doña Otilia se repuso del síncope, levantó-

se con mucha energía y pidió se retirasen los que acudieron en su auxilio, que ella por si solo iría á la casa.

Doña Clara con muchas lágrimas la rogaba se dejase llevar en brazos, pero ella se resistió en absoluto, y como única forma de evitar aquel asedio en que la tenían, tomó el brazo al corregidor y dijo:

—Vuesa merced hará la bondad de permitirme su brazo, que yo poco le fatigaré.

—Aunque pasara más trabajos que Job—replicó el corregidor muy galante—me doy por honrado en demasia.

El corregidor acompañó, pues, á Doña Otilia hasta su casa, y por la calle decíale la jóven que el desmayo con seguridad le había dado de la fatiga del camino y de la humedad de la noche, á lo que la madre asentía.

Llegados á la casa que ya los lacayos, que se habían adelantado, tenían abierta, nuestro corregidor se despidió de las damas, prometiendo visitarlas al siguiente dia, y se marchó con su ronda.

Doña Clara y su hija se recogieron en sus respectivas alcobas, y por más que trataron conciliarse con el sueño para descansar del penoso viaje, en vano lo pudieron conseguir.

VII.

Antecedentes que se deben conocer

El maestro de campo D. Gaspar del Hoyo Solorzano Alzola y Fonte, al contraer matrimonio con Doña Ana Jacinta de Sotomayor, en 1675, solo aportó al matrimonio, su Maestría de Campo, su caballeridad nunca desmentida, un mezquino haber, y los muchos apellidos con que lo dejamos apuntado. La Señora poco llevó también; y como en las milicias de aquella época, si bien se ganaba honra, el provecho andaba lejos, el nuevo matrimonio tuvo vida obscura al calor de los padres de Doña Ana, en sus ingenios de Tzacorte. Aumentóse la carga con el nacimiento del primer hijo—al que llamaron Cristóbal—ocurrido el 31 de Diciembre de 1677: siguiendo á éste, con intervalos algo largos, cuatro más que llevaron los nombres de Clara, Juan, Ursula y Jacinta; al nacer esta última, desertó de la familia nuestro D. Gaspar para irse á Madrid, á subir y bajar escaleras, á andar de covachuela en covachuela, y á hacer antesala á los Ministros. Al fin, el buen señor pudo conseguir le nombrara Carlos II Gobernador de Cumana y Cumanagotes en América, cargo en el cual se portó con toda honradez y probidad y con él dió á su mujer é hijos el lustre á que por su calidad y nobleza estaban llamados.

En esta época de gobernación, cruzóse caballero de Calatrava, prévias amplias y discutidas informaciones en las que demostró como la luz del sol, á pesar de los reparos del fiscal, que por sus venas sólo corría sangre más azul, que el lápiz lazuli; que descendía de reyes, duques, condes y marqueses; y á mayor abundamiento, probó que uno de sus ascendientes de la época del Cid no montó caballo que no hubiese parido la madre de Babieca.

Con tan abundante recámara de probanzas, vino Dios á ver. En efecto, por una trasnochada carta que recibió, llegó á su noticia que su hermano D. Martín, el primogénito de su padre, había muerto sin dejar sucesión, y que por tanto, tocábale y pertenecía el suceder en el Mayorazgo que para lustre de su familia se había fundado, y un pingüe vínculo que corría unido á aquel por expresa voluntad del fundador, un su pariente, el presbítero licenciado Alzola.

Aunque D. Gaspar quería á su hermano, por mucho que se esforzó, no pudo llorarle más que con el ojo izquierdo y la mitad de la boca que al mismo lado correspondía. Con la otra mitad alegróse de su suerte y de todo corazón dió gracias á Dios; pues eso sí, su cristiandad y devoción corrían parejas con su caballerosidad y alcurnia.

En vista de este billete de lotería que se le entraba por la puerta, el gobernador de Cumana, sin comunicar á nadie la noticia, quiso dejar el cargo de un modo hábil y honesto, y comenzó á padecer tantos males á un tiempo, que los físicos y los aficionados al arte, no podían atinar con la cura; y como recurso heróico, acudióse á los aires nativos.

Resistió el gobernador el precepto de los Hipócrates para mejor desorientar á los maliciosos, y llamando antes á los Padre Domínicos que formaban el Tribunal de la Fé en aquellas regiones, propúsoles si le sería lícito hacer el

voto de solicitar ser ministro del Santo Oficio, (si Dios le otorgaba la salud) toda vez que le parecía tener probanzas suficientes.

Los calificadores, después de ver que la cara del señor gobernador no estaba del todo mal y que en un caballero de Calatrava caía bien una venera del Tribunal, no sólo lo aplaudieron, sino que algunos de ellos le dieron por segura la curación.

Hizo el Tribunal la propuesta á la Suprema, que informó favorablemente, y poco después, con la pompa y solemnidad de ritual, recibió D. Gaspar la investidura de Caballero de Cristo en la Iglesia de los dominicos de Cumana. Como se trataba de tener bajo el yunque al señor gobernador,—idea que allanó los reparos y abrevió términos—pareció bien al Tribunal regalar á D. Gaspar una venera de tamaño mayor que las que de ordinario se usaban, y del oro mejor beneficiado que salía de las minas.

Pero la salud del gobernador ni por esas iba adelante, tales eran sus lamentos. Los galenos no cambiaban de parecer y como resolución extrema, forzoso fué que D. Gaspar pidiera por sí mismo el relevo, (pues todavía no se usaban dimisiones) lo que era fácil obtener porque pretendientes sobran, según él mismo tenía experimentado. Contando con esto, desde luego comenzó á preparar su viaje: arregló grandes baules,—que en honor de la verdad no rellenó cuanto podía hacerlo,—y con informes encomiásticos del Cabildo secular, del Obispo, Tribunal y Comunidades, tan pronto recibió la orden de entregar el mando, hízolo en su teniente, y púsose en camino aprovechando la marcha de una flota, en la que llegó felizmente á Cádiz en principio de 1708.

Pero D. Gaspar del Hoyo no estaba contento con sus veneras de Calatrava y el Santo Oficio, ni con la cruz de su hábito que tenía una vara de largo: esto era poco lustre

á su entender para entrar otra vez en su tierra. Pasó, pues, á la Corte; hizo relación de su mando: sacó los informes necesarios, y como llegó en la época en que una nueva dinastía quería arraigar en el país á fuerza de dar gracias y tomar ducados para los apuros del Erario, pidió y obtuvo para sí en 1708, el título de Marqués de la Villa de San Andrés, y el de Vizconde de Buen-Paso para su primogénito, á quien quería con locura de padre.

Con todos estos pergaminos y un gran equipaje de baulles, aportó el nuevo marqués á Tenerife, y presentando sus títulos al Cabildo, fueron reconocidos. De ellos, all mismo pidió traslados: remitió éstos á los otros cabildos y autoridades, y después de cumplidas todas estas formalidades pasó á la Palma, en cuya ciudad le esperaba su familia, viendo al abrazarla que á su partida sólo había dejado hijos y que á su regreso encontraba nietos. Habíalos dado su hija Doña Clara de su matrimonio con su primo D. Jacinto; y al abrazar ésta á su padre hizo dejara alguna monería para su hija Otilia, jóven de 15 años, los chicos Policarpo y Juan y para la pequeñilla que tenía en sus brazos, á quien llamaba Inés.

La fama del nuevo marqués y del bagaje de los muchos cofres que trajera, corrió enseguida por toda la isla, y antes de tres meses, en jaula tan dorada y vistosa, cayeron prisioneros dos tiernos palominos que apechugaron con las niñas Ursula y Jacinta; con lo que, el bueno del ex-gobernador de Cumaná y Cumanagotes, salió de las faldas. Libre ya de estos cuidados, trató de colocar en otra alianza ventajosa á su hijo D. Juan; pero como todo no le había de salir al hombre á pedir de boca, encontróse con que el niño estaba perdidamente enamorado de una muchacha, que si bien era un ángel en lo moral y una beldad en lo físico, carecía de otros requisitos indispensables para una persona de la posición y alcurnia de su hijo.

Contra este obstáculo, mi hombre trabajó lo indecible, aunque en vano fué su golpear de mazo de batán. Convencido al fin de su impotencia, empaquetó al niño para América en busca de fortuna como medicina á sus devaneos amorosos; pero el muchacho, ó bien porque así lo concertara con su novia ó por que ésta sola lo determinara, se trasladó á la isla de Cuba en unión de aquella y su familia, y allí, con las bendiciones del cura, él le llamó su mujer y ella su marido.

Le quedó luego á D. Gaspar el cuidado de la conveniencia de su primogénito D. Cristóbal, jóven de 31 años, por más que esta atención no le había de mitigar el escozor de la llaga que con su desobediencia le produjera su hijo D. Juan.

La educación literaria de D. Cristóbal corrió á cargo de Fr. Juan de Leyba, franciscano de la ciudad de Santa-Cruz de la Palma: Lector de artes, buen humanista, buen teólogo, regular poeta, mediano músico, amigo de examinar y conocer de por sí todo lo nuevo que á la inteligencia se le proponía; y, por último, gran jugador de todo lo jugable: con especialidad en la pechigonga.

Ya casi tenía el futuro Vizconde la edad de 20 años. cuando su madre, Doña Juana Jacinta, obedeciendo las órdenes de su ausente marido, lo entregó á Fray Juan Leyba para que lo instruyera.

Desde las primeras lecciones notó el fraile que su discípulo era uno de esos jóvenes de privilegiada inteligencia, con voluntad perseverante y fogoso temperamento, que solo con gran trabajo pueden sobreponerse á la violencia de las pasiones y á la viveza y travesura del carácter; y como hombre conocedor del mundo y del corazón humano, trató como los indios de subyugar á esta sierpe nacida y criada en el cálido clima de Tzacorte, más con la melodía de la música y el *por qué* de los conocimientos de la

ciencia, que con la fuerza bruta del *magister dixi*. Así, pues, lo consideró más bien como hermano que como discípulo; le hizo entender los motivos más esenciales de la t^e, para inculcarle ésta en su corazón; robusteció aquellos principios de hombre de bien que veía germinaban en su discípulo y enardeció su caballerosidad hasta lo indecible. En una palabra; nuestro fraile transmitió al Vizconde todo cuanto sabía en el orden de conocimientos, y para que no le pudiera acusar de egoísmo, hasta le comunicó su pasión por el juego de la pechigonga.

Con su carácter y los conocimientos que de su amigo adquiriera, el Vizconde se colocó desde luego al frente de la nobleza jóven de Canarias. En esta posición lo halló su padre cuando regresó á su pátria en 1703, y fué tan grande el orgullo que tuvo al oír de boca de todos, las relevantes dotes intelectuales que distinguían á su hijo, que no pareciéndole bastante los agasajos que éste recibía de las familias del país, se fué á París soñando con enlaces más elevados, y al poco tiempo lo llamó á aquella córte, donde siempre ha existido buen gusto y exquisito atildamiento de formas.

Defraudadas salieron en parte las esperanzas que sobre su hijo D. Cristóbal concibiera D. Gaspar del Hoyo. La córte de Francia perfeccionó al Vizconde en el idioma francés y en la galantería, hasta el punto de figurar como un parisién consumado; de allí pasó al Haya y de ésta á Londres, donde aprendió lo bastante para entender y hacerse entender, y á saborear en parte las bellezas de la literatura de este país, menos nebulosa que su clima. Pero toda esta ilustración y trato íntimo del gran mundo, donde se hizo mucho lugar y donde con éxito ejercitó su carácter insinuante y seductor para con el bello sexo, hicieronle excéntrico en materia de amor; y su pobre padre vió con pena que en lugar de encontrar para su hijo la media

naranja que tanto apetecía, lo había puesto en camino de tomar aversión á la coyunda matrimonial, sin que por eso curara de sus aficiones al mujerío.

Los ahorros del Marqués de S. Andrés consumiéronse en mucho con su permanencia en Francia y los repetidos viajes de su hijo; dándole el golpe de gracia un préstamo hecho á un amigo y la quiebra del crédito de aquella nación. Estas circunstancias lo obligaron á regresar á esta isla en unión de su hijo que á la sazón tenía cuarenta y tres años y la pasión española del orgullo en alto grado desarrollada.

VIII.

Más antecedente.



La casa de D. Jacinto del Hoyo y de su mujer y prima Doña Clara del Hoyo y Sotomayor, hallábase situada en la calle de Arriba del Puerto de Garachico, entre otras de la nobleza allí establecida, construídas todas con cierta grandeza, si bien no eran ni la sombra de lo que fueron lantes de la erupción del volcán. Sobre el ancho portal abrigado por la repisa del balcón, un pesado escudo de armas labrado primorosamente en mármol, daba el *quién vive* á los mirones, completando el cuadro las anchas y pesadas puertas del postigo y de la calle, todas cuajadas de cabezas de clavos de bronce, de gran tamaño, y á los que el salitre del mar sacaba el óxido de cobre en su color verde tornasolado.

La crujía que daba sobre el portal llenábala en un todo la sala principal, que tenía á sus extremos dos estrados bastante espaciosos. En uno de éstos, hallábanse á cosa de las once de la mañana del 10 de Marzo de 1720, Doña Clara del Hoyo y sus hijas Doña Otilia y Doña Inés, todas tres ocupadas en bordar un tapíz que á un gran bastidor, y frente á la ventana, tenían colocado casi perpendicular-

mente; Doña Clara con el cartón del modelo en la mano cantaba el color de la seda y los puntos, interín Doña Otilia, después de contar en el lienzo los hilos que su madre la decía, iba introduciendo la aguja que devolvía Doña Inés, no sin que fuera advertida por su hermana con las voces de *más arriba, más abajo, ¡cuidado que me picas!*... y otras por el estilo.

Era Doña Clara del Hoyo una señora que contaba 41 años; de regular estatura, seria, estirada, y muy orgullosa de su nobleza y de la desahogada posición de su marido; sus gracias y hermosura, tanto en aquella época como en sus quince, eran más que discutibles. Pero así y todo súpole á pasteles á su señor primo D. Jacinto, y el hombre tanta *Clarita* llegó á asimilar, que sin quererlo ni pensarlo se encontró con las faldas de su costilla, viendo pasar su casa, chupa, valones y blanquizca peluca á poder de su consorte con el bastón de mando que la buena señora esgrimía á diestra y siniestra.

Si la pareja era tal cual queda referida, la prole componíanla: Doña Otilia, la hija mayor, viva sin malicias, discreta sin petulancia, muy hábil de manos y bastante hacendosa; en lo físico, buen cuerpo, el sonrosado color de la madre; pelo rojo, ojos grandes, lábios un tanto gruesos, pero con cierta plegadura de boca que le hacía mucha gracia y que servía, además, para disimular otros defectillos con que la quiso dotar el repartidor de dones; defectos que á los 25 años ya empezaban á dibujarse en forma de bosillo que prometía ser á los cincuenta un regular bigote...

Era el segundo en orden, si bien el primero en la dignidad, el Sr. D. Policarpo, jóven de 22 años, alto, fornido, de color rojo subido, muy rubio, gran tirador de la barra y gran animal fuera de la fé de bautismo. Este pimpollo que con el tiempo había de ser el mayorazgo, era el idolo de sus padres que cuidaban con excesivo celo de su desarrollo, conservación y lozanía.

Seguía á éste, D. Juan Tomás, de 20 años cumplidos, que si no era tan rubio como su hermano, en lo colorado y obeso no le iba en zaga. A este lo destinaban para la iglesia, á cuyo efecto, todos los días á las diez iba á dar lección con el padre Lector Fernández; pero hacía un año que el muchacho concurría á la clase y todavía no declinaba, por lo que el fraile solía decirle no sin socarronería:

—No se dé prisa D. Juan. El Sr. Obispo que ha de ordenar á vuesa merced no está consagrado todavía.

Y, por último, Doña Inés; niña de 12 años, juguetona y bullidora, con pelo de lino y ojitos de cielo, y que si Dios la llevaba en aumento prometía en lo físico dejar atrás á toda la casta.



IX.

Una servidumbre de casa rica

EN TENERIFE

(1720)

La servidumbre de esta opulenta familia tenía también su orden y gerarquía. Componíanla en lo masculino el Sr. Nicolás, que oficiaba de Mayordomo, escribiente, maestro de primeras letras de los niños y acólito del oratorio de la casa, hombre como de 60 años, célibe por convicción, pulcro en demasía, comedido y atento, cualidades todas que lo mantenían en su escabel de autoridad doméstica y que en su sentir sólo debía dar la primacía á los señores consortes, interin el primogénito no subiera al sólio. Seguían al Sr. Nicolás, Anselmo su sobrino, paje de D. Jacinto; Nicanor, esclavo moro que desempeñaba este oficio con los dos hijos, y dos esclavos negros, Pedro y Manuel, que servían de criados.

En lo femenino regentaba la servidumbre la Sra. Hipólita Naranjita, con el cargo de ama de llaves, cargo que ganó por ascenso del de ama de leche de Don Jacinto, á quien entre sus amigas y conocidas llamaba *mi niño*, y que bien merece sea conocida de nuestros lectores.

La señora Hipólita era de la familia de los hongos, hija única de un matrimonio palmero cuyo jefe ejercía el oficio de tonelero; quedó huérfana en la inundación de 1645; sus padres, con la casa habitación, fueron arrastrados por la corriente de las aguas, y ella, pequeñita de cuatro meses, salió á flote y se salvó en su cuna de caña que tropezó en la copa de un naranjo de la huerta de los marqueses de Adeje, quedando colgada de una rama. Lo notorio del milagro de su salvamento y la orfandad en que quedó la muchacha, hicieron que la prohiciera una solterona de 60 bien cumplidos, llamada Doña Francisca Cruzveque, la cual, por el hecho de haberse salvado Hipólita en el naranjo, llamaba á ésta *su naranjita*, de donde salió el apellido con que todo Garachico la conocía.

Tenía la protectora de Hipólita un decente pasar y crió á *Naranjita* con cierto regalo y con bastante cariño, aunque no tanto como el que profesaba á un rollizo gato cebón que en su amor de solterona ocupaba preferente lugar; la pobre chica la sirvió primero de juguete y más tarde de doncella y criada en una sola pieza; y si bien tenía fundadas esperanzas de que su ama algo le dejaría de su riqueza, según así lo había prometido, tuvo la mala suerte de que aquella falleciera de un modo repentino, sin haber hecho disposición testamentaria de ninguna especie, y que los ambiciosos herederos la arrojasen al arroyo sin más ropa que la de su uso diario y cuando tenía la edad de 25 años.

Por compasión, una pobre mujer bastante achacosa, que se sostenía con lo que ganaba su hijo único, de oficio pescador, recogióla en su casa; y la muchacha, que si no era agraciada, tenía un buen fondo de agradecimiento, cuidó á tía María Galván—que así se llamaba la buena mujer—con ternura de hija cariñosa, sufriendo resignada la escasez de su nueva familia. Los padecimientos de la vieja agravaron-

se con mucha prisa y conociendo ella que se acercaba la muerte, llamó á su hijo y le dijo:

—Miguel: la muerte presto se me acerca; en el mundo sólo te tengo á tí, á quien voy á dejar abandonado.

En estos últimos meses tu sabes que si no hubiera sido el cuidado de Hipólita ya estaría bajo la tierra, y la pobre siente que también vá á quedar sin el poco abrigo que le he dado. Yo quisiera pagarle sus buenos servicios, pero como no tengo más riqueza que tú y esta casita, una de dos, ó le doy la casa y tú te quedas en la calle ó le doy á tí y entonces los dos se quedan aquí.

Lo que si te digo—añadió—es que mujer más bonita podrás encontrar; mejor que Hipólita no la busques en ninguna parte.

Algo impresionó á Miguel el ex-abrupto de su madre, pero luego que salió de su asombro, le dijo:

—Señora madre, yo soy su hijo y hago lo que mi madre quiera.

—Bueno; si haces lo que yo quiera, vete á casa del Beneficiado para que te cases con Hipólita.

—¡Pero madre!... La boda cuesta reales y no los hay...

—Calla, Miguel; yo tengo algunos ahorritos para una necesidad y ninguna mayor que amparar á las dos personas que más quiero en este mundo.

A todo esto, Hipólita nada sabía de lo que se trataba acerca de ella por madre é hijo, pues hacía una hora que había salido de su casa á hacer unas diligencias.

Imagínese, pues, cual no sería su sorpresa, cuando, al regresar, se encontró con que seña María la greguntaba si quería casarse con su hijo, exigiéndola en el acto palabra de cumplimento!...

—¡Pero seña María!...—decía Hipólita—¿cómo le voy á decir que sí, cuando nunca he mirado á Miguel con esas intenciones?... ¡V. no ha oido decir que casamiento y mortaja del cielo baja!!...

—Sí, Hipólita,—repuso la vieja—casamiento y mortaja del cielo baja y yo me figuro que esto me lo dice Dios, y si nó que diga Miguel si tiene miras para otra persona, que yo no quiero hacerle fuerza á nadie.

Miguel se quedó pensativo.

—Yo, seña madre —dijo éste—á todas he mirado y más de una me gustan para llamarlas mi fulana ó mengana; pero yo llevo á gusto casarme con Hipólita si ella quiere, porque á ninguna he llegado á decir «por *hay* te pudras...»

—Ya lo ves Hipólita —añadió seña María,—sólo falta que digas que sí.

Un poquito parada quedó la muchacha con estas razones y más que parada colorada como un pavo; pero al fin, sobreponiéndose á su timidez, no tuvo más remedio que asentir á la pretensión de seña María, diciendo:

—Bueno: si los dos lo llevan á gusto no tengo inconveniente en casarme... y sea lo que Dios quiera.

Antes de un mes celebróse la boda de Hipólita y Miguel, los cuales no pudieron disfrutar de la compañía de la pobre vieja mucho tiempo después de verificado el casorio.

Pero el que la *Naranjita* había de vivir sólo en este mundo, estaba ya escrito, como dicen los árabes. Su marido Miguel, que lo mismo podía ser ángel por el nombre y el carácter, como angelote por su estatura y fornida complexión, bien pronto pagó su tributo á la muerte, dejándole á Hipólita un retoño de un mes que tan solo por quince días más alentó vida.

Sola otra vez en el mundo, Hipólita fué solicitada por el padre de D. Jacinto para que amamantara á su hijo, y después de estar ocho días, como prueba y precaución, alimentando un cachorrillo, dedicóse de lleno á criar á Jacinto, al que quería con delirio porque con él se consolaba de su viudez y de la pérdida de su hijo.

Cumplido el primer año de la cría, D. Policarpo, padre

de D. Jacinto, trató de pagarle el salario que la correspondía, pero Hipólita lo rechazó diciendo que ella nunca había ganado salario, ni había servido por dinero; que vestida y comida como la tenían, estaba más que pagada; y que primero se marchaba que aceptar dádivas de sus amos. Con esta conducta, hija de su carácter bondadoso, se captó las simpatías de todos, y poco después, de ama de leche pasaba á criada y de criada á ama de llaves con una pequeña retribución. Ayudó á criar á los hermanos de D. Jacinto, cerró los ojos á sus amos; arrulló en sus brazos á los hijos de su niño; afanóse porque aquella casa aumentara en hacienda y desde la despensa hasta la bodega nada se escapaba á su vigilancia, á pesar de sus setenta y seis años.

La indumentaria con que á diario se la veía en la casa de D. Jacinto, era muy original. Su saya de buriel, algo recogida, dejaba ver las canillas forradas en medias de las deseadas por los amos; unos zapatos de paño, camisola de lienzo del país, justillo de ratina canela y una toca de lino, en cuya blancura resaltaba la cara morena y angulosa de la señora Hipólita: he ahí toda su vestimenta. Además llevaba siempre consigo un manojito de llaves relucientes y un bastoncillo en la mano que tanto la servía para sostener el peso de sus años como para endilgar un *latazo*, si se le ofrecía, tanto al primogénito como al negrilla Manuel, verdadero trompo-excusa en la casa del Hoyo.

Además formaban parte de la servidumbre de Doña Clara, la doncella de las señoras, llamada Leonor, que no había adelantado nada en el hablar chavacano, y campesino, y la negra Francisca, cocinera, mujer de Pedro y madre de Manuel, del mismo color y condición de esclavitud.

Por lo dicho, no hay que dudar que para lo que era el Puerto de Garachico después de la horrible devastación del volcán que casi lo destruyó, la casa de D. Jacinto era de las primeras, si no la primera, de aquella nobleza que contra los elementos conjurados se empeñó en resucitar de entre sus ruinas el Herculano de Tenerife.

X.

La tentación

Seguía Doña Clara cartón en mano dirigiendo la labor de sus hijas, cuando D. Jacinto llegó donde estaban ellas, todo despavorido y dando graves voces por su Clarita.

—¿Qué tienes, qué te pasa?—díjole ésta sin moverse de su asiento.

—Toma, toma, cartas de tu padre y de tu hermano que llegaron á Santa Cruz y están camino de Garachico, según me ha dicho el peón que las ha traído.

Suspendieron las jóvenes su trabajo y colocáronse al lado de su madre que había tomado la carta que luego leyó en alta voz y que decía así:

Santa Cruz, Marzo 9 de 1720.

«Mi muy amada hija Doña Clara: Ayer tarde llegué á este puerto con tu hermano que viene tan soltero como fué y con intención de establecerse en las haciendas de Icod. Mañana á la noche tendrá el consuelo de abrazarte y darte la bendición.

Tu padre,
EL MARQUÉS DE S. ANDRÉS.»

—Bien: por lo visto llegan esta noche,—dijo Doña Clara.—Llaman enseguida á *seña* Hipólita, y tú Jacinto arréglate para que vayas con tus hijos á encontrarlos en la Rambla. Eso por lo menos...

—Donde tu quieras Clarita,—repuso D. Jacinto:—voy á llamar á los muchachos para que, en cuanto comamos, me acompañen á caballo.

Y salió como un estampido dando gritos por sus hijos y los criados.

Mientras tanto la vieja Hipólita llegaba al estrado haciendo sonar su «bastón de mando» y su manojito de llaves. Todavía no había terminado de decir «qué quiere la señora» cuando ésta le comunicó que su padre y hermano llegaban aquella noche; que diera orden á Francisca para que avivara la comida; que á la tarde arreglase los gabinetes donde aquéllos se habían de hospedar y que viera si en la sala estaban completas todas las bujías de los candelabros.

Con estas disposiciones hubo una de gritos, de sube y baja, de órdenes y contra-órdenes, que no había quien se entendiera en aquella casa.

Doña Clara, callada y pensativa, sólo contestaba con monosílabos á las repetidas preguntas de sus hijas. De pronto levantó la cabeza y dirigiéndose á Inecita, le dijo;

—Llama á Leonor y que te peine y ponga el vestido de tafetán verde, para luego yo colocarte los pendientes y el collar. Conque ya sabes; anda pronto.

Salió la niña y luego que su madre la sintió alejarse de la alcoba, se dirigió á Otilia que estaba algo separada de su lado.

—Siéntate aquí,—la dijo—que quiero hablarte muy serio y de cosa que te puede interesar.

Obedeció la jóven no sin alguna extrañeza, pero se dispuso á oír á su madre, la que, á quema ropa, le preguntó:

—¿Te gustaría, Otilia, ser hoy Vizcondesa y quizás en día no lejano Marquesa de San Andrés?...

—¿Y por qué mí señora madre me dice eso?...—preguntó á su vez Doña Otilia, que si mucho se había extrañado del tono con que su madre la requirió á la conferencia, más se había sobrecogido con aquella pregunta tan extemporánea.

—No,—replicó Doña Clara:—contestáme tu y después veremos si yo te puedo contestar á tí.

Perpleja cada vez más, al fin dijo Doña Otilia:

—Por gustarme... vaya que si me gustaría...

—Bueno; si á ti te gusta,—añadió Doña Clara,—necesario será trabajar en ese sentido. Por lo demás, esta tarde cuando venga mi señor padre y mi hermano, nada de encargimientos, sobretodo con tu tío; advierte que viene de pasar largo tiempo nada menos que en tres cortes; en fin, tu tienes ya tus años y eres discreta...

Al llegar á este punto de la conversación, unas palmas y una voz poco expedita advirtieron que llamaban á la señora.

—¿Será Doña Olalla?—dijo aquella.—¡Oh, ahora me vendría de molde!...



XI.

Una ayuda llovida del Infierno

Abrió Doña Otilia la puerta de cristales, y en efecto, era Doña Olalla la que llamaba.

—Pase V. Doña Olalla—dijo Otilia.

—¡Jesús! que... que... laberinto en esta casa; que... que hay de *novedá*.

—Pues, nada Olalla,—repuso Doña Clara—que esperé esta noche á mi señor padre y á mi hermano el Vizconde.

—¡*Mujé!*... qué... qué me dices....

—Lo que oyes, Olalla...

Doña Olalla Oscar y Tropez era una pollita de sus cincuenta muy largos, vástago de ilustre progenie, que tenía entrada franca en todas las casas de más humos aristocráticos, si bien en tertulias y visitas era el hazme-reir (por supuesto en su ausencia). Su gaguera, su piel rugosa, sus afeites de cal y almagre, hacían de Doña Olalla un tipo tan risible que era materia de picadillo en que empleaban damas, jóvenes y viejas las finas tijeras de la lengua.

Habíase separado de sus hermanos para vivir á sus an-

chas; su ocupación favorita, además de visitar iglesias, era la de calentar estrados, á donde llevaba para gastar sin retribución estimable su caudal de noticias adquiridas en los mismos centros, en tiendas, ventas, y otros sitios por el estilo; aquí comía, más allá almorzaba y casa de fulana tomaba el chocolate, el dulce ó la otra golosina; en una palabra, por no encender fuego en su casa pasaba los días y meses de corre vé y dile, enredando á media humanidad.

Este tipo *sui géneris*, saludó á su amiga, hizo un cariño á Otilia y después de quitarse el manto con mucho cuidado, se estiró las sayas, y miróse á la luna de una cornucopia, dándole dos ó tres golpecitos al peinado, en el que traía un almud de flor de harina, sin contar una garzota con tembladeras y un espejillo con unas gámbainas y otras figuras difíciles de explicar.

—*¡Pedo, Cudita!*—dijo una vez que terminó su arreglo —¿cuándo te *tajeron la cata?*

—Pues, hará media hora, Olalla.

—¿Y viene bueno el Vizconde?... ¿Qué guapo no *vendá*, eh?...

Oyes: ¿*vendá* casado?...

—No, Olalla: viene soltero, y según dice mi padre y señor, con propósito de casar aquí con una parienta.—Y al mismo tiempo que Doña Clara decía esto, fijó los ojos en su amiga como queriéndola decir: ¿adivinas mi pensamiento?...

—¡Con una *padienta!*... ¿Y quién *pué sé?*

¡Ah, *picadona!*... con Otilita: y no me habías dicho nada!...

--¿Qué dices, Olalla? ¿quién piensa en semejante cosa?—repuso Doña Clara con fingida gravedad.

Mi hermano es muy dueño de casarse con quien quiera; además tú sabes que mi carácter y el de él no vienen á una. No; ni pensado.

Esto último lo pronunció con cierta sonrisa mal reprimida, por lo que Doña Olalla cayó en la trampa y creyó á piés juntillas que, efectivamente, el Vizconde regresaba á casarse con Otilia.

En este diálogo se hallaban las dos, cuando el toque de una campanilla dió el aviso de que ya estaba dispuesta la comida.

Doña Clara y Doña Olalla se dirigieron al comedor mientras tanto caminaban por las espaciosas galerías que á éste conducían, la gaga se decía para sí: «¡Si se *abandonado* la muy *señoda* que soy bobal... ¡Pa que había de *venir* el Vizconde!... ¡Esta *tade mismito* lo *avediguo!*...»

Fueron entrando los individuos de la familia en el comedor: los hombres iban de punta en blanco, con sus pelucas muy llenas de bucles y muy empolvadas, los sombreros con vistosas plumas; grandes chupas y casacas y en las bótas adornado el tacón con espuelas de plata; las damas con sus tontillos, petos de escote, mangas de encajes de Flandes y otros atavíos de la época, y como no tenían necesidad de pelucas empolvábanse el pelo que adornaban con joyas y garzotas. La comida fué animada y muy á prisa.

Tan pronto se levantaron de la mesa los manteles, después de dar las gracias y rezar por los muertos según la fórmula, D. Jacinto y sus hijos montaron á caballo. Despidióse Doña Olalla después de un rato de reposo y las mujeres fueron á dar las órdenes oportunas para el mejor recibimiento del Vizconde y su padre.

Dejemos ahora á los caballeros galopando hacia S. Juan de la Rambla y á las señoras en sus tiquis-miquis de mujeres, y sigamos á doña Olalla Oscar y Tropea.



XII.

Un percance del oficio

Como ballesta disparada salía Doña Olalla de la casa del Hoyo, pero al llegar al descanso de la escalera vió que en los gabinetes la vieja Hipólita arreglaba las camas para los nuevos huéspedes, y ocurriéndole que de la vieja podía obtener algunas noticias, se entró de rondón en uno de aquéllos, diciendo:

—Vaya que *adeguía* Hipólita. Ya sé que vas á *tené* biznietos...

—¿Qué dice su merced?—preguntó la vieja con semblante arrugado, pues no era la gaga garbanzo de su puchero.

—¡Bah, *paque* te haces boba!—arguyó Doña Olalla con gesto impertinente—¡pues no sabes que viene *é* Vizconde *pa casase* con Otilita, de lo que me *alego* mucho *po que* la *quieo* como cosa mía!...

¡Bah, *pos* todo *Gadachico* sabe eso!...

—Bueno, Doña Olalla—repuso Hipólita—déjese de enjuagues, que esas no son cuentas de mi rosario, ni creo que del suyo, caso de que fuera cierto...

Indignada Doña Olalla con el modo de contestar de la vieja y más que todo por la cara que la había mostrado, no pudo contener su génio y le dijo:

—¡*Hábase* visto *mayó desvegüenza!*... ¡qué no son cuentas de mi *dosadio!*... ¡No *sedán* del tuyo vieja *estopajo!*...

Lo mismo fué Hipólita verse injuriada de tal manera, que montar en cólera y descargar el bastón sobre la cabeza de Doña Olalla, dando al traste con el monumento de su peinado... ¡Aquí fué Troya!

Doña Olalla perdió la poca serenidad que le quedaba, é iracunda y fuera de sí arremetió contra la vieja y del primer empellón la tiró sobre la cama, arañándola furiosa. Leonor, la doncella, que vió á su capitana mal trecha, e pronto no supo ni que hacer; pero reponiéndose del susto y viendo que el peligro en que se hallaba la pobre vieja era cada vez mayor, acudió á contener la furia de Doña Olalla y agarrando á esta por el moño con todas las fuerzas de sus 20 años, pudo librar á *seña* Hipólita del terrible coraje de su adversaria.

Lo mismo fué la gaga verse sujeta por aquellas tenazas que tan bien prendida la tenían por el cogote, que empezar á dar berridos, con sus altos y bajos, pues lo que quería decir gritando, con la precipitación, el coraje y la guerra no había cristiano que lo entendiera.

Leonor seguía tirándole por el moño y *seña* Hipólita que ya se había rehecho, echó mano á su caído cetro enarbolándolo en alto, dirigióse á zurrarle la badana á su agresora, diciéndole:

—¡Ah, grandísima hija de... ya lo verás como tratas una vieja!

Pero, afortunadamente, á los gritos y cacaridos de la gaga bajaron corriendo Doña Clara y sus hijas, y á la vista de éstas, Leonor soltó el moño que tan bien agarrado tenía, y á *seña* Hipólita se le cayó el bastón de las manos.

Doña Olalla al ver á su amiga, rompió á llorar y entre sollozos y monosílabos Doña Clara pudo adivinar sus quejas.

Por el entrecejo que ponía la dueña de la casa, entendieron las criadas que la tempestad iba á desatar y que á

ellas les tocaría la mejor parte; en efecto, la sañuda dama hizo callar á la gaga y volviéndose á las sirvientas les dijo:

—Si se dice no se cree esta gran desvergüenza; ¡qué mis criados castiguen en mi casa á mis amigas, sin respetos ni miramientos!...

Y no tanto me llama la atención de esta mocosa desenvuelta cuanto de una mujer de edad como Hipólita que tanto pan ha comido en esta casa...

—¡Jesús!... ¡qué escándalo!...

La desventurada vieja no se podía sostener en pié del temblor de piernas que tenía; pero Leonor, más animosa que su compañera, al ver la zalamería y ruindad de la gaga contestó á Doña Clara:

—Los *probes*, señora, también dicen verdad y yo quiero *disirla pa* que cada cual lleve su merecido.

—¿Y qué tendrá que decir *Doña Pispá*?...—repuso Doña Clara con tono irónico.

—Pues lo que tengo que *isir* es que la culpa es *tuita* de Doña Olalla que vino á *sosacar* á *seña* Hipólita, de que si el hermano de su merced viene á casarse con la señorita, que si todo Garachico lo dice, que si no lo dice...

—¡*Mentidas!*... ¡*mentidas!*...—gritó la de Oscar.

—Agradece su merced el que la señora está aquí, que si no... ya yo le diría quien miente.

—¡Leonor!...—gritó Doña Clara.

—¡*Mentidas!*... ¡*mentidas!*...—volvió á decir Doña Olalla.

—No señora, es mucha *verdá*.

La señora Hipólita,—continuó Leonor—le dijo que esa no era cuenta de ella, y como no le dió oídos á sus enredos la llamó vieja y estropajo..... Entonces *seña* Hipólita levantó el palo y le dió un *tanganazo* en el *frontispicio*, y le echó abajo el *temblique* y el espejillo.

—Eso si es *vedá*,—aulló Doña Olalla.

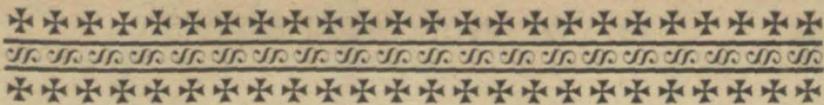
—Pues, también lo otro,—añadió Leonor—porque su

merced no dice más verdad que yo. Esto, Doña Clara, es el *avangelio*. Yo me quedé atontada cuando *vide* á Doña Olalla sobre *seña* Hipólita, que *paece* que la *diba* á matar y como no pude con mi *génio* la agarré por el moño *pa* sacarle fuera, porqué no *jallé* otro agarradero en aquel momento.

Cuando Doña Clara oyó este relato, entendió que la gaga, ó más bien dicho, ella, tenía la culpa de todo; pero no conviniéndole dar su brazo á torcer, ni mucho menos reconvénir á Doña Olalla, dijo dos ó tres cosas más á las criadas, si bien en forma más templada, y tomando por el brazo á su amiga se la llevó al estrado, para allí arreglarle el *temblique*, como decía Leonor.

Entre madre é hijos la peinaron de nuevo, empolváronla con polvos de olor, diéronla colorete fino y pusiéronla una garzota y un espejillo de corazón tan grande que se podía mirar en él toda la estancia. Con estas zalamerías y una copita de vino dulce y dos rosquetes que le hicieron tomar—pues conocían lo muy golosa que era—templáronle el dolor del cogote, de que se quejaba á menudo, llegando á reirse de pura satisfacción cuando á ruegos de la picarona Inesita se contempló en la cornucopia tan guapa y aderezada,

A cosa de las cuatro, ya completamente en calma, salió Doña Olalla de la casa del Hoyo, sin más incidente trágico que un hondísimo suspiro que se le escapó al pasar por la puerta del maldito gabinete; y tanta traza se dió y tantas visitas hizo en lo que quedaba de tarde, que á las ocho de la noche, hora en que entraban los viajeros en el puerto, hasta entre la gente de mar y otras de humilde condición que se habían reunido en San Roque para ver pasar á los señores, se decía como cosa cierta que el Vizconde venía á casarse con la hija más vieja de su primo D. Jacinto.



XIII.

Un carácter

D. Jacinto del Hoyo y sus hijos no quisieron llevar criado ni lacayo porque de Garachico á la Rambla parecían corta la jornada. Desde que salieron del pueblo picaron las caballerías y estas subieron el «Guincho» como relámpagos; cruzaron luego por Icod á trote largo y así siguieron hasta el «Callado,» donde tuvieron que moderar el paso. Pasado el pueblecito de la Rambla pudieron avistar la hacienda de la «Torre» y por las acémilas que vieron afuera de la portada entendieron que los huéspedes habían llegado ya, si no era que habían mandado la carga del equipaje con anticipación.

A los pocos momentos llegaban ellos también á la portada; echaron pié á tierra dando las bridas de las caballerías á unos chicos que allí estaban contemplando la carga de las mulas, y en conversación con los arrieros, y por la vereda empedrada que conducía á la casa fuese D. Jacinto seguido de sus hijos.

En cuanto entraron en la sala, al primero que encontraron fué al Vizconde que en compañía de *tío* Domingo de León, el medianero, iba á salir en aquel momento, y aunque D. Jacinto levantó los brazos queriendo abrazar á su cuñado y primo, tuvo que bajarlos, algo azorado, pues D.

Cristóbal, echó pié á atrás y unicamente le tendió la mano, diciéndole con gracejo:

—No te turbes Jacinto; no quiero que me abracés porque vengo más desvaído que el barco que nos trajo, y si me meto en esos brazotes tuyos con seguridad que salgo mal parado.

—¡Pero Jesucristo!... —añadió—¿son estos tus cachorros y mis sobrinos?...

—Sí, primo, estos son— contestó D. Jacinto, ya menor mohino.

—Vaya, hombre, por lo visto no te ahorraste la cal para el canto...

¡Compadre!... ¡qué mocetones! ¡No dejará de estar contenta mi señora hermana con esta hermosa yunta de guechos!

Vaya, guapos mozos: aquí tenéis á vuestro tío, de quien habréis oído á vuestra madre alguna majadería; pero ya le véis, este león solo es para la cabeza de mi hermana, porque para los demás no tiene carne para un pastel, ni uñas para un ratón.

Si queréis ver al Marqués—terminó diciendo—seguid para adelante, que está, me parece, viendo la hacienda desde el corredor. Yo, en tanto, despacharé con el mayordomo unos asuntos de urgencia.

D. Jacinto y sus hijos siguieron el camino que les indicó el Vizconde, y, en efecto, encontraron al marqués en el corredor, donde le abrazaron sin temores. El abuelo se quedó admirado viendo á sus nietos, y después, unos y otros, empezaron á hacerse tantas preguntas que se desalivaron mutuamente.

El Vizconde con el mayordomo visitó la bodega y al llegar á la gañanía vió una muchacha como de veinte años, frescachona, de buenas facciones y hermoso color.

—¿Quién es esa jóven tan guapa?— preguntó el Vizconde á Domingo.

—Señor;—repuso éste—esa es María Josefa, la que su señoría dejó cuidando las cabras.

—¡Qué me dices hombre! ¡María Josefa!... ¡Vaya, cómo crece este ganado!

—¡Pues si su señoría viera á mi *Luciyya* que ahora tiene 18 años, y á Lorencillo que *jizo* 23 en los Reyes; ese sí que está lucido!...

—Llámalos, Domingo; llámalos que quiero verlos.

Obedeció al instante el medianero, el cual llamó á su hija y le dijo:

—Corre María Josefa, busca á tus hermanos.

—¡*Guá*, Señor padre!...—replicó la muchacha—¡si están en la *gañaniyya*!

—¡Ah. *jijos* de una muertel!...; ¡muchachos más vergonzosos no los hay!... ¡*Lorencillo*! ¡*Luciyya*!—gritó Domingo.

A las voces de su padre aparecieron los llamados: los dos como la María Josefa, desnudos de piés y piernas; la Lucía con su enaguita de zaraza azul con pintas blancas, un justillo de lana con rayas de vivos colores y un pañuelo en la cabeza, por debajo del que se veía asomar un pelo rubio de color de oro. La blancura de la tez, lo fino de las facciones de la chica, la blanca y unida dentadura y el vivo carmín de lábios y mejillas, realzaban en tal grado su belleza, que el Vizconde, peritísimo en la materia, no pudo menos que quedarse alhelado delante de la muchacha, á la cual, por momentos, se le iban subiendo los colores á la cara al ver la fijeza con que el amo la miraba.

—Tenías razón Domingo—dijo el Vizconde á su medianero—guapa, muy guapa es tu Lucía. Sale á tu mujer, pues Francisca fué también muy buena moza, si bien no tanto como la hija.

Y dirigiéndose al varón que sombrero en mano miraba á su señor, complacido al ver que alababa á su hermana, añadió:

—Vaya, buen mozo; también te encuentro hecho un hombre, y bastante guapo por cierto.

Efectivamente; el muchacho era esbelto, derecho, bien formado, enjuto de carnes, pero sin flaqueza, moreno, de ojos negros no muy grandes, que parecían inteligentes y perspicaces, y con unos pelillos, como seda de finos y suaves, que anunciaban el comienzo del bigote.

Después de mirar á todos tres jóvenes, volvióse el Vizconde al padre y le dijo:

—Nada Domingo, está visto; María Josefa es la meza de vosotros dos, fundida, pero bien fundida; Lorenzo es tu sólo, pues me recuerda cuando de su edad jugabas conmigo á las balas; Lucía es toda de Francisca, pero de facciones más delicadas y ojos más azules.

Venid acá, muchachos;—agregó el Vizconde,—tomad para que os compréis una gala en nombre del señor Maqués y del mío.

Y acompañando la acción á la palabra, metió la mano en su bolsa y sacó tres ducados que dió á los jóvenes, no sin que éstos se ruborizaran al cogerlos y se quedasen sin saber como dar las gracias. Pero al fin, Lorenzo rompió silencio y en nombre de sus hermanos dijo:

— Dios le pague á su merced.

Cuando el Vizconde volvió á la sala se encontró con su padre, su cuñado y sus sobrinos todavía andaban enredados en dimes y diretes. Al verlos puso cara de vinagrillo y para cortar aquella conversación que por lo visto le disgustaba, hizoles presente que aún tenían que andar un largo trecho y que el camino no era muy bueno.

Comprendiendo todos la razón pusiéronse en marcha, y al tiempo de montarse salieron á despedirlos Domingo, Francisca su mujer y los muchachos, ya menos vergonzosos y más agradecidos.

Reparó D. Policarpo en las hijas de Domingo, y como si se tratara de una golosina que excita los apetitos más refinados, no pudo sustraerse al seductor influjo de la belleza

encantadora de aquellas muchachas, á quienes miraba con ojos que á la legua se veían codiciosos... anhelantes. El Vizconde que había parado mientes en aquel detalle, quiso dar un sofocón á su sobrino, diciéndole con afectada gravedad.

—Vamos, D. Policarpo, que la margarita de los campos, por fina que sea, no es comida digna de noble rinoceronte...— frase que dejó muy hueco á D. Jacinto, algo azorado á su hijo y pálido y enguruñado al viejo Marqués, que de toda aquella compañía fué el único que entendió la acera-da pulla.

La buena Francisca y su marido despidieron á sus amos con expresiones muy cariñosas y sintiendo no les hubieran avisado para tenerles todo pronto á fin de que hubieran hecho noche allí; pero con la promesa de que ya vendrían á su tiempo, quedóse consolado aquel sencillo y feliz matrimonio.

Pasado el pueblo de la Rambla, el caballo que montaba el Vizconde comenzó á dar saltos y cabriolas, cosa no esperada en un animal que había hecho camino tan largo, pero que le sirvió de pretexto para adelantarse, suponiendo,— que es mucho suponer— que al bruto no le agradaba la compañía del caballo de D. Jacinto; picó, pues, de lo largo el Vizconde y cuando ya se vió bastante retirado, puso en paso al caballo, que bien se lo agradeció, y considerandose sólo comenzó á razonar de este modo:

—Este hotentote de mi primo y cuñado ¡cuidado que adelanta en animal!... ¡Y los crios Santo Dios! ¡qué lobeznos!...

¿Cómo estará de hueca la bachillera de mi señora Doña Clara con esta recua de salvajes?... Con seguridad que en ocho dias no acaban entre todos de hacerme preguntas; y como si las estuviera oyendo: que si en París se comen coles; si en Londres el agua es fría, si en Madrid tocan las

12 con campana... Señor, ¿y cómo me libraré de todo esto? ¿No ir, por qué no?... Mi padre se enfurruña, sus mercedes un tanto más, la leguleya de mi hermana dá parte al alcalde de Garachico. En fin, que si voy pago todas las que tengo hechas en este mundo, y aunque bastante debo á Dios Nuestro Señor, preferiría pagarlas con ayunos y disciplinas...

En estos soliloquios y tétricos pensamientos iba entretenido el Vizconde, cuando observó que el sol pronto se ocultaba á su derecha y que en el alto de San Juan del Iniparo, al que estaba inmediato, se hallaba un grupo de personas que miraban al camino: tiró de la brida á su caballería para salir luego de su curiosidad y también porque vio las caballerías de su padre y parientes que ya casi le querían juntar.

Cuando llegó al grupo que le había llamado la atención, se encontró con que allí estaba el Licenciado D. Nicolás Borges, su íntimo amigo; Blas Díaz Socas, su mayordomo de Icod y el guardián de los franciscanos de dicho pueblo, Fray Luis Hernández. Una vez que los hubo saludado con el afecto y cariño que cada uno se merecía, el guardián tomó la palabra y díjoles en tono de arenga que estaba aguardándolos porque el guardián de Garachico le había avisado que pasarían para dicho puerto en aquella tarde como no era justo que el convento del Espíritu Santo, que reconocía por patrono al Sr. Marqués, su padre, no usare de cortesía con un tan generoso bienhechor, le pareció prudente darles la bienvenida; que conociendo lo que él apreciaba al licenciado y á su medianero Blas, les había pasado recado para que lo acompañasen. Y, por último, les dijo, que para el Sr. Vizconde tenía prevenida una fineza en aquel religioso que estaba sentado en los poyos de la Ermita, y señaló á un fraile que con la capucha calada se veía cerca de la puerta.

—¡Padre guardián!—contestó el Vizconde—¡Padres dulces y almibarados de la Orden de mi P. S. Franciscos!... conozco más de una docena, pero que sirvan para una fineza á un pollancón patiplumo como mi persona, cierto que no los he encontrado jamás, ni Dios lo permita...

El Licenciado rompió á reir.

—Pues si su señoría quiere desengañarse—replicó el guardián algo mohino—lleguémonos al religioso, que por lo visto es vergonzoso y de poca...

—Vamos en buen hora—interrumpió el Vizconde.

Y acercándose al fraile que al verlos llegar se había puesto en pie, no sin algún trabajo, el guardián se dirigió á él y echándole atrás la capucha dejó al descubierto la cara de un anciano, muy arrugada pero muy simpática. Al verlo, el Vizconde lo abrazó con efusión y volviéndose al guardián le dijo:

—Padre guardián, retiro lo dicho; pues mi padre Lector Leyba es para mí más que una fineza, es un hermano.

¡Pero mi querido Lector!—añadió dirigiéndose á éste, que tenía todavía entre sus brazos:—¿quién le echó de la Palma á Icod de los Vinos?... ¿Cómo me había de figurar que V., mi viejo maestro, andara por estos mundos?...

—¡Quién me había de echar Sr. D. Cristóball!—repuso el fraile.—¿No conoce su señoría á un Vizconde de Buen-Paso?... Pues ese, ese tiene la culpa de que yo haya venido á morir en Icod, porque quiero echar largos párrafos con él antes de hacer viaje y que me cierre los ojos y me dé tierra en su convento.

Al Vizconde aguaróonsele los ojos al oír á su antiguo maestro y para consolarlo en su aflicción, díjole:

—¡Quiá, Padre Lector!... todavía su paternidad tiene años para largo.

En esto llegaban, el marqués, su cuñado, sobrinos y arrieros, y después de los parabienes y saludos, se dispo-

nían de nuevo á continuar el viaje, cuando el Vizconde dirigiéndose á su padre, habló de esta manera.

—Padre y señor: á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Sepa mi señor Padre que al pasar el fuerte temporal que nos sobrevino cuando salimos del puerto de Cádiz, hice voto al Santo Cristo de las Aguas de nuestro convento, que no me hospedaría en casa ninguna por término de ocho días, sino en la pobreza de una celda que en este acto pido con toda humildad al Padre guardián. Si antes no lo había dicho á vuesa merced para no desasosegarle ni contradecirle en sus planes.

—¡Pero hombre!—dijo D. Jacinto—¡si te espera tu hermana que tiene ya todo arreglado!

—Primero es lo primero á mi entender, señor primeramente iré si mi señor padre me lo manda, que entonces la obediencia debida me libra del voto; pero á cuenta y razón de su conciencia y descargo de la mía.

Algo pensativo quedó el marqués, pero luego repuso.

—Yo, Sr. Vizconde, no seré quien le libre del voto; cúmplalo vuesa merced y Dios le ayude.

—No se podía esperar menos de la cristiandad de un tal caballero—dijo el guardián,—opinión que confirmó con su parecer el Lector Leyba y el Licenciado.

—Bien, tío—dijo D. Policarpo—mañana subiremos verlo de fraile.

—¡Sobrinos...! no tanto ni tan poco;—replicó el Vizconde—no voy á meterme de fraile, por lo que no es tanto, ni conviene tener en estos días visitas de parientes, para que no sea tan poco el sacrificio hecho á Dios.

—Bueno, hijo—agregó el Marqués,—no te contradigo en nada; tú vete con los padres y estos señores á Icod, que nosotros nos marchamos á Garachico, pues ya voy quebrantado y quiero descansar cuanto antes.

Despidiéronse: tomó el Vizconde la bendición á su padre, y cuando se alejaron, los dos frailes sentáronse á mu-

jeriegas en dos borricos; el licenciado y Blas tomaron sus caballerías, y fuéronse camino de Icod.

Como los borricos de los frailes no podían seguir al paso de las caballerías, Blas se quedó convoyándolos con su mulita, y el Vizconde y el Licenciado se alejaron un poco.

Cuando ya iban algo separados, éste se dirigió á su compañero y le dijo:

—Me parece que su señoría viene muy fervoroso.... señor Vizconde.

—Mira, Nicolás—repuso éste—déjate de señoríos y vizcondes; traigo el pellejo que llevé, y, por tanto, nos trataremos de tú á tu, como siempre. Más, como á pesar de su formalidad y hombría de bien, señor licenciado, reconozco en V. algunas marrullerías, le diré que si no he cambiado de pellejo, tampoco en cristiandad sin hipocresía, ni en la afición que V. sabe...

—Vaya, Cristóbal; así me gusta que no hayas mudado nada en esos mundos de Dios; pero en cuanto á lo último que indicas, ya tendrás que variar si, como se dice por aquí, vienes á casarte con tu sobrina Otilia...

—¿Qué dices, Nicolás?... ¡qué vengo á casarme con mi sobrina Otilia...! ¡Tu sueñas!...

—Así me lo han dicho el Padre Guardián y el Lector.

—¿Pero de donde han sacado esa especie los buenos padres?...

—Si mal no recuerdo—dijo el licenciado—el guardián me indicó que se lo decía en su carta el compañero de Garachico.

—¿Cuánto apuestas, Blas, á que eso es tramoya de la lagarta de mi señora hermana?... Cuando menos la muchacha es alguna visión; no habrá encontrado quien apechugue con ella, y como ya tengo algunos años, creará voy á ser el cirineo... pero se engaña.

—Vamos, Cristóbal;—añadió Borges—no te enfades por eso, que quizás sea alguna conjetura de la gente ocio-

sa, y ya que hiciste voto al Señor de las Aguas, que no te vaya lo dicho á intranquilizar en estos días.

—¡Pero alma de Dios...! ¿No te bastó con haberte tragado la bola del casamiento, sino que también engulliste la del voto?...

—¡Pues qué!... ¡tampoco hay tal voto...!

—¡Qué voto ni qué calabazas!...—añadió el Vizconde— Cuando en la Viña de la Rambla me encontré con el pollo no de mi cuñado y primo y los dos gonzos de sus hijos, que en menos de cinco minutos hicieron á mi padre un diluvio de preguntas á cual más bobas, tanto se me crisparon los nervios que en todo el camino he venido pensando cómo me libraría de ellos en los primeros días, al fin di que mi padre y señor los desbravara empachándolos de noticias. Así fué que cuando mi padre Lector me dijo que quería echar conmigo unos párrafos, ocurrióseme la idea que, á Dios las gracias, no sale mal hasta la fecha.

—Cristóbal: tienes unas cosas que ni al diablo le ocurren; mira que inventar un voto para librarse de dar noticias, tiene que ver... Bien sabes tu que decírmelo á mí es como si no lo dijeras; pero mira que si el Padre Román lo supiera, ó D. Marcos Verde de León, sin disciplinas no te escapabas tu del Santo Tribunal, aunque tu señor padre sea Alguacil mayor de la Fé.

En esto callaron porque ya entraban en las calles de Icod, yendo á parar á la portería de San Francisco donde echaron pié á tierra.

Desde que entraron en el convento, el Vizconde fué objeto de grandes atenciones y agasajos por parte de los frailes, que veían en él, tanto un hombre de mucha ilustración, cuanto al hijo de su patrono, que era lo que más cuenta les tenía.

—Durante aquellos días infinidad de amigos visitaron en el convento á D. Cristóbal, sin que por ello dejara éste de cumplir su aparente voto.

Pasados los ocho días, muy de mañana, se despidió el Vizconde de los frailes, diciendo que quizás iría al pueblo de Guía; pero al pasar por la casa y hacienda de Alzola entró en ella, y allí fué obsequiado por su medianero Blas Díaz Socas. A cosa de las diez de la mañana vió pasar en dirección á Icod á su cuñado y sobrinos que iban á buscarle; tan pronto se persuadió que marchaban de largo, hizo sacar su caballo y prohibiéndole al medianero dijera donde había ido, aun que le preguntaran, se puso en marcha dirigiéndose á Garachico satisfecho de haberle jugado aquella broma á sus parientes y más que todo porque estaba libre de ellos en el corto rato que pensaba estar en casa de su hermana, á donde llegó dando las once de la mañana en el reloj de la parroquia.

Al punto que paraba su caballo ante la puerta de la casa de doña Clara, Inesita, que estaba en el balcón, aunque no conocía á su tío, se le metió en la cabeza, que aquel había de ser: se entró corriendo y empezó á dar gritos por su madre, diciéndola en cuanto la encontró:

—¡Madre!... ¡tío!... tío, que está ahí.

Bajó al instante doña Clara, pero por muy de prisa que lo hizo, primero llegó á la antesala el Vizconde. Corrió hacia él y abrazándolo le dijo:

—¡Cómo así hombre has estado tantos días sin ver á los tuyos! ¡y Jacinto y mis hijos, no te encontraron!...

—Pues no he tropezado con ellos—respondió el Vizconde—yo salí temprano y me he entretenido en el camino, entrando en algunos sitios; quizás en esos momentos pasarían ellos y yo no pudiera verlos...

Oyes, ¿y padre, cómo está? ¿Ha descansado?...—preguntó para variar de conversación.

—Si hombre; hará un rato que salió á pagar las visitas que le han hecho.

Me parece que fué, según me dijo, á comenzarlas por las monjas de Santa Clara.

En esto presentáronse Otilia é Inés; la primera toda ruborizada y la segunda con cara de páscuas.

El Vizconde cuando vió á sus sobrinas se levantó de su asiento y dirigiéndose á Inés la cojió por una mano, diciéndola:

—Ven acá, rubilla: que grande estás; toma ese beso por lo bonita que vas á ser—y al paso que la besaba la hacía halagos de cariño.

En cuanto á esta madama,—dijo luego dirigiéndose á Otilia—por su apostura, edad y belleza, sólo corresponde darle la mano con toda galantería—y según lo decía lo hizo, pues solo tocó las manos de la jóven con las yemas de los dedos.

—Las cosas tuyas, Cristóbal, no tienen precio: ¡cómo si no fuera tu sobrina y tan inocente la una como la otra!... —dijo doña Clara.

—No lo digo por eso,—contestó don Cristóbal,—que tal lo creo porque tu lo dices; dígolo porque al dar un beso á una doncella como Otilia, aunque uno no quisiera, no puede menos que derramar la sal de la boca y como ya tengo algunos años, hay que ir economizándola...

—Vamos Cristóbal ¿y qué te parecen tus sobrinos?... A todos los dejaste chiquititos y ya ves lo grandes que están, y todavía me parece han de crecer algo más, pues como sabes son unos niños.

—Te diré Clara—repuso el Vizconde—Inesita creo saldrá á nuestra abuela doña María Massieu, que según le tengo oído á padre, en su tiempo fué la dama más hermosa de toda la Palma, y eso que como tu dices no ha estirado bien el cuerpo.

Otilia se parece á tí mucho, si bien tiene algunas partes en que te aventaja; sus ojos son mejores de lo que en su

edad fueron los tuyos y sien boca ahí andáis, la de ella es más salerosa aún que la tuya; si tu encontraste un Jacinto entre la misma familia, puede que ella encuentre algún clavel... En fin, el tiempo lo dirá.

En cuanto á crecer, me parece que, como Policarpo, para arriba poco ha de aumentar Otilia; ahora para otros lados también el tiempo y las acciones lo dirán.

Y por lo que hace á Juan Tomas, al que dices dedicáis á la Iglesia, si se hace fraile, que lo dudo, ya le llamarán el *Padre Bochín*...

—Me parece, Cristóbal, que para tí los cuarenta son iguales á los veinte—dijo doña Clara.

Siempre tomas las cosas á broma; en formalidad, ni á prodigios.

Salió Inesita á quien había llamado la doncella para peinarla, y al poco rato doña Clara se levantó, diciendo á su hermano:

—Como estás en tu casa y yo voy á mis quehaceres, entretén á Otilia con algún cuento de lo mucho y bueno que has visto.

La pobra jóven fijó sus ojos en su madre como para decirla que no era de su agrado quedarse sola; pero doña Clara, sin hacer caso de la muda súplica de su hija, salió gritando por Hipólita.

A Otilia, tras la angustia, subiósele el color á la cara en tal forma, que con la décima parte no hubiera pasado inadvertido para un cortesano de la catadura del Vizconde. Conoció éste el apuro de su sobrina y para indagar de ella algo de los planes que sospechaba en su hermana, se apresuró á manifestar su duda.

—Parece, hermosa sobrina, que no lleváis á gusto el estar con tu tío: si crees que el caballero de tus pensamientos te ha de tomar esto en cuenta, dílo con llaneza, para evitar tus desazones.

—Yo—dijo Otilia con los ojos bajos y ruborosos—no tengo nada de lo que vuesa merced dice, señor tío.

—¡Pues qué!—agregó éste—¿qué tus padres á tu edad no te tienen concertada la boda?...

—Tío, en casa no se ha pensado en eso; Leonor la doncella me dijo un día que se decía que D. Juan Domingo le había hablado á mi madre y señora, pero que ésta le había contestado no sé que cosas.

—Vamos, ¡qué no sabes lo que contestó tu madre?

Diciendo esto el Vizconde se oyeron unas palmaditas dadas en la sala. Otilia se iba á levantar para ver quien llamaba, pero no fué preciso, porque ya estaba allí doña Olalla Oscar y Tropea, resoplando como un fuelle de herrería.

Tan pronto la vió, el Vizconde púsose en pié, y al fijarse en ella apretó los carrillos para no soltar la risa, disimulando su apuro con hacerla un saludo tan cortés que estuvo á punto de tocar el suelo con las manos, al paso que la decía:

—Mi señora *Doña Mollar*: ¡cuánto celebro el verla tan famosa, tan apuesta y tan polla!... ¡Oh...! ¡quién tuviera la fortuna de poseer ese unto conque mi señora aleja los años!...

—¡*Señó Vizconde!*—contestó la gaga—su *señodía* si que está *poyo*, *po* también tiene su *añito*...

—¡Oh, mi gentil señora!, no diga vuesa merced *añitos* sino años y muy pasados; y esa es mi admiración, yo con solo 40 estoy ya para arrimar y vuesa merced que pudo darme de mamar, sino hubiera sido una tirana para con tantísimos pretendientes como tuvo, siempre tan fresca y tan guapa y con ese color tan hermoso...

—*Je... Je... Jesús*: que... que *hombre* más *gacioso*; *decí* que puedo *sé* su *made* y *po* que no *quise casame* con *niguno* de os que me *petendieron*, *quedé* *hacé vé* que *éda* una monadal...

—No dije tanto en la segunda parte,—repuso el Vizconde—por más que creo que el número de apetitosos á sus gracias fuese ilimitado...

—¡No... No... No te decía Otilita que tu tío *éda* muy *gacioso!*...

Y diciendo esto doña Olalla, se presentaron en el estrado, doña Clara y don Jacinto y sus hijos, que no venían menos sofocados que la de Oscar.

Saludáronse todos con mucho afecto, aunque el Vizconde tuvo que disimular la displicencia que le causaban su cuñado y sobrinos, y al poco rato entró el Marqués de regreso de sus visitas, pues ya se acercaba la hora de comer.

Invitaron á doña Olalla con aparente empeño, pero ésta se excusó diciendo que estaba convidada á casa de las de Villavicencio y se despidió.

Ya en la calle, doña Olalla se encontró con la mandadera de las monjas de Santa Clara que venía en opuesta dirección á la suya.

—¡Va mala su merced, doña Olalla?—preguntó la mandadera.

—¡Ah, *Demigia!*... *jedas* tu...! No *mujé*, no estoy mala... ¿Y *po* qué me *peguntas* eso?

—¡Cómo vi á su merced que se santiguaba cuando salió de casa de D. Jacinto, me creí!...

—*Mía mujé*—contestó la gaga—*po* que ve una cosas á que no está *acostumbada*. Yo ya te dije que el Vizconde viene á *casase* con Otilita...

—Sí, sí... me lo dijo su merced—repuso la Remigia.

—Pues *mida*, *mujé*, *ahoda* me lo acabo de *encontá* solo en el *estado* con la *picada* Otilita. .

¿Tu has visto *mayó* poca *vegüenza* en. . . en novios?...

¡Ay tienes *po* lo que salí *jaciendo cuces!*

—Y tiene mucha razón su merced—añadió la deman-

dera—Pero dígame señora, dónde dice su merced que los encontró solos?... ¡En el *establo*...!

—No, *mujé*—dijo la gaga—¡en el *estado*...! ¡en el *estado*...

—¡Ah...! ¡vaya!, vaya... Dios me la conserve doña Olalla. Voy corriendo porque las monjitas me mandaron de toda prisa á llevar este cesto á Sr. Pedro Márquez que sale á las doce para la Vega.

—Bueno; adiós *Demigia*.

—Adiós, doña Olalla.

XIII

Cupido hace de las suyas

Después de la siesta, el Marqués de San Andrés llamó á su hijo y luego de informarse de como había pasado sus días de voluntaria reclusión, díjole:

—Has de saber que todos los amigos conocidos y parientes nos han visitado para darnos la bienvenida; y aunque tu no estabas en la casa, las visitas también á ti se dirigen, por lo que creo estás en el deber de cumplirlas juntamente conmigo.

Conforme el Vizconde con los deseos manifestados por su padre, desde las cuatro de la tarde, uno y otro, se dedicaron á subir y bajar escaleras, comenzando por las casas de los Beneficiados de la Parroquial de Santa Ana y terminando por los conventos de varones.

Cuando ya se iban á retirar á su casa porque era casi de noche, el Marqués dijo á su hijo:

—Sabes Cristóbal que ya que estamos en la calle y vamos á pasar por la puerta de mi prima Jacoba, debíamos de entrar á verla, pues como parienta bien puede perdonarnos lo inoportuna de la hora.

—Padre, si á vuesa merced le place, pronto estoy.

—Bueno; pues entremos.

Llegados á la casa, penetraron en el portal y después de buscar al tiento el llamador, D. Cristóbal dió con él un

toque muy repicado. Respondió al instante la criada, y al oír el nombre del Marqués de San Andrés, corrió presurosa á manifestárselo á su dueña.

—Baje V. con la luz Anastasia—dijo la señora.

Y llegándose ésta á la escalera añadió con agrado:

Vamos primos, arriba.

Subieron los dos caballeros, guiados por la luz del velón que llevaba la criada, y una vez que colocaron sus sombreros en una mesa que estaba en la antesala, saludaron á doña Jacoba, que los recibió alborozada y que los hizo pasar á la sala, donde encontraron á una jóven de hermosa presencia, ocupada en encender las cuatro mechas de un velón de plata que sobre una mesa se encontraba acompañado de unos jarros de cristal y otros chirimbolos. Como el estrado se hallaba también iluminado por seis bujías de cebo de Flándes perfumado, á las cuales sostenían dos grandes candelabros, al llegar al centro de la sala la señora dijo al Marqués:

—Si te parece Gaspar, irémonos al estrado.

Al mismo tiempo la jóven volvió el rostro y con una sonrisa é inclinación de cabeza saludó á los recién llegados. Estos se dirigieron al estrado y ella salió ligera como una sombra por la puerta de la sala.

La casa de doña Jacoba Gallegos casi inmediata al convento de domínicos fué de las pocas que se escaparon del incendio del volcán, razón por la que sus techumbres eran de buen ensamblaje, si bien las aristas de las vigetas, mé-sulas y florones colgantes, que en su tiempo fueron dorados, apenas lucían al presente, pues los gases sulfurados que en aquel cataclismo arrojaban las materias inflamadas de la lava, los habían oxidado por completo.

El estrado en que se encontraba doña Jacoba con sus parientes, era una habitación casi cuadrada, separada de la gran sala por una puerta de madera de cedro de medio

punto, con cristales en la parte superior; en las paredes laterales abríanse dos huecos: uno que formaba una gran ventana, con vidriera de medio arriba, provista por el interior de tapa-luces, y en la parte inferior con sus medianos de madera y sus correspondientes postigos de menudo ensamblaje y mucha cojinetería: otro, donde estaba una puerta que servía de comunicación con la alcoba y el interior de la casa. La techumbre, de madera de tea, formá-bala una ochava de vigetas talladas con todo esmero, las cuales, apoyadas en las paredes y cuadrados, terminaban en otra ochava horizontal, en medio de la cual veíase, en buena talla, un escudo de armas coronado por un casco guerrero de sendo plumaje y en cuyos cuarteles se podían distinguir, las matas de ortigas de los gallegos y señorinos, la banda con dragantes de los Hoyos, el león y tres barras de los Benavides y los dos lobos con las ocho aspas de los Ayalas; terminando este hermoso ardezonado cuatro pechuias de las que pendían florones, colgantes, etc., y un friso tallado formando una greca caprichosa, atravesada á trechos por un clavo de cabeza.

Sí tal lujo demostraba el estrado en su construcción y decorado, en el mobiliario no había menos. Frente á la puerta veíase un cuadro al oleo con moldura dorada de muchas garambainas, representando á Nuestra Señora de Candelaria con los guanches á su alrededor y el Rey Acaymo de Güimar arrodillado á sus piés; y por los lados de este cuadro y junto á la puerta de medio punto, cuatro retratos de cuerpo entero y tamaño natural, daban á conocer al visitante que, si las pinturas no mentían, los padres y abuelos de doña Jacoba habían sido de linajuda procedencia.

Bajo el cuadro de la Candelaria se hallaban cuatro sillones de baqueta de fina labor, con grandes clavos dora-

dos de los que se llaman de abeja, y frente á ellos y en el perímetro que ocupaba una alfombra granadina, tres taburetes, dos sillitas de tijera y un sillón bajo con asiento curvo. Al pié de los dos retratos que estaban junto á la puerta, había una papelera con tiradores de plata, y completaban el mobiliario dos mesas con candelabros de plata, salvilla y despaliladeras del mismo metal y otros objetos, notándose en todo una limpieza y pulcritud que denunciaban la mano de mujer hacendosa hasta por manía.

Al llegar al estrado la dama indicó dos de los sillones á sus huéspedes y ella acupó el más ancho y bajo, frente á ellos, no sin antes apoyar las manos en los brazos del sillón para dejar ir con cuidado su pesada humanidad en aquella especie de batea que llenó por completo.

— ¡Ay, Gaspar: qué bien pesan los años y las pesadumbres!...—dijo una vez que se acomodó en su poltrona.

— Jacoba, creo que los años pesan bastante, según lo experimento por mí, pero ¡ay! los pesares son más gravosos todavía.

— Sí; tienes mucha razón, primo;—añadió doña Jacoba—yo, mis años los llevaba medianamente, aunque á tramos largos, pero fueron acibarados con pérdidas muy sentidas, pues las de mi padre y de Pedro mi esposo bastante me dieron que entender; pero con las últimas sufridas se me acabó el poco ánimo que me restaba.

¡Mira que es mucha desgracia para una madre el ver morir á su hijo único, esperanza del noble linaje de su padre, y á los pocos días mirar como sucumbía también la nuera, que sólo fué para mí la hija más obediente y cariñosa!

Y al decir esto la pobre señora comenzó á derramar abundantes lágrimas.

— ¡Pero, tía!—dijo el Vizconde—¿no le queda para su

consuelo su nieta Margarita, que á lo que pude ver es ya una mujer hecha y derecha?

—Si Vizconde, tiene vuesa merced razón; quédame esa niña que alegra mi vejez; mirándola veo en ella á sus queridos padres y es lo único que me hace vivir; pero cuando pienso que el día menos pensado puedo cerrar los ojos y que la dejo sóla y sin la experiencia de la vida, parece que un puñal me atraviesa el pecho y una gran angustia me oprime el corazón. Así es que ese angel de Dios para mí es, á la vez, alegría y pena, placer y dolor.

—Vamos Jacoba, no te aflijas más—añadió el Marqués— Cuando Dios Nuestro Señor lo ha permitido así, no le interroguemos con el porvenir. ¡Confianza en su sabiduría y adelante!

—No creas otra cosa en mí;—replicó la señora—si la confianza en Dios me hubiese faltado, ya hubiera muerto de pena; todos los días, mi boca no cesa de alabarle por las fuerzas que me concede.

En esto, por la puerta que comunicaba con la alcoba, entraba Margarita, la única nieta de doña Jacoba, con su carita sonriente, su alto peinado ligeramente empolvado y su pelito rubio algo revuelto. Al verla aparecer levantáronse padre é hijo.

Margarita, con mucha soltura y sin afectación, se dirigió al Marqués, tendiéndole la mano y diciéndole con voz muy cadenciosa.

—¿Cómo le ha ido al señor tío...?

Encantado el viejo con aquel saludo tan cariñoso, se acercó á su sobrina y poniéndole sus manos sobre los hombros, dijo, después de contestar el saludo:

—Venga acá la sobrina, que quiero verla á mi placer, pues la dejé jugando á la ventita y me la encuentro muy señora.

¡Oh! Esos ojos azules son los de tu madre, que Dios

tenga en gloria: igualmente que ese hermoso color, esa nariz recta como un hilo, esas orejas pequeñísimas y esas largas pestañas que se unen á las cejas... todo, todo el tipo de tu madre...

Seguía el viejo mirando á Margarita con lágrimas en los ojos y doña Jacoba no quitaba la vista del grupo, complacida en que su primo reconociera las señas de familia en aquel hermoso renuevo; interín, el Vizconde que no cesaba en mirar á la joven y que según su padre iba apuntando las perfecciones del tipo, asentía con una inclinación de cabeza á todas las alabanzas que su padre hacía de la oven terminó por sentir un escalofrío que le corrió por el cuerpo, poniéndose densamente pálido.

Pero la muchacha que, imperturbable, había sufrido el prolijo y casi impertinente exámen de su viejo y lejano tío, no pudo menos que soltar la risa cuando notó que el Marqués la daba vueltas como á un maniquí, para poder apreciarla de perfil, y exclamando á la vez:—¡Oh, Jacoba, todo, todo el aire de familia!

Lo mismo fué oír la buena señora que su nieta se reía de aquella manera, que decirla en tono de reconvención:

—¡Que es eso Margarita...!

—Jacoba, no la reprendas— repuso el Marqués—esa risa me ha servido para ver la sarta de perlas orientales de su hermosa dentadura, en lo que ha ganado á toda la familia.

Y diciendo esto el Marqués estampó un beso en la frente de la joven y volvió á tomar su asiento.

Con un poquito de turbación por lo de la risa, la joven saludó después al Vizconde y sentóse también en un taburete, junto á su abuela; siguiéndose luego la conversación por parte del Marqués y de doña Jacoba sobre la permanencia de aquél en París, su viaje, lo pronto que se repo-

nía Garachico del estrago del volcán y otras cosas indiferentes. Entretanto el Vizconde seguía atisbando á Margarita sin quitarle los ojos y llegó á convencerse de que también ella lo había examinado con los suyos escrutadores y bulliciosos, sin dejar pelo ni señal.

Observando doña Jacoba que su sobrino no decía nada ni tomaba parte en la conversación, procuró sacarle de su mutismo, diciéndole con marcado acento:

—Vamos á ver, señor Vizconde, ¿es cierto lo que se me ha dicho?...

—Vuesa merced dirá, tía y señora—contestó el interrogado.

—Pues me han dicho, Cristóbal, que tratas de casarte con Otilia: que á esto has venido, lo cual apruelo y me parece bien.

—Nada más lejos de mi pensamiento, señora tía, que ese matrimonio con mi sobrina; no sé ni puedo adivinar qué cosa haya dado motivo á tal conjetura.

Si mi padre no lo ha dispuesto, lo que es yo, doña Jacoba, le puedo asegurar á vuesa merced, á fuer de caballero, que no hay nada y que si se me consulta mi voluntad tampoco lo habrá, pues me encuentro bien en mi estado.

—Por mi parte—replicó el Marqués algo amoscado—nada he dispuesto en ese sentido, Sr. Vizconde, pues conozco bien, muy bien, á D. Cristóbal del Hoyo. Lo que si le puedo asegurar es que en todas las visitas que hice esta mañana, en todas me han dado la enhorabuena por ese casamiento.

—Padre y señor,—repuso el Vizconde—no tome á mal lo que yo he dicho sobre este punto, que ya sabe vuesa merced que tengo gusto en obedecerle; pero como ya alguna indicación se me tenía hecha sobre este tema después que llegamos á Tenerife, he creído si vuesa merced lo había concertado así con la familia.

—Yo, Cristóbal—añadió su padre—nada he concertado; deseo, sí, verte casado, pues ya te sobra edad para eso; pero por lo mismo y por lo que te conozco, eres muy libre de escoger la mujer que más te agrade. Al oír estas enhorabuena, créime era cosa por tí concertada; pero en vista de lo que acabas de decir no sé de donde habrá salido la noticia.

—Nada, primo—añadió doña Jacoba—vuestas mercedes parece que ya no se acuerdan de la tierra que pisan; por lo que veo, esta es una de tantas noticias que propala la gente ociosa.

Y con el propósito de que cambiara la conversación preguntó á renglón seguido:

--¿No has oído, Gaspar, al Padre Vinatea en los sermones de la feria de la Parroquia?...

--¡Oh! si Jacoba, y mucho que me gusta el oírle.

El domingo pasado, ¡cuánto me acordé de los predicadores de París y de los de la Corte de nuestros Reyes!

Con seguridad que si ese padre Lector fuera á Madrid no dejaría de tener mucha aceptación.

—Pero, ¿tan bueno es ese fraile?—dijo el Vizconde.

—Vaya que si lo es—repuso doña Jacoba;—desde Buenavista vienen a oírlo y el domingo pasado fué preciso abrir las puertas porque la gente no cabía en la Iglesia.

—Pues señor, hay que oírlo el domingo si Dios quiere—añadió el Vizconde.—¿No ván vuestas mercedes?..

--Vizconde, quien puede faltar—respondió doña Jacoba.—Esta, el domingo último acabó por dormirse; bien es cierto que estábamos en la Iglesia desde las tres de la tarde; pero lo que es yo no perdí una palabra.

—¿Y dónde se pondrá uno para oírlo mejor?...—preguntó el Vizconde.

—Nosotros nos ponemos en la capilla del Santo Cristo que queda frente al púlpito: desde allí se oye muy bien.

—Bueno; pues si vuestras mercedes nos hicieran la caridad de guardarnos un puestito en la capilla para ir mi señor padre y yo, mucho lo agradeceríamos—cijo el Vizconde.

—Con mucho gusto, Cristóbal,—manifestó doña Jacoba.—Pero es preciso que acudan á la hora en que nosotras vamos, pues si esperan á más tarde no podrán entrar por el gentío.

—Ya lo creo que iremos,—exclamó el Marqués.—No haya cuidado por nuestra parte.

—Pues, abuelita—dijo Margarita;—mandaremos cuatro sillas y que Anastacia las cuide.

—Ya se vé que sí, mujer;—añadió doña Jacoba.—¡Pues qué? ¡nos habíamos de sentar en el suelo!...

Levantáronse los visitantes, despidiéronse con afecto y reiteraron la promesa de verse el domingo á la tarde en la Parroquia.



XIV

Un recurso inesperado

Al tomar la calle, padre é hijo apresuraron el paso por un pequeño chubasco que caía, y una vez en la casa de don Jacinto, pidieron luz y se entraron en los gabinetes donde tenían su habitación; dejaron los bastones, sombreros y pelucas, despojáronse de las pesadas casacas y luengas chupas, y tomando el Marqués otro traje más sencillo, salió de su aposento con intención de subir al estrado, pero al pasar por el de su hijo, éste le detuvo diciéndole:

—¿Tan presto quiere subir el Marqués...?

—Pues, ¿y qué vamos á hacer aquí?

—Desearía hablar con vuesa merced.

—Dí lo que se te ofrezca—repuso el Marqués.

—Lo que tengo que decir á mi padre y señor es que no podemos permanecer por más tiempo en esta casa, que debemos irnos á Icod y comenzar de una vez la fábrica de la casa, según tenemos concertado, ó por lo menos poner casa aparte si es que vuesa merced desea quedarse en Garachico.

—¡Pero, Cristóbal! ¿qué prisa hay para eso?

Solo hace diez días que he llegado á este puerto, y tu dos únicamente, y ya quieres nos vayamos á Icod. ¿Y,

por qué hemos de poner casa en Garachico cuando esto no entra en nuestros planes?...

—Yo, ya lo sabe mi padre, estoy siempre dispuesto á cumplir sus mandatos; pero esos rumores de que he venido á casarme con Otilia, no me gustan. No; en esto parece hay emboscada y le juro á vuesa merced, á fuer de Cristóbal que me llamo, que como yo pueda no me he de dejar prender.

—Vamos Sr. Vizconde—dijo el Marqués, que por lo visto en las cosas sérias trataba á su hijo con todos los honores—es vuesa merced muy desconfiado.

—¡Señor...! No es que yo me haya figurado que mi padre y señor anda en estos tratos, que si lo presumiera lo diría con llaneza; de quien desconfío es de Clara, porque esa nunca me ha tenido buena voluntad; y sin que yo tenga que ponerle peros á su hija y mi sobrina, conste que, para esposa, para mujer, no la quiero por la suegra...

Bien entiendo—añadió—que con lo que digo causo gran disgusto á vuesa merced, pero si Clara es hija suya, también es mi hermana; sí, mi hermana la que me obliga á producir esta herida en el corazón de mi padre y en el mío también...

El Marqués que hasta aquel momento permanecía de pie, sintió que sus piernas flaqueaban y sentóse, diciendo á su hijo con triste acento.

—Mucho me apena el no verte ya casado; pues no te creas, aunque no te lo haya dicho, que he dejado de entender tu aversión al matrimonio, daño que solo te ha venido de tus aficiones.... y no digo más.

Si te llevé á París fué para ver si cambiabas de tu modo de pensar y tropezabas con algo que te gustara; pero todo en balde, á pesar de las proporciones ventajosas que se te ofrecieron. Tu sabes que prefiero el que nuestros títulos y bienes se pierdan por completo, antes que pasen á tu

hermeno Juan, afrenta de nuestra sangre; por eso precisamente quiero que te cases, para conservar la varonía de nuestro linaje.

Por lo que hace á ese rencor que guardas á Clara, yo como padre lo prohibo, pero no por eso te obligo á que tomes por mujer á Otilia, aunque lo vería con gusto por tratarse de una nieta guapa, mañosa y buen partido. No obstante, líbreme Dios de hacerte fuerza, que si tu eres mi hijo, ella también es mi nieta y no quiero la desgracia de ninguno.

—Padre y señor,—repuso el Vizconde;—yo bien quisiera demostrarle mi reconocimiento por la libertad en que me deja, y máxime porque presumo que al fin voy á ser herido por el dios Cupido, toda vez que siento en mí desazones que nunca experimenté. Mas, como aún no he obtenido el sí de la dama que me atormenta, perdóneme vuesa merced si no soy más explícito por ahora.

—¡Oh, Cristóbal!—dijo el Marqués—si me dieras ese gusto antes de cerrar mis ojos para siempre, cuenta con la más cariñosa bendición de tu padre.

—Yo, señor, pondré de mi parte todo lo que pueda; pero por lo mismo que deseo entrar en este empeño, urge se desvanezcan todas esas hablillas y faramallas que afectan al decoro y buen nombre de nuestra familia. Esta noche, pues, será la última que hago en esta casa; quédese en buen hora vuesa merced por los días que quiera, pero yo mañana me voy á Icod con el pretexto de la fábrica ú otras diligencias.

—Bien está, hijo mío; véte supuesto no es Otilia la que tu eliges; pero te advierto que las relaciones de familia no se han de quebrantar por eso. Bueno es se tomen miramientos, pero no tantos que resulte peor la medicina que la enfermedad.

—Pierda cuidado mi padre,—dijo D. Cristóbal bastante

satisfecho—haré las cosas de la mejor manera, y para que todo salga á una, vuesa merced y yo procuraremos desengañar á la gente.

Esto dicho, ambos subieron al piso superior y sintiendo bulla en el estrado, hacia él se encaminaron.

La asamblea, como entonces se llamaba á las tertulias, estaba aquella noche bastante concurrida. A más de la gente de la casa asistían, el Rector de Santa Ana, Lcd. don Alberto Montes de Oca, las señoras de Villavicencio, el lector Taramundi, D. Pedro Asencio Vazconselo, físico del pueblo, y la indispensable doña Olalla Oscar y Tropea, el blanco de las pullas y risas de la gente jóven.

Al llegar el Marqués y su hijo, levantáronse muy atentos los del sexo feo, y después de los saludos de rúbrica y de pedir los recién llegados mil perdones por la falta de la peluca, y otros atavíos de sus personas, se dispusieron á tomar asiento. Al Marqués diéronle lugar entre el Beneficiado y el Lector; pero el Vizconde que no gustaba de arrimos tan insustanciales, echó ojo para el corro femenino, y al instante, la pícara doña Olalla que ocupaba el taburete junto á Otilia, levantóse más lista que una ardilla y tomando al Vizconde del brazo, díjole:

—*Señó Vizconde; ocupe mi tabudete po que quieo ve que tal le peba...*

No dejó de contrariar á D. Cristóbal la ocurrencia de la gaga, que con su garzota de un jeme y dos piochas de pedrería falsa en el alto peinado, se asemejaba más bien á un tenebrario; pero mostrándose galante y fino en demasía, contestó á la Oscar lo siguiente:

—No puedo consentir que vuesa merced, señora doña Olalla, pierda la comodidad de su asiento, y mucho menos la dulce compañía de mi sobrina Otilia.

—*Po... po... lo mismo señó Vizconde, como é ducita la compañía de su sobina, po... po eso se la doi...*

—Siempre doña Olalla— dijo el Vizconde,—la compañía de las damas jóvenes es dulce y agradable para todo caballero, máxime si á la mocedad se une la hermosura como sucede en mi sobrina Otilia, pero no hay que dudar que más grato le sería al caballero si el parentesco no fuera tan inmediato como el que existe entre nosotros dos, y si en vez del afecto de familia que á ella me liga fuese la loca pasión de los enamorados la causa de mi cariño y amistad.

Doña Clara arrugó el entrecejo y la desventurada Otilia sintió en sus mejillas un fuego que abrazaba.

El Vizconde continuó:

—Pero ya que vuesa merced con tanta bondad me deja el sitio y el agasajo, aunque mi sobrina pierda mucho con el cambio, voy á sentarme.

Y no bien había ocupado el asiento, cuando se levantó otra vez, diciendo:

—¡Pero señor...! ¡yo no sé como las señoras pueden sentarse en paraje de tan poca altura!...

La de Oscar que había ocupado una moscobia tan alta de asiento que apenas tocaba con los pies al suelo, propuso cambiar con D. Cristóbal, y al mismo tiempo se levantó nerviosa, cogió no sin dificultad la pesada silla, descubrió el taburete y puso la moscobia junto á Otilia, diciéndole al Vizconde:

—Aquí, aquí es *done* su *señodía* se asienta; *poque* es debido, y no se haga *disimulao po* que todo se sabe...

Llegándole á lo vivo á doña Clara los remilgos de su hermano y las oficiosidades de doña Olalla, ante personas que ella sabía daban por cierta la forjada boda, para no cargar con aquel manifiesto desdén y animar de paso á su hija, entre colérica y resentida dijo á la gaga:

—¡Jesús, Olalla! ¡qué tonta te pones! ¡No vez que mi hermano solo quiere apurarte la paciencia!... Déjalo que se siente donde quiera que él con seguridad no se pierde!...

Al Vizconde súpole á cuerno la indirecta y al instante replicó vivamente.

—Dices bien, Clara; ¡quién se puede perder en tu casa, cuando con todos haces oficio de precursora, allanándoles los caminos?...

Doña Clara calló de pronto, tal era el coraje que en ella produjo la pulla; pero al hacerse cargo por el dicho, de que su hermano había comprendido todo su juego, sintió que la cólera la agujoneaba y que la sangre se le subía á la cabeza. Ya empezaba á balbucear palabras, cuando Anselmo, el paje de D. Jacinto, anunció la visita de D. Juan Domingo de Franchi.

El Vizconde saltó de la moscobia y de dos zancos púsose en la antesala, y mientras en el estrado se percibían los abrazos y palmoteos en las espaldas, el Vizconde decía al oído de su amigo.

—Inventa cualquier cosa para que yo salga esta noche mismo de esta casa, en la que me ahogo, amigo Franchi.

—¡Pero, qué te pasa?—preguntó éste con extrañeza.

—Nada, nada; has lo que te digo y luego hablaremos.

Y tirando de la mano de su amigo introdujolo en el estrado.

Saludó D. Juan Domingo á los concurrentes y con mucha galantería á las damas, (pues en aquella época las señoras no tenían la preferencia de hoy); pero cuando iba á dar la mano á la de Oscar, díjole el Vizconde:

—¡La ves, Juan! No creiste que doña Olalla estuviera aquí esta noche y ya la ves ahí con tus propios ojos.

—¡Ay! ¿y *po* qué no había yo de *está*?...—preguntó doña Olalla admirada.

Pero D. Juan Domingo que en trucha no le iba en zaga al Vizconde, contestó con mucho aplomo:

—Pues, mi señora doña Olalla.... dudé estuviera V. por

o fría y desapacible que está la noche, pero celebro que lo malo del tiempo no la acobarde. .

—A mi el *fío* de la noche no me hace *ná*; *gato salú á Dio gracias*.

—Celébrolo mucho, mi señora,—repuso D. Juan.

Y dirigiéndose al Marqués, añadió:

—Señor Marqués: traigo para su señoría un empeño y desearía salir airoso.

—Vuesa merced dirá,—contestó el Marqués.

—Es, señor Marqués, que deseara la promesa, pues bajo mi palabra de caballero aseguro es cosa fácil y hacedera.

—Con tan buena fianza, délo V. por hecho, Sr. D. Juan.

—Pues señor, como vuesa merced sabe perfectamente, tengo decididas aficiones por la cacería y me he propuesto darle á Cristóbal la bienvenida, yendo esta noche á correr un par de conejos, ó los más que Dios nos dé, supueso tenemos una luna tan clara como el día.

—Señor D. Juan: dí mi palabra y un Hoyo no la retira. Por mi parte, concedido, si el Vizconde consiente en ello.

Miró D. Juan al Vizconde en espera de su contestación y asentimiento, pero viendo no decía nada, preguntóle:

—Señor Vizconde: ¿vuesa merced qué me dice?...

—Mira, Juan,—contestó D. Cristóbal—por lo que sabes te estimo mucho para dejar de acceder á tus deseos, pero si antes me los manifiestas, con seguridad te quito esa idea de la cabeza.

—¡Qué cosas tiene este D. Juan!—dijo doña Clara.

—¡Por cuánto iría yo á esos andurriales á perniquebrarme los huesos!—repuso la más niña de Villavicencio.

—Inés, ¿qué gusto más tonto?—añadió Otilia.

—Pues yo voy con tío—dijo Policarpo.

—Eso si que nó—replicó D. Jacinto;—de dia cuando tu quieras; á estas horas, ni soñado. Yo quiero dormir tranquilo.

—*Mu* bien dicho Jacinto—masculló la gaga.

—Pues señor, acábense los pareceres—dijo el Vizconde levantándose.—Ahora Juan, cuanto más antes mejor.

—Pues, vámonos entonces,—dijo D. Juan.—Yo te acompañaré mientras cambias de ropa, y luego iremos á buscar á Pedro Andrade y Francisco Machoso que los tengo citados con los perros.

Despidiéronse D. Juan y el Vizconde de los tertulios, y mientras éstos comentaban con distinto criterio el ejercicio de la caza, los dos amigos bajaban al gabinete; el Vizconde se ceñía la espada y dándole otra al amigo, embuzados en sus capas y con los sombreros sobre los ojos, salían á la calle.

Iba D. Juan Domingo ardiendo en deseos de que su amigo se explicara; pero éste, sin decir una palabra, cogió calle arriba en dirección de Santo Domingo. Cuando pasaron por la casa de doña Jacoba, el Vizconde se pasó á la opuesta acera que llevaba, y después de detenerse breves instantes ante la casa de su tía, mirando á las ventanas, exhaló un profundo suspiro y continuó la marcha con el mismo silencio.

Franchi no podía contener su impaciencia, y cuando llegaron á los muros del convento tiró de la capa de su amigo y díjole:

—¿Pero, se sabrá de una vez qué diablo llevas en el cuerpo, ó que avispa te ha picado?...

—Calla y sigue—contestó el Vizconde-- que no quiero me oiga otro viviente que tú y el mar que está bramando.

Siguió Franchi sin decir palabra y devanándose los sesos por adivinar que le podía ocurrir á su amigo; al llegar á la ermita de San Roque el Vizconde enderezó á ella sus pasos, y una vez que reconoció el terreno y se cercioró de que estaban solos, invitó á su amigo á sentarse en uno de los poyos que la ermita tenía adosados al frente, y comen_

zó á decir con afectación la pesadumbre que experimentaba.

—Juan: dejando para otra ocasión el referirte los percances de mis viajes y larga ausencia, quiero depositar en el pecho del amigo el malestar y desazón que tengo: quiero me hagas luz si puedes; quiero, en fin, que me ayudes, pues te lo confieso, es la primera vez que me encuentro sin poderme explicar el enredo en que estoy metido, sin verle la punta á este hilo.

—Pero hombre ¿qué diablo te ocurre que no te conozco? Acaba de una vez y dime lo que tienes.

—Mira; desde la tarde en que llegué me dijo Borges, que me salió al encuentro, que mi viaje á Islas tenta por objeto el casarme con mi sobrina Otilia. En Icod todos me hablaron de ello como de cosa hecha y por mí deseada; llegué á Garachico y en los semblantes de mi hermana y sobrina noté señales de concierto; mi hermana, á pesar de mi mala fama de galanteador, me deja sólo con la muchacha, que por cierto está muy de apetito; la gaga de Oscar me echa cada indirecta que son pistoletazos á quema ropa; y por último, mi parienta doña Jacoba Gallegos me lo dice esta tardecita sin ambages y como de asunto hablado y tratado en familia. Por todo esto, créime que mi padre, en su afán de agenciarme boda, era alma de este cuento, y bien sea por lo indómito de mi genial ó porque me encontraba frente á la preciosa nieta de la parienta, la gentil y hermosa Margarita, con mucho de mal humor pregunté á mi padre el fundamento de esas versiones, y el cuitado con tales palabras se expresó, que soy capaz de jurar sobre los Santos Evangelios, que no sólo no salió de él la especie, sino que ni habló lo que se dice con la familia.

Ahora bien; ¿me podrás decir lo que hay en esto? ¿me puedes explicar esas faramallas de la gente?...

En fin, amigo, confesándote yo que ni en ños h aueem

pasado por mientes tal casamiento ¿en qué se pueden fundar esas hablillas y esa especie de concierto que hay entre Otilia y su madre...?

—Antes de contestarte—replicó D. Juan—quiero hacerte algunas preguntas.

¿Tu, en tus cartas, recuerdas haber demostrado afición por Otilia?

—Jamás,—repuso el Vizconde;—si acaso escribí á mi hermana fué de cumplido y á puros ruegos de mi padre.

—¿Y de palabra con algún paisano, allá en París, has alabado á tu sobrina?

—No lo recuerdo; pero con seguridad te puedo decir que no; pues tu sabes que mi hermana nunca ha sido garbazo de mi plato; y á la verdad, en la época en que me embarqué dejé á Otilia muy pequeña; precisamente de los 10 á los 13 años, edad la más empalagosa de la mujer.

—¿Y después que llegaste—añadió D. Juan Domingo—has ponderado su hermosura, sus cualidades ó algún mérito de ella?

—¿Pero no te he dicho—dijo el Vizconde—que por lo que me dijo Borges, la noticia circula desde antes que yo llegara?

—¡Ah, sí!; tienes razón Cristóbal. Ya no me acordaba de esa circunstancia.

Pues mira; no atino con este laberinto de Dédalo,—dijo Franchi.

¿Y vaya V. á saber por donde empezó?

—Mira Juan—dijo el Vizconde—tengo la sospecha de que este amasijo se cuece en el horno de la mollera de mi hermana Clara.

—¡Qué quieres que te diga!—repuso Franchi—por mi parte no lo creo; y aunque fuera cierto, no me parece el lance de gran apuro. Otilia es guapa, joven, l ien dispuesta.

buena conveniencia para mañana; en una palabra, gran dama para pasar la vida á su lado, y al fin es de la misma madera.

—¡Quita allá zurcidor de voluntades! Otilia es mujer, mucha mujer; pero no tiene lo que el vizconde desea tuviera la que ha de ser su esposa, si por acaso llega á caer.

—Por lo visto siempre tan opuesto al matrimonio, tan loco y tan casquívano para las infelices mujeres...—murmuró Franchi.

—¡Habrà paciencia para oír á estos perfectos!...—dijo el Vizconde.

—Bien, Cristóbal, ¿y para decirme esto es para lo que me hiciste te sacara de tu casa, so pretexto de que te ahogabas?...

—¡Ah! ¿Qué, crees que no es cierto?... Pues si lo era; me ahogaba la mirada de culebra de mi hermana; la tontería pícara de la gaga, la estolidez de mi cuñado, la brutalidad de mis sobrinos, y si quieres que te lo diga, me ahogaban hasta los gestos y miradas de Otilia que me daban olor á remilgos de gata mansa... Tiene que agradecer ella el ser mi sobrina, que si no...

—¡Jesús qué hombre!—exclamó Franchi;—tienes momentos de loco; déjate de hablar tonterías y vamos á otra cosa.

—Sí, vamos á otra—dijo el Vizconde;—tu sabes que está una monada la nietita de la tía Jacoba; ¿has visto que chiquilla más bonita?... ¡Qué preciosa criatura, que ojos tan dulce tiene la tortolilla! ¿Tiene novio, sabes?

—¡Qué ha de tener novio, si tendrá á lo más 18 ó 19 años!—replicó Franchi.—Además eso es lo mejor de lo mejor de Garachico; en belleza, ya la conoces; en bondad es un ángel de Dios. Bien es cierto que tiene á quien salir; su madre era una santa; su padre, el caballero más cumplido y el mejor amigo que teníamos en nuestra juventud.

—Oh, si tienes mucha razón. Fernando Interian de Ayala era un completo caballero cristiano, sin gasmoñerías ni afectaciones. Es la verdad; la cepa de la chica es buena, pero ¿y estás seguro de que nadie la mira con ojos de matrimonio?...

No contestó D. Juan á esta pregunta y solo miró fijamente á su amigo; después de contemplarlo bien díjole con pausado acento:

—Me parece Cristóbal que llevas interés en lo que dices; si tal fuere, acuérdate de Fernando y no hablemos más de estos asuntos de mujeres, pues me figuro no acabamos bien.

—Pero hombre, ¿por qué?

—Por que no quiero Cristóbal... y se acabó.

—Tienes razón, amigo Juan, ¡quién se acordaba de que estábamos en cuaresma!...

—Bueno; estemos ó no en cuaresma, no quiero hablar más de estos asuntos.

—Está bien Juan; no te enfades por eso y dime como andas de negocios de caudal.

—Mal, muy mal Cristóbal; lo comido por lo servido; ó lo que es lo mismo, un paso atrás y otro adelante. Qué quieres tú; Dios me dá todos los años un hijo; tengo ya siete y lo más que puedo economizar no pasa de 500 pesos al año. Conque ya tu ves, ¿qué es esto para formar patrimonios?

Pero no te creas—añadió—que estoy descontento con ellos; pues me han salido dóciles y bastante despiertos y espero de Dios me sean buenos algún día.

—¡Potra! ¿y tenéis vosotros gran contento en los muchachos?—dijo el Vizconde como hablando consigo mismo—¿y pasáis con ellos buenos y sabrosos ratos? En fin, yo no entiendo de estas cosas.

Los dos personajes callaron un momento, y luego el Vizconde preguntó á Franchi.

—Oye, ¿cuándo te marchas para la Villa?

—De madrugada; vine solo á tratar un poco de vino que me precisa vender; hice el negocio y mañana á las ocho, Dios mediante, pienso estar en casa.

—Pues mira—repuso el Vizconde—al pasar por casa, llámame: que yo voy para Icod y así iremos juntos. Ahora vámonos á acostar que ya es hora.

El Vizconde y su amigo volvieron para atrás y al pasar por la casa de doña Jacoba, aquél volvió á mirar para las ventanas sin poder ocultar la pasión que sentía por Margarita.

Después se despidió D. Juan, y el Vizconde se quedó en la casa de su hermana.

Llegado el domingo próximo que era el de Pasión, por todos los caminos veíase entrar gente en el Puerto de Garachico; más de las dos de la tarde era ya cuando el Vizconde bajaba el Guincho, caballero en brioso alazán; llegó á la casa de su hermana, dejó la caballería que recogió un esclavo, entró en el aposento de su padre, quitóse la ropa vieja, púsose otra, arreglóse su peluca y cuando creyó terminado su equipo subió y saludó á su familia.

—¿Qué vuelta traes, Cristóbal?—díjole D. Jacinto.

—Pues nada,—repuso el Vizconde;—quedó padre con la tía Jacoba en que hoy habíamos de oír en compañía de ella al P. Vinatea y por poco faltó al compromiso; pues no me acordaba del sermón y menos de Vinatea. Si no hubiera sido que mi Padre Lector dijo en su celda que ya pasaba gente para el sermón del Padre Vinatea, hubiera pasado por tramposo.

—¿Qué dices Cristóbal, que váis al sermón con la tía Jacoba?—preguntó doña Clara.

—Sí; por lo menos padre quedó en eso el día que la visitamos, á no ser que él haya dispuesto otra cosa...

—¡Jesús!—repuso doña Clara—¡como si para ir al sermón fuera necesario compañía!

—Eso preguntáselo á padre—replicó el Vizconde.

—¿También irá Margarita con la tía?—añadió Otilia.

—Claro está, pues ¿con quién quieres tú que la deje?—contestó su madre.

—Pues, mira, mamá—añadió la hija—¿por qué no le mandas recado para ir juntas?

—No señor, que ellas van desde media tarde y yo no tengo ganas de estar prensada mucho tiempo—repuso doña Clara.

Entraba en esto el viejo Marqués. Levantóse su hijo y besándole la mano enteróse de su salud y de cómo había pasado aquéllos días; satisfizole el Marqués y luego díjole:

—Ya decía yo que tú no te habías de olvidar del compromiso que tenemos con Jacoba; esta mañana la ví al salir de misa mayor y me recordó el ofrecimiento. Por cierto que á la luz del día ví á Margarita y ¡qué preciosa es la niña! Cuidado que vá á ser más buena moza que su madre, que es cuanto hay que decir.

—Jesús, padre—dijo doña Clara—no puedo oír eso, ¿qué Margarita tiene bonito color?... Buen cuerpo... vamos, y que no es fea pase; pero para tener el salero y señorío de su madre le cuesta.

—Pero Clara, ¿qué quieres tú en una niña?

—Vaya ¡una niñita! Margara tiene ya sus diecinueve cumplidos, y me parece es tiempo suficiente para que se despabile y no para añudarse y ponerse colorada cuando se le dice cualquier cosa.

—Pues, hija—repuso el Marqués—á mí me parece lo que he dicho. Si no fuera así ¡qué vamos á hacer!...

Y dirigiéndose á D. Cristóbal, añadió:

—Como todavía no son las tres, y ya que estás aquí, aprovecharemos la tarde para hacer alguna visita.

—Lo que vuesa merced disponga padre y señor— repuso el Vizconde.

Salieron ambos y fuéronse casa del Físico, D. Pedro Asencio Vasconcelo, en la que pasaron el tiempo hasta las cuatro menos cuarto, hora en que llamaban á la casa de doña Jacoba; interín salían las señoras, la criada hizolos pasar al estrado donde esperaron un momento.

Apareció primero doña Jacoba con un sencillo vestido de sarga de seda negra, una toquilla blanca que daba marco á su anciano y simpático rostro, y un gran manto de igual tela que el vestido, trayendo en la mano un rosario de cuentas de madera negra encasquillado en oro; tras la abuela presentóse Margarita con su vestido de tontillo de anascote de seda verde, hoja seca, cuyo corpiño de varios pliegues ajustábase al cuerpo, haciendo resaltar la blancura de su tez la valona y vuelos de encajes que en el cuello y puños completaban el traje. El peinado, bastante modesto, no tenía otro adorno que la hermosura de su pelo rubio, cubierto en casi su totalidad por una mantilla de seda negra, completando el adorno una cadenilla de oro al cuello, de la que pendía una medalla orlada de esmeraldas en la que se veía en esmalte una imagen de la virgen; llevando, además, envuelto en la mano derecha, un pequeño rosario de oro y perlas.

Saludáronse con afecto, pero el Vizconde no pudo disimular la impresión que le produjo la presencia de Margarita, quien, risueña y placantera, contestóle su saludo sin encogimiento ni afectación.

El Marqués al poco dijo:

—Jacoba, que no te seamos estorbo; cuando tu quieras estamos á tu disposición.

—Pues nada—dijo la señora— puesto que hemos de ir vamos de una vez, pues yo con mi humanidad no estoy para muchas prisas.

Al llegar á la escalera el Marqués se dirigió al Vizconde y le dijo.

—Vamos Cristóbal, dále tu el brazo á Jacoba que yo quiero dárselo á Margarita, ó más bien dicho, que ella me lo dé á mi.

—Ja... ja... ja, las cosas de tío,—dijo Margarita—¡Pues no se quiere hacer el viejito!... ¡esto si que está bueno!... El tío Vizconde baja á Abuela y yo al tío Marqués... ¿Qué les parece?...

—Mira Gaspar—añadió doña Jacoba—no le hagas caso á esa loquilla, pues como tiene confianza ya no calla el pico. Si creiste otra cosa de ella por lo medio formal que la viste el otro día, te engañó como á todos...

—Madre Jacoba, siempre me saca á relucir las faltas...

Llegados al piso bajo el Marqués abandonó el brazo de Margarita, diciendo:

—Pues ahora cámbiense las compañías: tú Cristóbal vé con Margarita que yo iré con Jacoba.

No se hizo el Vizconde repetir el mandato y enseguida se colocó al lado de la jóven, diciéndola:

—Supongo, Margarita, que no llevará á mal la compañía.

—Muy al contrario, Vizconde; su señoría es quizás el que no verá con gusto la compañía...

—Si hemos de seguir hablando y tratándonos como es justo entre familia—dijo el Vizconde,—guarde esas señorías y vizcondados y más que todo lo de tío, y supuesto que el parentesco es bastante lejano, me parece mejor llamarnos parientes, con lo cual no faltamos á la verdad.

Y dicho esto, añadió:

—Sepa la parientita que ninguna compañía me puede ser más grata que la suya. .

—¡Vaya con mi parientel!... Bien me dijo la madre Jacoba que á galante nadie ganaba á su sobrino...

—¿Con qué todo eso lo dijo á la parienta la madre Jacoba?... ¿Y no le dijo más?...

—Si que me dijo—repuso Margarita,—que era muy valiente, que sabía mucho, que era muy limosnero, generoso y... no me acuerdo de más.

—Por lo visto,—contestó el Vizconde—no dijo la tía Jacoba todo lo más que ella sabe y á fé que me jugó mala partida.

—*Uy*, y ¿por qué dice vuesa merced eso?... Créame el Vizconde; madre Jacoba no dijo nada más.

—Pues hizo mal, por que le debió haber dicho que el sobrino Cristóbal es loco, travieso... y que se yo qué más cosas...

Llegaban en esto á las puertas de la parroquia, y adelantándose el Vizconde tomó agua bendita, ofreciéndola á doña Jacoba, á su padre y luego á Margarita, á quien dijo:

—Bien quisiera hubiera sido mi parienta la primera, pero...

Dirigiéronse al sitio convenido haciendo reverente genuflexión al pasar ante el Sagrario y llegados, no sin grandes dificultades por la mucha gente, á la capilla del Santo Cristo y la Dolorosa, ante cuyas imagenes ardían en el altar seis hachones de cera. Doña Jacoba y Margarita arrodilláronse en la tarima que estaba frente á dicho altar, y un poco más atrás el Marqués y su hijo; pero este último, si con los labios trataba de hablar á Dios, los ojos no los quitaba de la jóven, la que, sin preocuparse de nadie, sin menear los labios, estática miraba las imagenes, cosa que no pasó inadvertida para el Vizconde, ni menos el que dos gruesas lágrimas brotaran silenciosas de los ojos de Margarita y le corrieran por las mejillas.

Pasado un rato se levantó doña Jacoba; tomó una de las sillas que guardaba Anastasia y que habia traído antes que

ellos entraran; puso al Marqués y al Vizconde á su lado, y á Margarita delante de ella. Casi al mismo tiempo, el clero comenzaba en el coro el canto de las vísperas con toda gravedad, y al *vexilla*, unos nueve sacerdotes, ante la grada del altar, batieron la bandera negra con la cruz roja, ceremonia augusta con que las Iglesias de nuestras islas publican los triunfos de Cristo en la cruz. Terminadas las *vísperas* apareció en el púlpito el P. Lector Vinatea con su hábito dominicano, y en los cincuenta minutos que duró el sermón tuvo pendiente de sus labios al gran concurso que llenaba el templo, siendo varias veces interrumpido el orador por los sollozos del auditorio. Concluyó el acto con el canto del *Miserere*, y aunque desde que el sermón terminó, la gente había comenzado a salir, todavía tuvieron que esperar doña Jacoba y sus parientes un rato después de fenecido el lamento del profeta Rey, para poder salir del templo sin sufrir apretones.

Ya en pié para marcharse, el Vizconde se llegó á donde estaba Margarita y la dijo:

—¿Se ha fijado vuesa merced en aquel cuadro que está en la capilla del Resucitado?

—Sí.—dijole la jóven—representa á S. Isidro y Santa María de la Cabeza. ¿Y por qué me lo dice?...

—Bueno—repuso el Vizconde—cuando salgámos ya le diré el por qué, aunque antes tengo que hacerla una pregunta.

Ya en la calle decía el Marqués:

—Vaya que bien lo hace el Padre Vinatea; si bueno estuvo el domingo pasado, mejor me ha parecido en este.

—Mucho me lo ponderaron vuestas mercedes—añadió el Vizconde,—pero aún no me lo dijeron todo. ¡Quién lo había de decir en Vinateita! Bien que su hermano Juan y mi amigo es todo un mozo de talento.

—Ahora—dijo doña Jacoba—vamos á casa á tomar chocolate; pero antes daremos una vuelta para desentumecernos y hacer tiempo, ¿no te parece bien Gaspar?

—Jacoba—repuso éste,—basta que tu tengas gusto en ello para tenerlo yo también. Tu dirás, pues, hacia donde vamos.

—Pues si á vuestras mercedes les parece—añadió doña Jacoba—iremos al puerto y por allí tomaremos la calle baja en dirección á casa, que con eso tengo paseo de sobra para mis años y mis piernas.

—Andando, pues,—dijo D. Gaspar;—toma el brazo para que te apoyes, Jacoba.

Lo mismo fué ver el Vizconde la acción de su padre para con la anciana, que apresurarse también á ofrecer su brazo á la linda joven, la que se quedó parada, ruborosa y como dudando.

Al ver el azoramiento de la joven, doña Jacoba se apresuró á decirle:

—Sí, mujer, acepta el brazo de Cristóbal.

Es mucho esta Margarita—añadió luego en voz baja dirigiéndose al Marqués—¡es tan inocentona en medio de lo lista que es!... ¡Crearás, Gaspar, que nunca ha dado el brazo á nadie, más que á ti el otro día y hoy á Cristóbal!... Así es que no te extrañe que esté un tanto incivil.

—No te importe eso, Jacoba, pues noto que los muchachos saben hoy más que en nuestros tiempos.

—Sí Gaspar, ¡cuánta maldad corre en estos días! Y lo peor es que tratan á uno de impertinente.

En estos y en otros coloquios iban paso entre paso los dos viejos, parsimonia que seguían el Vizconde y Margarita, bien que á la distancia suficiente para que los primeros no pudieran percibir lo que éstos hablaban en voz baja, conversación que comenzó el Vizconde diciendo á la joven:

--Si no fuera impertinente le hacía una pregunta, Margarita.

—Puede hacerla su señoría -contestó ésta.

—¡Oh!, ya apereció otra vez la señoría—dijo D. Cristóbal:—cuanto antes el vizcondado, luego vendrá el vuesa merced; y el tú llano y sencillo, único que debe haber entre parientes: ese sí que tarda en aparecer.

—Válgame Dios, D. Cristóbal, ¡cómo puedo yo tratar de tu á una persona de respeto! Si me lo oyerá madre Jacoba me lo reprendería seguramente.

—Pero como madre Jacoba no la oye—repuso el Vizconde—ningún pleito hay que temer.

—Pero aunque no lo oiga, me dá á mi mucha vergüenza...

—¿De quién, Margarita?

—De vuesa merced...

—Y quitando yo esa vergüenza—volvió á decir el Vizconde—ya no habrá porque dejarlo de usar, por lo menos mientras hablemos solos...

Pero como no hemos de pelear por eso, allá vá la pregunta: ¿Qué pena tenía la bella Margarita, que se le escaparon las lágrimas delante de la Virgen?...

—¡Uy, señor, que hombre más reparón!... ¡pues no lo mira todo!... ¿Pero quién no llora, D. Cristóbal, al ver la Virgen de los Dolores?...

—Yo, Margarita; yo no lloro.

—Toma, porque es un hombre, y le dá vergüenza de llorar delante de la gente... pero ¿á qué cuando ve á la Virgen dolorida piensa en las congojas que los pecadores le causan, y qué con los pecados vuelven á crucificar á su santísimo hijo?

—En eso si que pienso—dijo el Vizconde de un modo maquinal.

—Y de verdad, ¿no se aflije ni un poquito siquiera, don Cristóbal?

—Eso sí—balbuceó este sintiendo tener que mentir y confesar que no experimentaba sentimiento.

—Pues si vuesa merced con ser un hombre valeroso no puede menos que sentir, aunque sea allá dentro, alguna penilla, ¿le parece extraño que á las mujeres nos salgan las lágrimas?...

—Bueno, ya estoy satisfecho—contestó el Vizconde sonriéndose.—Vamos ahora con el otro punto, que á lo despacio que viene mi señor padre y la tía, me parece hay tiempo de aquí á casa.

¿Conoce la parientita la vida de los santos del cuadro que le señalé?...

—¿De quién?—repuso Margarita.—¿De S. Isidro y su mujer Santa María de la Cabeza?...

—Sí, de esos santos—díjole el Vizconde.

—Vaya que sí la sé; pues á fé que la he leído pocas veces... ¡Y qué buenos eran los benditos! ¡cómo servían al Señor en todo, cómo se querían, cómo enseñaban á sus hijitos!... Y eso, D. Cristóbal, que eran pobres, pero muy santos, muy amigos de Dios. ¿Vuesa merced también la habrá leído?... Toma, lo que estoy diciendo, ¡qué tontinaria soy!... ¿No es verdad?

—Sí, Margarita; si la he leído.

—¿Y no se acuerda vuesa merced de cuando Dios mandaba al ángel para que arara por S. Isidro y cuando su mujer pasaba el río sobre la mantilla?

—Sí que me acuerdo.

—Pero, ¿y no reparó en lo caritativo que era el santo, que le hacía limosnas hasta á los pajaritos hambrientos?... ¡Vaya, como que eran muy buenos, como que eran santos! ¿No es verdad que son unos santos de vida muy bonita?

—Sí, Margarita, si lo son—díjole el Vizconde que venía oyéndola extasiado y sin poder contener su impaciencia.

Y no desearías tú—añadió—ser como Santa María de la Cabeza.

—Ya se vé que si—repuso Margarita,—pues, ¿quién no ha de querer ser santa?... El todo es ser tan buena como para poderlo ser.

—No, pero santa como ella: casada, con su esposo, sus hijos y todo—añadió el Vizconde.

—Yo... si el Señor me llama por ese camino también lo quisiera ser.

—Y si el Señor como tu dices te llamara á él, ¿querrías á tu esposo y á tus hijos?—volvió á decirla D. Cristóbal, pero con la voz tan trémula que Margarita lo miró admirada.

—Vaya que si—contestó la joven,—¿pues como había de ser santa siendo casada? Si vuesa merced hubiera oído al P. Vinatea el sermón del domingo pasado, ya lo supiera; pues bien clarito lo dijo, que la mujer casada que no ama á su marido, por malo que le salga, ni á sus hijos por pesadumbres que le den, que no contara que alcanzaba el cielo.

—De forma Margarita—añadió el Vizconde bastante emocionado—que si tu marido te saliera ruin, lo querrías...

Quedóse la joven callada y luego añadió:

—Aunque esto no es más que un decir y no estoy en el caso, no sé lo que haría, pero á mí me parece que sí, por lo menos así lo quisiera hacer.

Más animado el Vizconde con esta respuesta volvió á insistir.

—Y si el que quisiera ser tu marido hubiera sido un tanto ligero, algo de atolondrado y mucho de loquinario, pero que dejado de todos esos devaneos se hiciese hombre formal ¿perdonaríaslo?...

—¡Uy, con D. Cristóbal! ¿y por qué no había de perdo-

narlo?... Si para ser santa había de querer al malo, ¿no es más fácil perdonar al que vá á ser bueno?... ¡Pues no lo vé vuesa merced!

No pudiendo el Vizconde contener ya la gratísima sensación que experimentaba al ver tanta sencillez sin tonteería, díjola, fijando en ella una amorosa mirada.

—Gracias, bendita criatura, porque con esa promesa redimes á un condenado, salvas al que se ahoga...

Y no pudo continuar porque en aquel instante llegaban á la puerta de la casa casi al mismo tiempo que el Marqués y doña Jacoba, que venían rendidos de cansancio: la segunda por lo largo del paseo para sus años y su pesada mole y el primero porque á su edad era poco remolque para sacar adelante tanta tonelada.

—Cristóbal—díjole el Marqués,—dá tu el brazo á Jacoba, pues yo no la puedo ayudar á subir, y conmigo espero haga esta caridad, Margarita; que vaya por cuando la subía yo en mis brazos.

—Con mucho gusto,—dijeron á una el Vizconde y la joven.

Y como si el vigor de la juventud reanimara aquellas dos ruinas, en un momento subieron la escalera y se sentaron en el estrado, donde ya la criada tenía puestas las luces.

Era casi de noche.

Preocupada Margarita con lo que al Vizconde había oído en los momentos de llegar á su casa, no podía disimular su turbación; y deseando estar sola, con el pretexto de cambiar de vestidos que decía la molestaban, pidió permiso para salir. Su abuela detúvola un momento para que á su vez la llevara el manto y el rosario y salió enseguida con la prenda al brazo por la puerta que del estrado comunicaba con la alcoba.

Al poco de salir Margarita presentóse la criada con dos

fuentes de plata, la una llena de bizcochos y la otra con cuatro posillos de espeso y humeante chocolate; puso ambas sobre la mesa y de seguida volvió con otras dos de igual metal, las que á su vez contenían cuatro vasos de agua clara y trasparente, é igual número de servilletas.

Todavía no empezaban á paladear el espumoso líquido cuando unas palmadas dadas en la antesala anunciaron visita y al momento apareció Anastacia diciendo estaba allí un Padre de S. Francisco.

—Que pase su paternidad—dijo doña Jacoba,—y todos depusieron los posillos en las fuentes.

Presentóse un fraile, anciano, delgadito, con anteojos de plata, tan grandes, que casi le tapaban la quinta parte de su faz.

—¡Padre Provincial!—dijo doña Jacoba,—¡su Paternidad por aquí!... ¡quién se había de esperar tanto bueno!...

—Aqui tiene mi señora doña Jacoba lo que son las penas del oficio; á pesar de mis años de este cargo de Provincial, que por segunda vez han puesto sobre mí, me trae de seca en meca y...

No continuó porque tuvo que dar la mano á la señora, quien la besó con mucho cariño, igualmente que la cuerda del hábito

Luego, dirigiéndose á los caballeros que permanecían en pie, les dijo:

—Los señores me perdonarán, pues como soy tan corto de vista no los he podido conocer de pronto, y menos por no sentirles la voz.

Y diciendo esto metió los espejuelos á D. Gaspar casi en las narices, exclamando al conocerlo:

—¡Señor Marqués...! ¡Cuánto celebro el encuentro para saludarle por su llegada á la patria! Ya en la villa supe de su arribo y estancia en Garachico; pero no siendo esta hora oportuna, pensaba hacerle la visita á la vuelta de Buenavis-

ta, lo que será sin falta pasado mañana, Dios mediante.

—Padre— contestóle el Marqués,—el gusto es mío y me honra en extremo el saludar al Padre más digno de la Provincia Franciscana de Canarias, por cuyo título y la enhorabuena que es debida estoy en descubierto con su paternidad. Sin embargo, ya sabe el Provincial de S. Francisco que tanto yo como el Vizconde mi hijo, que está presente, le apreciamos en alto grado.

—¿Con qué... este es el señor Vizconde? Vamos, mi señor D. Cristóbal, perdóneme su señoría esta ceguera mía, que me convierte en un inculto.

—¡Oh, Padre Provincial, no me importaría nada su cordedad de vista, si Dios me hubiera dado su cabeza y mi desaplicación su mucha literatura!

—Vamos, señor Vizconde—dijo el fraile;—su señoría también cree á la gente sencilla, que porque el P. Fray Andrés de Abreu ha leído cuatro papeles se les figura que ha de atinar cómo ha de ser el año para los sembrados. Nada, hijo mío, nada; bulla, bulla, y pocas nueces...

—Pues con bulla y todo vengan las nueces...—repuso el Vizconde.

—¡Pero señores...!—dijo doña Jacoba,—se nos enfría el chocolate. Padre, íbamos á tomar chocolate y su Paternidad nos ha de acompañar, que hoy como domingo, que no se ayuna, bien se puede tomar.

—¡Oh, sí!—respondió el Provincial;—pero yo les causo molestia si se ha de hacer el mío, porque se enfriará el de vuestras mercedes.

—No, nada de eso,—replicó doña Jacoba—estamos cuatro y son otros tantos los posillos.

—Siendo así, venga en buena hora;—añadió Fray Andrés.

—Pero,—preguntóle doña Jacoba:—¿trajo su paternidad algún compañero, que no me acordaba de preguntarle?

—Sí; pero es el lego Fray Joaquín que está ahí en la antesala.

Llamó doña Jacoba á la criada y díjola:

—Mira, Anastacia, puedes hacer dos posillos más, traes uno para acá y llevas otro á la antesala al pobre Fray Joaquín.

Levantóse D. Cristóbal y por sí mismo sirvió los posillos á doña Jacoba, al Provincial y á su padre, no sin que el fraile protestara por la molestia que se tomaba y á lo que satisfizo el Marqués diciendo que como más jóven le correspondía el servicio.

Reparando doña Jacoba que el Vizconde no tomaba su posillo, dijole:

—Pero Cristóbal, ¿no tomas tu chocolate?

—No tía, espero para acompañar á Margarita, pues seguramente no querrá tomárselo sola.

—Las cosas tuyas... tómalo que se te enfría.

—No tía, yo espero; á mí no me gusta el chocolate tan caliente...

—Mira, Jacoba, déjalo;—dijo el Marqués—tu no estás en las cosas de la moda de la jente joven.

—Bueno,—respondió doña Jacoba—pues no digo nada.

—En todo este tiempo, Margarita, luego que se entró en su cuarto, al que distraída había llevado el manto y rosario de su abuela, sentóse en un taburete y con las manos cruzadas sobre las rodillas quedóse pensativa largo rato; se levantó de pronto, puso sobre la cama el manto de su abuela y colocando el rosario sobre una mesa, quitóse el vestido y púsose otro más sencillo; miróse al espejo, arreglóse un poco el pelo y dirigiéndose á otra mesita en la que una lamparilla alumbraba una pequeña imagen de la Virgen de los Dolores, hincó sus rodillas en el suelo y cruzando las manos á la orilla de la mesa, sobre de ellas apoyó la cabeza.

De esta oración, meditación ó lo que sea, sacáronla los golpes que Anastacia repetía en la puerta que daba al co-

rredor, diciéndola: «¡Niña!... ¡niña!... la señora que si su merced no vá *pal* estrado.»

Al alzar Margarita la cabeza, el que hubiera estado en la habitación hubiérala visto hermosamente bella, pues en su rostro, algo más sonrosado de lo natural, resaltaban sus ojos llorosos y las lágrimas que la corrían por las mejillas.

Se levantó secándose los ojos con un pañuelo de *holandilla*, tomó el cuadrito de la Virgen, besándolo con ardor, é inmediatamente se dirigió al estrado, donde su abuela la preguntó:

—¿Por qué te has detenido tanto, Margarita?

—Pues si quiere que le diga—repuso la joven—me entretuve sin saber en qué; pues me puse de rodillas ante mi Virgen y pasóseme el tiempo.

—Vaya, no digas más—dijo doña Jacoba;—toma el chocolate pero antes saluda al Padre Provincial.

—Venga acá la Margarita—dijo el viejo fraile.—¡Huy!, muchachita, como te creces. Jesús, ¡si estás ya hecha una mujer!

¡Si tus cristianos padres te hubieran visto!... Pero, nada, ya te verán desde el cielo, hija mía; sí, sobre todo tu madre y señora que era una santa de Dios.

—Nadie mejor que su Paternidad lo puede decir, que fué el confesor de mis hijos y les ayudó á bien morir—añadió doña Jacoba con los ojos aguados por las lágrimas.

—Sí, mi señora doña Jacoba, para mi quisiera la muerte de cualquiera de los dos, sobre todo la de ella; ¡qué resignación en la divina voluntad! ¡qué esperanza en que el Señor y la santísima Virgen, mejor que ella velarían por esta niña!... Vamos, fué un matrimonio santo en vida y en muerte.

Y el pobre fraile no pudo continuar porque el llanto le añudaba la voz.

Los concurrentes se enternecieron también al oír al fraile, que luego añadió: ¿no es verdad que si bien es triste recordar á los muertos, cuando nos han dejado ejemplos de virtud, parece que su memoria nos riega el alma de consuelo? Bueno, pues acábase todo; toma la bendición Margarita y sé buena como tu santa madre.

Y alargó la mano rugosa y apergaminada á la joven, que ella besó llena de respeto y cariño.

—Margarita—dijo doña Jacoba—llama á la criada para que tibie el chocolate de Cristóbal, que por esperar por tí para acompañarte ha dejado que se le enfriara.

Miró Margarita al Vizconde y dirigióle una sonrisa de agradecimiento, pero él opúsose á lo dicho por doña Jacoba, diciendo:

—No tía, ya V. verá como todo se remedia.

Quitó el agua á uno de los vasos, derramándola en la fuente, y en él puso el chocolate de su posillo y luego el de Margarita que estaba humeante.

—¿Pero qué haces, criatura?—díjole la anciana.

—Muy sencillo, tía,—repuso el Vizconde al paso que miraba á Margarita—mi chocolate estaba frío, no tenía ya virtud ninguna, ni olor siquiera daba; el de Margarita abraza; es decir, tiene virtud para él y para comunicársela á otro; justo me parece que ya que ella es tan buena, permita el que su chocolate resucite al mío del frío de la muerte...

Y diciendo esto compartió el chocolate del vaso en los dos posillos, agitándolo para que se mezclara bien, sirviéndole el de Margarita y tomando luego el suyo.

Riéronle todos la agudeza, pero Margarita púsose encarnada como una amapola, al paso que le dirigía unas miraditas muy escrutadoras.

Interín el Vizconde y Margarita tomaban el chocolate hablándose poco y mirándose mucho, el Provincial ma-

nifestó que su viaje á Garachico y Buenavista tenía por objeto el autorizar las escrituras de fundación de dos capillas en los respectivos conventos de su Orden en ambos pueblos: la de aquel Puerto por el Marqués de la Quinta y la de Buenavista por los herederos del fundador Pedro Gil.

—A propósito Padre—dijole el Marqués,—yo siempre he tenido intención de dotar mi convento de Icod de una buena capilla mayor, como su patrono que soy, pues la que le dejaron mis antecesores y tíos, el capitán Gaspar de Alzola y su hermano el Licenciado, no me parece capaz, y vamos á tratar de eso, si su Paternidad no lo tiene á mal.

—¡Que á mal, Sr. Marqués; muy al contrario! Y uno y otro enredáronse en larga y tirada conversación.

El Vizconde, satisfechísimo de dejar en libertad á su padre y al guardian para que esplanaran sus negocios, fué á poner frente á doña Jacoba y Margarita, y dijole á ésta:

—¿Por qué no te traes, Margarita, la vida de S. Isidro para que me enseñes donde dice eso que me dijiste de que hacía limosna á los pajaritos hambrientos?...

—Vaya, ¡como si vuesa merced no lo supiera!—contestó la joven.

—No mujer—dijole su abuela,—vete y tráela.

Obedeciendo al instante, vino al poco rato con un libro forrado en pergamino que puso en manos de D. Cristóbal.

Levantóse el Vizconde y aproximó una silla á la mesa en que estaban los candelabros, cuidando dar la espalda á medias á su padre y al Provincial, y llamó á Margarita para que le señalara la página.

—Pero señor... ¡cómo me voy yo á acordar ahora en donde está eso!...—dijo la joven.

—Para eso lo buscas—añadió doña Jacoba al tiempo

en que se levantaba también, manifestando que en lo que ellos seguían su conversación, ella iba á dar ciertas órdenes á los sirvientes.

Cuando el Vizconde vió salir á su tía abrió el libro y dirigiéndose á Margarita que por el lado opuesto estaba algo inclinada sobre la mesa, díjola en voz muy baja para que no fuera oído:

—Mira, yo sé de memoria la vida de S. Isidro; el pedirte el libro fué solo un pretexto, Margarita. Escucha: quiero saber de tu boca una contestación que deseo y temo; deséola porque abrigo esperanza en tu bondad; témola por mi mala estrella; pero si quieres que te diga con franqueza es mayor la esperanza en tu mucha virtud y caridad, que el temor que pudiera tener, y por eso me atrevo á pedirte licencia á fin de que como caballero, en unión de mi padre y señor, hable á tía Jacoba para que seas de este Cristóbal, la María de la Cañeza y la Margarita de su corazón...

Y quedóse callado, casi sin aliento, mirando fijamente á la joven que no podía dominar su turbación.

--Pero, ¡si vuesa merced está destinado á Otilia, según dicen!...—contestó Margarita.

—¡Mienten... mienten con ruindad manifiesta!—replicó el Vizconde con impetuosidad, y añadió:

Por Dios sacramentado, por la Virgen de los Dolores que tanto quieres y por mi fé de caballero, te juro que de mis labios nunca ha merecido Otilia, fuera de los agasajos que á una sobrina se deben, la menor palabra que pueda alentar esperanza ni deseo en mí de hacerla mi esposa.

Respiró Margarita como si un grave peso la quitaran de encima y bajando los ojos sin poder ocultar su rubor, díjole:

--Pues siendo así, que á nadie se agravia, puede vuesa merced hacer lo que dice, aunque yo, si madre Jacoba no es gustante, de ninguna manera consiento.

—¡Oh, buena Margarita!... gracias, muchas gracias. Tía Jacoba no creo tenga nada que decir, pero si tuviera, me basta y me sobra con que tu no hayas puesto dificultad, con que tu no me hayas creído tan libertino como la gente me hace, conque tu, en fin, me ames... ¿qué más podía yo apetecer? ¿qué mejor dicha desear?

Paró el Vizconde su discurso porque en aquel momento entraba doña Jacoba.

—Vaya,—dijo ésta—¡qué bien os da que entender á vosotros la vida de San Isidro!... Pero me parece, Cristóbal, que á tu Padre y Fray Andrés también se les ha ido el tiempo, pues no han echado cuenta que ván á tocar las ánimas.

Y como si el campanero del vecino convento de Santo Domingo hubiese estado oyendo á doña Jacoba, un doble á muertos hizo levantar súbitamente al Marqués y al Provincial, diciendo:

—¡Pues no se nos ha pasado el tiempo en conversación?

Y dicho esto se dispusieron á salir. Despidiéronse de las señoras y una vez en la calle, el Provincial y el lego tomaron camino del convento y el Marqués y su hijo se dirigieron á la casa de don Jacinto.

Por el camino, padre é hijo no se dijeron palabra. Callaba el viejo pensando en su proyecto de capilla en Icod, y el joven porque no quería dar participación á nadie de la felicidad que disfrutaba. Al llegar á la casa fuéronse á su aposento, y como el Vizconde comenzara á quitarse la ropa, preguntóle su padre:

—Pero, qué, ¿te vas á estas horas para Icod?

—Si vuesa merced no me ordena otra cosa, en el acto, pues ya estará ensillado el caballo.

—¿Y no subes á decir adiós á la familia?

—Como pienso estar aquí pasado mañana á más tardar

y siento mucha concurrencia en la Asamblea, vuesa merced me despedirá, pues si llego á subir me detienen.

—Con seguridad que tu hermana se ha de mortificar.

—Pierda el cuidado mi padre y señor, que ya se le quitará el disgusto.

—Por Dios, Cristóbal, tu genial no sé ni como es. Bueno, véte que yo te disculparé.

Calóse D. Cristóbal los guantes, cogió el latiguillo, y tomando la bendición á su padre, montó á caballo y se fué á galope.

Como la noche estaba serena y la luna en su fuerza, no teniendo prisa en llegar, recogió las bridas á su corcel y dejólo ir al paso, para mejor ensimismarse en las plácidas ideas y gratísimos pensamientos que bullían en su imaginación, y mientras paso á paso del caballo subía por el *Guincho*, decía para sí: ¡Quién me lo había de decir á mi que una chiquilla como Margarita me había de prender en sus redes!... Pero lo cierto es que la pícara me ha cogido y de veras... ¡Cuidado que tiene gracia el que no pueda apartar de mí su recuerdo!... Pero señor... ¿yo que he galanteado á mujeres hermosísimas y de trato exquisito, Magdalena Lliere, por ejemplo, Camila Dubau y otras.... y ninguna de ellas me sacó más de lo que yo quería darla... ¡Y esta tortolilla con sus arrullos de candor se lo ha llevado todo!... Pero ¡callal parece que un ginete viene subiendo por la calzada, ¿quién será?

Efectivamente, con la quietud y silencio de la noche, trás el Vizconde sentíase el paso de una caballería que, con más prisa que la de él, resbalaba las herraduras, en los guijos del camino; el ruido se fué haciendo cada vez más distinto y al poco, á la claridad de la luna, vióse flotar la pluma del sombrero del ginete.

Casi en seguida sintió el resoplar de la cabalgadura que

esperaba, al mismo tiempo que el ginete le daba en la espalda un malatinazo en veras y bromas que no dejó de arderle en las costillas.

—¡Vive Dios, quién es el osado?—gritó el Vizconde.

Una sonora carcajada contestóle de pronto, y luego, bajándose el ginete el embozo de la capilla en que venía envuelto, díjole:

—¿Qué...? ¿no me conoce el Vizconde?

—Al diablo podías irle á dar con el malatín, Juan Domingo; me....

—Cállate, que pareces renegado.

—¡Qué renegado ni qué cuernos, mojigato del diablo!... Agradeces tu el que no puedo pelear contigo... ¿Y qué diante se te ha ofrecido otra vez en Garachico?

—Eso mismo le podría yo preguntar á D. Cristóbal del Hoyo, pero á fé que ya tengo sabida la contestación; así es que como no le sucederá á su señoría lo mismo respecto á mí, le diré que el viernes, después que dejé á vuesa merced en Icod (no á las 8 como pensaba, sino á las 10), llegué á la Villa, pero como ayer sábado recibí carta con un propio del armador, para saber de mí si en lugar de las 20 pipas de malvasía que le traté, le podía poner cuarenta en el Puerto de la Orotava, me parecía mejor contestar yo de palabra para cobrar adelantado y no me diera el chasco de que después de bajadas las repudiara para sacármelas más baratas.

—Y parece bobito D. Juan Domingo de Franquis—dijo el Vizconde—¡ya se podrá alabar el armador que lo engañe!... Pero, dime, ¿por qué dijiste que sabías ó tenías la contestación mía? ¿Se puede saber?

—Ya se vé que sí, porque tengo la seguridad de que si yo le pregunto al Vizconde de Buen-Paso que porque había ido á Garachico, como amigo me hubiera contestado que habiendo caído en su cuenta y examinado con deten-

ción las partes que adornan á su sobrina Otilia, se habia determinado á complacer á su señor padre, hermanos y demás parientes...

—Calla Juan, calla; no quiero eso.

¡Oh, no lo digas!—añadió.—Quizás ayer no me hicieras daño, pero hoy si, y mucho... muchísimo. Sabes bien lo delicado que he sido de gusto en cuanto á este particular y yo te confieso que al lado de mi sobrina no se pasa mal el rato en el exámen de sus bellas partes; más te digo; en su compañía he sentido algo, ¡qué digo algo!, mucho, muchísimo del perfume que exhala una mujer hermosa.

Nada me importa decirte también porque eres amigo fiel, que á duras penas y haciéndome mucha fuerza he podido contenerme, cuando estoy á su lado, de echarle alguna flor, no tanto por el respeto á la familia cuanto por cierto afecto compasivo que siento hacia ella; figúraseme—y mira tú lo que es la ilusión y la manía—figúraseme, como digo, á una desventurada paloma que pone en mis manos para que me regale el paladar, mi medianero de *Chío*, Juan Santos, ó á una perdiz que mi perro pachón sorprendiera, trayéndomela á la mano; todo esto y algo más que en otras pláticas te he dicho, bien te puede dar á entender que en mi sobrina sólo veo á la mujer bonita, que por la razón y otras conveniencias no me es lícito marchitar ni con el aliento, pero en ella, nada, nada encuentro de la esposa con sus atractivos, de eso que vosotros llamáis amor santo y que yo nunca he sabido lo que es, á no ser que sea este desasosiego que noto en mí.

—¿Por quién, Cristóbal?... ¿Por Otilia?...

—Que torpe estás esta noche—replicó el Vizconde,—¿cómo has podido entender sea Otilia la causa de mi desasosiego? ¿no te acabo de decir que mi sobrina para mí es... sólo mujer?... ¿no has entendido que á ella la miro como á

tantas otras, solo con los ojos de la cara? .. ¿ignoras tú que lo que se mira así sólo puede estimular el apetito? No, no es Otilia la que ha perturbado mi modo de ser, es más bella que Otilia, más inocente que Otilia, es la única mujer que en mis años he visto, no con los ojos de la cara, sino con estos (y golpeábase el pecho sobre el corazón) y tanto la veo que su imagen ha quedado grabada en él, y con sus ojos serenos y plácidos no sólo parece que me mira desde el fondo del alma donde la tengo, sino lo que es más, que me piden cuenta de mi mala vida, no para castigarme iracundos, no, sino para perdonarme compasivos... Que quieres que te diga, me parece que ante ella siento remordimientos de lo mujeriego que hasta hoy he sido.

—¡Pero Cristóbal...!—dijole su amigo admirado de su exaltación. —¿Quién te conoce?... Si no fuera indiscreto te preguntaría el nombre de la valerosa Judit que con mano firme y tan buen acierto cortó la cabeza del Holofernes, Vizconde de Buen-Paso.

—Si—repuso éste— por lo sensual que he sido llámame Holofernes, Tenorio ó lo que mejor te cuadre; te repito que hasta hace días sólo he visto con los ojos de la cara, con los ojos del desco; y puesto que eres mi buen amigo, quiero depositar en tí mi secreto: ¿sabes quien es la mujer que tal poder ha tenido en mí? ¡Pues mira, Juan Domingo, es Margarita, la nieta de la tía Jacoba!...

La revelación del Vizconde dejó enmudecido á D. Juan Domingo, pero al poco, como el que sale de hacer un prolijo exámen, dijole:

—Tienes razón Cristóbal; tres ó cuatro veces he tratado á Margarita después que está hecha una mujer, y comprendo es un ángel grande y hermoso, pero un ángel. Si lo que deseabas era que tu mujer tuviera alas, Margarita te aseguro las tiene: todos, pobres y ricos, se hacen lenguas de ella, y más los primeros que como la llaman es la niña de doña Jacoba.

— ¡Oh!— exclamó el Vizconde — ¡si no puede ser menos, si es mucha la atracción de aquella criatura, si lo que á mi me pasó en las dos horas escasas que estuve á su lado por primera vez, no te lo puedo explicar; si yo no he sentido cosa igual en mi vida, y cuidado que he visto mujeres, y cuidado que me han zarandeado y las he zarandeado!...

— Pero, y á todos estos aspavientos, tengo la seguridad de que no le has dicho nada formal á la muchacha, ni sabes si tiene pretendiente, si está ó no libre su corazón, pues como tu sabes, donde hay cuerpo hay alma, y donde hay alma bien puede estar ocupada.

— Si, Juan, si por ser feliz yo estoy loco, debo estarlo sin falta en esta noche: ¿será acaso la causa de esto, el verme libre de transitar la casa de mi hermana?... Quizás pueda ser, porque mirándolo bien no es corta la ganancia. Jacinto un tonto, los hijos dos animales, mi hermana una lagarta de mucha correa, Otilia... buena tajada no más... Créeme, Juan, de aquella casa lo único bueno es Inesita por inocente y seña Hipólita y Sr. Nicolás por honrados; lo demás, si no es en la cáscara es en la leña ó en el zámago donde tienen la mácula...

— Vamos despacio Cristóbal; quiero me contestes con toda llaneza á lo que te voy á preguntar:

¿Tienes el sí de Margarita?

— Lo tengo.

— ¿Doña Jacoba sabe tu pretensión y la apoya?

— No la sabe — dijo el Vizconde, — pero no creo me rechace.

— Mucha confianza es, — dijo Franchi — pero sigamos.

¿Crees que esa pasión que sientes por la muchacha no sea una ilusión de los sentidos, y más claro, uno de tantos deseos de los que te han atormentado durante la vida?

— ¡Pero, hombre, no te lo he dicho ya! Cuando hablo con Margarita no le veo sus ojos hermosísimos, ni sus mejillas

sonrosadas, ni suabundante cabellera rubia, sino aquel adentro sencillo y candoroso que rebosando por todos lados con naturalidad, sin esfuerzo ni ficción, es pura miel que atrae.

— ¿Estás dispuesto por lo visto á que sea tu esposa?

— ¡Pues no he de estarlo, simplaina!

— Y si no pudiera serlo, ¿qué harías?

— ¿Qué haría?... ¡Pues romperle la crisma al que se me opusiera, pisotearlo, hacerlo añicos! ¡Oh, ni en broma quiero que me hables de eso!

Calláronse ambos amigos por algún rato y ya casi á la entrada de Icod paró D. Juan Domingo su jaca y dijo:

— Pára, Cristóbal, que lo que voy á decirte no conviene lo oiga nadie, y entiende que lo que te dijere es sólo obra de lo mucho que te quiero.

Escucha: por todo lo que me has contado y respondido veo estás perdidamente enamorado de Margarita; me alegro porque una pasión de esta naturaleza en una alma tan noble como la tuya, con seguridad la curará del continuo galanteo que padece, y ¡ojalá mis ojos te vieran casado y feliz al lado de esa niña, hija del mejor de mis amigos! Pero te advierto que mi corazón presiente que estos amores nos van á dar que sufrir á todos y que quizás sean muy desgraciados.

— ¿Por qué me profetizas tanta desgracia, Juan Domingo?

— Pues porque oigo lo que se dice, Cristóbal, porque en Garachico, en Icod, en la Orotava, y creo que á esta hora en toda la isla, se dice y se dá por un hecho cierto que viniste de Europa sólo para casarte con Otilia, porque en ese mentidero de Garachico, verdadera tenería de honras, además de la noticia se habla en todos lados de que te han encontrado á solas con tu sobrina, y llegan ya hasta decir que si te sorprendieron ó no con ella en el establo;

que tu te has trasladado á Icod por el buen parecer... En fin, Cristóbal, que la honra de tu cuñado y tu hermana anda en lenguas del pueblo y la de la pobre de tu sobrina por el suelo. Como amigo me creo en la obligación de no ocultarte nada aunque te duela mucho, y más después de que me has confesado tu amor y honradas intenciones para Margarita.

Si á su lado hubiera caído un rayo, quizás no hubiera impresionado tanto al Vizconde como lo que acababa de saber por boca de su amigo.

Transcurrieron algunos minutos y ninguno decía nada. Por fin, el Vizconde levantó la cabeza y dijo á su amigo.

—Juan, por Dios todo poderoso que nos está mirando, te juro que la desgraciada de mi sobrina no podrá decir en verdad que de mi boca ha oído la menor palabra que le pueda descubrir la más pequeña intención de matrimonio; por mi parte, si ante Dios tengo la conciencia tranquila, los hombres no me pueden arredrar. Para mi no hay otra esposa que Margarita, por conseguirla lucharé sin tregua ni descanso, y si me vencieren en la lid habré cumplido con mi deber. Te doy las gracias por lo que me has comunicado, pues en ello me pruebas ser amigo fiel, ¡ojalá hubiera sido antes!, y en prueba de que creo en tí con fé ciega reclamaré tu ayuda si la necesitare. Vete, pues, que tienes que estar en tu casa esta noche mismo, y déjame aquí; no quiero entrar en Icod, pues si me metiera bajo techo creo se me estallarían los sesos; quiero que el aire de la noche refresque mi acaloramiento.

—¡Ob, Cristóbal, cuánto siento la pesadumbre que te he dado!

—No, no lo sientas Juan; cierto que he recibido una gran pena, pero para eso son los hombres; vete... vete que se te hace tarde.

—Mira, Cristóbal, marchó con el corazón partido. Dios

ayuda las buenas causas; trabaja con fé y cuenta con un amigo.

Dicho esto, acercó su jaca al caballo del Vizconde, abrázaronse bastante conmovidos, y uuo y otro se despidieron.

El Vizconde echó pié á tierra y entrando en una finca colindante, ató el caballo al tronco de un árbol, y se sentó sobre una piedra, donde estuvo hasta el clarear del día con la cabeza apoyada entre las manos.

A última hora doña Clara y sus hijos asistieron al sermón del Padre Vinatea; pero impidiéndolas el mucho concurso el pasar de los pies del templo, no pudieron ver á doña Jacoba y su nieta ni al Marqués y su hijo, á pesar de registrar el templo en todo lo que las alcanzaba la vista.

Pero lo que ellas no pudieron ver consiguiólo doña Olalla muy á su satisfacción, porque colocada desde temprano al pié del púlpito, en la nave central, vió entrar á la anciana señora y á su nieta con los caballeros que las acompañaban.

La gaga, que dió á Dios lo que el mundo no había aceptado, á pesar de lo mucho que se le ofreció, desde que se volvió á la mística extremaba las prácticas piadosas de tal modo, que sus oraciones las decía siempre á media voz. Valíase para esto de alguna conocida que le quedara á su lado, y que ya procuraba ella fuese de su cuerda, pues no ignoraba que hasta la oración en comandita es más grata cuanto más unidad de pareceres existe entre las que la hacen.

En la tarde que nos ocupa tenía á su lado á una tal Riti-ta Trigueros que, aunque de humilde condición, tenía con doña Olalla muchos puntos de contacto, sin que por eso usara de tontillo, papilotes, ni garzotas, polvos ni piochas en el pelo, pues de la mantilla blanca, no había quien la hiciera salir. Su similitud consistía, pues, en ser solteras,

jamonas, rompedoras de ladrillos de Iglesia, tijeras de primera fuerza, y muy alabanciosas de que en sus juveniles años habían despreciado los mejores partidos, y todo por pelillos, porque Pedro torcía un poquitin un ojo, porque Juan se reía con toda la boca, etc. etc.; pero la verdad sea dicha, que la Trigueros daba aún señales de haber sido en su tiempo buena pitanza para cualquier cristiano fuera de cuaresma, mientras que la gaga, á pesar de sus afeites y enjalbegados, sólo daba muestras de haber sido un *cordoban* que si algún día tuvo lustre, fué á fuerza de puños, salvia y escobilla.

Cuando entró doña Jacoba y su compañía la gaga rezaba el rosario con su amiga la Trigueros, bien que llevando ella la dirección por su gerarquía y también para hacer las paradas convenientes cuando la necesidad lo pidiera.

—Dios te *sabe Madia*—decía á media voz doña Olalla—¿quién son *aqueyas*, di?... llena *edes* de *gacia*... pues si, doña Jacoba y *da* nieta, *mujé*... *é señó* es contigo, bendita tu *edes*... ¡Ah, y viene el *Maqués* y *é* Vizconde... *ente* todas *das mujedes* y bendito es *é futo* de tu *viente*, *Jesú*... ¡*Mida*, *é muy piyo*, qué *dedetido* está con *da* niña!...

—Santa María,—respondió la Trigueros mirando á hurtadillas para donde su amiga la decía—madre de Dios, ruega Señora...

—¡*Jesuquisto!*—interrumpió la gaga—¿*habá piyo mayó?*... ¡Un *hombre competido* con *Otidita!!*... yo no sé á qué *vendá* esta jente á *da* casa de Dios; hace *pecá*, hija... hace *pecá*...

—Por nosotros los pecadores,—continuó la Trigueros—ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

La gaga y su amiga siguieron su rosario con otras tantas pausas é interrupciones, de que fueron objeto muchos de los que estaban en el templo, si bien la de Oscar no quitó el ojo al Vizconde durante el tiempo que duró la función religiosa.

Una vez terminado el sermón, la gaga despidióse de su amiga con pretexto de que tenía que ir á su casa consiguiendo salir de las primeras, aunque á costa de más de un estrujón, buenos empellones y no pocas apreturas. Ya en la calle, después de llamar brutos á más de la mitad de los concurrentes, trabó la hebra con un pobre hombre en tanto miraba para la puerta de la Iglesia. Al fin vió salir á doña Jacoba y su nieta, acompañadas de los dos caballeros, y sin decir ni una palabra al hombre con quien hablaba, salió precipitada con la misma dirección que aquéllos, penetrando luego en una casa de planta baja donde vivía *seña* Remigia, demandadera del convento.

Al sentir la demandera el ruido que hizo la puerta, acudió desde el patiecillo donde se hallaba, y al ver á la gaga, díjola:

—Jesús doña Olalla, que susto me dió.

Pero la gaga reclamóla silencio poniéndose el índice en los labios; y acercándose á la demandera, díjo:

—*Demigia*, ponte en esa ventana bajo é postigo y yo en esta, *pa ve* si oimos *do* que é Vizconde *de* viene diciendo á *Magadita da* de doña Jacoba.

Y dicho esto fuese cada una á su acechadero.

Al pasar Margarita y el Vizconde por debajo de la primer ventana, donde montaba la guardia la *seña* Remigia, oyó ésta que aquél decía á su compañera: «¿y si el que deseara ser tu marido hubiera sido ligero, algo atolondrado, perdonaríaslo?...»

Doña Olalla sólo pudo oir estas palabras de Margarita: «¿por qué no había de perdonarlo?»

Cuando hubieron pasado el Marqués y doña Jacoba, bajáronse de sus garitas las espías y al comunicarle la demandadera á la gaga lo que había oido, ésta empezó á dar pataditas y con mucho coraje á decir:

—*Piyo, piyo*, un hombre *compometido*, y *eya*, *da picada gata tuna* á su amiga *hacede* esa *taición*...

—¿Pero doña Olalla, lo que yo oí no tiene nada de malo por parte de doña Margarita?

—*Je... je, ¡no tiene bo... boba!... ¡no dice tú que é de decía que... que si quisieda sé su madido y hubieda sido piyo!...*

—Sí, si señora, eso dijo el Vizconde.

—*Pué como yo oí á eya que do pedonaba, ¡ma cado lo quiedes!...*

—Pues dice su *mercé* bien, doña Olalla, ¡quién lo había de creer en una niña tan buena!... ¡Jesús, las cosas que uno está viendo! ¡Virgen Santísima, favorécemel!...

Pero la gaga no contestó otra cosa que decir «*piyo... piyo...*» «*picada... picadona*» y abriendo la puerta salió como una maldición, casi sin decir adiós á su amiga, por lo que ésta al volverse á sus quehaceres, decía:

—¡Pues mira que me gusta doña Olalla!... ¡Quién le tendrá la culpa de que á este caballero le guste más doña Margarita que la otra; y yo en el pellejo de él hacía lo mismo, por lo menos ésta es muy dada y muy buena!... ¡Y me llama boba la chismosa de *Doña Gaguera...*! Si le digo á V, que á estas señoras hay que verlas: la Iglesia, la misa, el sermón, Padre Nuestro á S. Pedro y á S. Juan... y luego trayendo y llevando para hacer á uno ofender á Dios... ¡Pero que se entiendan y cállate lengual!...

Jadeante y hecha un basilisco llegó doña Olalla á la casa de D. Jacinto.

Sin decir agua vá, penetró en el estrado, donde encontró a la familia dispuesta á recibir los tertulios, y desde la puerta, dijo:

—Santas y buenas noches nos de Dios. *Cada, quiedo habar contigo; hazme favó.*

Levantóse la llamada, y tomando del brazo á la de Oscar, una y otra se dirigieron á la alcoba.

Cerró la gaga la puerta y después de mirar si había al-

guien en las piezas inmediatas, se sentó frente á doña Clara, diciendo con mucha autoridad.

— Ni... ni tu, ni tus hijos me pagáis *é amó* que os tengo.

— ¿Por qué dices eso, Olalla?

— *Po... po* que sí... *po* que no puedo *vé picadías* y me *encodediso* y me pongo *enfema* y *queo* que me *muedo* de *bedinche*... ¡A *piyo*, á mi *no... no* me *da* pega!

— Pero mujer... ¡qué te pasa!... Dilo de una vez que me tienes con la boca seca.

— *Pos mujé*... ¡escucha!... desde que *é Vizconde* dijo esta *tade* que iba con la *Gayego á semón*... me dió que *confiá*.

Yo *fi tempano* y púseme á *pie é púpito pá* está más atenta á la *palaba é Dió*; cuando veo *entá á da masca baba* de doña Jacoba y *da gata tuna* de *da* nieta, tan *pueta*... tan *cicalada*... y tu *hemano atás*...

E cabayedo tomó agua... ¡y si tu *viedas* qué *pasentado* y que *disueño* y *eya* que *babona*...! *fuédonse* á Santísimo *Quisto*, sentándose la *gata tuna* delante y *eyos detás*...

Yo, *Cada* de mi vida, te *pedo deci* que ni *desé*, ni oi *semón* con fundamento, en *vé quel home* no *midaba* más que *pa Magadita*.

Sago de *semón* y veo van de *pasedo* tu *pade* con la *viga*, y tu *hemano* con *da* niña; *fime* casa *Demigia da mandadeda* de *das* monjas y *puetas* en *da* ventana veo que venían y cuando pasaba *dijode* tu *hemano*: «si yo *quisieda se* tu *madido*, me *pedonadías do tavieso que sido*...» y oigo que la *mocosa de* dice: «*ipo* no te había de *pedoná*!...»

Levantóse doña Clara con el rostro contraído por la cólera y acercándose á la gaga cogióla por un brazo y sacudiéndola con furia, djóla:

— Mientes, Olalla, mientes; eso no puede ser, eso son cosas tuyas.

Doña Olalla, toda asustada, casi no podía articular pala-

bra, pero viendo que doña Clara no la soltaba el brazo, no tuvo más remedio que gritar:

—¡*Po Dió, Cadita, suétame* que me *duede* mucho!

Soltóla doña Clara y dejóse caer en su asiento, exclamando.

Por Dios Olalla, dime que eso no es cierto, que eso son cosas de tu imaginación. ¡Ay, pobre hija mía! ¡Margarita la venci!...

Mas animada doña Olalla con la humilde actitud de doña Clara, cobró alientos, y para vengarse de los dolores que sentía en el brazo, dijo:

—No *do* decía yo; en esta casa nadie me *agadece* nada. ¡*Mentí* yo...! ¡*Mentí* una *Topeal*!...

—¡Ay, Olalla, no te enfades!—repuso doña Clara—¡mis nervios y nada más que mis nervios! No supe lo que hice; perdóname mujer; atiende á que soy madre.

Pero la gaga, más valiente cuanto más se humillaba doña Clara, no se daba á partido. Por fin, doña Clara se levantó, dióle un abrazo y dos besos que para la de Oscar fué un gran bálsamo para sus iras.

Conjurado el enfado de la gaga y el temor de su deserción, cosa que doña Clara con su buena inteligencia comprendió no le convenía y menos en las actuales circunstancias, pasáronse otro rato en animada conversación, y después, aparentando cierta tranquilidad, volvieron al estrado, en el que estaba ya el Marqués, las de Villavicencio, Aponte y otras no menos distinguidas damas, como también cab alleros y caballeros, que por pasatiempo, los viejos, y por darles olor á fritura, los jóvenes, concurrían á la casa de don Jacinto las noches de los días festivos, y aunque no se bailaba el *pas pies* y otros bailes de la época, propios sólo de la gente fina, ni se tañían los laudes por estar en el santo tiempo de la cuaresma, como la prohibición no llegaba á la lengua ni á los ojos, con éstos ha-

ciase todo lo que se podía en desquite de lo que sabiamen-
te se prohibía.

Entre la gente mayor la conversación recaía aquella noche sobre el predicador, su sermón, la concurrencia y cosas por el estilo, y entre la jóven sobre el vestido de fulana, el peinado de ciclana, por qué miraría Pedro para el pilar de la derecha y Juan para el altar de la izquierda, si en la semana santa saldrían los nazarenos en tanto ó cuanto número, que el Judas que se quemaría en la Pascua tendría más de seis varas y tantos fuegos de pólvora en todo el cuerpo... etc., etc.

A la campana de ánimas levantóse la asamblea; despidiéronse los concurrentes con las fórmulas usuales de la época y cada mochuelo se fué á su olivo.

Verdaderamenté fué noche de Pasión para el Vizconde la de aquel domingo.

Cuando notó que el día se le había venido encima, desató su caballo y montando en él fué á parar á la portería del convento francisco, del que era patrono su padre y en el que tenía hospedaje.

Encontrándolo abierto por lo que madrugaban sus moradores, subióse á su celda, echóse y en fuerza del cansancio quedóse dormido hasta las once, lo que bastante le refrescó la cabeza, luego de levantado tomó papel y pluma, y escribió á su padre en los siguientes términos:

«Padre y señor: el portador vá por mis baules, porque »habiendo de permanecer aquí, no es justo carezca de lo «necesario.

»Tengo ya prontos los materiales para la fábrica de la »casa, incluso una gran cantidad de maderas labradas que »me venden, pero no quisiera determinar nada sin que su »señoría diera parecer sobre el sitio, y como el tiempo ur- »ge y corre veloz, espero que vuesa merced mañana sin

»falta se deje correr hasta la viña de Alzola, que según su
»voluntad se llamará de aquí en adelante, del Vizconde,
»para, entre los dos, determinar la situación de la nueva
»fábrica.

»Besa la mano de su Padre y señor,

»EL VIZCONDE DE BUEN-PASO

»Sr. Marqués de S. Andrés.»

Después que hubo escrito la carta, le sirvieron la comida y una vez terminada ésta fué en casa de su amigo Borges.

Aunque la criada le dijo que su amo dormía la siesta, no fué obstáculo para que el Vizconde penetrara por los corredores y fué á tocar en la puerta de la habitación donde aquel dormía.

Estregándose los ojos apareció luego el licenciado Borges y con tono de amigo viejo, díjole al Vizconde.

—¡Qué pulga le habrá picado á este loco!... Pase, pase su señoría y tenga para otra vez más dolor de un pobre.

—¡Dormilón, tumbón, clérigo tragón, una siesta de más de media hora sólo sirve para criar esas carnasas que tiene vuesa merced; póngase presto sus talaes y venga con un amigo por esas calles de Cristo, para ver si encontramos una casa que alquilar!

—Pero qué, ¿vá vuesa merced á poner casa en Icod?

—¡Pues no lo oye!... ¡señor mete-barba en cáliz!... ¿cree vuesa merced que el Vizconde de Buen-Paso puede estar toda la vida de fraile francisco?...

— Hombre, yo no me figuré que don Cristóbal del Hoyo se quedara de fraile, pero sí que el Vizconde de Buen-Paso arraigara en Garachico...

—Sí, señor Borges, ¡en Garachico!... Vuesa merced habrá oído decir:

*«Garachico, puerto chico,
gastadero de dinero,
mal rayo te caiga arriba
que te partá por el medio.»*

—Si que lo he oído y desgraciadamente ví que se cumplió la profecía—replicó D. Blas, aludiendo al volcán que devastó á aquel pueblo.

—Pues oiga V. otro—añadió el Vizconde:

*«Garachico maleante,
corrompido mentidero,
mala peste te desvaste
salvando lo que yo quiero.»*

—No está mal la copla,—dijo el clérigo.—Sin embargo de que, como buen *icodero*, deseo celebrar tengámos un título que autorice é illustre al vecindario, duéleme quiera tan mal á un pueblo vecino, que bastante castigado ha sido ya por la mano de Dios.

—Pero como Dios—replicó el Vizconde—dejó de castigarlo en la parte en que más peca, que es la lengua, yo pido las mate una peste por aquello de que muerto el perro...

—Déjate de bromas, Cristóbal, y vamos al grano. Dices quieres alquilar casa en este pueblo. Quiero saber si es para tí; te observo endemoniado con Garachico; quiero saber la causa... ¿entiendes?

—Vaya que si entiendo y serás satisfecho. Quiero tomar casa y montarla con el servicio correspondiente á mi persona, interín fabrico una á mi gusto en la «Viña de Alzola.»

Para atender á esta fábrica y para tener en mi compañía al que después de Dios me dió el ser, me conviene casa en Icod. ¿Está V. Sr. Licenciado satisfecho de la pri-

mera curiosidad? Vamos, pues, á la segunda. En Garachico hay mucha gente de lengua ruin que merecía se le hiciera picadillo de embutidos; han propalado la noticia de que si he venido á islas para casarme con mi sobrina, y ha de saber vuesa merced que había pensado en eso como en pagar al Gran Turco, que á Dios gracias no le debo ni un maravedí. De pocos días á esta parte han dicho otras especies que perjudican en mucho la honra de mi sobrina y la mía no la dejan bien parada; y aunque yo le confieso á mi Licenciado, como si estuviera á sus pies, que mi sobrina mirándola algo atento, encandila, también te confieso que por ese lado hasta la hora presente, no me acusará el cornudo en el tribunal divino. Ahora dígame vuesa merced, ¿puedo pedir para Garachico menos de lo que tengo pedido?

Pero el licenciado, meneando la cabeza á uno y otro lado en señal de duda, decía:

—Te conozco, Orozco.

—¡Qué Orozco ni qué cuernos... desconfiadotel...—decía el Vizconde.

—Que quieres que te diga, Cristóbal; lo de la casa... pase, pero lo enfurruñado que te veo con Garachico, esa sí que no me cuela. Y no me cuela, digo, porque otras cosas como esas y más que esas se han murmurado de su señoría en otros pueblos y á su señoría no se le ha ocurrido pedir pestes para ellos; antes al contrario, parecía que esas especies estimulábanle la musa, y versos y más versos era el resultado; de lo que no se quejaba poco el plectro, y, sobre todo, las partes doloridas.

—Vamos señor lagarto, la culpa la tiene quien hizo á vuesa merced depositario de sus secretos. Pero no importa, allá vá otro y el más gordo....

—Mira, Cristóbal, guárdate tus secretos, que yo de secretos estoy hasta las narices.

—¡Pero diablo de clerizonte este, qué destemplado está...! Atiende y calla, señor gori, gori...

¿No sabe vuesa merced que Josué mandó parar el sol para acabar un trabajillo que tenía entre manos?...

—Sí que lo sé.

—¿No sabe también que igual milagro hizo un Conde castellano por medio de la Virgen, diciéndola: «Santa María, detén tu día»?...

—Sí que también lo he oído.

—Pues oiga otro milagro mayor y abra bien el ojo. Una niña nuevecita, blanca y pura como una azucena, rubia y muy bonita, le ha dicho al sol del Vizconde de Buen-Paso «párate en tu carrera» y el sol ha tenido que pararse...

—¿Y será cierto que se paró?...

—¡Cuerno con el Licenciado! Cuándo adónde ha sabido vuesa merced que el Vizconde ha dicho una mentira.

—Cierto es—añadió el clérigo—que nunca lo he cogido en la más insignificante, pero me parece tan difícil el que este sol galanteador se pare...

—Por desgracia mía y para mayor de las buenas mozas, cierto es el descalabro.

—¿Y se puede saber—preguntó Borges—quien es la valiente Judit ó la bella Ester?

—No—repuso el Vizconde—á los hombres de talento no se les dice; ellos adivinan.

—¿Es *Garachiquera*?

—Sí, pero sin lengua ruin.

—Pero, señor, ¿quién podrá ser?—decía el Licenciado en alta voz—Las sobrinas aunque rubias y no feas, no pueden ser; pues una es muy niña todavía y otra es la de la historia; conozco bien á este petimetre; la más pequeña de Villavicencio no es tan jovencita como dice; las del Conde, ni pensarlos, porque son más feas que Caco... Pues no atino, Cristóbal.

—Por simplón, cierto no merece se le dijera nada—añadió el Vizconde,—pero como ha tenido el talento de que careció don Juan Domingo de Franqui, de comprender Inpodía ser mi sobrina, darle alguna luz: la valiente es huérfana de padre y madre y algo parienta mía, aunque á buena distancia para que no se pueda decir lo de cuñado.

Al terminar el Vizconde de dar estas señas, D. Blas Juan Borges pasósele delante y cruzando los brazos, increpóle diciéndole:

—¿Pero será posible que la angelical Margarita Gallegos se haya enamorado de este perdido? Es necesario para eso, Señor mío, el que vuesa merced tenga el ombligo mayor que la puerta de Santa Ana. ¡Habrà paciencia para que este gran pillo de gallo pasado, se trague ese confite de muchacha que según dicen pobres y ricos es una bendición de Dios...!

El Vizconde reía á todo reir oyendo á su amigo, y conociéndosele á la legua que la satisfacción le rebosaba del pellejo; pero de pronto nublósele el semblante, arrugó el entrecejo y dando un suspiro varió de tono diciendo:

—¡Ay, Blas amigo, no se que presiento en estos amores; la dicha que siento al conocer se ha prendado de mí, no te la puedo explicar; pero cuando pienso que algún obstáculo se me ha de interponer, ó más bien dicho, cuando veo que ese obstáculo vá á surgir, parece como que me oprimen el corazón y me dejan sin aliento.

—Pero Cristóbal, ¿y por qué? ¿No eres rico, noble y titulado? Cierta que la aventajas en edad, pero estás joven y nadie diría que eres mucho más viejo que ella. Además, no creo que mi señora doña Jacoba ponga en ello dificultad; antes al contrario, pues ¿qué más puede apetecer la señora que es ya bastante anciana que el dejar casada á su nieta?

—Sí, Blas—contestó el Vizconde,—todas esas razones que tu buena discreción te ha sugerido, son ciertas; pero tu ignoras que la conversación de la boda con mi sobrina ha tomado incremento, que dicen que me han visto sólo con ella en ciertos sitios; en fin, que se suponen cosas que quebrantan la honra en un todo, y te juro por lo que tu quieras, que mi sobrina, por lo que á mí respecta, está tan inmaculada como el día que nació; pero la murmuración corre y toma vuelo y si quieres que te sea franco, tengo miedo... yo que nunca he conocido el rostro de ese caballero, digo, de ese gran bellaco.

—Pero mi desesperación consiste en no poder sacar á luz cual ha sido el origen ó fundamento de esta hablilla, y este imposible no sabes lo que me desespera, porque si diera con el autor de semejante calumnia te aseguro que le partiría el corazón de una estocada si era persona para eso, y si no le sacaría la lengua.

Sintiéronse en esto unos toquitos en la puerta que obligaron á callar al Vizconde, y dada por don Blas la voz de adentro, la figura de un viejo fraile de San Francisco apareció en el dintel.

—¡Oh, si es mi padre el Lector!—dijo el Vizconde—Bienvenido sea y siéntese por aquí.

Y ningnna ocasión tan oportuna—añadió—para pedirle luz sobre este asunto.

—Sepámos hijo, sepámos de lo que se trata. ¡Qué necesitas luz, dices! ¿Pero qué luz te podrá dar un hachó de tea ó un candil de cocina?... dijo el fraile.

Ya sabe mi P. Lector—añadió el Vizconde—que nunca lo he tenido por luz tan mortecina.

—Pero Cristobalito, ¿no ha de ser luz mortecina la de un viejo fraile, máxime teniendo á la mano la resplandeciente y vigorosa del Sr. D. Blas, su amigo?

—Cierto, Padre Lector, que Blas tiene luz y mucha; pe-

ro como se dice que más ven cuatro ojos que dos, con dos luces me figuro se podrá hacer claridad.

—Bueno, sepámos de una vez que ocurre y dejémonos de alabanzas inútiles—dijo el fraile.

El Vizconde contó todo lo ocurrido con pelos y señales, con lo que, al paso que enteraba al fraile, D. Blas formaba juicio exacto y completo de todo, causándole admiración la transformación de ideas que notaba en su amigo.

Terminada la información todos guardaron silencio. Después el fraile empezó á decir:

—Por lo que vuesa merced ha dicho Sr. Vizconde, el caso es más grave de lo que á primera vista aparece. Por un lado encuentro su afición á esa parienta que no conozco, pero que no dudo tenga todas las buenas cualidades que vuesa merced dice tener; pero por otro veo la honra de la familia tirada por esos suelos y como es la propia honra de vuesa merced me figuro que su señoría está, no en el caso de repararla, puesto que no ha cometido acto en su contra, pero si en el de salvarla, supuesto que por causas ignoradas, que bien podemos llamar en este caso fortuitas, va camino de baldonarse con descrédito de todos.

—Padre,—repuso D. Blas con viveza—respeto mucho su parecer y lo considero muy saludable para toda la familia, pero no eche en olvido que se trata de un matrimonio que celebrado sin voluntad y por sólo la utilidad ó conveniencia de una ó de las dos partes, casi siempre sale mal y puede asegurarse que siempre será motivo de desavenencias entre los cónyuges, con peligro inminente de ruina temporal y eterna.

—Tiene vuesa merced, Sr. D. Blas, mucha razón en todo lo dicho—replicó el fraile—pero, yo mi opinión la he dado ignorando que el señor Vizconde tuviera repugnancia invencible para recibir como esposa á doña Otilia.

—Ah, padre Lector—dijo el Vizconde—con esa ya podía contar su paternidad, pues sabiendo que en el mundo existe Margarita y que su voluntad me es propicia, yo no puedo renunciar á ser su esposo.

—Acabáramos, señor Vizconde—dijo el fraile,—si vuesa merced hubiera sentado esas premisas, de voluntad tan decidida y repugnancia tan manifiesta, con seguridad que no hubiera sido mi parecer el manifestado, porque en buena cuenta, entre el amor de esa niña y el de su sobrina, ¿qué duda puede haber?

—Seguramente—respondió el Vizconde.

—Y ¿entre el amor de esa niña y la honra de la sobrina y de la familia entera, cuál escoge?

El Vizconde no vaciló.

—El amor de Margarita—dijo—porque mi conciencia no me acusa de ser la causa de esa deshonra.

—¿Y entre el amor de esa Margarita preciosa á lo que entiendo, y su propia honra...?—insistió el fraile.

—Siempre que ella me crea honrado y caballero—dijo el Vizconde—preferiré siempre su amor á toda conveniencia.

—Pues señor Vizconde, una resolución tan absoluta no necesita consejo ni luz. El consejo y la luz, caso de necesitarlo el claro talento de vuesa merced, será sobre los medios de llevar á efecto lo resuelto, y para esto no tengo luz ni consejo que darle.

—Porque no querrá hacerlo su paternidad—dijo don Blas—pues sus años y talentos...

—Señor D. Blas—se apresuró á decir el fraile—no quiero dar luz ni consejo porque me huele que en este asunto más serán los disgustos que los gozos y mis años ya no están para esos lances.

—En cuanto á eso que dice su paternidad de disgustos—añadió D. Blas—bien veo se han de cosechar en abundancia, pero algo hay que hacer por el amigo.

—¡Oh! gracias, D. Blas; no esperaba yo menos de tu hidalguía—dijo el Vizconde.

—Bien está—añadió el fraile;—el resistirme á dar consejos en este punto, bien habrá entendido D. Cristóbal que no es por desamor que le tenga, antes al contrario, muy puesto en el corazón le tengo ya de años; lo poco que he sabido á él se lo he comunicado sin reservas, bien que sus talentos pocas explicaciones han necesitado. Aunque nunca le he hablado de estos asuntos, ya es llegada la hora de decirlo. Sus bellas prendas las empaña con la afición desmedida que ha profesado á la madre Eva. Entienda que en la contrariedad que se levanta ante su primer amor de noble origen y noble objeto, es un real y verdadero castigo de Dios Nuestro Señor. En mi humilde parecer hay que regenerarse en este pecado con un arrepentimiento sincero por lo pasado y la enmienda real y efectiva para el porvenir.

Por tanto, pocas visitas á su hermana y familia, y sólo, nunca. Así se desmentirá con los hechos lo que se hace de palabra, y en cuanto á la doña Margarita, que se pida de un modo formal por el Sr. Marqués y el Vizconde á un tiempo y se efectúe la boda lo más pronto y más secretamente que sea posible. Este es mi consejo leal y fiel de amigo que estima; pero que digo amigo, de padre que quiere y ha querido sin malicia á este hijo pródigo —Y el buen viejo levantóse y abrazó al Vizconde que lloroso como un doctrino á pie firme había oído el consejo-filípica.

Después que se volvieron á sentar, dijo D. Blas:

— Conforme en un todo, y sobre esto no se hable más; tú, Cristóbal, ya sabes lo que tienes que hacer, y en cuanto á lo de la casa no tenemos que molestarnos á buscarla, supuesto es sólo para el tiempo que ha de durar la fábrica de la tuya. Yo tengo las llaves de la de mi

hermano Pedro que está ausente en Lima y como se halla amueblada y con todos los avios, busca sólo servidumbre.

Y ahora que es caído el sol—añadió—vámonos á dar un paseo.



XV

El padre y el hijo: Revelaciones

En proyectos y planes pasóse el Vizconde gran rato de la noche y con el desasosiego interior que sentía, durmió poco; levantóse muy de mañana, fué casa de su amigo el Licenciado D. Blas Juan Borges, recogió las llaves de la casa que le había ofrecido, visitóla, vió lo que había, calculó lo que hacía falta, volvió á su hospedaje del Convento, escribió al medianero de la Rambla pidiéndole le enviara á Icod, para su servicio, á su hijo Lorenzo, y acercándose la hora del regreso de su padre, marchó en dirección de la Viña de Alzola, y sentándose á la sombra del emparrado de la casa de los medianeros, pasó el rato en amigable conversación con el de la Viña, Blas Díaz Socas.

A cosa de las once, tres caballerías subían por el camino. Al poco rato el medianero aseguraba que en aquéllas venían el Sr. Marqués, D. Jacinto y su hijo el más viejo, y esto contrarió no poco al Vizconde; pero luego se volvió á tranquilizar y en su semblante se dibujó cierta sonrisilla pícaresca.

Cuando ya los vió cerca, dió orden al medianero para que no se moviera del emparrado, y él, precipitadamente, corrió por la vereda al portillo á saludar á los recién llega-

dos. Al apearse su padre, besóle la mano, y dirigiéndose luego á su cuñado y sobrino, díjoles:

—No se apeen vuestras mercedes; quiero advertir que hace ocho días enfermó el hijo de Blas. Por los síntomas que presenta es una cólica con tabardillo. Si quieres entrar, —añadió dirigiéndose á D. Jacinto—tú lo determinarás. Mañana si se os pega la enfermedad, no digáis que no os dí aviso con tiempo.

—Pero, hombre—dijo D. Policarpo, que se había puesto más blanco que un papel:—¡con esa calma lo dices y te estás en esa casa!...

—Yo no le tengo miedo—repuso el Vizconde—y mi padre y señor tampoco, porque está á salvo por sus años... Por eso, no se nos da cuidado. Ahora vuestras mercedes...

—Pues, Cristóbal—se apresuró á decir D. Jacinto—te lo agradezco; no, no entro ni Policarpo tampoco. Tío—díjole al suegro—¿vuesa merced cuando estará de vuelta?

—No sé—respondió el Marqués.—¿Qué te parece, Cristóbal? ¿A qué hora podré volver á Garachico?

—Yo creo que antes de las cuatro no despacharemos todo, y en esa creencia he dispuesto la comida para esa hora.

—Nada, nada—dijo D. Jacinto para quien el estar dentro de la finca era un martirio después de la noticia del peligro que corría.—Vuestras mercedes quédense en buen hora; Policarpo y yo vamos á Icod, aprovecho el día viendo algunos amigos y á las cuatro y media estamos de vuelta aquí, para irnos á Garachico.

—Lo que tu quieras—dijéronle á una el marqués y su hijo; y como si por aquellas solas palabras estuviesen esperando, D. Jacinto y Policarpo volvieron las caballerías y picando las espuelas salieron á galope para Icod.

Tras de su padre y llevándole de la brida su caballo seguía el Vizconde por la vereda en dirección á la casa, y

al ver la precipitación con que huían su cuñado y sobrino, la sonrisa burlona que le vimos bajo el emparrado volvió á acometerle nuevamente.

El Marqués saludó al medianero Blas. Entró por cumplido á ver al muchacho y aunque tenía algo de fiebre, parecióle al viejo que ardía en calentura por lo que oyera á su hijo, y salió luego para aligerar lo más pronto posible su estancia en la Viña.

El Vizconde llevóle al sitio donde creía debía fabricar la casa, explicóle sus proyectos, mostróle unos planos ejecutados por él mismo, todo lo que fué aprobado por el viejo Marqués, y después dijo á éste:

—Supuesto que todo ha sido de la aprobación de mi padre, descansemos ahora á la sombra del emparrado hasta que esté la comida, que ya no tardará mucho.

—No —repuso el Marqués— en el emparrado no quiero descansar ni comer.—Y dirigiéndose al medianero que los acompañaba, dijole:

—Blas, coloca la mesa en la bodega, que allí estaremos mejor.

Luego que se fué el medianero, el Marqués dijo á su hijo:

—Mira, Cristóbal, á mis años la única enfermedad positiva es la vejez, pero por si acaso le ocurra á otra visitar-nos, mejor es estar lejos de donde las hay.

Por toda respuesta el hijo sonreía. Después dirigiéronse ambos á la bodega, donde Blas había puesto ya sillas y se encontraba trasladando la mesa con ayuda de su mujer.

Durante la comida D. Cristóbal dió cuenta á su padre de los materiales que tenía acopiados, de los operarios que habían de ejecutar la construcción, y de la casa que su amigo D. Blas Jorge le había cedido para habitar durante la fábrica.

Terminado el frugal festín y levantados los manteles, el

Vizconde dió orden á los medianeros para que se retiraran á comer. Cuando se vió sólo con su padre abordó el asunto que en realidad lo había citado, pues bien sabía que el manejo de la hacienda ya hacía años que á su cuidado estaba con tácita aprobación del autor de sus días, que le reconocía tenía grandes dotes para aumentarla.

—Ya que nos encontramos aquí sólo, padre y señor—dijo el Vizconde—quiero comunicarle con su licencia otro negocio para mí del mayor interés y para vuesa merced me figuro que también, por lo que me tiene tantas veces significado sobre el particular.

—Dilo, pues, hijo—respondió el padre—que ya sabes que en mí tienes un compañero leal y un amigo sincero.

—Bien lo tengo experimentado—añadió el Vizconde,—pero como no recuerdo haber faltado á su expresa voluntad, deseara obtener siempre su beneplácito en todo.

—Ya he manifestado que puedes decirlo.

—Pues, padre, yo me figuro que estoy no sólo en edad de tomar estado sino que si se quiere la he dejado pasar.

—¡Cuánto no te lo he recordado, Cristóbal!

—Bien lo sé padre; pero para escoger mujer creo que el hombre debe detenerse á pensar, y ésta ha sido mi demora. Hoy la he encontrado á mi gusto, con las prendas que yo apetecía, y le pido á vuesa merced la licencia...

—Pero ¿quién es?—preguntóle el padre sorprendido.

—Señor—dijo el Vizconde—tal vez la conozca vuesa merced mejor que yo, porque con sus alabanzas, quizás sin pensarlo, me la metió en el corazón.

—¿Quién, yo?

—Sí, señor.

—Pues no lo recuerdo.

—Señor—se apresuró á decir el Vizconde para calmar la impaciencia de su padre,—la que tengo elegida es Margarita Gallegos....

—¡Margarita!... ¡Qué dices, Cristóbal?... ¿Y ella te que-
rrá?...

—Señor, antes de tomar de mi padre la licencia, he pro-
curado de ella la promesa.

—¿Qué me dices, Cristóbal? ¡Margarita, tan bella, tan
buena niña!... Yo que á sus padres los quise tanto, como
que eran de mi sangre, ¿te había de negar la licencia? No,
hombre, no; la tienes y á toda mi satisfacción.

—Pero señor, no está todo—dijo el Vizconde.

—Pero ¿qué más quieres? ¿No tienes el sí de ella? ¿No
tienes la licencia de tu padre y todos sus mayorazgos? ¿Qué
más te falta, pues?

—Señor, ella me ha puesto por condición que ha de ser
con gusto de su abuela; que si nó de ninguna manera.

—Muy bien dicho—dijo el Marqués—eso es de mujer
de mucho juicio. Ya se vé, sale á su madre. Pero no creas
hay dificultad, yo mismo pido la mano de Margarita para
mi hijo y tengo la seguridad que Jacoba no me dice que nó.

—¡Oh, padre, cuánto le debo cada dia!

—Vaya con tus cosas, Cristóbal. ¡Crearás que el domi-
ngo cuando ibas de brazo con ella delante de nosotros, se
me pasó por la imaginación esto que me dices! Pero al mo-
mento despedí el pensamiento. Nada, que lo que está de
Dios determinado sucede.

—Bien, señor, pero yo quisiera saber el resultado de su
entrevista con la tía Jacoba.

—Pues bien,—dijo el Marqués— vámonos á Garachico
á la tarde.

—No puedo—repuso el Vizconde—porque tengo ma-
ñana concertado que vengan los maestros á cimentar la
obra. Si mi padre me pusiera dos letras con un propio, yo
lo que haría es bajar á la noche para visitar á la tía y ver á
Margarita. Caso de que la tía acceda, de nó ¿á qué bajar á
Garachico para subir á media noche?

—Tienes razón, Cristóbal, yo te enviaré el propio.

—Pero todavía tengo que pedirle otra merced á mi padre.—añadió el Vizconde.

—Vamos, dí de una vez todo lo que se te ocurra.

—Que de todo lo hablado—dijo el Vizconde—y de lo que le conteste la tía Jacoba, no diga ni una palabra en la casa de Clara, pues mire mi padre que no se me puede quitar de la imaginación que toda esa conversación que se ha formado de mi boda con Otilia, es cosa forjada en aquella casa.

—¡Las cosas tuyas, Cristóbal!—dijo el Marqués—¡Si ya no hay quien lo diga!, pues en cuanto yo he manifestado que no había nada de fundamento, ya nadie me habla de eso. Convéncete, todo eso fué armado por algún holgazán; pero de todos modos te prometo la reserva.

—Bueno, padre—dijo el Vizconde.

—Hijo, lo que yo deseo es tu felicidad y la prosperidad de la casa. Una y otra cosa las veo en tu boda con Margarita y mayor satisfacción para mí no me has podido dar. Quiero, pues, que te cases porque tu casa es la mía y aunque en la de Clara estoy bien, no tengo la autoridad y la libertad que yo quiero.

Levantáronse de la mesa y el tiempo que tardaron en llegar D. Jacinto y su hijo gastáronlo en ver la viña y otros plantíos hechos en la finca, pero en cuanto vió el Marqués aparecer á su yerno y nieto mandó sacar su caballo y despidiéndose del Vizconde regresaron á Garachico.

XVI

Entrevista importante

Al siguiente día D. Baltazar del Hoyo, Marqués de San Andrés, fué á oír misa y el que quiso bien pudo observar que el anciano caballero se demostró más devoto que de costumbre, pues á más de haberla oído arrodillado, permaneció en esta posición mucho tiempo después de terminado el santo sacrificio, regresando á su casa poco antes de la hora de almuerzo.

Al llegar á sus habitaciones, púsose medias de patente, calzones de terciopelo negro, chupa de lampaso floreado y zapatos muy lustrados con hebilla de oro. Cogió luego la casaca de diario y subió al comedor tan pronto lo llamaron á almorzar.

Al entrar el Marqués, reparó su hija en el atavío que llevaba y picada de la curiosidad, dijole:

—¿A qué santo celebra hoy mi respetable padre, que tan señor se ha puesto?

—Nada,—dijo el Marqués—tengo que hacer una diligencia y además he de visitar al Provincial de San Francisco.

No dejó de chocarle á D.^a Clara tanta composición para la visita de un amigo tan de confianza como el padre Abreu, pero al fin creyó sería capricho de su padre y no dió importancia al hecho.

Concluído el almuerzo, el Marqués bajó á sus gabinetes, se puso una casaca de tizú de plata color pasa, metió su cabeza en el tocado de la peluca, se caló su sombrero chambergo y tomando guantes, bastón y caja de tabaco, salió á la calle en dirección á San Francisco. Entró en esta iglesia, visitó al Provincial y á cosa de las once se fué á la casa de D.^a Jacoba, recibíéndole ésta con el agrado de siempre en el estrado que ya conocemos.

D.^a Jacoba extrañó la hora y el traje de su primo y se apresuró á manifestarle su sorpresa.

—Jacoba—dijo el Marqués,—la hora y mi composición son debidas al asunto que me trae á tu casa. ¡Qué quieres! los padres estamos en el dia sujetos á la voluntad de los hijos, y Cristóbal me manda venga á tu casa para que tú le sentencies un pleito quo tiene entre manos.

—¿Y que pleito es ese?—preguntó D.^a Jacoba con extrañeza.

—Pues verás—respondió el Marqués;—cansado ya de la vida andariega, trata de fijar sus reales y se le ha metido entre ceja y ceja Margaritá; pero como le dá algún reparillo á pesar de su mucho despejo, me ha comisionado para que yo te pida para él la mano de tu nieta si lo crees digno.

La explosión de una bombarda no hubiera dejado más sorprendida á D.^a Jacoba, por lo que no pudo decir nada de pronto. Cuando se repuso y volvió á ser dueña de sí, contestóle:

—Nada tengo que decir á la prosapia, nada á las conveniencias, menos al honor que se me hace de que un título de Castilla se prende de mi nieta; pero si á ella no le agrada la propuesta, desde luego te digo, primo, que yo no

le hago fuerza ni le doy consejo. Así es que á ella y no á mí es á la que hay que explorar. Y dando un grito llamó á Margarita.

—¡Pero Jacoba—exclamó el Marqués,—si ella me dice Cristóbal que es gustante!

—No primo, no; yo quiero oirlo de sus lábios,—dijo D.^a Jacoba en el momento en que entraba Margarita, á quien, á quema ropa, hizo esta pregunta:

—¿Es cierto, hija mía, que te agrada el Vizconde; es cierto que libre y sólo por impulsos de tu corazón le quieres; es cierto que á su pretensión le has dado esperanzas?

—Sí, señora,—respondió la jóven en voz apenas perceptible.

—Bueno, hija: yo lo apruebo siempre que como tú dices sea sin agravio de nadie; pues aunque se trata de tu felicidad, que es lo más que yo deseo en esta vida, no quisiera fuera á costa de nadie.

—Ven acá, Margarita,—dijo el Marqués.

Acercóse la jóven y el viejo todo tembloroso tomóle las manos y mirándole enternecido, djóle:

—Ya te puedo llamar mi hija; toma la bendición que con toda mi alma quiero darte.

Arrodillóse la jóven, besóle la mano y luego el viejo todo lloroso la besó á su vez en la frente al mismo tiempo que la decía:

—Dios te dé toda la felicidad que yo te deseo.

Al levantarse la jóven arrojóse á las plantas de su abuela y la pobre anciana, que ya no podía contenerse, estrechóle la cabeza contra el pecho besándola repetidas veces.

* *
*

Pero nada de esto pasó desapercibido para Anastacia la criada, que de puntillas y descalza oyó todo tras la puerta

de la alcoba, no porque fuera curiosa, que de eso no tenía porque acusarse, sinó por el amor entrañable que tenía á Margarita, amor bastante rústico y agreste como el pecho que lo encerraba, pero que al fin era amor.

De los altos de la vega de Icod traía origen Anastacia. A los 11 años perdió á su madre, y pasando el padre á segundas nupcias, la madrastra tomóla para parche de tambor, siendo contado el dia que no hacía oír el rústico instrumento. Primero cuidó dos ovejas, luego añadiósele una cerda y más tarde un par de *jairas*. En la compañía de estos animales, saltando de risco en risco con otras chiquillas de su edad y como ellas pastoras, tenía Anastacia sus mayores delicias. Sólo una cosa la entristecía: cuando se acercaba la noche y tenía que tomar con la manada el camino de su casa.

Tan pronto la muchacha entraba en su morada, después de haber encerrado su pequeño hato en el corral, comenzaba su verdadero martirio: si vino tarde, si temprano, si traía un roto más, si no rezaba, si se dormía... en fin, cualquier motivo era suficiente para arrimarle un cachete, un mojicón ó por lo menos un pellizco muy retorcido, bien como aperitivo de la cena ó como postres á la frugal refacción.

Para colmo de desdichas, á su tiempo la *jaira mocha* trajo dos *baifitas*. Los primeros dias del parto de la cabra, Anastacia traía la hierba más fina y delicada para alimento del animal, pues en medio del trabajo que la daban quería á todos los individuos de su ganado por ser los únicos que en aquella casa no le hacían daño y se le mostraban agradecidos, pero los dias en que la *jaira* sólo daba *beleten* pasaron y la codiciosa madrastra, visto que la cabra era muy abundante, quiso aprovechar la leche en la venta.

Para averiguar la leche que el animalito daba, dióle un ayuno á las *baifillas* de seis horas y con este procedimien-

to vió que podía disponer de dos jarros diarios. Tía Ricarda, que tal era el nombre de la madrastra, echó luego cuenta y se dijo:

— Si en medio dia *jizo* dos jarros, de sol á sol da ocho; dejando cuatro *pa* las *baifas* *jasta* que coman: vendo dos y dos *pa* los muchachos.

Con este proyecto ordenó la cosa en la siguiente forma: al irse á acostar separaba la cría, y por la mañana ordeñaba la cabra para los dos jarros de la venta, luego dejaba replelar las *baifas*, y poniéndole sus cabestrillos se las entregaba á Anastacia para que las llevara á los prados, donde pastaban; al regresar á la oración á la casa, sufría la cabra otro esquilmo de dos jarros para la cena de los amos, dejándola luego á sus hijas para que aprovecharan lo que pudieran apurar, hasta que les llegara la hora del encierro.

Mucho sentía Anastacia la dieta que se le hacía pasar á las *baifilas*, que tan bonitas y juguetonas eran y que tanto ja querían, y no pudiendo su corazón compasivo sentir el continuo balar de los animalitos y mucho menos el ver las hocicadas que daban al ubre de la madre, á hurtadillas quitábales los frenos y dábales una mamadita con mucho ojo para que no se conociera la falta, pues á costillas era el precio de la caridad indiscreta. Pero el diablo que siempre la ha de hacer, una tarde, muy cerca de la oración, sácase el freno una de las *baifas* que ya estaban próximas á destetarse y en un santiamén deja la ubre como un trapo torcido. Cuando Anastacia vió lo ocurrido, todo fueron llantos, porque bien sabía ella lo que la esperaba; pero, á pesar de todo, prefirió sufrir la pena antes que castigar á la golosa, que era las niñas de sus ojos.

Al llegar cerca de su casa, salió la madrastra como de costumbre con el *gúnigo* para ordeñar la cabra. Al ver que el animal no traía gota y enterarse del percance, montando en cólera, toma un palo y fueron tales los golpes que

descargó sobre la pobre muchacha que ésta no tuvo más remedio que emprender la fuga para librarse de aquella furia.

Como no pudo cojerla en la huida, á grito herido amenazóla, diciéndole que la segunda parte se la daría á la vuelta, razón por la que Anastacia no se atrevió á volver á la casa.

Cuando el padre llegó, contóle la tia Ricarda con vivos colores y grandes aspavientos, todo lo sucedido; y aunque el infeliz bien entendía el mal trato de que su hija era objeto, callóse por condición de sufrido y terminada la cena, so pretexto de encerrar las *baifas*, fué al corral con el zurrón del *gofio*, creyendo encontrar á la muchacha, pero por más que escudriñó todos los rincones y la llamó en voz baja, al fin se convenció que no estaba.

Pensando que ella vendría al corral á pasar la noche, colgóle el zurrón con el *gofio* por la parte de fuera de la cancela y fuése á la casa, echándole la taramela á la puerta.

No se engañó el buen hombre. Anastacia, escondida bajo un zarzal que dividía el sitio de su padre de otro vecino, había espiado todos los movimientos de la casa, y cuando por el tiempo pasado se persuadió que estaría durmiendo la madrastra, dejó su guarida y se fué al corral.

Al entrar la mano por las latas que formaban la cancela, tropezó con un bulto que se movía y de pronto asustóse; más al ver que era el zurrón con el *gofio*, sintió que se cicatrizaba la llaguita que el despego de su padre la había hecho en su corazón. Al tiento halagó á sus amigos, echóse entre pecho y espalda hasta media docena de *pelotas de gofio*, tendióse dentro la pesebrera y se quedó dormida con la música de los pitos de cabras y ovejas.

A la madrugada despertó algo aterida por el relente que el pequeño pajar no podía evitarle en un todo, y con la claridad de la luna que ya alumbraba con fuerza reconoció á

sus amigos. Levantóse, vió que la *mocha* estaba echada rumiando con la ubre que le salía por entre las patas repleta y reluciente y mirando á las cestas bajo las cuales balaban las baifillas prisioneras, y como si le hubieran de entender díjoles:— *Callabos* que yo *vos* deajo *pa* ustedes; y tú, *mocha*, como no te *guelvo* á ver, dáme una chupadita de tu leche *pa* el viaje.—Y diciendo esto echóse de bruces en el suelo y poniendo una mama en la boca pudo ver no había perdido la habilidad de chupar de la ubre, pues parte de su lactancia se la había proporcionado otra cabra.

Anastacia tomó la leche que quiso, luego hizo levantar á la *mocha*, y como no chupó más que de un lado de la ubre, del otro ordeñó en el zurrón hasta llenarlo; hecho esto, colmó el zurrón para que no se le derramara, fué á las cestas que tapaban á las *baifillas*, y quitándoles las piedras que tenían encima, dió libertad á los animalitos que corrieron hacia la madre para saciar el hambre que tenían.

Hecho esto, Anastacia comenzó á llorar, procurando no hacer ruido. De pronto, como si hubiera tomado una resolución, levantóse, abrazó y besó á las chivas, ovejas y *baifillas*; arrebató el zurrón, abrió la cancela y sin mirar para atrás dió á correr, y cuando ya muy cansada, se sentó en una piedra, estaba cerca de Icod.

Con la carrera abriósele el apetito; echó mano al zurrón y como el *gofio* era poco para la leche que le puso, encontrólo hecho una *ralera*, lo que no la desconcertó. Después le hizo una *viquera* al zurrón y por allí tragó lo que quiso; limpióse la boca en las sayas, dándole un pasón á los lábios con el revés de la mano y prosiguió su camino. A las seis encontrábase en el Puerto de Garachico extasiada en ver sacar el pescado de las lanchas, cosa para ella nueva y nunca vista.

En esto llegaba Hipólita muy cargada con una cesta llena de comestibles; escogió un mero grande, hízolo pesar y

pagólo; pero como no podía con todo, djole á Anastacia que la tenía al lado:

— Mira, muchachita, si me llevas ese mero á casa te doy un cuarto.

Aceptado el trato, Anastacia echóse el mero á la cabeza y al lado de Hipólita siguió calle arriba. La criada como era natnral, para pasar el camino preguntóle á la muchacha de donde era, y siguiendo la conversaci3n, se enteró de que venía fugada de su casa y con intenciones de embarcarse.

Hipólita reprendióla por lo de la fuga; instruyóla de que sin dinero no podía embarcarse, y dándole pena de que aquella infeliz muchacha se perdiera, pues ya era una mujercita, al llegar á la casa dió cuenta á los amos y con licencia de ellos agasajóla en su domicilio hasta ver si los padres venían por ella; pero los dias pasaban y nadie preguntaba por Anastacia, y como no podía permanecer allí, Hipólita le habló á D.^a Jacoba, que iba á quedarse sin criada, porque la que tenía se casaba, y tanto le ponderó la docilidad de la chica que la señora, sin más recomendaciones, tomóla á su servicio.

En los tres meses que tardó en casarse la criada de D.^a Jacoba aprendió Anastacia lo más rudimentario y esencial para el desempeño de su importante cometido, pues la chica tenía buena voluntad y no era lerda.

La pobre Anastacia, que se había criado sin cariño y con poca ración, encontrando en la casa de su ama lo uno y lo otro, hizose una moza completamente desarrollada en lo físico sin que por eso debiera gran cosa á la Naturaleza, pues era fea adrede; pero lo que le faltaba de atractivo en el rostro sobrábale en el alma. Por D.^a Jacoba hubiérase dejado matar; á D. Fernando tenía gran respeto y más hubiera querido que la tierra le tragara á que el caballero la peleara. Su salario dáballo á su padre en gran parte y hasta de su misma madrastra dejábase explotar, olvidando

los malos tratos que de ella sufrió: bien es verdad que todos los rígidos principios en que D.^a Jacoba tenía montada su casa y lo convencida que estaba de que sus criados tenían también que dar cuenta á Dios, no le permitían á Anastacia tratar á sus padres con despego y á distancia.

Al casarse D. Fernando y traer á su mujer á vivir con su madre, la más contenta fué Anastacia y al encontrarse con que si buena era D.^a Jacoba, igual ó mejor era D.^a Isabel, la satisfacción rebosábale por la piel, y siempre placentera á todos servía y á todos atendía con igual solicitud, porque en ello estaba su mayor alegría.

Pero donde Anastacia echó el resto de su querer fué al venir al mundo Margarita. Los cuidados que prodigó á D.^a Isabel mientras permaneció en estado, no fueron nada en relación á los que la dedicó en el parto; ella no se acostó en cama en más de un mes; como perro fiel enroscábase en la estera junto á la cama de su ama y allí pasaba la noche, y tan pronto se la veía en la cuna de la niña como con la taza de caldo para la madre, dándose por satisfecha y pagada con poder decir, que ella fué la primera que cogió á Margarita.

Repuesta Doña Isabel del quebranto de su alumbramiento, trató de que Anastacia se retirase á su cuarto. Vano empeño; á la media noche, ella ó D. Fernando, veíanla entrar en la habitación, á medio vestir y con alimento para su señora.

La muerte de D. Fernando y D.^a Isabel causáronle hondísima pena, pero como este último le recomendara que cuidase de Margarita, creyóse en el caso de sacrificarse aún más por su niña.

Cuando la contemplaba tan linda, crecida y laboriosa, quedábase extática mirándola de hito en hito, y enterneciéndose hasta el punto de derramar copiosas lágrimas, decía:—¡Pobrecitos de los amos!... ¡Si la vieran tan gentil señora!

Con lo dicho ya se explica porque Anastacia se puso á escuchar tras la puerta de la alcoba. Sentir el llanto de Margarita y tirar á un lado la escoba con que barria para correr como perra que siente aullar á sus cachorros, todo fué uno, y gracias que se contuvo tras la puerta, pues su primer impulso fué abalanzarse al Marqués y ahogarlo, ya que parecia ser la causa del llanto de la niña.

Tan pronto el viejo se despidió, volvió Anastacia á sus ocupaciones, pero en lo que D.^a Jacoba fué á tomar la siesta, buscó á Margarita, y encontrándola en una galería que daba al huerto, á la cual se había retirado buscando el aire fresco que tanto necesitaba su enardecida, cabeza díjola mirándola enternecida:

—¡Ay, niña de mis ojos! ¿qué mal le *jecho* yo, *probe* de mí, para que me *jiciera* llorar tanto esta mañana?

Sí, señorita, Dios me lo perdone y el buen caballero también, pero figuróseme que la *jacía* llorar á su merced, y le digo que me salieron ganas...

—Pero entonces, ¿tú oíste lo que se habló en el estrado?

La pobre Anastacia, que no había caído en que estaba descubriendo su falta, quedóse cortada; pero Margarita se apresuró á sacarla de su compromiso, besándola y abrazándola como cuando era niña, al paso que la decía:

—No te apures, Anastacia, que yo sé que tú no eres curiosa, que si fuíste á oír fué porque mesentíste llorar. No seas boba, pues Madre Jacoba y yo sabemos lo que tenemos en tí, tonta.

—Gracias a Dios que su merced *jabló*—dijo Anastacia resoplando—¡Jesucristo! que *creyí* que reventaba... ¿Pues, cristiana de Dios, *pa* que quiero yo saber nada?... Es que cuando la sentí llorar, mayormente me tiró una cosa aquí *drento* que *cuasito* me *ajoga*.

¡Que *quié* que le digal! Figuróseme que hijo de *muya* del viejo la castigaba ó la *peñaba* ó yo no sé...

—¡Ay por Dios, Anastacial—dijóle Margarita volviéndola á abrazar,—no digas esas cosas del Marqués que él no me hizo mal, antes al contrario, mujer...

—Esa le valió por lo que entendí, que si nó...

—Mira, Anastacia, la culpa fué mía, que no te he dicho nada, sabiendo lo que tú me quieres, más como todo ha sido sin pensarlo casi, y una cosa trás la otra; pero yo tenía intenciones de decírtelo esta noche luego que madre se acostara.

—Yo, niña, no soy persona para meterme en cosas de los amos; pero este querer que una tiene metido y esta ley á la casa donde come el pan y lo que prometí á la *probecita* de su madre que Dios tenga en gloria.

—Si mujer, sí;—volvió á decir Margarita repitiendo el abrazo—¿tú no sabes que te queremos como cosa propia?

—Ay, niña mía, si no fuera que lo sé, que me quiere mucho, me moriría.

—Bueno, supuesto lo sabes todo—dijo Margarita—¿qué te parece á tí el Vizconde? ¿Te gusta para mi marido?

—Yo, niña,—respondió Anastacia—como á su merced le guste y sea bueno y no me la *jaga* llorar, bueno me parece; pero si es algún derrotado que acá no llegue: que la Virgen de *Guiya* lo *esparezca* como polvasera. Pero, *huiga*, niña, ¿ese caballero no es el que decían vino de *pa* fuera á casarse con la niña más vieja de D. Jacinto?

—Sí—contestó Margarita,—pero eso no es más que decir de la gente.

—¡*Quiá!* pues á mí me lo dijo *cha* Remigia, la *andadera* de las monjas de acá arriba, y á otras les *uyí* decir en la lonja unos *enjuagues* de gente ruin.

—¿Qué les oíste, Anastacia?

--*Náa*, niña, conversaciones.

—Sí, deben ser conversaciones, porque el Vizconde es muy caballero y muy bueno.

—Vaya, estoy pensando que conversaciones ó no con-

versaciones, cuando la *sabijonda* de D.^a Clara sepa que su merced se lo lleva, vá á poner *jocico* de á cuarta, y mire que á D.^a *Notilia* no le ha de *jacar* gracia tampoco; pero que se muerdan el codo, porque *pa* D.^a Clara las guapas de Garachico son sus hijas solas, y no sabe ella la muy respetosa...

— Vaya, cállate Anastacia, porque te pone ciega el cañño que me tienes. Estás equivocada. Son muy guapas las hijas de la parienta D.^a Clara, y más que yo; pero ¡que quieres tú! los hombres no buscan siempre la hermosura.

— ¿Qué dice, niña? ¿Que D.^a *Notilia* es más *guena* moza que su merced? ¡Jesús *Mariya!* Como si uno no tuviera ojos en la cara!... Pero en esto, mi prenda, ha de salir á su madre que era lo mejor que había en Garachico, y *pa* ella le ganaban *justa* las hijas del *mestre* Antonio Boergau, que son la estampa de la *fealdad* como yo que lo digo.

— Ven acá, Anastacia, toma este abrazo y este beso (según lo iba diciendo lo iba ejecutando) para que no digas simplezas. De todo lo ocurrido y de las pretensiones del Vizconde para tu niña nada tengo que decirte de guardar silencio, pues tú eres arca de dos vueltas en la llave, y vete á tus quehaceres que ya siento por el corredor á madre Jacoba.

Fuese Anastacia relamiéndose de las caricias de Margarita, como si con almíbar se hubiera untado los lábios, y mientras en la cocina fregaba la loza y daba vueltas como brazo de mar, decía en alta voz:

— ¡Si es mucho que ver lo de esta niña! La *jabla* de su padre, *aspiciosa*, y la genial triste de su madre. Pero no cabe duda que tiene el pensar de su madre. ¡*Miá* que decir que el bollo pintado de D.^a *Notilia* es más *guena* moza que ella! .. ¡Si es mucha niña, Jesús *Mariya!*...



XVII

Sigue el enredo de la madeja

A poco de dar las oraciones, el Marqués y el Vizconde, llegaban á la casa de D.^a Jacoba, la que los esperaba con su nieta en el estado que ya conocemos.

Al entrar, adelantóse el Marqués, saludando á su prima y á Margarita, y después el Vizconde, quien dió á la vez las gracias á su tía por el favor que le había otorgado, y antes que la señora pudiera hacerle advertencia alguna, con la finura que tanto la distinguía, díjole:

--Mi señora tía, repito las gracias que ya le tengo dadas por haberme concedido la mano de Margarita, que es lo que más estimo, y como mis propósitos son rectos, bueno será inteligencie á vuesa merced de lo que he determinado practicar al logro de mis deseos por si en algo no estuviere conforme con su parecer.

Ante todo debo hacer presente á vuesa merced, que en vista de las conversaciones que la gente ociosa, como supone mi padre y señor, ó la que no está parada para el mal, como yo me presumo, ha propalado con respecto á mi próximo casamiento con mi sobrina, cosa de todo punto infundada, como ya tengo dicho en este mismo gabinete, conviene que este compromiso mío, único de mi afecto, no sea conocido más que de los precisos, guárdandose sobre él la mayor reserva. Con su permiso visitaré esta casa

en compañía de mi padre y señor, sólo los días festivos por la noche á esta hora, y como es justo y debido que algo platique con la que desde hoy considero mi esposa—esto con su beneplácito—aquí mismo lo haré.

Tan pronto termine la fábrica de la casa de Icod, que espero será para Noviembre, realizaremos la boda; por lo menos así lo ha pensado mi padre y señor. Nada otra cosa tengo que decir. Si algo no fuere de su agrado, espero me lo manifieste con llaneza.

—Cristóbal—dijo D.^a Jacoba—todo me parece bien pensado y con mucha prudencia dispuesto. Lo único que no me agrada es lo de la fábrica de la casa nueva; pues parece como que se trata de separarme de mi nieta. Mientras yo viva, reclamo el derecho de no apartarla de mi lado. Por lo demás, nada otra cosa pido; te creo caballero, y como el más amigo de tu buen nombre, y esto me basta.

—Gracias, tía—contestó el Vizconde,—no ha sido mi ánimo ni el de mi padre y señor, esperar se termine la fábrica para celebrar nuestros desposorios, ni menos separar á vuesa merced de Margarita, pues lo que es indivisible por naturaleza no se puede partir. Unicamente deseo quedar libre de aquellos cuidados y también tener un tejado que poder ofrecer.

Siguióse hablando entre los cuatro de otros asuntos varios y por fin quedáronse en conversación dos á dos: los viejos recordando las cosas y personas de la juventud, y el Vizconde y Margarita en otros coloquios, que por sabidos se callan.

Dadas las ánimas en el vecino convento, levantóse la tertulia y despidiéronse. El Vizconde acompañó al Marqués á casa de su hermana: subió, saludó, y montando á caballo fuese á Icod, llegando á las diez á la casa que le había cedido su amigo Borges y en la que había instalado

su servidumbre compuesta de una tal Francisca, la cocinera y ama de llaves en una pieza, y un criado de servicio, jovencillo, que no era otro que Lorenzo el hijo de los medianeros de San Juan de la Rambla.

Cuando sintió al amo á la puerta, Francisca voceó por Lorenzo que dormitaba como muchacho é interín que ella ponía la cena, el señor Lorenzo entraba la caballería, la quitaba la silla y la arregló de pienso, subiendo luego para servir al amo en la mesa.

Contento y de buen humor el Vizconde por los felices resultados de sus pretensiones y más que todo, por su entrevista con Margarita, estaba comunicativo y no teniendo en aquellos momentos otro interlocutor que su criado con él trabó la hebra, diciéndole:

—Qué tal, Lorenzo, ¿te gusta Icod y Garachico?

Contestóle el muchacho que sí, y calló por el mucho respeto que le tenía, pero el Vizconde, volvió á buscarle la lengua, esta vez con mejor resultado.

—¿Sabes dónde está Santo Domingo en Garachico?

—Sí, señor.

—¿Conoces la capilla del Rosario en la Iglesia del Convento?

—No, señor, pero preguntando...

—¿Conoces tú á Margarita Gallegos, una señora jóven y rubia, que vive en aquella casa grande que está antes de llegar al convento, viniendo del pueblo?

—No, señor, pero preguntando... yo daré con la casa y le señora.

—No, nada de preguntas: yo quiero que dés con ella, sin dar con la casa.

—¡Ah!—exclamó Lorenzo.

—Pon atención—repuso el Vizconde—y ten cuidado á lo que te digo.

Doña Margarita vá á misa todos los dias y se pone siem

pre en la capilla del Rosario; es jovencita, rubia y muy guapa; así que no la podrás confundir. Entrás en la Iglesia, te vas á la capilla y esperas, y cuando tú veas á una señora de estas señas te acercas, le preguntas si es D.^a Margarita, y si te dice que sí, le das esta carta con todo disimulo; ten en cuenta que de cómo cumplas este encargo depende el juicio que forme de tí.

Prometió Lorenzo obedecerle, y apesar de sus pocos años y de lo molido que estaba, la comisión que le dió su amo algo le quitó el sueño, porque con su mucha perspicacia, bien entendió que su señor si tenía interés en que la D.^a Margarita recibiera la carta, también lo tenía en que fuera con toda reserva.

Muy de mañana levantóse Lorenzo y mientras pasaba el camino, dábale vueltas al encargo de su amo, y tan pronto sentíase orgulloso de tener su confianza como triste y apesadumbrado por cometer una torpeza, pues al chico gustábale ya más la vida que emprendía que la que había dejado en la Rambla.

Al llegar á la puerta de Santo Domingo, púsosele la piel erizada como sesero de gallina, pero entendiendo que había de cumplir el encargo sin remedio, resuelto penetró en el templo provisto de su palo y cesto de mano, y tomando agua bendita se santiguó con verdadera devoción.

Cumplido este deber, empezó el exámen de la gente que ocupaba la casa de Dios, y notó que por todo sólo descubría á una pobre mujer sentada en la tarima de un altar próximo adonde él estaba y dos ó tres bultos como de señoras en la penumbra de la capilla mayor, oyéndose únicamente el ruido acompasado que hacían los religiosos en el coro con los rezos de la mañana.

Acercóse á la mujer y preguntóle cual era la capilla del Rosario, y como se la indicara, fuese á ella y al entrar vió que una señora jóven, guapa y rubia estaba sentada en un

banco, pasando por sus delicados dedos las cuentas de un rosario de oro, pero como un frailito viejo y al parecer lego estaba también en la capilla ocupado en limpiar y echar nueva mecha á la lámpara que ante la imagen ardía, para hacer lugar á que terminara, arrodillóse en las gradas y rezando devoto una salve, quedóse alelado viendo la hermosura y atavíos de la imagen.

Terminó el fraile sus operaciones de renovar la lámpara, recogiendo la alcuza del aceite y un platillo de peltre, en que llevaba los restos de las mechas usadas y levantóse Lorenzo decidido á darle la carta á la joven, pues la ocasión no podía ser más oportuna, cuando se vió contrariado por la entrada en la capilla de otra joven también guapa y rubia, que se arrodilló en la grada del altar, y con mucho fervor comenzó á saludar á la madre de Dios con una salve, pues clara y distintamente se oyeron las primeras palabras de esta hermosa oración.

Lorenzo, harto mohino, sentóse en el extremo del banco, junto al rincón de la capilla y desde allí comenzó á examinar los rostros de las dos compañeras que la casualidad le deparaba, y si guapa le había parecido la primera más guapa y fresca, como rosa acabada de abrirse le pareció la segunda, á la que le atraía el candor que se descubría en su semblante. Ya comenzaba á desesperarse el muchacho, cuando vé que una gran señora con otra jovencita entraron en la capilla y dirigiéndose á la que estaba en el banco empezaron á cuchichear en voz baja. Por fin se levantó la que estaba sentada, y todas tres se dirigieron á la que estaba arrodillada: la señora que últimamente había entrado, la tocó en el hombro con un abanico de pluma, al paso que la decía:

—Margarita, ¿cómo está la prima Jacoba?

Volvió la cabeza la interrogada y puesta en pié, comenzó á corresponder á las preguntas, interín el pobre

Lorenzo trasudaba y daba gracias á la Virgen, porque lo había librado de cometer un desacierto.

A los pocos momentos el mismo frailecito que había echado aceite á la lámpara, vino á la capilla y dijo á las señoras que la misa que habían encargado estaba á punto de celebrarse en el altar de San Jacinto y aunque la señora convidó á Margarita á que fuera á oírla, ésta se excusó diciendo quería terminar las oraciones que tenía comenzadas.

Tan pronto vió Lorenzo que las dos damas y la niña salían, se levantó y dirigiéndose á la jóven que se había puesto nuevamente de rodillas, le preguntó:

—¿Es su merced D.^a Margarita Gallegos?

Contestóle ésta que sí, y entonces Lorenzo sacó la carta y la dijo:

—Mi amo el señor Vizconde, me dió esta carta para su merced y como me figuro que no será la última, para no *jacer* una *cancaburrada*, cuando yo las traiga, las pongo bajo la punta de esta estera (y señalaba para el rincón más obscuro y más oculto); y si su merced da contesta al amo, la pone allí, que yo si la *jallo* al poner la *miya*, se la llevo.

Lorenzo recogió su cesto y palo debajo del banco y tomando agua bendita, santiguóse reverente y salió del templo; hizo sus compras, corriendo unos ratos y otros á paso, pues se le había hecho tarde.

En una de las paradas, y al mismo tiempo que se sacudía con las manos el sudor que á chorros le corría por la frente, decía el muchacho:—*Carricio* y qué *guena* moza es *dueña* Margarita; al amo, *jijo* una muerte, no le gusta á un *dicir* cosa ruin; y ¡qué *jabla* más *aspaciosa* que tiene! ¡*Paice* que ha de ser *guena*!—En esto miró al sol, y dijo:— ¡*Carai!*, *cha* Francisca me come hoy, porque llevo la carne tarde y la condenada tiene un *génio* más *velitre*...—Y apretó á correr de nuevo, llegando á la Viña de Alzola todo calado de sudor y en momentos en que el Vizconde co-

menzaba á impacientarse por la tardanza del muchacho.

Tan pronto lo vió el Vizconde y en la disposición en que llegaba, llamólo á la bodega para darle un jarro de vino, y poderle preguntar sin festigos; más Lorenzo, que no se le había despintado la idea de la pleitina de la tía Francisca, dijole al Vizconde:

—Si su *señoriya* me ha de demorar *pa* que le cuente, mande su merced con un *pión* el cesto á tía Francisca, que estará *jecha* un demonio por la tardanza.

—Sí, tienes razón—respondió el Vizconde. Y llamando á un peón de la fábrica mandólo á Icod con el cesto de los víveres.

Hecho esto, se volvió para Lorenzo y le dijo:

—Vamos, bébete ese vino, y cuenta como hiciste lo que te encargué.

—Por poquito, señor, no *jago* una cancaburrada, —se apresuró a decir Lorenzo.—La suerte fué que algo *percaté*. ¡Si nó, como ahora es *diya* que su merced me dá una paliza ó me manda *pa* mi casa!

—Pero Lorenzo,—dijo el Vizconde—déjate de explicaciones y al grano.

—Pues señor, yo salí de casa *al hora* que su merced vió; llegué al convento y *metíme* en la Iglesia. Como mayormente no *sabiya* donde quedaba la capilla de la Virgen del Rosario, *preguntéselo* á una mujer que estaba *lantrito* de mí; díjome cuál era, y *fíme* en derecha, pero estaban en ella un fraile, echándole luz nueva á la lámpara, una vieja en la pretilada de la vera de la Iglesia y en el escaño una señora como *mesmo* su merced me *deciya*: rubia y *guena* moza.

Po espitar, púseme á rezar una *salvia* á la Virgen, y entró otra mujer, y póneseme cerquita de mí; levántome *pa* dar la carta á la que *vide*, pues *pa* mí era, cuando *cátate* que la que estaba á la vera *miya*, era también rubia y más *guena* moza que *otra*.

Para salir de apuros, *asentéme* en el escaño y todo se me *diya* en mirar á la que estaba *asentada* y la que *arrudillada* estaba rezando, cuando en esto entró una señora mayor con una niña pollanquita y vino á dar con la que estaba *asentada*; se *secretiaron* y fueron á dar con *lotra*, y *húygole* decir á la mayor:—Margarita, ¿cómo está *tiya*... *tiya*?... No me acuerdo.

—¡Jacoba!—dijo el Vizconde.

—Eso... su merced acertó. La que estaba *arrudillada*, á una la llamó *tiya* Clara y á *lotra* otro nombre reveso... como...

—¿Sería Otilia?—añadió el Vizconde.

—Ese es,—respondió Lorenzo.—Su señoría la conoce; no me queda duda.

—Sí, son mi hermana y mi sobrina.

—¡Ah!, ya se vé que las conserva el amo. *Gueno*, ellas se fueron por que el fraile dijo que ya estaba la misa en otro altar, y se quedó *dueña* Margarita. Cuando acabó de rezar ví que estaba sola y *pa* mayor seguridad preguntéle si ella era; y como dijo que sí, *díle* el papel de su merced. Con que ya vé su *señoría*, ¡sí me llevo de las señas y se la doy á *lotra*!... ¡Hora que sé es sobrina de su *señoría*, menos mal *seriya*, pero como antes no lo *sabiya*, me arranco los cabellos!

Sonrióse el Vizconde diciéndole: Mejor fué así Lorenzo, pero, ¿y Margarita qué te dijo? ¿No le agradó que le llevaras el billete?

—Yo—dijo Lorenzo—*jallo* que como gustarle le gustó, pues decirme mayormente, no me dijo más que *gueno*, y que gracias; pero se puso colorada que daba primor el verla, porque es más *guena* moza que *lotra*... ¡Ay, señor; perdone que no me acordaba era sobrina de su merced.—Y el muchacho estaba más colorado que lo que él decía se puso Margarita.

No pudo menos el Vizconde, que soltar una carcajada al

ver el apuro de su criado, pudiéndole decir al fin.—Hombre, no tengo que perdonarte porque en decir la verdad no hay pecado, mayormente cuando á mí me agrada el que Margarita sea más hermosa para tus ojos que mi sobrina, pues algún día podrás tenerla de ama.

Animado el muchacho con lo que oía al Vizconde, comenzó á rascarse la cabeza como si quisiera decir algo; y entendido por D. Cristóbal, interrogóle:

—¿Qué más se te ofrece decir, Lorenzo?

—Yo, señor (y seguía rascándose) que *jice* una cosa que no sé si á su *señoriya* le gustará.

—Sepamos lo que es, y luego veremos.

—Pues, señor, como la señora *dueña* Margarita se demoró en su rezado, y yo me *jice* cuenta que otro *diya* llevaría más papeles, para no demorarme tanto, díjele que si llevaba otro papel se lo *poniya* bajo la estera de la capilla en un rincón muy oscuro que *jace* allí, y que si tenía contesta el que yo llevaba, que mañana *diría* por él; que lo pusiera ella allí también, que con eso no tendría tanta detención.

El Vizconde volvió á sonreirse, y díjole:

—No me parece mal tu precaución; mañana llevarás otro papel que te dejaré esta noche escrito y si Margarita está en la Iglesia lo pones donde le dijiste y si encuentras alguno de ella lo recoges y me lo traes inmediatamente.

Con esto dió por terminado su interrogatorio á Lorenzo, á quién despidió para Icod con encargo de decir á la señora Francisca la criada que hasta las tres no subiría á comer.

Al quedarse sólo decíase el Vizconde:

—No me engañó la pinta de este muchacho; es listo, pero muy listo. Veremos el modo de bruñirle algo el vocabulario cerril con que se expresa y puede que saquemos de él un buen servicial.

XVIII

Génio y figura...

Luego que Margarita recogió la esquela del Vizconde, salió del templo y aprisa entróse en su casa y en su cuarto abrió con mucha excitación, el papel que decía así:

«Icod 22 de Marzo de 17...

»Margarita: no puedo resignarme á pasar el día, sin decirte alguna cosa: supuesto que tu recuerdo no se aparta de mi memoria, creo que Dios te ha puesto en mi camino para mi salvación. Eres, pues, mi ángel de guarda, pues tu imágen que siempre la tengo en mi vista, es juez y preceptor de mis acciones.

»Para consuelo de mi alma, escíbeme, aunque sea dos líneas. El portador es Lorenzo, mi criado, hijo de los mayordomos de la Rambla, de toda mi confianza; y á pesar de que lo creo listo, quisiera saber como llenó su cometido. Como baja todos los dias para la compra, con él mándame la contestación.

»Queda esperando tus letras, tu esclavo,

EL VIZCONDE.»

Con el papel entre las manos, quedóse la joven pensativa un rato. Al fin guardólo en una gabetilla de su papelería, saliendo al poco rato para desempeñar sus obligaciones diarias, pues D.^a Jacoba, en su rigidez de principios,

hacía trabajar á su nieta en el gobierno de la casa.

A la tarde, y mientras su abuela disfrutaba de la siesta, Margarita tomó papel, y contestó á la carta del Vizconde en la siguiente forma:

«Garachico 23 de Marzo de 17...

»Cristóbal: recibí el billete que me mandaste con Lorenzo tu criado. Muy de mi satisfacción ha sido ver tus letras, y más el aprecio en que me tienes, aunque en tus expresiones me adornas con propiedades, que ojalá fueran ciertas.

»Tu criado cumplió con discreción la entrega del billete, pero como jóven rústico, no se pudo dar cuenta de que la casa de Dios no es el sitio para recibir cartas de amor; prohibele, pues, repita la acción; pero con dulzura, pues no quisiera le reprendieras por culpa mía.

»Anastacia, la criada de casa, dice le conoce; ella le dará esta contestación con todo disimulo, en la compra, donde parece le vé todos los días. Si Lorenzo es de tu confianza, Anastacia también lo puede ser; me crió y me quiere lo que yo no merezco, y tanto, que me figuro se dejaría matar por mí. Cuando hablemos, ya te contaré de lo buena que es Anastacia, aunque algo brutita. Madre Jacoba, también la quiere, quizás más que yo, que le debo más cariño.

»En la fábrica de esa casa, no estés mucho al sol, pues te puedes poner malo.

Tuya,

MARGARITA.»

Cuando terminó de escribir esta carta, repasóla con la vista, y pareciéndole bien, dejóla sobre el pupitre ó escritorio en que la había extendido.

Después sintió que su abuela se había levantado de la

siesta; fué á dar con ella, besóla como de costumbre y sentándose á su lado, contóle el caso sucedido en la Iglesia, y leyóle la carta del Vizconde, y su contestación, mereciendo la aprobación de su abuela.

En vista de que su determinación era del agrado de D.^a Jacoba, ante ella llamó á la criada, y dijole:

—Anastacia, ¿tú me dijistes que conocías al criado del Vizconde?

—Sí, señorita.

—¿Y por qué le conoces?

—Pues por tío Pedro el tonelero. Antier cuando *fi á mercar* estaba el muchacho *trasíto* mí y *arrempujábame pa* coger la carne primero que yo. El *endinose* fué á meter por *delantre*, *jalélo* por la faja y díjele:—«No, mocoso; hubieras venido de un *prencipio pa* tomar delantera.» Pero tío Pedro *jablóme* que lo dejara que era su paisano que no estaba en lo de la dula, y entonces, los dos me *jablaron* de que estaba acomodado en *Icode* con el caballero.

—Bueno, -dijo Margarita—pues con licencia de madre, te voy á dar una carta, y cuando lo veas mañana, se la dás para el amo, pero te advierto que no lo ha de saber más que tú, él y nosotros. Por tanto, se la das sin que nadie te vea.

—Está muy bien—dijo Anastacia—por mi boca, ni las moscas. Ahora, por la de él, yo no lo conozco.

—Pierde cuidado—le respondió Margarita—él es de confianza según dice D. Cristóbal.

Al siguiente dia, Lorenzo volvió á la Iglesia de los dominicos, revolvióla toda sin poder ver á Margarita; fué á la capilla del Rosario, levantó la estera, pero no encontró carta, y creyendo no estaría Margarita por ser algo temprano llevóse la carta que traía, sin querer dejarla en el escondite que le había indicado, pues pensaba que á la vuelta la encontraría.

Al llegar á la carnicería, vió á Anastacia, sentada en un poyo junto á la puerta.

—¡Oh, ramblero!—le dijo aquélla—¿hoy viene también á *rempujarme*?

Lorenzo riéndose le contestó:

—No; hoy la que me vá á *rempujar* es *vusté* á mí.

—Mira, *jijo*—añadió Anastacia—asiéntate aquí porque el cuarto de carne que están despachando es de ayer, y á mi, tío *Pelao*, no me mete ni cogote ni lagarto; asiéntate que ni á tu amo ni á los míos les gusta carne ruin.

—¡*Nastacia!*—dijo una mujer que pasaba y que había díoo lo que acababa de decir la criada de D.^a Jacoba —¿*Pa* qué dices eso, que la carne está tan *guena*?

Anastacia miró con sorpresa á la intrusa y luego de examinarla de piés á cabeza, djóle:

—Oyes, *Sidora*, ¿cuándo me he metido yo en tus gobiernos? Cuándo digo que ni á mis amos ni al de éste les gusta carne ruin es porque lo sé. Vaya á su camino y deje al caminante.

—No te *jagas*, *Nastacia*,—repusó la *Sidora*—que casa D.^a Jacoba no es donde sólo se come carne en Garachico.

Anastacia no contestó á la otra, y volviéndose á Lorenzo le dijo casi al oído:

—No me acuerdo, *jijo*, como te llamas, pero echa en el *chileque* esta *cartica pa* tu amo y le dices que es de *dueña* Margarita y no *guelvas* á llevarle cartas á la Iglesia así sean de San Antonio bendito.

Quedóse mirándola el muchacho, colorado como un pavo y sin saber que contestarle, hasta que Anastacia le volvió á decir, atrayéndole hacia ella.

—No te *abichornes*, que no hay *pa* qué; tú eres el criado de él y debes quererlo, porque me *paice* á mí que es muy caballero aunque tiene los ojos el *endino* en mala parte, y yo soy la criada de ella, que no la parí, pero que la muy

mañosa jace de mí lo que *mismamente* le da la gana y como en esto no hay nada de malo, pues es á gusto de los amos viejos y ellos son *sabidores* de que tu *trais* las cartas de él y de que yo te doy las de ella, no tienes porque ponerte colorado: ni *jacemos* cosa mala ni tú ni yo tenemos *jocico* de *alcagüetes*.

Más conforme Lorenzo con las explicaciones de Anastacia, pues quitaban toda fealdad al manejo que traía entre manos, díjole:

—Pues mire, *seña* Anastacia, déle á la señorita esta carta que me dió el amo y le *traiba* *pa* dársela á D.^a Margarita, pero *¿carai!* ¿si es á gusto de los amos viejos, *pa* que este *tapujo*? ¡Esto si que no lo entiendo como Lorenzo me llamo!

—Yo, Lorenzo —repuso Anastacia,—no sé mayormente porque serán estos tapadillos, pero *jallo* que es porque á tu amo le dan otra novia, que es la niña de D. Jacinto, que se su *mesma* sobrina; pero *jijo*, *vido* el lucero de mi Margarita y *jízole ti lin*, y sobre que también es su pariente, es más *guena* moza y mejor *convenencia*, pues es solita, y todo lo que hay en la casa se lo lleva.

En este coloquio llegábase á ellos una muchachona fresca y rosada como una primavera, con un gran cesto al brazo, y acercándose á Anastacia que estaba vuelta para Lorenzo, tocóla en la espalda, diciéndola en tona de broma y cariño.

—La cogí, *seña* Anastacia; *gueno, gueno, namorando* con este mocito.

Volvió Anastacia la cabeza, y dijo:

—¡Ah! ¿eras tú, *Lionorilla*? Pues mujer, yo no estaba *namorando* con Lorenzo. ¿Quieres saber lo que le *dicía*?

—Si quiero—respondió la recién llegada.

—Pues *miá* tú, le *dicía*, que eras una *guena* moza, asiada como una plata, que tienes tus *riales*, que *jiciera* un *conchavo* contigo.

Con una sonora carcajada, contestóle Leonor por lo pronto. Luego añadió:

— ¡Bien dice la pobre de *seña* Hipólita que V. es el mismo *perrete puto!*

— Pero ven acá, recondenada de bullera; ¿te parece á tí que este mocito es cualquier cosa? Levántate, Lorenzo, *da* que esta *tarasca* se limpie la baba que le ha de *cair*.

Y el pobre muchacho obedeció como un autómatas y púsose en pié un tanto colorado, lo que provocó de nuevo las risotadas de la chica.

— ¿Habrás visto *lambona* como esta que no hace más que *riye* que te *riye*?—decía Anastacia.— ¿Te parece mejor el *desguesado* de Toribio que *paice* una cuna?

— A ver Lorenzo —añadió— ¿que te *paice* á tí Leonor?

— A mí me *paice*, *seña* Anastacia, una *rial* moza.

— ¿Ves tú, locaria del enemigo, como el muchacho dice la verdad sin *remilgos*?... ¡Cuándo menos me vas á *dicir* que el mozo es *feyo!*...

Pero á Leonor, que efectivamente le agradaba la figura de Lorenzo, en la que de pronto no había reparado, díjole muy seria:

— Válgala Dios, *seña* Anastacia, ¿cómo he de decir que este amigo es feo si no lo es? Pero una cosa es eso y otra lo que V. dice, que él podrá tener ya sus aprecio como yo os mios.

— Yo, Leonor, —repuso Lorenzo con viveza— no tengo aprecio. — Si *rusté* los tiene, ese es otro cantar.

La muchacha, viendo que la broma pasaba ya á ser cosa seria, dió un quiebro y se limitó á decir á Lorenzo:

— Yo, amigo, como aprecio tampoco tengo; pero á Dios gracias me *jallo* bien *ansina*.

— Y me voy —añadió— me voy, *seña* Anastacia, porque hoy tengo toda la casa encima, pues la *probe* de *seña* Hipólita está tan malita...

—¡*Jija!* ¿y qué tiene *seña* Hipólita?

—Yo, qué quiere que le diga; desde que doña Clara le dió un *sofión* á la *probe* vieja por *mor* de esa *embaidora* de doña Olalla, que la *Enquisición* cargue con ella, la *probe-cita* ha *dido pa* trás, *pa* trás, y aunque ha venido remando ha tenido que anochecer.

—¡Pero *jija!*—volvió á decir Anastacia—¿cuéntame que fué eso?

—Mire, *seña* Anastacia, es largo de contar y hoy no tengo tiempo que van á ser las ocho de la mañana.

—¡Muchacha del diablo! ¡qué me dices! ¿qué van á ser las ocho? ¡Jesucristo! ¡D.^a Jacoba me mata!

Todos tres dejaron bruscamente la conversación con promesa de seguirla al siguiente día y entrando Lorenzo en la carnicería á fuerza de empujones, y empleando sus grandes fuerzas, consiguió el primer lugar, no sin protestas, gritos y maldiciones de los postergados, á los que él acalló prometiéndoles pedir carne para todos.

Cuando el muchacho se encontró junto á las rejas por donde se despachaba, volvióse para la criada de D.^a Jacoba, diciéndole:

—¿Cuánta carne pide, *seña* Anastacia?

—Libra y media, *jijo*, y Dios te lo pague.

—Pues *déqueme* acá los cuartos.

Alargóle el dinero de mano en mano, y por el mismo camino dióle la carne que el cortante le entregó y cuando la recibió Anastacia fuese á toda prisa, lo que vió Lorenzo que gritaba:

—¿Y tú *Llonor*, que pides?

—Tres de pierna, y una *pa* puchero—repuso la muchacha.

—*Gueno, pos daca* los *riales*.

Srvióle el cortante de nuevo; pagó la carne pedida, pero sin devolverla á su dueña; pidió luego la de él y recogiendo ambas, dando codazos, y apretones fuese á dar con

Leonor, púsole la carne pedida por ella en el cesto y tomándolo de las manos de la muchacha salió con él en alto, atravesando por entre los que aún esperaban por la carne, al mismo tiempo que les decía:

—Vaya, no se quejarán. Pronto despachan, y ahí les queda el puesto.

Los unos rieron la ocurrencia, los más gruñeron; pero Leonor y Lorenzo salían alegres. Ya en la calle, díjole ella que le diera su cesto, pero él ofrecióse á llevárselo hasta la casa, y la muchacha aceptó de buen grado el ofrecimiento.

Lo que por el camino se dijeron, no se sabe á punto fijo; pero sí que al siguiente día acudieron más temprano á la compra y charlaron mucho, y que á las ocho la buena de Anastacia cayó en la cuenta de que su broma fué la aguja y el hilo con que se habían unido aquellas dos voluntades.



XIX

Impaciencias y temores

Corrían los meses y la obra de la casa del Vizconde, en fuerza de operarios y acertada dirección, corría también á su término y perfeccionamiento, pero al ardor de D. Cristóbal, el tiempo y los hombres figurábansele que hacían el camino á paso de carreta, por lo que se multiplicaba en sus atenciones, de forma que ningún día le vieron los trabajadores llegar á la obra después que ellos, pareciéndoles que dormía al pié de los paredones y si el peón de guardia y el mayordomo no hubieran dado testimonio de que antes de romper el día, venía desde Icod en su caballo, jurarían que hacía cama en los cimientos del edificio.

Pero si para el Vizconde el tiempo y la obra no adelantaban como quería, para muchos de los personajes de esta historia, el primero corría plácido y tranquilo, por lo que hubieran pedido no adelantaran en la marcha.

Era la primera en dar su voto favorable Margarita, que entre el cariño de su abuela, del Vizconde y de Anastacia, y sus favores y prácticas piadosas, pasábase los días sin notarlo. Diariamente recibía carta del hombre á quien honradamente amaba y sin falta contestábale con la naturalidad y discreción que la distinguían. Los domingos y días festivos, recibía en su casa la visita del Marqués y del Vizconde, y en la hora y media que duraba la entrevista, al paso que comunicabas sus pensamientos y sus impresiones, iba

domando con su natural blandura, las asperezas del carácter de D. Cristóbal. Así es que contaba las victorias por conferencias; pero todo esto, que á sus ojos ningún valor tenía, era lo que más caro pagaba el Vizconde con su afecto.

Tampoco á Leonor y Lorenzo se les daba mucho cuidado, porque el tiempo fuera de prisa ó á paso de tortuga; antes al contrario, si hubieran podido de buenas, le echarían la retenida al carro.

Pero no era sólo el Vizconde el que se impacientaba por la lentitud con que el tiempo transcurría. Aquella calma ehicha que había en las visitas domingueras á su hermana D.^a Clara, también irritaba á ésta.

A las cuatro de la tarde, infaliblemente, llegaba D. Cristóbal á Garachico. Saludaba ceremonioso á la familia, con jovialidad á Otilia y á Inesita, pero sin salir del comedimiento que á sus sobrinas debía. A las cinco iba con su padre á visitar tres casas, la de Villavicencio, la del Vicario y la de D.^a Jacoba; á las ocho regresaba, subía, se despedía brevemente y tomando su caballo marchaba á Icod. Por más que le rogaban D.^a Clara y su familia para que hiciera noche en la casa, no lo pudieron conseguir, pues ni aún en la Semana Santa, lograron comprometerle á pesar que interpusieron el empeño de D. Baltazar de Ponte, que como obsequio, invitóle para cargar con otros nobles el Stmo. Cristo en la tarde del Viernes Santo, función que aquella noble familia costeaba á cambio de algunos privilegios y distinciones.

No era necesario tanto para exasperar á D.^a Clara; devanábale los sesos en pensar quien podría ser la causa de la frialdad de su hermano, y aunque más de una vez le pasó por la mente la idea de que podía ser Margarita, desvanecía-se al punto, pues de las gestiones que había practicado, sonsacando á su padre, y mandando personas que visitaran á D.^a Jacoba á la misma hora en que su padre y hermano, nada había podido sacar en claro.

Los emisarios todos estuvieron contestes en que á las visitas no concurría Margarita, (pues no sabían que ésta se retiraba del estrado siempre y cuando se daba el caso de que algún visitante viniese á la casa duraute la estancia en ella del Marqués y el Vizconde) y aunque D.^a Olalla atizaba el fuego diciendo que de la gata tuna de Margarita, les venía el daño, D.^a Clara no le hacía caso, tanto porque la gata no daba pruebas, cuanto porque conocía la mala voluntad que á aquella tenía como hija de la mujer que en su loco pensar la dejó para vestir santos.

Pero si las excitaciones de D.^a Olalla no encontraban acogida en D.^a Clara, no así en Otilia en quien la imprudencia de la madre había hecho nacer una pasión por el Vizconde que la infeliz no podía disimular por más que quería. Las sospechas de la de Oscar, que aunque ciertas, eran infundadas en ella, no sólo hallaban acogida en aquel corazón enamorado hasta el tuétano, sino que hicieron nacer la pasión de los celos con tanta fuerza que la casa de D.^a Jacoba era espíada día y noche de su orden por unas mujercuelas que casi frente por frente vivían, llamadas las de *taburete*. Estas sacáronle con maña á otra vecina que entraba y salía en la casa para ayudar á Anastacia, que Margarita si asistía á las visitas de padre é hijo, noticia que les valió muy buena paga por parte de Otilia, á quien le costó además muchas lágrimas y no pocos reproches para su madre.

En vista de estas noticias contradictorias, determinóse D.^a Clara á indagar por si misma la causa; y una tarde de la primer quincena de Noviembre, fuese muy puesta y con sus dos hijas, á visitar á D.^a Jacoba.

Tan pronto llamaron á la puerta del postigo, salióles á abrir Anastacia, armada de rueca y huso, y aunque les abrió la sala invitándolas á que pasaran á ella interín llamaba á las señoras que estaban en la saleta de labor, ellas se

excusaron diciendo no querían interrumpirlas y tras de Anastacia, como amigas de confianza y parientes, siguieron hasta el indicado aposento.

Era la saleta una habitación que daba á la huerta de la casa y en la que D.^a Jacoba tenía el telar para lienzo, el de cinta y los demás trevejos necesarios para labrar las telas y ropas del país, ocupaciones que en toda casa bien ordenada entretenían á amas y criadas las tardes de los días no festivos, principalmente en tiempo de invierno.

En la que nos ocupa una mujer pagada hacía sonar la batidera del telar del lienzo, donde tejía unas toallas, produciendo el chasquido propio del artefacto, acompasado por el correr de la lanzadera y el subir y bajar de los urdimbres con los lisos. Anastacia y tía Francisca, la que le ayudaba en los quehaceres, ordeñaban las ruecas con la mano izquierda, acercándola á la boca para ensalibar el torcido, mientras con la derecha hacían bailar el huso. D.^a Jacoba, sentada en una silla baja, en el centro de la sala, emparejaba la torcedura de una husada, cuyo hilo, unido á dos husos, pendía de dos clavos fijos en el tirante ó traba, mojado ligeramente la mano en un barreñillo con agua que á su lado tenía y bailando los husos entre sus manos blancas y rugosas, como si fueran molinillos de chocolate; y Margarita, apoyando los piés calzados con zapatillos de escaquin en los pedales del telar, tejía una cinta de palmita, propia para ribetes de justillos y enaguas.

Al entrar D.^a Clara y sus hijas, precedidas por Anastacia, todas pararon su labor. D.^a Jacoba quiso levantarse, pero D.^a Clara no lo permitió amenazando con retirarse. Sin embargo, la mujer del telar abandonó el artefacto, tomó una rueca y una banca y salió á trabajar al corredor, lo que también hicieron la vieja Francisca y Anastacia.

D.^a Clara y sus hijas se acercaron á D.^a Jacoba y á Mar-

garita y las besaron; la primera volvió al lado de D.^a Jacoba, sentándose en un taburete y Otilia é Inés quedaron en pié, junto al telar de Margarita para verla tejer, sin que por eso dejaran de mediar en la conversación que luego entablaron, la que comenzó Inés diciendo:

—¡Ay, madre! ¡qué bonita cinta hace Margarita. Ven para acá para que las veas.

—Nada, tía —díjole Margarita— cosas de Inés; una cinta de palmita para ribetes.

—¡Vaya, lo que dices. Margarita! ¡vaya que si es bonita! Yo no sé por qué madre no me deja aprender en casa de las vecinas Pláceres que tejen tan bien...

—Mira, Inés,—replicó D.^a Clara—no digas simplezas; primero es que sepas bordar como Otilia y luego ya tejeras, que eso es muy fácil.

Y dirigiéndose á D.^a Jacoba, añadió:

—Tía, ¡hacía tanto tiempo que no les veía! Esta tarde dije: «sin falta vamos á verlas porque no puede menos que haber estado malas.»

—No, hija, no—respondió D.^a Jacoba—á Dios gracias no hemos estado malas, y esto bien te lo ha podido decir tu padre y tu hermano que todos los dias de fiesta me hacen un ratito de compañía, que les agradezco mucho, pues me cuentan cosas de Paris, Londres y otros pueblos que han visitado, que dan mil gusto de oírlas.

—Y á tí, Margarita, ¿no te ha contado tío Cristóbal algún cuento?—preguntó Otilia.

—Sí,—respondió la interrogada—uno ó dos le he oído contar, pues los demás si los ha dicho habrá sido á madre Jacoba.

—Pues que, ¿tú no estás en las visitas cuando él los cuenta?

A decirte verdad,—volvió á decir Margarita,—con más naturalidad y algo más de discreción, y tunantería—poco

es lo que á la visita atiendo, pues tengo otras muchas cosas de que cuidar.

Como preguntarle de qué cuidaba era mucha curiosidad, callóse Otilia, observando como Margarita entraba y sacaba la lanzadera, pero D.^a Clara, para probarla más, díjole:

—Margarita, ¿por qué no te vienes con nosotros el domingo á la tarde á la Viña chica?

—Yo, repuso Margarita—si madre Jacoba quiere, con mucho gusto.

—Siempre que no vengan tarde— dijo D.^a Jacoba—puede ir.

La naturalidad con que la abuela y nieta contestaron al interrogatorio desorientó por completo á D.^a Clara y su hija, y girando la conversación sobre cosas indiferentes pasóse el tiempo de la visita.

De todo lo ocurrido, como es de suponer, Margarita dió cuenta al Vizconde en la carta del siguiente día. Para desorientar más, D. Cristóbal bajó el domingo a la tarde como de costumbre, haciéndose el nuevo al comunicarle su hermana el proyecto de expedición á la Viña chica, á la que se negó á asistir.

Con esta conducta, tanto D.^a Clara como Otilia depusieron toda sospecha respecto á Margarita y en el paseo á la Viña chica, mimáronla y acariciáronla de tal manera, que la joven creyó más de una vez tener remordimientos, pues con su fino instinto de mujer, había entendido que Otilia estaba perdidamente enamorada del Vizconde, de cuyo afecto ella tenía la seguridad de ser la única depositaria, y en su ingénita bondad, figurábase hacia traición á su parienta, admitiéndola tanto agasajo.

Pero el paseo á la Viña, ideado por D.^a Clara para ver el efecto que la propuesta hacía en la abuela y nieta, fué causa de que las sospechas desvanecidas por la actitud de

éstas, renacieran con visos de plena certeza, cosa que completó el diablo metiendo mano al asunto. El Vizconde no se resignó á que pasaran quince dias sin poder hablar á Margarita, y el lúnes siguiente, 10 de Noviembre de 1720, á la caída de la tarde llegaba nuevamente á Garachico y dejando el caballo á la entrada, al cuidado de Lorenzo, fue-se á casa de D.^a Jacoba. Aunque la visita resultó de corta duración, fué lo suficiente para que las Taburetes lo comunicaran á Otilia, con los aumentos consiguientes.

La noche que la hija de D.^a Clara pasó, no es decible; los dicterios más denigrantes para D.^a Jacoba y su nieta salíanle á tropel á la boca, no escaseando tampoco los iguales para clasificar á su tío. Por fin, á la madrugada, rindióse al sueño y encontrándose realmente enferma á la hora en que de ordinario se levantaba, quedóse en el lecho hasta bien entrada la mañana, en que, muy ojerosa y con los ojos hinchados del llanto, se levantó para ir al estrado á mirar con indiferencia todo lo que la rodeaba, sin excluir el hermoso tapiz que ya tocaba á su término y que para ella, como obra de sus manos, constituía uno de los principales puntos de apoyo de su orgullo.

A cosa de las once llegó D.^a Olalla con la cara algo compungida, pero al notar en el semblante de Otilia las señales de la borrasca pasada, fuésele el alma á los piés como se suele decir, pues sospechó que con la nueva que ella traía, otra se le había adelantado. Así fué que al besar á Otilia, no pudo menos de decirle, halagándole el rostro:

—*Pobecita* de mí Otilia, ¿quién fué la mal *ama* que te *yo* la *jícada* de chocolate? ¡Ah, *piyo!* ¡bien *ecía* yo, y no *quedian quedeme!*

D.^a Clara, que tanto en la noche como en la mañana, había procurado distraer á Otilia, haciéndole ver que la visita de su hermano á Margarita no había de tener el fin que ella se figuraba, contrariada con lo que la gaga decía,

interrumpió á ésta diciéndole:

—Mira, Olalla; de que Cristóbal haya estado solo á ver á Jacoba ayer tarde, sin haber estado en casa antes ni después, nada se saca en claro. Muy bien puede, y ya se sabrá con el tiempo, que sería algún asunto que en nada se refiere á Margarita. Conque así déjate de repetírselo á Otilia para que no la enfonilles más, pues cuando se le mete una cosa en la cabeza ni Dios padre se la saca.

La gaga con cara de gato miró á D.^a Clara y dijo:

—¿*Pos* entonces no es lo de las *catas* lo que sabéis?

—¿Qué cartas?—preguntaron á una la madre y la hija.

—Las que *esquibe* todos los dias á la gata tuna.

—¿Cómo?—exclamó D.^a Clara sorprendida,—¿qué dices Olalla de mis pecados?

—*Pos mujé*—añadió la gaga—yo me *figudé* que lo *supiedan* cuando ví á Otilia tan *yodosa*.

—Pero cuenta de una vez y déjate de más preámbulos.

—*Pos, pos contadedes; pos, pos* que es malo que á mí *é codazón* me dé una cosa, *pos, pos*...

—Pero Olalla del diantre—volvió á decir D.^a Clara—¿diráslo de una vez?

—*Pos, pos, pos* si no me dejas—gritó la gaga bastante incómoda.

Calláronse todos mal á su pesar y al fin la gaga comenzó:

—Yo, yo *sopechaba* de que la gata tuna *eda* la *sinve güenza* que *amitia* galanteos de tu *hemano*, *pedo* no podía *avediguado*; ta mañana, *Dita Tiguado* me *encontó* en San *Fancisco* y me dijo: «No me sabe D.^a Olalla como *Dionó* la de D.^a *Cada* tiene galán?» Dijele: ¿y quien es *mujé*?—
«*Pos, pos* un *quiado de* Vizconde que todos los dias viene á la *compa*, que lo llaman *Dodenzó* y *tae catas* y dá á *Natácia* la de D.^a Jacoba y *eya* le dá *ota* á él.» No, no—dije!
—eso no puede *sé, mujé*.—«¿Qué no puede *sé*—me dijo

—yo *mimita lo visto* con estos ojos *tes* días seguidos que he *pesto* cuidado.» Y ya ven que *Dita Tiguado* es *mujé formá* que se *puée quéé* lo que dice como el *Vangelio*.

Si un fantasma hubiera aparecido en el estrádo, no hubiera dejado más paradas á D.^a Clara y á Otilia, que la conversación que acababan de oír á la gaga. Pasado el primer momento Otilia comenzó á llorar de manera desconsoladora.

—¡Ay, madre—decía, —diga vuesa merced ahora que son cosas más, figuraciones de imaginacion ó apresuramientos de mi genial! ¡Ay, que desgraciada soy! Murmurada de la gente ruin, burlada de mi tío, ¿quién vuelve á donde gente la vea? ¡Señor, llévame, para no vivir á la vergüenza!—Y quedóse sollozando con la cara entre las manos, sin querer oír los consuelos que su madre y D.^a Olalla procuraban darle; pero de pronto se levanta y con la cara desencajada y como fuera de sí, exclama:

— ¡Ah, no, no te gozarás, infame, en tu triunfo; á muchas has burlado según cuentan y yo creo, pero te juro que si me has herido, no me has muerto ni vencido! Yo te probaré que á Otilia no la desprecias tú sin que lleves tu merecido y juro á Dios que, ó eres mío, ó de ella la pérdida y la hipocritona, no lo serás.

D.^a Clara y D.^a Olalla contemplaban aterradas la exaltación de Otilia sin atreverse á desplegar los lábios. La joven recorría la estancia á grandes pasos, y ya se sentaba como se levantaba. De pronto gritóle á la gaga: «Abre, abre esa ventana que me ahogo», y cayó sobre la alfombra privada de conocimiento.

A los gritos de D.^a Clara y la gaga, acudieron D. Policarpo, Leonor y otros criados.

—Pronto,—gritó D. Policarpo—pronto por el médico que mi hermana es muerta.

Y mientras él, Leonor, D.^a Clara y la gaga llevaban á

Otilia á la cama, los criados corrian en todas direcciones buscando al físico D. Pedro Asencio Vasconcelo, el que, al poco rato, llegaba jadeante y sudoroso precedido del negro Manuel, que de todos los sirvientes fué el que tuvo la suerte de encontrarlo.

Cuando el médico entró, la casa era una grillera; todos corrían de acá para allá: D. Policarpo y D. Juan Tomás, resoplaban como toros, Inés lloraba á moco tendido, D.^a Clara y la gaga, ayudadas de Leonor y muy afligidas, habían desnudado á Otilia y le daban friegas por todo el cuerpo con bayetas calientes á la lumbre. La pobre vieja Hipólita, sentada junto á la cabecera, más pálida que la muerte, por su imposibilidad, contentábase con halagar el rostro de Otilia y dar rienda suelta á sus ojos para que lloraran la desgracia, y los amigos y conocidos que al enterarse de lo sucedido invadieron la casa, formaban corrillos en pasillos y corredores comentando el accidente.

En la calle habíase formado también un grupo de gente pobre, que no atreviéndose á entrar, á su modo también explicábanse la muerte repentina de la joven, pues así lo habían publicado los criados al salir á buscar el físico.

D. Pedro Asencio, como único autorizado, metióse desde luego en la alcoba, pulsó á la joven, levantóle los párpados para observar el cristal del ojo, púsole la mano al costado para apreciar los latidos del corazón; y sin decir ni una palabra sobre el estado de la enferma, á pesar de que todos los circunstantes le interrogaban con la vista, llamó á Leonor para que le ayudara á quitar la casaca, despojóse también de la chupa y peluca, y sin pedir bacía sacó una lanceta y tomando el brazo de la joven picóle una vena, manchando con la sangre que abundante salía las ropas de la cama y la esterilla.

Leonor, al ver brotar la sangre, lista como una ardilla, tomó una jofaina para recojerla, y dijo al galeno:

—Válgalo Dios Sr. D. Pedro, ¿por qué no avisaría su merced?

D. Pedro entonces desplegó sus labios inmóviles para decir á Leonor.

—Sepa la fregona que no había tiempo que perder, pues un suspiro más y ya hubiera sido tarde.

Al oír esta sentencia, todas las mujeres se quedaron pequeñas y asustadas, y en lo que D. Pedro ligaba el brazo á Otilia, salió D.^a Clara á buscar un poco de mostaza molida que á previsión tenía en una botella bien tapada.

En tanto, D. Pedro aprovechó la coyuntura para extender su fama, y como conocía á la gaga, díjole:

—Olallita; tienen gracias que dar á que llegué tan pronto, que si no á la hora presente, es esta prenda ánima del purgatorio.

—¡Jesú, D. Pedro!—exclamó la gaga horripilada—¿qué me dice?

—Lo que vuesa merced oye—repuso el galeno—¿No ve que á pesar de la sangría no ha recobrado todavía el conocimiento y que únicamente lo que se le nota es menos sofocación y que respira más sosegada?

—Tiene razón D. Pedro—contestó la gaga que miraba á Otilia para apreciar lo que el médico decía. Pero observando al mismo tiempo que la enferma había abierto los ojos, dijo:

—¡D. Pedro, ya *abe* los ojos!

—Buena señal—dijo el médico.

—¡Jesú señó! ¡S. Antonio me ganó la *pomesa*!

En esto entró D.^a Clara con los ingredientes de los sinapismos, que confeccionó D. Pedro, é hizo se le aplicaran á las pantorrillas de la enferma. A la media hora Otilia se quejó y á los pocos momentos, aunque con voz desalentada, pidió le quitaran aquellos perros que la mordían, de lo que el médico se alegró, y recomendándole silencio

ordenó se le mantuvieran los sinapismos un cuarto de hora más y que de hora en hora se le diera una cucharada de una poción que mandaría de su casa.

Una vez hechas estas disposiciones púsose su peluca, chupa y casaca, y despidióse de la gente que estaba en la alcoba prometiendo volver á media tarde. Al salir fué asediado por todos los concurrentes, dióles muchas esperanzas, tranquilizó á D. Jacinto y á sus hijos y después de sufrir en la puerta de la calle otro ataque de preguntas pudo escaparse á su casa para darle algo al estómago que le pedía á grito herido y á todo el cuerpo una buena siesta que bien la necesitaba.

La concurrencia de la calle se disipó; la de la casa, aunque duró algo más, al fin se fué también disolviendo, por que la hora de comer á todos llamaba á sus respectivas moradas y la familia de D. Jacinto entró de nuevo en relativa tranquilidad fundada en las promesas del físico D. Pedro Asensio.

XX

Turbonada que pasa

A los ocho dias de los acontecimientos que quedan relatados, Otilia estaba fuera de peligro. A los quince terminaba su convalecencia y á los veintidós, un buen observador sólo podía notarla un poco más delgada, lo que no la venía mal.

Durante la enfermedad de su hija, D.^a Clara negóse á recibir visitas. D. Jacinto y el Marqués, su suegro, á quien el accidente no le había cogido en la casa, pues pasaba aquel dia con su amigo y legal eco Marqués de la Quinta Roja, en la finca del mismo título, eran los que hacían los honores para con los hombres, y para las señoras, Inesita acompañada de D.^a Olalla que con este motivo habíase instalado en la casa de sus amigos.

Una ligera indisposición de D.^a Jacoba impidió el que Margarita fuera á ver á sus parientes, pero todos los dias, dos veces nada menos, se enteraba por Anastacia del estado de la enferma. En un principio el demonio de la gaga, que deseaba verla en la casa, para jugarle una mala pasada, supuesto ejercía funciones de jefatura en comisión, echó á disculpa lo de la enfermedad de D.^a Jacoba, pero esta sospecha se desvaneció cuando el médico, al ser interrogado sobre el particular, confirmó la certeza del achaque propio de los años de la señora.

Cuando se enteró el Vizconde de lo ocurrido, bajó á Ga-

rachico tres veces durante los ocho primeros días de la enfermedad de Otilia, y por Lorenzo informábase á diario de la paciente. Sin embargo, por los hocicos de su cuñada y hermano y más que todo por la resistencia á que viera á Otilia, sopretexto de que estaba excitada unas veces y otras descansando, entendió que él había sido parte principal de aquella función, pero por más vueltas que le daba á la mollera no atinaba con aquel para él enredo inexplicable.

El último día en que fué mayor el desabrimiento conque lo recibieran su hermana y cuñado, después de ir á ver á D.^a Jacoba y á Margarita, marchóse á Icod mal humorado en extremo. Llegado á su casa de la Viña de Alzola, en la que ya habitaba, Lorenzo como siempre recogióle el caballo, y después de acomodarlo en la cuadra subió para quitar á su amo las botas de montar y ropa de viaje.

Al ponerle el muchacho la casaca de diario, ocurriósele interrogarle sobre lo que de público se decía en Garachico acerca de la enfermedad de Otilita y díjole:

—Dime Lorenzo, ¿no has oído en Garachico cual fué la causa del accidente de mi sobrina?

El criado, que no esperaba tal pregunta, quedóse muy encendido, respondiendo con algún embarazo:

—Pues oí decir que fué un mal aire,

—No está mal aire el que á mi sobrina dió, ni tu mal peine, Lorenzo.

—¿Por qué, señor, me dice su merced eso?

—Por qué te lo he de decir Lorenzo; porque soy más viejo que tú y te he conocido en la cara que no es eso lo que se dice.

—Señor, crea su merced que eso que dije lo *huyí* en la compra.

—Mira, Lorenzo, en la fidelidad del criado entra en primer lugar el que sean veraces para con sus amos y por tu

actitud noto que algo más tienes en el buche que no quieres decirme. Esa falta de confianza para conmigo no es paga de buena moneda para el trato que de mí recibes.

Dolióle al muchacho el reproche de su amo por su natural noblote, y díjole:

—No, cuerno; mal agradecido... eso sí que no; llámeme su merced negro, perro *judiyo*; pero mal agradecido no: que digo que no, porque *escuese* mucho.

—Pues si te duele, ráscate que así te lo mereces.

—Pero, señor, ¿si no es *gueno* lo que dicen de su merced!...

—Cabalmente, —repuso el Vizconde,— por lo mismo debes decírmelo, porque si lo malo que se dice es fundado, sabiéndolo puedo corregirme, y si carece de fundamento prevenirme y defenderme.

—*Pos* allá vá; su merced lo quiere. No se me enfade luego; yo *jallo* que por fuera la gente dice una cosa y *advento* es otra.

— ¿Cómo es eso? Explicate.

—La gente dice en Garachico que la enfermedad fué un mal aire que le dió á la señorita, que *cuasito* no la mata si el *surjano* no *allega* tan pronto; pero casa de su hermana es otro cantar, pues allá se dice... yo, señor, me dá vergüenza... yo no lo digo.

—Dilo; te lo mando.

—*Pos* dicen que su sobrina era la *jembra* de su merced y que el otro día unas que llaman las *Taburetes* supieron que su merced fué casa *dueña* Margarita sólo, sin *dir* junto con su señorita, el señor marqués; que la señorita se puso muy *enrabiscada* y se *alevantó* mala; que *dispués* llegó una señora que transita la casa, que es muy *embaidora*, y le dijo que su merced *escribiya* cartas *tuitos* los días, que yo las llevaba y se las daba á *seña Nastacia*, y que *traiba* las que ella me daba; que con el coraje y lo mucho que llo-

ró, se accidentó.—Callóse Lorenzo, y el Vizconde quedóse pensativo, pero al poco rato preguntóle:

—¿Y por quién sabes tú todo eso?

El pobre Lorenzo que no creía que él por sí mismo se metiera en la trampa, quedóse blanco y tembloroso, sin poder contestar á su amo.

—¡Vamos, dilo pronto!, —añadió el Vizconde de malísimo talante.

—¡Señor! su merced no me riña, porque eso me lo contó Leonor, la *criyada* de su hermano.

—¿Y tú conoces á Leonor?

—Sí, señor.

—¿Y tienes tanta confianza en ella para que la muy cuentera te diga lo que pasa en la familia?

—¡Ay! señor, ella ño tiene la culpa.

—¡Pero tonto de mí!—dijo el Vizconde dándose una palmada en la frente,—¿en qué estoy pensando? ¿Tú tienes amores con Leonor?

De pálido que estaba Lorenzo quedóse rojo amoratado y con los ojos bajos, por lo que, compadecido el Vizconde, depuso su seño, y le dijo afable:

—¡Vamos, Lorenzo,—como sea con formalidad y como Dios manda, en ello no hay pecado ni yo tengo porque reprenderte. ¡Contéstamel, ¿eres el novio de Leonor?

—Sí, señor.

—¿Te gusta la muchacha?

—¡A mí... sí, señor!

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Por vergüenza.

—Bueno, hombre—añadió el Vizconde,—no me parece mal. Leonor es muchacha formal, muy buena moza; la familia la estima y más que todos el pollino de mi sobrino Policarpo, pero mientras la vieja Hipólita esté en su tino ya puedes estar seguro.

Ahora, dime: ¿tú le has dicho á Leonor que tú llevabas y traías las cartas á Margarita?

—¡Señor!...— dijo indignado Lorenzo:— yo no soy cuerpo que *gomito* A las mujeres se les dice lo que se le debe decir, y no más.

—Bien, hombre, yo no te hago la pregunta porque desconfie de tí; pregúntotelo para saber si sería Anastacia.

—¡Señor!, *seña* Anastacia no es mujer de cuentos, y aunque quiere á *Llonor*, y *seña* Hipólita que no hay más que decir, pongo mi *cogote* en un picadero, que no fué ella. Por quien lo supo *Llonor* fué por esa *señora envainadora* que dice ella es gaga, y á la que se lo dijo otra bruja, que nos *vido* dar las cartas... Yo lo que quisiera saber quien es esa curiosona, cuentera y chismosa porque ¡cuerno! si la conociera no le *habiya* de quedar ganas de *golver*... pero *Llonorilla* no me lo quiere decir porque tiene miedo que me lleven á la cárcel.

—Cuidadito con eso, Lorenzo; te necesito en paz con todo el mundo, pues quiero me ayudes á descubrir al autor de las calumnias que me han levantado, de que vine con sólo el objeto de casarme con mi sobrina, y por lo visto Leonor puede servirnos de mucho. Te encargo te portes con ella como hombre de bien, y si os llegáis á casar, ya yo procuraré daros la mano; ahora vete á tus quehaceres que necesito estar solo.

Ya se iba á marchar Lorenzo, cuando de repente se quedó pensativo.

—¿Tienes algo que decir?—preguntóle el Vizconde.

—¡Señor!...—dijo el muchacho algo confuso,—¿podré estar tranquilo por su sobrino?

—¡Vaya! Lorenzo, veo te hice daño sin querer. Mira, en los días que estuve hospedado en casa de mi hermana pude observar que mi sobrino á hurtadillas requebraba á Leonor, pero también ví que ella no le hacía caso, y que

un día en que él le tiró del vestido ella le arrimó una bofetada de lo lindo, que nadie lo diría en manos tan pequeñas.

El, como bruto, púsole á la muchacha hocico de perro; al siguiente día estaba yo recostado en el estrado leyendo, y la vieja Hipólita y Leonor, entraron en la alcoba de mi hermana que está contigua, y creyéndose solas, Leonor le contó todo á la vieja y le dijo que se marchaba de la casa. Hipólita, que se conoce quiere á la muchacha, dióle saludables consejos, prohibiéndole se fuera y prometiéndole que ella haría de forma que no le volviera ni á mirar.

Al siguiente día ví que mi cuñado llamó al hijo á su cuarto, y le echó una gran peluca, y preguntándole yo más tarde por qué le había peleado me dijo que por que Hipólita (á quien quiere como si hubiera sido su madre) le había dado parte de los desafueros de Policarpo para con Leonor.

Lo que te puedo decir es que no volví á notar nada, y que la vieja celaba al muchacho como gato á ratón; por todo lo que infiero que Leonor está muy segura, interín Hipólita no pierda los sesos y sobre todo porque la mujer honrada se basta y se sobra, y la que no lo es, más que la guarden con cadenas.

—Pues lo que es como honrada—dijo Lorenzo,—sí que lo es *Llonorilla*, ¡cuerno!



XXI

Enseñando la oreja

A la altura á que habían llegado los sucesos no le era posible á D.^a Clara el continuar á la expectativa. Si á esto se añade el que la habían dado noticias de que ya por Garachico se corría que Margarita era la dama preferida por el Vizconde, no puede causarnos admiración el que la veamos abordar la cuestión, forzando los ataques para conseguir la victoria.

Los días de la convalecencia de Otilia empleólos en combinar sus planes; de pronto pensó en arrojar de su casa á Leonor, en castigo de haberse enamorado del criado de su hermano, pero luego, con mejor acuerdo, ideó que estos amores la podían proporcionar noticias sobre la conducta de D. Cristóbal y á este fin trató de conquistarse la confianza de Leonor.

La podre muchacha, que se vió tratada con cariño y mucha familiaridad, sintió crecer el afecto que tenía á sus amas, y si bien no aprobaba los dicitos que en la casa oía contra Margarita, puesto que siempre le había simpatizado y como ella decía, la quería de balde, sin embargo llegó á formar juicio de que D. Cristóbal debía y estaba obligado á casarse con su señorita, antes que con Margarita, por lo que ésta nada perdía y su ama mucho, pues á sus oídos habían llegado especies que si bien no creía y juraría una y mil veces que no eran ciertas, el caso era

que el público las murmuraba con harto quebranto del buen nombre de la casa.

A pesar de que D.^a Clara se había ganado la voluntad de Leonor y le permitía algunas confianzas, haciendo la vista gorda á sus amores con Lorenzo, sin autorizarlos de un modo terminante, á ciertas proposiciones de que sonsacara á su novio sobre la conducta de su amo y que éste lo espicara, nunca quiso descender; valíase para esto de D.^a Olalla, la que desempeñaba con todo gusto las comisiones que sobre estos puntos se le confiaban, pues con ello alimentaba su pasión favorita; pero como el que procura confidencias necesita hacerlas, fué el caso que D.^a Olalla y Leonor intimaron en tanto grado que no tenían secretos entre sí.

Por ciertas preguntas que á Lorenzo le hizo su novia, comprendió el muchacho que la simplona, por consejo de alguien, quería sonsacarlo, y el muy tunante, guardóse bien de soltar prenda; antes, al contrario, pensó explotar este deseo en favor de su amo, á quien cada día profesaba más cariño, sin que por eso dejara de querer á su *Lionorilla*, como él decía; pues el amo, era el amo, y la novia, la novia.

Las entrevistas de Lorenzo y Leonor, eran de corta duración, lo que se podían decir en la compra y el ratito que empleaban en recorrer la distancia que había entre la carnicería y la casa de D. Jacinto. En verdad, era muy poco tiempo para que Leonor lo desperdiciara en asuntos de sus amos, cuando los suyos propios de justicia tenían preferencia. Así que, el saber mutuamente en que habían empleado el día anterior, el pedirle ella celos de María, una de las hijas del medianero de la Viña de Alzola y él de cuando en cuando de D. Policarpo, eran asuntos de tanta importancia que los chicos no podían prescindir de tratarlos á diario, y como D.^a Olalla apuraba á Leonor para que comprendiera la campaña y ella se excusaba con la

falta de proporción y tiempo, la gaga ideó que la noche de los días festivos, interín los amos estaban en la asamblea ó tertulia, Leonor le hablara á Lorenzo por las rejas de las ventanas del piso bajo, para lo que pidió y obtuvo el permiso de D.^a Clara, que se lo vendió á su criada como favor á D.^a Olalla.

Por demás está decir que Leonor perdió el juicio con esta licencia, y Lorenzo la tranquilidad. Sin embargo, este último comuicó á su amo la buena nueva, pidiéndole permiso, y el Vizconde, después de recomendarle el comportamiento, dióle la licencia que apetecía; y aunque con aquel viaje era el segundo que el muchacho hacía á Garachico en el día, sus piernas eran fuertes y bien valía la pena el molerse un poco más de lo ordinario por pelar la pava largo y tendido.

A la hora convenida, Lorenzo rondaba la casa de D. Jacinto, y al punto Leonorilla, que lo aguardaba en asecho, citóle y pegaron la hebra á la conversación con tantas ganas como si en los días de su vida se hubieran dicho nada.

La primera embestida, como era de justicia, fué sobre los celillos que á uno y otro le rotan allá dentro, acabando como siempre en tener más confianza él en ella y ella en él; tal es, ha sido y será la condición de los enamorados, pero como había por delante dos horas ó más de peladura de pava, Leonor creyó oportuno tratar antes de los futuros proyectos de casorio. Cada cual emitió su parecer sobre el proyecto y con más ó menos incidentes terminóse también la discusión del punto, aunque con la amplitud que su importancia reclamaba y creyendo Leonor no debía retardar por más tiempo el tratar de sonsacar á Lorenzo, algo de su amo, díjole:

— *Uyes*, Lorenzo, ¿qué te parece á tí de tu amo y lo que le ha *jecho* á mí señorita?

— ¿Y qué le ha *jecho* á más de lo que dice la gente?

— ¡Tú también condenado!... ¿quieres *dirte* á los infiernos por *jacer* malos juicios?

—No lo *premita* Dios, *jija*; allá ellos que se entiendan, que lo que es á mí á *guen* seguro que el señor me pida cuentas.

—Pues yo te juro que *tuito* eso que se dice, son pures testimonios que han *alevantageado* á la señorita. Ella está tan honrada como yo.

—Pero ¡cuerno! *¿pa* que te *asubes* tanto? ¿He dicho yo que ella es mala, canastos?... ¡Y aunque lo hubiera sido, ni á tí ni á mí nos va nada!

—¡Ay! no digas eso, ¿qué tú no le tienes ley á tu amo?

—Y mucha—respondió Lorenzo—porque es más *gueno* que la *mesma* miel; me trata como si fuera mi padre, y te digo que después de señor padre y *seña* madre y tú, recondenada, que me tienes *sorbidos* los sesos, á *naidie* nacido quiero más.

¡Ah, já, já! y ¿quieres que yo no tenga ley á la señorita?

—añadió Leonor muy contenta de haber cojido á Lorenzo.

—Ténle *tuita* la que te dé la gana. ¿Cómo no me quites la que me tienes?

—Pues tú dí lo que te dé la gana—replicó Leonor,—tu amo vino *pa* casarse con mi señorita, que es *guena* que no hay más que *dicir*, y no está fino ni bien visto que hora se vaya con D.^a Margarita la de D.^a Jacoba, que para él es muy niña, y sin que yo diga que no es *guena*, porque eso si que no lo verán que lo diga mi boca, porque la quiero de balde; pero á mi ver, es primero D.^a Otilia porque tiene más derecho.

—*¡Guá!* *¿po* si mi amo no le debe nada, qué derecho tiene?

—¿Con qué no tiene más derecho mi ama? ¡Echa acá esos dientes animal!—dijo Leonor algo incomodada.—¡Pues qué! ¿no se *dicía* en *tuito* Garachico que tu amo venía á casarse con ella *dende* antes de llegar?

—¿Se lo dijo por carta?—preguntó Lorenzo con mucha risa.

—No; no se lo dijo por carta porque á la primera que le ocurrió lo del casorio fué á mi ama D.^a Clara, que *ansina mesmo* me lo ha dicho á mi D.^a Olalla, y como esto se corrió por el pueblo y cuando él vino y lo supo, no puso mala cara, que muy en contrario, bien que le gustaba mi señorita, y muy placentero que estaba con ella y aún todavía lo está, que la mira con unos ojos que *paice* se la *quíe* comer...

—¡Guá! ¡y si se la ponen en la boca, no digo!

—Ten reparo, *condenado*, ¡no fueras macho *pa* no ser malicioso!—dijo Leonor en tono de reconvención.

Pero mujer, ¡si *atientas* á uno con los dichos!

—¿Cómo que *atiento*, *marrullero*? ¡Me *paice* que *apriendes* las *licciones* de tu amo, que no está mal gallote *pa* querer casar con una niña!

—Pues yo... ¡qué quieres que te diga, *Lloncrilla*! Dicen que los ojos son niños, y el amo dirá que le gusta más D.^a Margarita en *probeza*, que tu ama llena de talegas.

—No te lo creas, bobo, que D.^a Margarita como que es sola, tiene menos *convenencia* que mi ama, y el tuyo no habrá dejado de echar cuenta.

—Pero boba tú, digo yo, ¿quién mandó á tu ama *prencipal* á publicar que mi amo venía á casarae con su hija, sin saber si á él le gustaba.

—¡Ay!, ¿de dónde arguyes eso, Lorenzo?

—¿Qué de dónde lo arguyo? ¡De lo que tu *mesma* dijiste que te dijo esa D.^a *Lalla*, ó cómo quiera que la llamen! ¿Qué? ¿Tú crees que me bebo el juicio por tu ama, como por tí?

— Si te dije eso fué un *equivuco*.

—No fué *equivuco* y se echa ver que tu quieres más á tu ama que á mí y siempre he *uyido* decir que con quien más quiero con ese me quedo, y yo digo que adonde no soy el *prencipal* estoy de más.

—¡Pero, hombre! ¿es posible que por una bobada te enfades?

—¡Cómo una bobada? ¿te *paice* poco que me *jagas* mentiroso y no tengas *lialtá* con quien mejor te quiere.

Rompió a llorar Leonor y Lorenzo continuó apurando el resentimiento. Por fin la muchacha, temiendo que su novio se enfadara de todas veras, le dijo:

—*Gueno*, hombre, yo te lo diré *tuito pa* que *veyas* que soy *lial* y que no te callo nada.

Negóse Lorenzo á querer saber nada del asunto, á pesar de que interiormente rabiaba por enterarse, y como concediendo un favor á la bonachona de Leonor, dióle permiso para que dijera lo que quisiera.

—Pues hombre, á mí quien me lo ha dicho eso es D.^a Olalla, que es muy *guena* y me cuenta muchas cosas; ella fué quien le pidió licencia al ama, *pa* yo *jablarte* por la noche. ¡*Pa* que tu veas si me quiere!

—Mira, *Llonorilla*—dijole Lorenzo interrumpiéndola, —por eso que ha *jecho* D.^a *Lalla* ya no creo que es bruja la muy *puya*.

—¡Siempre has de estar de chirigota, Lorenzo! ¡Válgate la Virgen de la Luz! Bueno, como te iba diciendo, yo le dije un día á D.^a Olalla: «¡Pero, señora, yo no sé porque la señorita Otilia llora tanto por el Vizconde! ¡Yo lo mandaba *pa* las minas del azogue! Las mujeres nos debemos valer más.» Y entonces ella me dijo: «¡Bobona! ¡al Vizconde le gusta Otilia como todas! Ella es la que está enamorada de él como una loca y la que tiene la culpa es Clara que se lo metió por los ojos, que la niña estaba muy *sosegada*, porque quiere que Otilia sca marquesa cuando se muera D. Baltasar;» y que D.^a Clara, fué la que inventó la boda antes de venir el hermano, que luego la gente, ya sabes lo que es: uno dice tres, otro cuatro, y *ansina* se *levantaron* esos *jablares*.

—¡Pero *Llonor!* ¡cuándo eso decía D.^a Clara quizás mi amo le escribiría de lo del casorio!... Vino, *vido* la *jembra* y como no le gustó fuese á llamar á otra puerta.

—No, Lorenzo, no; D.^a Olalla me ha dicho á mí que no; que ella sabe con seguridad que tu amo no escribió cosa de boda; que el ama figuróselo por el mucho deseo que tenía, y ese es el mal.

—*Pos* yo lo que digo, *Llonor*, que el amo no está tan emperrado como parece con D.^a Margarita. ¡Me *paice* á mí que es perro *goledor* de moradas! *Ansina* es que á tu ama que no se *encanije*, que la mar viene y va y...

—¡Ay! ¡las ánimas, Lorenzo! ¡Adios! ¡Hasta mañana!— dijo Leonor, y retiróse de la reja sin aguardar contestación.



XXII

Una semana fatal

Como día festivo, el Vizconde había bajado de Icod á la hora oportuna, y recorrió con su padre sus acostumbradas estaciones domingueras. En todas las tertulias hablóseles del accidente de Otilia, y en todas celebróse con ponderaciones la alegría por la pronta curación.

Casi al tiempo que Leonor despedía á Lorenzo en la reja, el Vizconde lo hacía en el estrado de su familia y tertulios. Pero D.^a Clara, que á toda trance queria comenzar su campaña, díjole delante de todos que tenía que hablarle, á lo que el Vizconde se prestó facilmente.

Puesta en pié D.^a Clara, añadió:

—Padre y Jacinto, también con vuestras mercedes va el ruego.

Y salió del estrado.

A indicación tan apremiante los citados no tuvieron otro remedio que decir:

—Pues, señores, con su licencia. Vamos, pues, que quien llama no engaña, y salieron tras ella que los llevó á una de las últimas habitaciones de la casa.

Luego que entraron, D.^a Clara puso la bujía que llevaba en la mano en una mesilla, dió á su padre un sillón, señaló á su marido y su hermano asientos y ella sentóse sobre un catre que estaba en la estancia, por no haber más asientos.

Mirábanse los hombres con cierta extrañeza, pues todas aquellas precauciones daban cierto aparato de gravedad á la conferencia; pero el Vizconde, que no podía prescindir de su genio alegre y bromista, se apresuró á decir á su hermana:

—¿Se podrá saber, señor Corregidor, el punto ó puntos de este Cabildo citado de improviso?

—Ya lo sabrás—repuso D.^a Clara—pues serás el principal objeto de él.

—Yo ignoraba tal cosa—añadió el Vizconde,—pero su señoría irá diciendo. .

—¡Mira Cristóbal, la cosa no es para broma, y ojalá lo fuera!

—Vamos—dijo el Marqués—déjense de tonterías, y al grano. Dí tú, Clara, que es lo que hay ó qué quieres.

—Pues padre y señor, les he querido hablar á todos tres juntos, para enterarles de lo que pasa, pues creo que á todos nos toca bien de cerea.

Por lo que he sabido—añadió—desde antes de venir vuesa merced de España la gente dió en decir que Cristóbal venía á casarse con Otilia. A esto que me anunciaban amigas y conocidas, no dí importancia, antes al contrario, les disuadía; pero la conversación seguía y lleguéme á figurar si Cristóbal habría escrito á la niña y como enamorados guardábanme secreto. Con indiscreción indagué y supe de ella que no, pero que Cristóbal se le había hecho muy amable; á todo esto he guardado silencio, pues mi decoro no me permitía otra cosa, aunque se trata de familia.

Pero el día del accidente de Otilia, he sabido que la gente murmura, que sin vergüenza se ha atrevido á poner su lengua villana en la honra de mi hija, propalando nada menos que la han visto en el establo sola con Cristóbal, y otras iniquidades, y estas noticias fueron las que le ocasionaron el accidente que como todos saben, casi le cuesta la

vida á la hija de mi alma. D.^a Clara rompió á llorar amargamente, y sus sollozos se percibían bastante, pues ninguno de los tres hombres allí reunidos dijeron palabra.

El Marqués, verdaderamente consternado, no podía articular una sílaba. D. Jacinto, como estaba ya enterado por su mujer, permanecía mudo y el Vizconde con su clara inteligencia, entendió bien que su defensa estaba en contestar y no en preguntar. Por fin, D.^a Clara más tranquila continuó diciendo:

—Lo peor es que la infeliz Otilia, bien por lo que se ha dicho, bien porque la amabilidad de Cristóbal la hubiera cautivado, está fuertemente apasionada y la desgraciada sufre suplicio de muerte.

—¡Señor! ¡Señor!—dijo el Marqués—¡que desgracia! ¡en qué hora menguada quise volver á Islas, y luego el compromiso adquirido y la sangre que tira por otro lado! ¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer!

—¿Pero de qué compromiso habla, padre?—preguntó D.^a Clara.

—¿Qué compromiso ha de ser, hija mía? ¡Qué yo mismo he pedido para Cristóbal la mano de Margarita y si nada te he dicho es porque así lo quería él y ellas!

—¿Pero qué?—preguntó D.^a Clara fingiendo novedad—¿Cristóbal está en amores con Margarita?

—Sí, Clara, sí,—repuso el Marqués—y yo lo veía con mucho gusto, pues este hombre parecía que no había de casarse nunca y no quiero que la varonía de mi casa perezca.

—Pues si eso es así—dijo D.^a Clara—y se quiere salvar la honra, yo creo no hay agravio ni para la tía Jacoba, ni para Margarita, y si se llaman á la razón, bien lo pueden entender á no ser que se quiera la pérdida de mi hija de mis entrañas.

Ya no pudo el Vizconde con más, y rompiendo los diques á la prudencia, dijo:

—Cállate, Clara, cállate; yo nada debo á tu hija y mi sobrina; de aquí, de tu casa y estoy en decir de tí misma, salió la loca ambición de quererme casar con tu hija; tú sabes, porque tenías interés en saberlo, que quiero á Margarita, á la que miro como mi esposa hace algún tiempo; tú, que te alimentas de chismes y enredos, has traído este negocio á esta altura y te haces la nueva ahora. No quiero faltar más, que harto lo llevo hecho á la presencia de padre, pero ten entendido que, ó de Margarita ó de ninguna. Y cogiendo su sombrero, salió sin volver la cabeza.

No pudo D.^a Clara contestar porque la cólera la quitaba de pronto la palabra, pero al fin levantóse, salió al comedor y viendo que su hermano atravesaba el patio en dirección á las cuerdas para coger por sí mismo su caballo, gritóle: «¡Cristóbal, Cristóbal; me quieres burlar; te juro que me las pagarás!» Y entrándose en la habitación rompió á llorar ante su padre y su marido con un coraje que no procuraba disimular.

El viejo Marqués retiróse á su habitación con un disgusto de muerte; no quiso tomar alimento por más que se le instó, y la noche pasósele en darle vueltas al maldito asunto de la boda de su hijo; pensó primero en decir á D.^a Jacoba, lo apurado de la situación y si bien creía que su parienta le libraría del compromiso adquirido, por otro lado partíasele el corazón del horrible disgusto que iba á dar á Margarita, además que recelaba el que su hijo por la primera vez le desobedeciera, pues á su presencia nunca le había visto tan resuelto como aquella noche, y que si se atendía bien ya tenía derecho á negarse, puesto que para hablar á Margarita le había tomado su beneplácito. Pero por sobre estas razones el cariño á su hija Clara y la honra de su familia le preocupaban tan hondamente que el buen señor pasó una noche de purgatorio por adelantado.

XXIII

Sierpes venenosas

No fueron más felices en conseguir reposo D. Jacinto, su mujer y su hija; el calzonazos del primero contentóse con tomar una pesadumbre de órdago, y las segundas pasáronse la noche haciendo y deshaciendo proyectos de venganza, á cual más disparatados y terribles, por lo cual al siguiente día amanecieron el que más con el que menos averiados y cariacontecidos, lo que no fué obstáculo para que D.^a Clara se diera lugar á pensar con detención; antes, al contrario, á cosa de las once etiquetóse y fuese sola en derechura de la casa de D.^a Jacoba.

Ajenas Margarita y su abuela á todo lo que ocurría, cuando D.^a Clara llegó á la casa encontrábanse aquéllas en el estrado.

Señtada en su sillón, con sus anteojos calados, entreteniáse D.^a Jacoba en hacer la randa á una media, y frente á ella Margarita, en una silla baja, calaba en bastidor los extremos de una toalla, pero como el peso de su hermoso pelo rubio con frecuencia dáble tormento de cabeza cuando lo tenía cogido, habíaselo soltado en la confianza de estar sola con su abuela, y cubríale toda la espalda como una felpa de oro: tal era la brillantez que tenía la cabellera.

De cuando en cuando la anciana paraba las agujas y quedábase extasiada mirando á su nieta por encima de los cristales de sus anteojos, pero luego volvía á su tarea con mucho cuidado y atención.

De pronto, unos golpecitos muy repicados en el llamador de la puerta postigo, púsolas en cuidado y más tardó Anastacia en tirar de la cuerda que en aparecer D.^a Clara en la puerta de la habitación. Al verla, levantóse Margarita y se dirigió á besarla, pero la airada señora no le hizo caso y tomó asiento sin que la invitasen, y muy nerviosa díjole á D.^a Jacoba que la miraba confusa:

—Pues he venido á estas horas porque las cosas que interesan se deben terminar pronto y por una misma.

—Sepamos—replicó D.^a Jacoba con alguna inquietud—¿Qué te pasa, Clara?

—Pues es poca cosa á Dios gracias; lo que me sucede no tiene nombre. Un hecho de esta clase no ha pasado.

—Pero, Clara, ¿se puede saber que es lo que hay?—preguntó D.^a Jacoba con energía.

—¿Y me pregunta vuesa merced cuando estoy enterada que lo sabe y que con su autoridad se ha practicado el daño por esta mosquita muerta? (Y señaló á Margarita, que al verse injuriada los ojos se le habían aguado)

D.^a Jacoba, que había observado la impresión que en su nieta habían hecho las frases de D.^a Clara, sintióse herida en lo más vivo y tomando un sello de autoridad con toda mesura, pero con mucha gravedad, díjole:

—Sepamos, señora, de que se trata, pues no consentiré que en mi propia casa se insulte á nadie de mi familia, que nobleza é hidalguía siempre se ha demostrado por los míos en palabras y obras.

La prudente y digna actitud de la anciana, sólo sirvió para descomponer más á D.^a Clara, y levantándose encaráse con abuela y nieta:

—¡Sí, sepámoslo señora D.^a Jacoba Gallegos!—gritó D.^a Clara—la nieta de vuesa merced, con sus zalamerías me ha robado lo que legítimamente es mío, porque mi hermano Cristóbal ante el mundo debe á mi hija Otilia; y s

bien ante Dios, ella se puede presentar con su frente muy levantada, como el que con su vanidad ha causado este daño debe pagarlo y como esto Vd. lo sabía, y esta bobona también al admitirle sus galanteos, se me ha hecho traición y no lo consiento. ¿Lo entiende vuesa merced? ¿Lo entiende?...

D.^a Jacoba casi no pudo oír el final; levantóse trémula y señalando la puerta, díjole á D.^a Clara.

—Señora, no puedo consentir que en mi propia casa se me insulte. ¡Vaya vuesa merced con Dios, señora, y recuerde que tiene en sus venas sangre noble que mancha con sus modales!

—¡Já, já!—añadió D.^a Clara en el paroxismo de la ira— ¡pues no quiere la señora esta darme lecciones!... ¡Sepa la muy.. mentecata que me sobra nobleza!...

—¡Señora!, márchese vuesa merced—gritó muy angustiada D.^a Jacoba—¿Qué no se marcha?... ¡Bien sabe vuesa merced que en mi casa no hay hombres que la enseñen á respetarla!... ¡Si tuviera un criado ya la haría echar!

Pero todavía no había acabado de declr esto D.^a Jacoba toda trémula, cuando Anastacia de un salto entró en el estrado, pálida como una muerta, y por atrás echóle las zarpas á D.^a Clara en los brazos, con tanta fuerza, que la hizo dar un grito, y como si fuera un muñeco, dióle vuelta y empujándola hacíala marchar á prisa á la escalera, mientras la decía: «Vaya, vaya á la calle la muy iscariota; y señora me soy!... ¡Agradezca vuesa merced á que no insultó á la niña, que si lo hace le tuerzo la *nunca*, escandalosa!...»

Al llegar á la puerta del postigo, levantó Anastacia con la mano izquierda el picaporte, y sin soltar con la derecha á D.^a Clara, que ya no hacía resistencia, empujóla con suavidad diciéndola: «Dios la acompañe señorita,» y cerró la puerta, quedándose mirando por un agujerito.

Cuando D.^a Clara se vió en el zaguán, volvióse á la puer-

ta y apretando los puños, exclamó: «¡Ah, infames, me la habéis de pagar!» Arreglóse un poco los estrujones que Anastacia le hiciera y salió precipitada camino de su casa.

Anastacia, que tras la puerta espiaba á D.^a Clara, cuando vió que salía abrió la puerta postigo y con premura cerró la exterior poniéndole además del clavo en el macho la tranca de madera que tras una de las hojas guardaba.

Hecha esta diligencia, la buena mujer creyóse segura y de dos zancos subió la escalera, y fuese en derechura al estrado, en cuya puerta la vieja que le ayudaba en los quehaceres de la casa, y que había acudido á la bulla, permanecía inmóvil como una estatua con las manos cruzadas, viendo el cuadro que formaban D.^a Jacoba y Margarita, que á la verdad era interesante: la primera habíase dejado caer en el sillón, y Margarita arrodillóse ante ella y tomándole una mano besóse la anegada en llanto, é inclinando la cabeza sobre las rodillas de su abuela daba rienda suelta á su dolor, pareciendo la imagen del arrepentimiento, al paso que la de D.^a Jacoba, con la mano libre sobre la espalda de la joven y su rostro venerable surcado por las lágrimas, asemejábase á la del perdón.

Anastacia, cuya valentía le había agotado sus fuerzas varoniles, al ver en tanta aflicción á las personas para quienes dedicaba su existencia, largó el trapo y acercándose á ellas díjoles:

—Vamos, niña, levántese y no aflija más á la señora y á una que tampoco es de piedra. Ya esa is... si señora, si lo digo, esa iscarlota de señora se fué y yo atranqué la puerta de la calle. ¡Vamos, que digo que se levante niña, que atraganta á la señora!

Pero Margarita no se movía y Anastacia perdió la paciencia.

—¡Corcho!— dijo metiendo una mano por el sobaco de

la joven—¿qué es esto? ¿Va á matar con sus gimoteos á la señora?

Y cogiéndole las manos á D.^a Jacoba añadió:

—¡Cristo-Dios!—¡si está *friya* como un granizo! Nada, á la cama señora, que allí se calienta. Tía Juana, *jaga* una taza de agua de *torongil sidrao*, pero *jaga* mucha que *pa* todos hay falta. Vamos, señora, vamos, acuéstese.

Resistíase D.^a Jacoba á tomar la cama, pero como empezara á temblar, rogóselo también Margarita, y la condescendiente señora, accedió á condición de que aquélla también se acostara. Entre Anastacia y Margarita lleváronla á la alcoba, desnudáronla y metiéronla en cama, pero como por más que le echaban mantas los escalofríos no se le quitaban, salió Anastacia y juntamente con la tasa de agua trajo una manta calentada a la lumbre, y muy impregnada de olor a alhucema, con lo que envolvió á D.^a Jacoba antes de darle la toma del cocimiento de *torongil*.

Tras estas operaciones comenzó á bregar con Margarita para que se acostara, pues á su juicio no lo necesitaba menos que su abuela, pero la joven resistíase á separarse de D.^a Jacoba, por lo que Anastacia trajo el sillón de banqueta en que se sentaba la señora en el estrado; púsole junto a la cama, forrólo con una manta, hizo sentar en él á la joven, abrigóla y trayendo una porcelana de agua hirviendo bien tapada pusóselo á los pies, á los que le quitó las zapatillas y cubrió bien con los extremos de la manta.



XXIV

Otra vez la Celestina

D.^a Clara llegó á su casa harto sofocada por lo precipitado del paso, y más que todo por la cólera. Su orgullo no podía sufrir el haber sido arrojada de casa de D.^a Jacoba por la fuerza y á manos de Anastacia. Las venganzas más descabelladas bullíanle en la cabeza, y así, en cuanto llegó al estrado, arrojó el manto, tiró los guantes, quitóse furiosa las piochas del pelo y quizás hubiera continuado si su hija Otilia y D.^a Olalla no la hubiesen parado, preguntándole la última:

—¿*Pedo* que te pasa *Cada*?...

--¡Infames! ¡arrojarme á la calle y por la fuerza á manos de una villana!... ¡Infames! ¡villanas!...—decía con precipitación D.^a Clara mientras Otilia y D.^a Olalla miránbanla asombradas.

—Madre, por Dios, cálmese!—decíala la hija!

—¿Qué he de calmarme? ¿Qué has creído tú: que no tengo sangre? ¿Con esto me pagas el interés que tengo por tí?

—¡Ay! madre y señora, yo no lo he dicho por mal.

—No *Cada*, no; *deféscate*, hija, que te pones mala. ¡*Po* Dios, *mujé*, que nos disgustas!

Calláronse, y al poco rato Doña Clara volvió á decir:

—¡Ah! ¡si no puedo pensar en esto! ¡Si esto se cuenta no se cree! Desde ahora hasta el gato de mi casa despreciará á esas infames. Llámame, Otilia, llámame á Hipólita y Leonor, é interín la hija voceaba desde la puerta, la se-

ñora dábbase aire con un abanico y de un modo precipitado.

Al poco rato entraban en la estancia Hipólita con su bastón y Leonor detrás. En cuanto las vió, díjole D.^a Clara:

—Las he llamado para decirles: á tí, Hipólita, que no quiero vuelvas á casa de D.^a Jacoba ó D.^a Falsa, como la quieras llamar, y cuidado si te saluda ni hablas con esa sinvergüenza de Anastasia; á tí, Leonor, igual te digo; además no quiero sigas amores con ese Lorenzo, criado de mi hermano, pues con seguridad debe ser tan perillán como el amo, y no se me pregunte más porque lo mando yo, y basta.

A Leonor saltáronsele las lágrimas, pero la vieja Hipólita la dijo:

—Señora, su merced puede mandar en su casa lo que guste porque es muy dueña, pero en *hablar* con Pedro ó con Juan en lo lícito se lo podrá decir á los esclavos, pero á los otros criados no, pues si á una le dan la de Dios tiene que contestarla.

—¿Qué es eso?...—gritó D.^a Clara poniéndose en pié y acercándose á la vieja toda convulsa,—¿qué te has creído: que por tus años en la casa y por tu poder sobre Jacinto no te gobierno?

Pero la vieja, sin apurarse, apoyada en su bastón, contestóle:

—Señora, yo no he dicho que no me gobierne en lo lícito; lo que digo es que si Anastasia me saluda le contesto, y si veo á la Sra. D.^a Jacoba yo la saludo.

—¡Vieja del infierno!...—rugió D.^a Clara fuera de sí—¡en mi casa yo soy la señora, yo soy la que mando y al que no le guste se va á la calle!...

—Bueno, señora, si su merced lo manda, yo me voy á la calle—contestó Hipólita.

—¡Sí, sí, vaya á la calle la muy voluntariosa!—dijo D.^a

Clara—ganas he tenido hace años de quitarme la tutela de estafermo semejante, pero ahora ya no tolero más.

Leonor, que veía por atrás de Hipólita á la gaga haciéndole señas á D.^a Clara para que arrojase á la calle á la vieja, no pudo con su genio y díjole:

—Cállese D.^a Olalla y no atice el fuego que bastante coraje tiene la señora.

—Cállate, tú, Leouor—dijo la vieja—yo hace años conozco á D.^a Olalla y á la señora (y señaló á D.^a Clara) ellas dos serán la perdición de esta casa y la desgracia del caballero y de esta niña. Y dando una vuelta salió del estrado á llanto tendido.

—*¡Buja* malvada!—gruñó la Oscar—vete *pícadu desvengozada*, y encarándose con Leonor díjole:

¡Y tú, *lenguadaza*, te debía *dá* una cachetada!

—¡A mí!...—exclamó Leonor:—ande si es guapa, ¡lenguaraza Vd., gaga de los demonios!...

—¡Márchate Leonor!—gritaron á un tiempo D.^a Clara y Otilia, porque la gaga fingía sofocarse por los insultos de la doncella, mientras daba unos chillidos como si la atenucearan.

A tanta algarabía acudieron D. Jacinto y el Marqués, y enterados de todo, trataron de poner paz, pero D.^a Clara se le cuadró á su marido, y díjole:

—Escoje entre Hipólita y tu mujer; una de las dos ha de salir de esta casa, y con aire de reina ofendida fuese á la alcoba y sentada en un sillón, comenzó á llorar entre despechada y dolorida.

El bragazas de D. Jacinto, refugióse en la sala baja de su despacho, como alcázar de seguridad, y aunque el Marqués gastó mucho tiempo en parlamentos de la sala de D. Jacinto á la alcoba de D.^a Clara, todo fué inútil; sus buenos oficios y reflexiones estrelláronse contra la entereza y soberbia de su hija, y visto lo difícil de la situación, encerróse en su gabinete por largo rato para reflexionar á so-

las, saliendo al fin al despacho de su yerno, al que persuadió era de necesidad la salida de Hipólita.

D. Jacinto resistióse cuanto pudo por no atreverse á despedir á la anciana, pero el Marqués abrióles el camino diciéndole que ella también lo deseaba; en fin, aquella noche los criados y esclavos de D. Jacinto, mudaron el pequeño ajuar de Hipólita á su casita, que á la sazón tenía sin alquilar, y al cabo de muchos años, la vieja volvió á dormir en la humildísima alcoba en que había sido huésped, esposa y madre.

En el último viaje que daba el negro Manuel con unos trastos viejos, entrególe Leonor, para que la llevara también, una petaca de centeno donde guardaba sus ropas, y cuando la vieja se dispuso á partir presentóse ella con su mantilla para acompañarla; dióle el brazo y la buena mujer, pidiendo energías á su gastada naturaleza, abandonó la casa, de que no pensó salir en vida sin muchas lágrimas.

Como todos los criados y esclavos querían á Hipólita, según llevaban el pequeño mobiliario, fíbanselo arreglando de modo que cuando ella llegó del brazo de Leonor, teníanle la casa regularmente arreglada, la cama hecha y otra enliada que fué la que heredó de su primera ama.

El negrito Manuel, que llevó la última carga, despidióse de la vieja á moco tendido y lo mismo hizo Francisca su madre, que era la cocinera, á los que la buena mujer consolaba, pero viendo que era ya tarde y que hacían falta casa los amos, díjoles:

—¡Eh! toditos a casa que á los amos hay que aprontarles la cena, pues hoy casi no se ha comido; tú, Leonor, vas bien acompañada de Francisca y Manuel. ¡Váyanse, hijos, váyanse!

—Yo, seña Hipólita—dijo Leonor—no me voy, pues ni la dejo que se quede sóla ni estoy en la casa un credo más. Mi petate lo *truje*; mírelo allí, y señaló al baulillo de paja.

—¿Cómo es eso, Leonor? ¿Así se sale de las casas sin decir adiós á los amos y sin que vean lo que uno saca?

—Cállese seña Hipólita—exclamó Leonor,—*vusté* nada les dijo tampoco; á las dos nos pelearon juntas y como Lorenzo me tiene dicho que cuando V. faltara, si antes no nos casábamos, *vusté* espirando y yo cogiendo el portante *tuito* había de ser uno, si *vusté* no quiere que me quede, después que le dé la cena que yo mandé, me quedo por fuera de la casa, que la calle es para todos.

—Pero, señor, ¿quién te dió la cena para que la mandarás? Eso no está bien, Leonor, que yo robado... Dios me mate primero.

—¡Pues *mí* que yo no la robé!—contestó Leonor,—*pa* que se sepa, señora, el amo me llamó y me dijo: «*Llonor*, yo no tengo alma *pa* *dicir* adiós á Hipólita; tú cuídate de que no le *farte* cena esta noche, ni nada *pa* que ponga su casita, tú coge lo que te parezca que yo soy el amo.» ¿Entiéndelo ahora?

Quando Hipólita oyó esto, rompió á llorar diciendo:

—¡Pobre niño mío, cuánto te hacen pasar!... Bueno, hija, quédate y Dios te lo pague.

Alegre como unas pascuas, Leonor abrazó á la vieja, y dijole:

—Calle, seña Hipólita, ya verá la vida que nos damos, yo trabajo y gano *pa* las dos. ¿*Vusté* no hizo lo mismo con la seña María de que me ha contado? Pues yo lo *jago* con *vusté* y si me caso con Lorenzo se va con nosotros. Cállese, ya verá que lindamente nos va á *dir*.

Despedidos por Hipólita y Leonor, Francisca y Manuel, fuéronse á la casa de D. Jacinto y dieron la noticia de que Leonor se había ido también, lo que mortificó mucho á todos menos á D. Jacinto.

Al dia siguiente, muy de mañana, la vieja Hipólita, que no había podido cerrar los ojos en toda la noche, oyó lla-

mar á la puerta; gritó á Leonor, despertóla é hízola levantar, para que abriera sin demora, pues había oído la voz de D. Jacinto.

Al entrar en la casa dió D. Jacinto los buenos dias á Leonor, y levantando las cortinillas de la puerta de la alcohá, díjole á la vieja.

—¿Cómo has pasado la noche, Hipólita?

—Bien, señor, ¿cómo quiere que la pase?...

—Mira, no quiero hablar de nada de lo pasado; creo que el diablo está en mi casa; toma esta taleguilla, no pases falta de nada, y busca quien te acompañe, pues no quiero que estés sola. Yo te vendré á ver cuando pueda y si se te ofrece algo, avísame.

—¡Pero niño, si yo tengo *pa* irlo pasando y *Lionor* dice que ella trabaja *pa* las dos y me acompañal

—¿Que no me repliques, entiendes? Si ella quiere acompañarte que lo haga en buena hora, si te acomoda á tí.

Y acercándose á la cama para hacer nna caricia á la vieja, añadió:

—Quédate en paz porque no me puedo detener.

—¡Ay niño! -exclamó la vieja llorando— ¡cuánta pena tengo, y más por lo que ha de pasar, que por lo pasado!

—¡Vaya, vaya, no te disgustes y á vivir! Y el bueno de D. Jacinto cogió la puerta para que no le vieran las lágrimas que le surcaban las mejillas.

En cuanto salió D. Jacinto, Leonor fué á dar con Hipólita, consolándola en su aflicción con mucho cariño, y aconsejándola no se levantase hasta que ella viniera, fuese á comprar carne para darle alimento, porque bien entendía que para Hipólita, la salida de la casa sería grave enfermedad.

En las carnicerías, encontróse con Lorenzo y Anastasia, á quienes enteró de todo y en cuanto despacharon, fueron los tres á ver á la vieja. Anastasia, con su genio bromista

y francote, lo mismo fué entrar en la alcobilla que tirarse á abrazar á la vieja, diciéndola:

—¡Madre Hipólita, ánimo, cuerno, y déjalas *dir* que sarna tienen que rascar! ¡Ay, bien sabe Dios que nunca me gustó la *dueña* Clara!

—¡Pero qué, Anastasia! ¿no le agradeces el pan que te dió?

—¡Cuerno! eso sí, pero á decir verdad de ella no salió el *jacer* una caridad conmigo, que otra fué la que se com-padeció.

—Eso no importa, Anastasia, porque esa otra sin la buena voluntad de la señora nada hubiera podido hacer por tí, y si ella no te hubiera dado techo, quizás serías hoy una aventurada.

—¡Cuerno! eso si que es mucha verdad. ¡Cuando menos andaría como *Frasca botija verde*, ó la *Parraguera!*... ¡Jesús, Divino Señor! ¡llévame primero! ¡En *güena* fé les digo que cuando *veyo* á esas *venturadas*, digo *pa* miadrento: ¡Cuerno, si no es madre Hipólita, como ellas anduviera!...

—Válgala Dios, *seña Nastasia*, *pa* *vusté* nunca hay frío— dijo Leonor.

—¿Y qué quieres tú, *jija*? Bien *ajoriada* estuve cuando muchacha. Y dirigiéndose á Lorenzo que silencioso oía todo, díjole:

—Ven acá tú, *jijo*, *pa* que te *veya* madre Hipólita y sepa que cuando te escogí *pa* *Llonorilla* te miré con candil.

—Vamos, aquí estoy *pa* servir á *seña* Hipólita—contestó el muchacho—á quien la vieja era simpática por lo que Leonor de ella le había contado y más por lo que á ésta cuidaba, según su amo le había dicho.

—Gracias, Lorenzo, muchas gracias—contestó la anciana que sentada en la cama, procuraba examinarle el físico en todos sus detalles.

—¿Qué le parece, madre Hipólita?—díjole Anastasia—

¿no es verdad que tiene cara de tunante, pero que es todo un guapo mozo?

—Mira *Nastasia*, la cara poco hace, que sea buen cristiano y hombre formal que es lo principal.

—¡Cuerno! pues *mí* que si á mí me hubiera dado por *amor-riyos*, lo que es á Pancho Morudo no lo *apaño*, ¡cuernos!

—Pero *esvergonzada*, ¿siempre has de tener cuernos *pa* todo?—dijo la vieja.

—¡Bah! *¿vusté* no sabe que no puedo quitar la maña? Menos con el ama, con los demás se me escapa, y si no fuera *ansina* ¿qué le *diriya* á Fray Manuel cuando voy á confesar?

—¡Jesús, Jesús, las cosas de esta local!

—Ay de lo que se asusta *seña* Hipólita! —dijo Leonor— ¡si *uyera* lo que le dice á señor Pancho el cortante!

—¡Ah, condenada! ¡con eso me pagas el haberte buscado un novio como Lorenzo, malaya tu casta!... Lorenzillo, por mi parte te puedes *dir*, *jijo*...

—Es que no puedo, *seña Nastasia*.

—¿Qué no puedes?

—No, señora, porque *seña* Hipólita no me da licencia.

—Yo, Lorenzo,—dijo la vieja—si vos queréis como Dios manda, lo mismo da que te dé licencia, como que te la niegue. *Lionor* es muchacha formal, y por su honradez merece un hombre de bien; yo conozco á tus padres y si sales á ellos, sois tal para cual.

—¡Eh, ya *jabló* madre Hipólita y no hay más que *dicir*! Vámonos Lorenzillo; tú *pa* *Icode*, y yo casa mi ama. Conque anímese, madre, y eche á la espalda penas; *júgalo* aunque no sea más que por esa mocosa de *Llonorilla* y por *tuitos* nosotros, que no queremos que se muera de pensar ¡cuernos!

—¡Anda, anda con tus cuernos!

—No hay más que aguantar *reprejensiones* de esta madre

badesa—dijo Anastasia al paso que abrazaba con ternura á la vieja.—Conque, hasta otro ratito.

—Despidióse Lorenzo de *seña* Hipólita y de Leonor con una mirada, y fuese con Anastasia, no sin que ésta le dijera á Leonor, que salió á la puerta:

—De aquí á casa te lo *viro pa* mí. ¿No es verdad, Lorenzo?

En cuanto volvieron la esquina entróse Leonor, y Anastasia díjole á Lorenzo:

—¡Condenado! tienes más suerte que un gato; madre Hipólita ha cargado con *Lionor* y si ella tiene fundamento carga con *tuito* lo de madre, me *paice* á mí, y bien que lo merece la muchacha ¡cuerno! y ojalá mis ojos lo vieran *ansina*, como lo pido. ¿Pero, señor, porqué Dios me ha de dar á mi estos quererres *pa* gente que no he parido?

¡Cuerno! Lorenzillo, si yo sé que esa *puya* de *ducña* Clara *abobeya* á madre Hipólita como *dicía* *Lionor*, ¡cuerno! lo que es ayer le pego una cachetada que se acuerda *pa tuita* su vida.

Llegados á la puerta de D.^a Jacoba, despidiéronse, y cada uno tomó su rumbo.

XXV

Chispazos de venganza

Rotas las hostilidades por parte de D.^a Clara, ya no hubo nada que la contuviera. En su carácter vehemente trató de avasallar la voluntad de toda la familia, y como que el único que podía contrariarla era su padre por el respeto que le debía, desde luego entendió que si le ganaba la voluntad, ganaba también la partida. Al siguiente día de las escenas que dejamos narradas, fuese al gabinete que en su casa habitaba el viejo Marqués y con muchos mimos y zalamerías, expúsole la situación de las cosas y el peligro que corría la honra de la familia con el desaire del Vizconde, y tanto calentó la mollera al bueno de D. Baltazar que el hombre se dió á partido y prometió obligar al Vizconde á casarse con Otilia siempre que D.^a Jacoba le relevara del compromiso, pues á faltar á su palabra eso si que no se podía avenir.

Aunque la victoria fué á medias por las condiciones de la promesa, ya fué algo, y D.^a Clara que no era tonta y sabía que el que no pierde terreno va en camino de triunfar, dióse por satisfecha y muy agradecida de su señor padre, pero política y traviesa, para ganar tiempo, suplicóle no diera paso cerca de D.^a Jacoba, interín ella no le avisara.

Retirada á su alcoba meditaba un plan para que D.^a Jacoba librara á su padre de la palabra empeñada y se persuadiera de que Margarita sería muy desgraciada si se

unía al Vizconde; pero como para esto se necesitaba que una persona de toda suposición y autoridad lo hiciera ver á la señora, aquí fué el devanarse los sesos D.^a Clara, pues para el empeño el que no veía tuer to le parecía cojo como suele decirse.

Por fin, la dama se dió una palmada en la frente y dijo: «¡Tonta de mí, en qué habré estado pensando? ¡Si lo tengo tan cerca y no había reparado en él? ¿Pues quién mejor? ¡La fama de honrado y veraz de que goza, quien se la quita en todo Garachico? Sí, formaré mi trampa y veremos.» Levantóse, fué á la puerta, llamó, presentóse Nicanor, el paje de sus hijos y ordenóle fuera á la sala de cuentas, y dijera al Sr. Nicolás se personara inmediatamente en el estrado; dirigiéndose ella al punto de la cita.

Al poco rato apareció en la puerta el señor Nicolás con su carita arrugada, lustrosa y colorada; sus ojitos pequeños y azulados, peluca de un solo bucle, calzón de buriel plegado á la rodilla, media de lana, zapatos de cordobán con hebillas de metal y el tronco y brazos embutidos en una chupa de anascote leonado, en la que no escaseaban zurcidos y remiendos, por lo que bien se le podía decir en justicia, que eran más las bienhechurías que el fundo. Además de este equipo, el Mayordomo traía una pluma trabada en la oreja y en las manos unas gafas de cuerno y una plana pautada escrita como en su mitad.

En el mismo dintel el señor Nicolás hizo una cortesía de ángulo recto, en la que probó á D.^a Clara que las visagras conservábalas ágiles á pesar de los años, y con su voz aflautada díjole:

—Suponiendo para que me llamaba mi señora D. Clara, en la mano traigo la prueba.

—Vamos, señor Nicolás, que trae.

—¿Pues qué he de traer, señora? Mire vuesa merced la plana que está escribiendo Inesita. Y mostró la plana.

—¡Oh, si está muy bien, señor Nicolás, yo le estoy muy agradecida porque mis hijos no han podido encontrar mejor maestro que vuesa merced!

—Mi señora, el agradecido soy yo porque el haber enseñado á los niños me sirve de honra, aunque yo no le he tomado nunca por oficio como bien sabe vuesa merced, que sólo á los de casa y á la niña de D.^a Jacoba les he dado lecciones.

—Bien, señor Nicolás, no es para eso precisamente para lo que le llamaba; es para un asunto de mayor importancia; necesito una persona amiga en quien depositar mis dolorosas cuitas como si fuera en confesión; y como me encuentro sola en esta casa á pesar de la mucha gente que hay en ella y el mundo está tan perdido, he pensado en vuesa merced por su honradez, sus años y por el amor que conozco tiene á la casa y á los míos. Siéntese, pues, porque la conferencia ha de ser larga, pero antes tenga la bondad de atrancar la puerta de la sala y de esa alcoba para que no nos importunen.

Obedeció el señor Nicolás, y luego de ejecutar lo que se le había ordenado, púsose delante de la señora, cruzado de brazos, muy respetuoso, pero conociéndosele la satisfacción por la honra que le dispensaba y el vuesa merced que tan barato adquiría, y dijo:

—A la orden de mi señora doña Clara.

—No, señor Nicolás, no lo consiento; siéntese.

—De ninguna manera, señora.

—¡Ahl pues entonces no quiero sus servicios.

—Si se incomodara la señora, por obedecerla...

Y colocando una silla frente á D.^a Clara tomó asiento.

—Vaya, así me gusta; ahora ya puedo hablar sin cuidado. Por demás estará indicarle, señor Nicolás, que lo que voy á decirle se lo reserve. Le conozco bien para no detenerme en este punto.

—Señora...

—No, no me diga nada; tengo en su honradez completa confianza.

—Gracias, señora, muchas gracias.

—Con seguridad, señor Nicolás, que á sus oídos habrá llegado la especie de que mi hermano Cristóbal venía á casarse con Otilia.

—Sí, señora; si lo tengo oído.

—Bien, esa especie no sé de quien salió. Dios perdone al inventor que la propaló por el lugar, y digo que Dios le perdone, pues supongo no tendría mala idea en ello.

—¿Pues qué, señora, no es cierto lo que se dijo?

—¿Qué ha de ser cierto, señor Nicolás? Muy al contrario; en fin, no me interrumpa y oigame lo que voy á decir. Desde antes de llegar mi hermano, por amigos y conocidos dióseme la enforabuena lo mismo que á Otilia y figurámonos que esto saldría de alguna carta que Cristóbal escribiera á algún amigo. Yo, como entendí que á la niña no le desagradaba el tío, no me importó cosa mayor, aunque bien hubiera querido para ella otro acomodo más arreglado á su edad. De lo amable y cortés que veía á Cristóbal con ella persuádimeme que, efectivamente, era su intención tomarla por esposa, y aunque interiormente lo sentía, mi dignidad no me permitió el decir nada á mi señor padre y hermano. Limítame como madre á vigilar el comportamiento de él y ella, evitando dejarlos solos ni por un instante y dejando correr los sucesos, sin decir nada, pues esperaba que mi padre ó Cristóbal in dicaran algo, á pesar que como madre entendí que mi desgraciada hija le quería con la fuerza y vehemencia de su primer amor.

Pero de repente mi hermano se resfría, sólo estaba en la casa lo indispensable, casi desdeñaba á la muchacha, y en cuanto podía pinchábale con su ingenio mordaz. Yo sufría esto y callaba, hasta que un día una amiga verdadera, me enteró que en el lugar y fuera de él, la honra de mi hija an

deba por el suelo, pues lo menos que se decía era que Otilia era la manceba de Cristóbal.

—¡Jesús, señora! ¿y habrá tan malas lenguas?

—Si, señor Nicolás; si las hay para desgracia nuestra.

—Pues yo nada tengo oído.

—¿Qué han de decirle á V., hombre? ¿Pues ni que no le conociesen que por la casa se deja matar?

—Ah! lo que es eso, sí.

—Bueno, yo tomé una pesadumbre como se puede figurar.

—Ya lo creo, mi señora D.^a Clara—dijo señor Nicolás bastante afligido.

—Bien, continuaré; ponga atención—añadió D.^a Clara algo mortificada por las interrupciones del mayordomo. Es el caso que, visto lo ocurrido, creí debía hablarle á mi señor padre, á Cristóbal y á Jacinto; bien se echa de ver que todos debíamos estar interesados en cortar hablillas de maldicientes, pero ¿qué creerá el señor Nicolás que me centestó mi hermano? (Y sin darle lugar al viejo á que dijera palabra, continuó:) Pues que estaba comprometido nada menos que con la niñita de Margarita, que yo era la inventora de esas conversaciones, que era mala madre, mala hermana; en fin, no quiero acordarme de lo que el desventurado me dijo y me insultó.

Devoré mi pena y al siguiente día fuí casa de Jacoba á exponerle mi cuita para que, como de la familia, desilusionara á Margarita; pero se me resistieron y francamente dolorida como madre, estuve dura, muy dura con ellas, cosa que hoy me parte el corazón, pues no puedo perderles el aprecio que les tengo; en fin, salí de aquella casa arrojada á la calle y metíme en una Iglesia del lugar á llorar mis infortunios y Dios me consoló, señor Nicolás, porque Dios es padre; acercóseme una persona de toda autoridad y virtud á preguntarme que tenía, é impúsele por encima

de lo que ocurría, pero ¿cuál no fué mi asombro al oírle decir: déle gracias á Dios, mi señora D.^a Clara, pues más vale ser la burlada que la suegra del hereje quemado por el Santo oficio.

Yo, señor Nicolás, para que le digo nada; me quedé hecha una pieza, toda temblando y atrevime al fin á preguntarle: «¿Pero y eso es cierto?» «Tan cierto como este es día que el Señor nos da. Ya vuesa merced lo oírás decir—me contestó—porque se sabe tiene en los baules que trajo libros de herejes en los que está leyendo todo el día en la casa de la Viña de Alzola; además hizo fiesta de cuando lavaron al Señor en Santa Ana el domingo de Ramos; no va sino á misa de madrugada, sin peluca y con el capote; dice que el único Señor que hace milagros es uno que está en la Palma que llaman de Plauto; en fin, mi señora D.^a Clara, que vuesa merced verá que lo achicharran.»

Yo, señor Nicolás, no podía salir de mi asombro. Por un lado afligíame porque al fin aunque malo, y más que para todos para mí, es mi hermano; pero de sentirlo por dos casas siempre hay que dar gracias á Dios, que no sea más que por una.

—¡Jesús! ¡Jesús! mi señora D.^a Clara, quien lo había de decir en su señoría.

—¡Ay, señor Nicolás! Las malas compañías en esas tierras de fuera lo han echado á perder. No siento de todo sino que este disgusto mata á mi señor padre. Además, ya hace dos días que no duermo pensando en Margarita, aunque no lo merece, pero por lo que quise á la madre no la puedo quitar de la imaginación. ¿Si hubiera quien se lo advirtiera?—dijo D.^a Clara entre sollozos y mirando á hurtadillas al viejo.

—Si mi señora lo desea yo se lo digo. ¡Vaya que si se lo digo! ¡La quiero poco que digamos!...

—Ah, no, señor Nicolás, de ninguna manera, avisarle el mayordomo de la casa, no, imposible: creerán es cosa

mía. Jesús, ni pensado; bien sabe Dios lo que lo siento; pero que se entiendan.

—Pero es que si la señora no me lo prohíbe yo lo haré por mi cuenta. Si lo quieren creer que lo crean, pero á mi me duele también mucho porque quiero á la niña. ¡Jesús, que disgusto si la viera casada con un penitenciario del Santo Oficio!

—¡Ah, eso es otra cosa; como cosa suya allá que se entiendan, pero que yo no suene para nada, señor Nicolás, porque si Jacoba se tiene por señora, yo no lo soy menos.

—Descuide mi señora D.^a Clara, que no me ha de faltar discreción á mis años.

—No, señor Nicolás, estoy pensando que lo ve la gente ir casa de Jacoba y pueden levantar más caramillos de los que tienen formados.

—¡Pero, señora, si yo tengo que ir casa de D.^a Jacoba de un día á otro para entregarle lo que le tengo cobrado de los tributos del Tanque!

—No, no; mándeles el dinero con cualquiera.

—Señora; lo extrañaría D.^a Jacoba; además hay una duda con un sensatario que no la puedo aclarar, sino de palabra y vistos los libros de hacienda de la casa.

—Bueno, no lo quiero perjudicar, pues Jacoba le dá por la cobranza su agasajo. Haga lo que quiera, señor Nicolás; pero cuidadito, señor Nicolás, con mentarme para nada.

—Pierda todo cuidado mi señora. ¿Qué? ¿Soy yo algún niño?

—¡Ah, se me ocurre una cosa! Jacoba es mucho del inquisidor Abreu, que ahora está en Garachico; quizás si ella le pregunta él le podrá decir algo y para que e ^{ve} no sospeche son cosas de esta casa, bueno sería que le indicara acudiese á él.

—Bueno, señora, se lo indicaré.—dijo el mayormo.

—Pero, señor Nicolás, falta decirle lo principal para que

le llamé; que es para suplicarle que supuesto ya está enterado de estos secretos y tiene tanta ley á la casa, esté á la mira de lo que se dice para que por su palabra vuelva á esta morada y familia la honra que pícaros quieren quitarle.

—Mi señora D.^a Clara, eso no tiene que decírmelo, yo no puedo olvidar mis obligaciones, aunque no sea más que por el pan que como y he comido.

Dicho esto, levantóse D.^a Clara, despidió al mayordomo con mucho agasajo y mientras el buen viejo iba á la sala de cuentas con la cabeza mayor que el farol de la retreta, ella, llamando á D.^a Otilia, la hacía sentar frente á un bagueño y sacando de él papel, tinta y pluma, ordenóle escribiera lo que le iba dictando.

Descontenta de su trabajo D.^a Clara mandó á su hija desechara el escrito y tomara otro pliego, el que iría doblando interfn ella mandaba á llamar á D.^a Olalla; hecho el encargo volvió al lado de su hija y comenzaron de nuevo el trabajo; pasada una hora larga diéronlo por terminado, quedándose madre é hija en conversación sobre el asunto que las socupaba.

—Impacientes por la tardanza de la gaga todo se les iba en dar vueltas y revueltas por la estancia y asomarse á la ventana para ver si venía; por fin descubriéronla en lo alto de la calle seguida del negrito Manuel que había ido en se busca.

Al presentarse D.^a Olalla por poco no rompen á reir, porque con la precipitación y el calor que hacía, la gaga traía la cara surcada á causa de que los hilos de sudor habían arrastrado en su marcha con parte del albeo de aquel frontis tan abigarrado.

—*Jesuquisto*, que hay!—dijo D.^a Olalla mirando con curiosidad á sus amigas.

—Nada y mucho, ¹/₂Olalla—respondió D.^a Clara—tene-

mos un proyecto pero no queremos ponerlo por obra sin tu consejo y eficaz ayuda.—Y en breves palabras impúso-la de la idea que maquinaban.

—¡Bien, bien!—gritó, la gaga batiendo palmas.—¡Ah, *picadas* mañosas! *vedemos* si lo *pueen sacá* de la Santa Inquisición; y cada vez más entusiasmada, añadió:

—*Tae, tae é papé*, yo *mimila* lo *yeyo é* se lo doy á *pade* Aldaña que es muy santo y me conoce mucho.

—¡Pero hija, si necesitas buscar quien lo firme—añadió D.^a Clara.—Ten paciencia.

—Dáme, dáme la *puma*. Vaya, yo misma lo *fimo*. ¿Qué te *quedes* tú, *Cada*? Yo soy *mujé* de *vedá* y todo *Gadachico* me *quiede*.

—Bien, Olalla, yo no pedía tanto; pero, hija, esto más se te agradece con todo lo mucho que se te debe.

—Bah! *po* lo *amigo* son *pa* cuando se *necesita*—repuso D.^a Olalla muy hueca.

—No, Olalla, no me atrevo á darte la pluma que mañana te puede pasar algo ó traerte de declaración en declaración, y si tal pasara cree que me moriría de dolor—dijo D.^a Clara con mucha zalamería.

--Bobona, ¿*quedes* tú que yo no sé que *po desto* no pasa nada, y *mida*, e tanta *da davisca* que tengo á *da gata* tuna que *po* que no se *casada*, con tu *mano aguantadía* que me *empumadan*.

—No seas loca, Olalla—díjole D.^a Clara sin poder contener la risa—toma, toma la pluma y fírmalo, pero no me echés la culpa en ningún tiempo si te pasa algo, porque yo tengo hasta dos personas de todo crédito que hagan la denuncia; bien es verdad que no tendría la misma fuerza como hecha por una persona de toda virtud como lo eres tú.

D.^a Olalla muy risueña cogió la pluma, firmó y guardándose el papel salió á llevarlo á su destino.

Dejemos seguir á esta mujer su camino de perdición.





XXVI

La mala sombra

El Sr. Nicolás Ravelo, después de su entrevista con doña Clara, no podía dar pié con bola en sus tercas aritméticas porque su cabeza era olla de grillos. Por más que procuraba poner sus siete sentidos en dar asiento en el libro de cuentas á los gastos de la semana anterior, que iba extrayendo del cuaderno de diario, equivocóse por dos veces, poniendo por gastos de embarque los que habían sido de trasiego de bodegas, y los de cava de las viñas por reparos de una pared. Al conocer sus yerros, desesperado el bueno del mayordomo, contra su natural, arrojó la pluma y si no repara á tiempo, sale de su boca virgen y mártir una interjección de las más gordas; pero el hombre atajó la palabra con la mano, haciéndola volver á las tripas, limpiando el vaho pestilente que traía y cerrándole la puerta con la señal de la Cruz que con toda reverencia y compunción hizo sobre los labios, diciendo:

—Jesús; yo debo estar loco; está visto, mi cabeza no está para cuentas esta tarde; pero ¿habrá paciencia? ¿tener que estar raspando estos desatinos yo que en mis libros se pasa el año y no tengo que enmendar un tilde? Señor, dame paciencia; nada, nada, lo dejo hasta mañana, y tomando su capa y sombrero salióse á la calle á refrescar la mollera.

Pero ni el paseo sosegado, ni el afre de la marina fueron bastantes para ponerle en caja la imaginación al bueno del señor Nicolás; fué necesario que en la noche el sueño le dejara en quietud por algún tiempo las facultades mentales, para que el viejo ordenara sus planes con algún acierto. Levantóse del lecho, lavóse con el esmero que le era propio y aunque no cambió el calzado, medias ni bragas, la raída chupa dejóla por otra en buen uso, si bien tan aflautada como á la que daba aquel día de asueto. Hecho el arreglo de su persona tomó de un clavo donde tenía otras llaves, la de la sala de cuentas y dirigiéndose á ella empleó las primeras horas en raspar con sumo cuidado las equivocaciones del día anterior, no sin muchos suspiros y lamentos; terminado esto, abrió una papelera, tiró de una de las gavetillas sacando un cuaderno y un taleguillo; tomó un cuarto de papel y extendió una cuentecita, hecho lo cual vació el saco, contó de las monedas que contenía las necesarias al saldo que había sacado, envolviólas en un papel y púsolas en su bolsa; recontó el sobrante y después de mirar el papel dijo:

—Sí; eso es, 300 reales vellón 32 maravedís es lo cobrado; aquí tengo 30 reales 4 maravedís que es mi 10 por 100; está bien, y tomando el saco vacío y cuadernillo, púsolos en la gaveta y abriendo otra sacó otro saco y puso en él los 30 reales y maravedís sobrantes, cerrando el mueble y guarnándose la llave á tiempo que le llamaban para almorzar.

A cosa de las once de la mañana el señor Nicolás subía por la calle alta en dirección de la casa de D.^a Jacoba, envuelto en su gran capa que apenas le dejaba lucir por la parte de atrás cuatro dedos de media por los bajos y dos de peluca junto al sombrero, viéndosele por la de delante y sobre el embozo su nariz coloradita y los ojitos azules.

Llegado á la casa, tan pronto Anastasia tiró del cordón del llamador, comenzó á subir por la escalera, diciendo:

—¿Se puede ver á mi señora doña Jacoba para entregarle una cuentita?

—Dios me lo guarde, señor Nicolás— díjole Anastasia,— á fé que no le esperaba por ahora.

—Hija, los dineros no están bien sino con sus dueños. Como tenía cobrados algunos reales de la señora y antier le robaron del gabinete á D. Francisco Carmenatis 25 ducados, por si acaso...

—Otra que no *güelan*, señor Nicolás; con los dineros suyos no echan tripas ladrones.

—¿Y por qué nó? Todo es que uno se descuide.

—*Güeno* va, al gato de señor Nicolás no le entran ratones, ja, ja...

—Anda, maliciosa; avisa á la señora— dijo señor Nicolás para quitársela de encima.

—¿No le gusta que le arguyan?—añadió la festiva Anastasia al paso que se alejaba; apareciendo al poco por la puerta de la sala, diciendo al viejo:

—Véngase *pua* aquí, señor Nicolás, que la señora está en el estrado.

El señor Nicolás dejó su capa y su sombrero en la antesala y al llegar á la puerta de vidrieras que ya conocemos, para no desmentir su finura, dijo:

—¿Me dá su licencia la señora?

—Adelante, Nicolás—contestó la dama—y bienvenido seas. ¿Qué? ¿Me traes algunos cuartos?

—Si, señora, aunque no todos; pero como andan algunos pícaros haciendo raterias temo me pase alguna desgracia con las cobranzas ajenas que están á mi cargo. Aquí tiene la señora D.^a Jacoba 300 reales 32 maravedís del tributo de la «Cruz del tanque»; falta sólo la parte de Pedro Felipe que dice no le toca tanto, por lo que tengo que ver el

libro de hacienda; yo he tomado ya lo que me corresponde; así es que esto todo es de la señora y aquí tiene hecho el recaudo para mi seguridad y la cuenta. Véalo la señora y si le parece que está bien cuando pueda lo firma.

—Ahora mismo, Nicolás; ya sabes que no tengo que mirarte cuentas; hazme la caridad de alcanzarme la pluma que está allí y aquí mismo te firmo el recaudo porque no me puedo levantar con presteza.

—¿Qué? ¿está enferma mi señora D.^a Jacoba?

—Sí, Nicolás, no estoy buena ni medio buena; disgustos enferman y no son para viejos; pero como Dios Nuestro Señor me los trae á la puerta sin que yo me tome el trabajo de irlos á buscar, hay que llevarlos con paciencia, pues se conoce que así es su voluntad santísima.

—Dice bien mi señora; pero no se los tome muy á pecho y más cuando en lugar de llantos y pesares debemos risa y alegría.

—No lo entiendo Nicolás, porque creo estarás enterado de todo lo que pasa en la familia.

—Pues por lo mismo, señora, por lo mismo lo digo.

—¿Pero qué motivo de alegría cabe al ver los parientes ensañados contra dos infelices mujeres que ningún daño les causan?

—Mi señora D.^a Jacoba, Dios Nuestro Señor muchas veces aprieta el dogal hasta que parece va uno á morir, y, sin embargo, es para darle más vida.

—Si, pero...

—Pero que nada; que tanto mi señora D.^a Jacoba como mi ama la señora D.^a Clara deben darle gracias á Dios de que el desventurado del señor Vizconde no se case ni con mi señorita D.^a Otilia ni con el angelito de mi señora doña Margarita.

—Pero ¿por qué Nicolás? ¿Qué es lo que dices?

El señor Nicolás miró á todos lados con recelo y con-

vencido de que estaban solos, llegóse á D.^a Jacoba y casi al oído dijole:

—Porque se ha descubierto que el señor Vizconde es hereje, que el desventurado en esas tierras de fuera se pervirtió y está denunciado al Santo Oficio.

—¿Qué me dices, Nicolás? ¿Estás seguro de eso?—preguntó D.^a Jacoba pálida como la muerte y temblándole la voz.

—Seguro, señora, y bien seguro.

—No; no lo puedo creer—decía D.^a Jacoba como hablando para sí—eso debe ser calumnia de gente ruin. ¿Quién te lo dijo?

—Mi señora D.^a Jacoba, yo no se lo puedo decir á mi señora porque fué en secreto; lo que si le puedo asegurar á mi señora es que al sujeto que me lo dijo lo creo como al evangelio, porque es persona de toda cristiandad y suposición.

—¡Jesús, Dios mío!—exclamó la anciana cruzando los brazos!—¡pobre Margarita, desdichada hija mía, esta pena la matará! Si, no me cabe duda, ella, infeliz niña, que ama á ese desgraciado con toda su alma, porque yo se lo conozco, aunque nada me dice... no, no puede resistir este infortunio, pues con seguridad en la lucha de su fé y su amor, éste se rendirá, pero será á costa de su vida. Y la buena anciana lloraba sin consuelo, por lo que el señor Nicolás ya le pesaba de haberle dicho nada, pues el hombre estimaba á la señora con toda la sinceridad de su corazón honrado. Así fué que muy apurado dijole:

—¡Ay, mi señora D.^a Jacoba, cuanto siento el haberla disgustado! Si yo lo sé, á fé que no digo nada.

—Ah, no, Nicolás; eso no, los amigos fieles son para avisar los peligros, aunque en ello haya que sufrir, pues toda cura es dolorosa.

—Pero, señora, me ocurre una idea, el Padre Abreu está

aquí ahora y quizás él, como Inquisidor, sepa algo, y si bien nada podrá decir á vuesa merced sobre los pormenores de la denuncia, por lo menos la podría indicar si es de gravedad el caso ó nó y como S. P. es tanto de esta casa...

—Oh, sí, sí, tienes razón, Nicolás; le llamaré y de seguida; Dios te lo pague. Oh, en esta duda no se puede vivir; ó dentro ó fuera; y tomando tono y semblante serio, añadió:

Porque si es cierto, la cristiandad y fé de mis mayores no las sacrificaré á miserias de la vida. Siento que la muerte me llama á grandes voces y sería necedad ser débil á última hora. Nicolás, muchas gracias por tu aviso.

—Yo, mi señora...

—Nada, no me digas más, te has portado como hombre de bien.

—Pero ya que estoy aquí quiero deshacer esa duda de Pedro Felipe.

—Ah, sí, ni me acordaba ya de eso. A la criada que te dé la llave del gabinete y el armario del archivo está abierto.

Salió el señor Nicolás y fué al gabinete, y D.^a Jacoba, no sin gran trabajo, levantóse de su asiento, acercóse al bargueño, sacóle las cerraduras, bajóle la tabla del frente y tomando papel y pluma escribió al Provincial de San Francisco; después que cerró la carta llamó por Anastasia y ordenóle fuera al convento de San Francisco y la entregara al portero.



Más complicaciones

A cosa de las cuatro de la tarde, en el mismo estrado D.^a Jacoba imponía al Provincial de San Francisco de todo lo ocurrido y de la noticia que le había dado el señor Nicolás en aquella mañana, pidiéndole consejo y luz para obrar con el tino que el caso y circunstancias requerían.

Después de una pequeña pausa el fraile dijo:

—Hija, la cosa es más grave de lo que á primera vista parece. La denuncia es cierta, pues á mi se me entregó ayer tarde y la tengo en mi poder para remitirla á Canaria al Tribunal, como es mi obligación. Por lo en ella contenido es grave, pero falta que se pruebe y sea verdad lo que en ella se dice y me inclino á creer, por lo mucho que acusa, es falso celo de la persona que la hace. Esto piensa Fr. Andrés Abreu, porque si bien es cierto que el señor Vizconde ha permanecido por mucho tiempo en París, Londres, La Haya y otras capitales que están cuajadas de herejes, de aquí no se sigue que él lo sea, ni que se haya inficionado con tan pestíferas doctrinas; pero Fr. Andrés, el calificador, no sabe que podrá hacer el Tribunal, ni cual será el calificador que nombre para hacer la inquisitiva y levantar el sumario, ni menos qué pruebas se podrán descubrir.

Cierto es que las travesuras de jóven del señor Vizconde, su desenfado para hablar de materias dudosas y, más que todo, las pesadas burlas de que hace objeto á muchos

eclesiásticos y religiosos de pocas letras y menos ajustada vida, le pueden perjudicar y embrollarán el proceso; pero él es muy ladino, avisado y cumplidor de los preceptos de la Iglesia; así que ni digo que sí, ni que no; yo suspendería toda delación por de pronto, esperando á los resultados.

—Pues, padre, en vista de lo que su paternidad me dice, con pretexto de salud, digo mal, con motivo de mi mal estado de salud, me voy á la hacienda del Sauzal y allí dejaré el tiempo que corra y aclare todo. ¿Qué le parece?

—Muy bien pensado, hija, apruebo la idea en un todo.

—Pero, padre ¡por el amor de Dios! se me figura que á su Paternidad le quede algo por adentro y que el miramiento y la mucha consideración no le den lugar á decirlo.

—No, hija, no—repuso el fraile.

—¡Ah, no padre! Su Paternidad sabe algo ó algo piensa que rehusa decirme; pero me ocurre, y voy á preguntarle esperando me conteste: ¿le agrada á su Paternidad el Vizconde?

Quedóse el fraile parado por algún tiempo y luego dijo:

—Entienda la señora D.^a Jacoba que lo que le voy á manifestar sólo es motivado al mucho afecto que siempre he tenido á ésta casa; yo de ese señor caballero nada tengo que hablar, ni bueno ni malo. Si fuera de su señor padre lengua me faltaría para publicar sus alabanzas, pero del hijo es otro el cantar. Lo educó el Lector Leiva según informes y aunque es buen religioso es algo estrambótico en opiniones y amigo de novedades, todo lo que creo inculcó á su discípulo, que según dicen le da tres y raya al maestro en este punto. Además, tiene poco de casto y mucho de incauto y si Margarita fuera cosa mía, amén de lo del Santo Oficio, que hay que esperar al resultado, para casarle con él me miraría mucho, y no digo más.

—Pues padre, ni yo necesito que me lo diga. Ya sé á qué atenerme; ahora lo demás corre de mi cuenta.

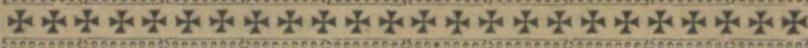
--Si, pero prudencia, D.^a Jacoba, mucha prudencia—añadió el fraile—no vaya á ser el remedio más doloroso que la enfermedad.

—Descuide su paternidad—repuso la señora—voy á llamar á Margarita para que la vea, que la pobrecita desde el lance con Clara está muy apenada.

Efectivamente; al presentarse la joven en el estrado si el P. Fr. Andrés de Abreu hubiera tenido buena vista con seguridad que hubiera notado en la joven mucha palidez y un gran círculo amoratado por debajo de los ojos, lo que si no le quitaba su hermosura dábale al semblante un gran sello de pesar que la infeliz no procuraba ocultar.

El anciano religioso dióle la bendición seguida de un sermón de consejos y advertencias generales que, á decir verdad, la pobre Margarita no entendió en un todo; pues distraida su imaginación en otros pensamientos que la preocupaban más, poca atención le prestó.

Por último, ya cerca del anochecer el fraile se levantó, despidióse y fuese á su convento.



XXVIII

Abuela y nieta

Al siguiente día D.^a Jacoba mandó llamar á un peón que había sido criado de la casa y ordenóle citara para el viernes inmediato á los medianeros más cercanos y que á la tarde se pusiera en camino del Sauzal para que avisara á los de esta hacienda al fin de que la casa se la tuvieran enjalbegada y limpia para fines de la semana, en que estarían en ella á pasar una temporada.

Pasadas más de dos horas que gastó en escribir unas cartas, llamó á Margarita y haciéndole cerrar la puerta del estrado y ordenándole se sentara frente á ella, con tono cariño díjole:

—Hija, por demás estará de que te signifique el amor que te tengo. Creo que en los 18 años que hace tienes razón y conocimiento, bien te lo he demostrado y tú así lo habrás entendido. Mi petición constante á Dios Nuestro Señor ha sido que me concediera el dejarte amparada antes de morirme, pues considero que si yo faltara no estará bien visto te quedes joven, huérfana y sola; por esta razón y entendiendo tu voluntad consentí en prometerle á Cristóbal, aunque su edad no me pareció nunca la más propia para la tuya.

Hoy tú vez las dificultades y disgustos que estos amores han traído á la casa, amargando tu juventud y llenando de sinsabor mi vejez. Además, antes que casada con

un hombre comprometido y que te puede hacer infeliz preferiría verte muerta. No quiere decir esto que Cristóbal lo sea; yo no lo creo en su hidalguía; pero es necesario que él se justifique para que la murmuración no nos coja á todos por igual, que si bien á él como hombre y á mi como vieja poco nos dañan, no así á tí que eres joven, cristiana y de buena cuna.

Creo prudente el que ni él ni su padre vuelvan á la casa interín todo se desvanezca y para que no llame la atención tengo determinado irnos al Sauzal á fines de la semana. Vamos, ¿qué te parece mi determinación, hijita?

—Madre Jacoba, yo quiero lo que vuesa merced quiera —contestó Margarita al mismo tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Ven acá, hija, ven acá; dame un beso—dijo la vieja toda afectada—siento tu pena, pero es necesario salvar el honor que es la vida.

—¿Y no me será lícito, madre, el escribir á D. Cristóbal?—preguntó con mucha timidez Margarita.

—Hija mía, siempre que sea para indicarle lo que llevo expuesto y la conveniencia de suspender por ahora toda relación amorosa, no solo te lo permito sino que te lo ordeno, porque de nó, se le daría á entender á Cristóbal damos crédito á lo que de público se dice, y malos juicios creo haberte enseñado que no es lícito formarlos de nadie; yo también le escribo y con Lucas, que he mandado á llamar para que vaya al Sauzal, pienso remitirle la carta. Si tú quieres con el mismo la podrás mandar.

—Yo, si vuesa merced me da licencia, iré á escribir.

—Sí, hija mía; si quieres puedes hacerlo.

Retiróse Margarita y cuando D.^a Jacoba vió que entraba en la inmediata alcoba, un hondo suspiro escapósele del pecho y dijo:

—¡Pobre criatura! ¡con que mala estrella veniste al

mundol ¿Si supieras lo que le cuesta á tu abuela causarte esta mortificación? ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué me atribulas tanto en mis últimos días? Pero si es tu voluntad santísima venga más, Señor; pero dame fuerzas.

No menos atribulada que su abuela, Margarita entróse en su alcoba. La luz de la lamparita que ante la imagen de la Dolorosa tenía encendida, atrájola como á la mariposa, y la afligida joven cayó de rodillas, inclinando su cabeza calenturienta sobre las manos que apoyaba en la orilla de la mesita que ya conocemos. El tiempo que permaneció arrodillada fué largo; durante él sus hermosos ojos no cesaron de llorar. Al fin se levantó, abrió su escritorio y tomando una silla sentóse junto á él; sacó de una de las gabetillas un cuarto de papel, doblólo, y cogiendo la pluma con mano convulsa, trazó la cruz.

Cuando fué á comenzar faltóle decisión; pero, como para pedir fuerza, echó la vista sobre la imagen y con voz suplicante díjola:

—¡Madre mía! ayúdame. ¡Mirad, Señora, que yo quiero obedecer, aunque en ello me va la vida! ¡No, madre mía, no me deseches!

Como si esta plegaria le diera el ánimo que la faltaba, aunque mojando el papel con sus lágrimas, escribióle en los siguientes términos:

«Cristóbal: ni sé por donde comenzar, ni cómo poderte explicar la pena que me afije. Soy desgraciada, pero muy desgraciada. Madre Jacoba me dice no podemos seguirnos tratando, interín no se ponga en claro la pretensión de la tía Clara y la prima Otilia; ella dice te escribe y quizás te pueda explicar mejor que yo el por qué de su mandato.

¡Qué lucha tan horrible! Mi voluntad es tuya y mi deber obedecer; ni puedo dejar de quererte y mecreería condenada si con mi desobediencia disgustara á madre, que tan buena es para mí. Le pido á Dios me ilumine y me dé

conformidad; pero el Señor no quiere oírme; debe ser que soy ruin. Déjame, pués; perdóname y olvidame.»

MARGARITA.»

Al cerrar la carta púsose en pie. Sus dientes chocaban unos con otros. A duras penas pudo ponerle la oblea y dejándose caer sobre la silla, cubrióse el rostro con las manos, comenzando de nuevo á llorar sin consuelo.

De este lastimoso estado sacóla la voz de D.^a Jacoba, que desde el estrado la llamaba. La joven procuró disimular su amargura y haciendo un esfuerzo presentóse á su abuela con la carta cerrada. La anciana la miró y como si temiera preguntarle, alargó el brazo sin decir nada; tomó la carta, unióla á la suya; ligólas con un hilo y dirigiéndose á otra persona que estaba en la estancia y que Margarita no había visto, díjole:

— Toma, Lucas; cuando pases por Icod entras en la casa que está acabando el Sr. Vizconde y le das este paquete. Si no está él puedes dejárselo al medianero para que se lo entregue. Ahora véte á que Anastasia te llene el barrilete de vino y te dé algo para que pases el camino, que ya lo debe tener pronto.

Despidióse el peon y cuando D.^a Jacoba sintió bajaba la escalera, miró á su nieta, llamóla con la mano y abrióle los brazos. La pobre joven, como si estuviera esperando este consuelo, precipitóse en ellos cayendo de rodillas á los pies de su abuela. Allí renovó sus lágrimas y suspiros, en lo que la ayudó la anciana. Calmada la aflicción de ambas, levantóle la cabeza á Margarita, y besándola en la frente, exclamó:

— ¡Ya todo se ha acabado, hija mia! Dios Nuestro Señor y tus padres desde el cielo te bendicen y se alegran de tu obediencia y buena resolución; cierto que no merecías que tan niña comenzaras á tener sinsabores, pero quizás Dios te tenga reservadas otras pruebas y en su

infinita sabiduría quiere te vayas acostumbrando á sufrir contrariedades. Eres niña, no peinas canas y tú verás como el Señor, en premio de tu conformidad, te repara otra colocación ventajosa.

Margarita no contestó nada á lo que su abuela la dijo; levantóse, besóla cariñosa, pero cualquiera que hubiera estado en la estancia hubiera notado que ni color en los labios tenía: tal era la palidez que cubría su rostro.

Desde aquel día D.^a Jacoba mandó cerrar la puerta de la calle á cal y canto; el poco servicio que se ofreció hízose por la puerta de la huerta. El viernes, muy de mañana, fué-se con Margarita á la vecina Iglesia de Santo Domingo, confesáronse, recibieron la sagrada comunión y terminada la acción de gracias que hicieron en común, restituyéronse á la casa, cuya puerta principal se volvió á cerrar. A poco de las oraciones, los medianeros concurrían con sus caballerías, y, hechos los líos ayudados de Anastasia y la tía Francisca, arreglaron la carga del equipaje, poniéndose en camino á poco de dar las ocho.

Al rayar el día tres arrieros con otras tantas caballerías paraban á la puerta y llamaban muy quedo. Al poco rato aparecían en el dintel de la puerta la vieja Francisca con un farolillo y tras ella D.^a Jacoba, Margarita y Anastasia en equipo de viaje.

Disputóse entre abuela y nieta quién primero había de montarse, ganando la partida Margarita, que obligó lo fuera D.^a Jacoba, que lo hizo en sus barandillas en una mula de poca alzada, pero de bastante resistencia para su pesada humanidad, siendo necesario sacar una silla para que la buena señora pudiera tomar el asiento.

Nada de esto fué necesario para Margarita porque como si fuera una pluma la tomó en brazos uno de los arrieros y la colocó en el sillón de espaldera que al lomo llevaba un caballito de regular estampa, quedándole para Anas-

tasía mi caballote papero, de poca mansa condición; lo que dió motivo para que la festiva maritornes sacara partido, ponderando el miedo que sentía y deduciendo la mala condición del cuadrúpedo y del arriero, que era un tío muy avinagrado de carácter.



XXIX

En la ratonera

El pleito de su primogénito con D.^a Clara, la salida de la casa de ésta de la vieja Hipólita y la carta que le escribiera su prima D.^a Jacoba, fué más que suficiente para aplanar á D. Baltasar del Hoyo, Marqués de San Andrés, el que, viejo y achacoso, no estaba para muchas fiestas. Así fué que los disgustos dieron con él en la cama, y aunque su hija y nieta le prodigaban cuidados y atenciones, no dejaba de conocer que la conducta de D.^a Clara para con D.^a Jacoba era incalificable y que la prima tenía razón suficiente para darse por ofendida, y, reaccionando, entendió no debía tomar él cartas en el asunto, ni mucho menos solicitar de su prima le librara del compromiso contraído.

El Vizconde, que ignoraba todo, cuando recibió las cartas de Margarita y su abuela dióse á todos los diablos, pateó, juró vengarse y hubiera embestido con el mundo entero si le hubiera contradicho en sus disparatados propósitos; pero pasados los primeros arrebatos, reflexionó dejando pasar aquel día y el siguiente: ya completamente tranquilo, dijo á Lorenzo le ensillara el caballo y fuése camino de Garachico.

Ya en el pueblo, después de dejar el caballo en casa de un amigo, fuése á la de D.^a Jacoba con intención de justificarse y pedir explicaciones; pero al ver cerradas puertas y ventanas, entendió hasta la evidencia que aquella clau-

sura debía ser por él y no quiso violentar la situación; se paseó después por las calles y aunque no quería ir casa de D.^a Clara se enteró por un amigo, que su padre estaba algo enfermo, á causa de una repentina indisposición, y avasallando por todo, corrió á la casa de su hermana.

Sin llamar ni anunciarse, subió el primer tramo de la escalera y entró en el gabinete que ocupaba el Marqués. Al verlo en el lecho fué hacia él, abrazólo y tomóle la bendición; hecho esto saludó cortés y ceremonioso á Otilia, y con el afecto de siempre á Inés, que acompañaba al abuelo, y sin preguntar por más nadie sentóse, indagó del anciano la enfermedad que lo postraba, al paso que se quejaba y le reconvenía por no habérselo participado.

Como Inesita corriera á dar á su madre la noticia de la llegada del tío, Otilia, con pretexto de sus quehaceres, retiróse también para dejarlos en libertad, la que aprovecharon ambos, comenzando el marqués por decir á su hijo:

—¿Qué te parece, Cristóbal, todo lo ocurrido?

—Señor, á saberlo soy venido.

—Pues qué, ¿tú no sabes todo lo que pasa?

—Creo no saberlo todo, pues ya recordará vuesa merced que desde el domingo pasado en que Clara tanto me mortificó, no he bajado á Garachico.

—¿Pero, Margarita no te ha visto?

—La penúltima carta fué del lunes, y nada absolutamente me decía; faltáronme las del martes, miércoles y jueves, y cuando ya me disponía á saber si había alguna indisposición en ella ó en la tía, recibo estas cartas de las dos; y leyóselas de cruz á fecha.

También á mí me escribió Jacoba una casi igual á la tuya, con sólo la diferencia que me indica en la mía que Clara la insultó y faltó al respeto en su propia casa; disgusto que creo es el que me ha postrado.

—¡Oh! pues entonces es cierto lo que me contó Lorenzo esta mañana y á lo que yo no quise dar crédito.

—¿Y que te contó?

—Pues me dijo que hacía cuatro días no veía á la Anastacia, criada de Margarita, que Clara había estado el lunes en la casa de la tía; que las había dicho muchas cosas malas y que la Anastasia la había cogido por un brazo y la había puesto en la calle.

—¿Pero será eso cierto, Cristóbal?

—Yo, padre y señor, dudélo como vuesa merced, pero unido esto á lo que le dice la tía, hay que creerlo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué mujeres, Dios santo, qué mujeres! No; si es así, Jacoba ha faltado. ¡Consentir que una villana pusiera las manos en mi hija que es todo una señora!...

Calló el Vizconde por de pronto y pasado un poco dijo:

—Pero haga cuenta vuesa merced qué no le diría Clara cuando la tía lo consintió, ó que quizá, se haría sin ella permitirlo.

—¿Pero vuesa merced no ha preguntado nada á Clara?

—Yo ¡Dios me libre! ¡Tú sabes el dia de juicio que fué el martes en esta casa!... Según pude entender, Clara entró de la calle hecha una furia, llamó á los criados y les ordenó que no saludaran á nadie de la casa de D.^a Jacoba; la vieja Hipólita se le resistió y la echaron á la calle yéndose con ella Leonor. Lo que yo bregué ese dia para poner paz, no te lo puedes imaginar. Jacinto no quería se fuera la vieja y todo era suplicarme y más suplicarme; pero el genial de tu hermana ¿quien lo vence, hijo? ¡Dios del cielo únicamente!

—Pues con todos esos pormenores ¿qué duda le queda á mi padre para no dar crédito á lo que me dijo mi criado Lorenzo? Para mi es como la luz del dia. ¡Pero qué mujer!.. ¡Botar á la calle á la que fué casi madre de su marido! ¿Y cuando menos la infeliz vieja pediria hospedaje á algún conocido?

—No, hombre; según oí decir, la Hipólita tiene una casa, allá para el puerto.

—Bueno, padre y señor, éste, como vuesa merced vé, es un asunto muy delicado; hemos de tratarle, pues, con todo detenimiento para que la honra y el honor quede en su debido punto. Yo no puedo venir aquí como quisiera; ¿por qué vuesa merced no se va de una vez á Icod? ¿Cuándo mejor que ahora con pretexto de reponerse de este pequeño achaque?

—Dices bien, hijo; tengo ganas de salir de tanto embrollo, que me va á matar sí me descuido. Hoy, ya me siento casi bien; mañana como domingo iré á misa, si Dios quiere; el lunes, si no hay contratiempo, voy como á dar un paseo y me quedo.

—Está bien, señor; el lunes le tendré pronto lo necesario y más que todo la voluntad, pues arde en mí el deseo de resolver estos problemas.

Acercóse entonces al lecho, repitióse el abrazo y la bendición y salió sin llamar ni despedirse de nadie.

Ya en la calle echóse á discurrir y sacando en consecuencia que lo que Lorenzo le había dicho lo debía saber por su novia, entendiendo que debía hablar con la muchacha fuese al puerto para buscar la casa de la vieja Hipólita.

Al llegar al puerto vió á un viejo tumbado al sol sobre la muralla de amarre y díjole:

—Amigo: ¿sabráme decir donde queda la casa de *seña* Hipólita?

Levantóse el viejo, quitóse la gorra y quedóse parado como recordando, y al cabo dijo:

—*Pos* mí que no *jallo* donde *seya*; y á más no conozco *nenguna seña* Hipólita.

—Hombre, la señora Hipólita porque le pregunto es el ama de la casa de D. Jacinto del Hoyo, que me parece es viuda de un marinero.

—¡Ah! esa es la *Narajita* .. ¡Si su *mercé* me lo hubiera dicho *ansina!*... La *probe* ya está vieja como yo que lo digo, bien que es de más *idá* que yo; pues Miguelote era un marinero *jecho* y derecho y yo *entodavía* no podía con un paral. Mire su *mercé*: ¿*veya* por donde va aquella mujer de las sayas pardas?

—Sí, que la veo.

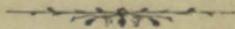
—¿Y *delantrito* aquella casa que tiene una puerta y ventanilla en que está colgada una manta ó sábana?

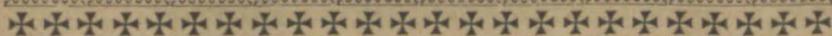
—Sí.

—Pues allí *mesmito* es.

—Gracias, amigo, y tome para que se brinde. (Y le dió una moneda).

—¡Oh, señor, Dios se lo pague!—contestóle el viejo que admirado quedaba echándole bendiciones.





XXX

Ocasión oportuna

Siguió el Vizconde la dirección que le indicara el marino y al llegar á la casa de la que no había quitado la vista, llamó con el puño de su bastón cayado en la puerta que estaba entreabierta, oyéndose la voz de Leonor que decía:
—Adentro.

Sin ningún cumplido D. Cristóbal empujó la puerta y penetró en la casa, causando la mayor sorpresa á los que la ocupaban á la sazón, que eran la vieja Hipólita que, con los pies sobre una estera y aprovechando el rayo de sol que entraba por la ventana, estaba sentada en una silla ya de mucho uso, á la que habían recortado las patas para reducirla á la mitad de su altura, y ocupábase en echar unos talones postizos á unas medias bastante quebrantadas; Leonor que sentada en un cajoncillo frente á la vieja y teniendo á su lado una cestilla con los avíos de costura, dedicábase á poner un ámplio remiendo á unas enaguas; y un tercer personaje con una barqueta delante las piernas, atestada de vituallas de boca, y que no era otro que Lorenzo.

El asombro que la presencia del caballero causó en los concurrentes, fué grande. Lorenzo púsose en pié y echó mano á la barqueta; Leonor levantóse con la aguja entre los dedos, y la vieja, dejando caer las tijeras con que cortaba, quitóse las gafas de las narices, quedándose alelada.

Comprendiendo el Vizconde el embarazo de todos, dijo:

—Eh, señores, no hay porqué asustarse. A sentarse todos como mismo estaban, que no soy venido á causar disgusto.

—A la verdad, señor don Cristóbal, que no esperaba á su señoría por esta choza—dijo la vieja queriendo levantarse.

—Señora Hipólita; cuidado como se mueve de su silla—añadió el Vizconde en tono de autoridad—pues si lo hace cojo la puerta de la calle. Quiero hablar con las dos y hemos de sentarnos.

Lorenzo, bastante azorado, tomó la barqueta y dijo:

—Si su señoría no me ordena nada me voy.

—Siéntate tú también—dijole D. Cristóbal—porque en una casa honrada como es la de Hipólita nada tiene de particular te hayas encontrado, máxime cuando no es un secreto para mí el que hablas con ésta con fines honestos, (y señaló á Leonor que se puso colorada como un pavo, lo que notado por el Vizconde, dióle pié para continuar diciendo:)

—¿Pues no se pone colorada la muy tonta? ¿Es acaso delito el que quieras á Lorenzo? Pues mira que es todo un hombre, chiquilla.

—Señor—contestóle Hipólita—su señoría defiende á su mozo y á mí me cuesta hacerlo con *Lionor*. Ella también es buena mujer.

—Pues que se acabe todo Hipólita; tal para cual y en paz—añadió el Vizconde.

—¿Pero *Lionor*, estás boba? *Pon* al señor Vizconde una silla y *trae* una *almojadila* para que esté más á gusto, mujer—dijo la vieja.

—No, Hipólita, está buena así (y tomó la que le ofrecía su criado; pero Leonor ya estaba allí con la almohada y fuéle forzoso aceptar.)

Sentados todos comenzó el Vizconde diciendo:

—Es necesario que en esta casa de gente formal se me diga la verdad de lo que voy á preguntar. Vamos á ver ¿cuál de los tres me explica por qué está cerrada la casa de doña Jacoba Gallegos?

—Señor, porque están las señoras de viaje al Sauzal á pasar una temporada—contestó Hipólita.

—¿Qué están para el Sauzal?

—Sí, señor.

—¿Y por quién lo sabéis?

—Por Anastasia que anoche á poco de las oraciones hizo una escapada y estuvo aquí á despedirse y á decírselo á ésta para que se lo dijera á Lorenzo.

—¡Ah! ¿y dijo quien le había manifestado que se lo dijera á Lorenzo?

—Señor, me parece que no es difícil adivinarlo, á pesar de que ella no dijo nada.

—¿Y se puede saber porqué determinó viaje tan largo y molesto?

—Señor. . . eso ya no es tan fácil averiguarlo.

—¿Pero lo sabes tú Hipólita ó tú Leonor?

—Yo, señor, nada sé de lo que su señoría pregunta—respondió Leonor con viveza.

—¿Entónces, la que lo sabe es Hipólita?

—Señor, algo sé, pero no me es lícito decirlo.

—¿Te pidieron secreto?... ¿No puedes decirlo?

—Tanto como secreto no me pidieron, la verdad sea dicha, pero si lo digo descubro la persona y le puede venir daño.

—Pero con tu silencio puedes causar daño mayor quizás.

—Y tiene razón su señoría; yo no había caído en ello. En fin, señor, su merced es un caballero y lo que le diga ya sabrá no es porque tenga condición de chismosa.

—Te conozco bien, Hipólita.

—Tú Leonor vete para afuera—dijo la vieja—y tú Lorenzo si el señor Vizconde no te necesita puedes retirarte, pues quiero quedar sola con su señoría.

Levantóse Leonor y fué al patio, y Lorenzo salió con la orden de su amo de esperarle en la casa donde había dejado el caballo, y cuando se vió sólo con la vieja, dijo á ésta que hablara.

La buena mujer miró al Vizconde, y después de estirarse las sayas, díjole:

—Yo, señor, todavía dudo si haré bien en decirle á su señoría lo que sé; pero como no puede precaver el daño que le espera y Dios sabe cual es mi intención, allá va. Anastasia, la criada de las señoras, ya sabe su merced que se dejaría matar por la niña, y la pobre cuando estuvo aquí anoche, en lo que Leonor fué á la cocina para calentar la cena, díjome que se estaba cayendo muerta porque la niña estaba muy aficionada á su señoría, y ahora se sabía que á su merced lo tenía entre ojos la Santa Inquisición, que lo prenderían, porque leía en libros de herejes, y no sé porque otras cosas; que doña Jacoba tenía una gran pesadumbre, pero que estaba resuelta á cortar toda relación y como la niña primero muere, que disgustar á la señora, con seguridad que no podrá resistir la pena. La desdichada Anastasia me decía llorando que no podía creer una tan semejante cosa de su merced, y que la señora también lo dudaba, pero que la conveniencia le hacía fuerza á retirarse para que doña Margarita como niña se dejara de toda cosa de amoríos.

—¡Ira de Dios! ¡infames calumniadores! La Santa Inquisición nada tiene que ver conmigo—rugió el Vizconde que se había levantado y á grandes zancos, recorría la sala—¡yo, yo le probaré á esos necios, que no saben ni donde les queda la mano derecha!

—Y dirigiéndose á la vieja preguntóle:

—Pero? dónde supo eso, Anastasia?

—Señor, ella no lo dijo, pero cuando Anastasia lo dice, cuente su señoría que es cierto.

—¡Vaya con la gente ruín, Hipólita! —No me faltan bríos, á Dios gracias, para luchar, pero estoy viendo que las armas no son iguales, pues para mis enemigos todas son buenas, y yo no puedo ensuciarme con las que ellos emplean. Quédate en paz, y en medio de todo te viviré reconocido, pues con lo que me has dicho me pones en guardia.

—Señor... mi intención ya la sabe su señoría.

—Sí, mujer, sí; yo te lo agradezco, y al recordarte el para tí triste suceso que te hizo salir de la casa de mi primo, bien puedes entender mi aprecio. Echa todo á la espalda y sigue cuidando de esta muchacha, pues vería con gusto se casara con Lorenzo que es muchacho honrado.

Y después de despedirse de la seña Hipólita y de Leonor, á quien había llamado, salió el Vizconde, fuése en casa del amigo donde le esperaba Lorenzo, ordenóle le secara el caballo, montó en él y amo y criado emprendieron la vuelta á Icod, no llegando á media docena las palabras que el primero dijera durante el viaje. Al llegar á la Viña, echo pié á tierra, y como oyera al entrar en la casa que la cocinera refía á Lorenzo por lo que había tardado, gritó á aquella:

—Lo he dispuesto yo así—á lo que la fregona calló.

Al entrar en su cuarto D. Cristóbal, llamó á Lorenzo para que le ayudara á despojarse de la ropa de viaje, y ponerse otra y mientras, dijole:

—¡Cuánta más fortuna que yo tienes, Lorenzo!

—Señor, yo no la veo; pues á su señoría nada le falta de cuanto quiere y...

—¿Qué dices nécio? ¿No ves lo que me pasa? ¿Quién te impide á tí ver y hablar á Leonor cuando quieres? ¿Quién te la disputa? ¿Qué obstáculos te ponen? Porque yo supongo que la querrás, que el rato en que estás hablando con

ella lo pasarás á gusto, y que tendrás la esperanza de que algún día sea tuya como Dios manda.

—Todo eso es muy cierto, señor; pero á mi ver *jallo* que hay más mujeres que hombres y que á un señor de su calidad no le faltará donde escoger si quiere.

—¡Calla tonto! no está el secreto en que el hombre escoja; eso todavía lo sé hacer y me parece que si no ciego no perderé el gusto; el busilis está en que la que se escoja llegue hasta aquí (y señalaba el corazón). ¡Pobre Margarita! ¡cuánto no estará sufriendo! Un ojo de la cara daría yo por conocer de donde salió lo de mi casamiento con mi sobrina, causa y origen de todos estos sinsabores.

—Pues si su merced no lo sabe es porque no quiere.

—¿Qué dices, mentecato?

—Lo que su señoría *uye*.

—Será lo que oigo, pero veamos como es eso.

—Pues yo estoy en que todo ese decir de la gente lo sacó la hermana de su merced de su cabeza.

—¿Y por dónde lo sabes tú, zahorí?

—¡*Sajorín!* tomara yo lo fuera; pero á mi quien me lo dijo fué *Llonorilla*, á quien lo contó doña *Lalla*, ó como quiera que se dice; esa señora que es gaga.

—Sí, ya sé.

—¿Y cuando te dijo eso tu novia?

—¡Bahl ya *jace* dias; la noche que le dí palique por la reja; deja ver... mañana *jace* ocho dias...

—¿Qué te parece habieca, y no me habías dicho nada?

—¡*Gua*, señor, yo creí que su merced lo sabía.

—¿Por dónde lo había de saber, tonto? Nada, está claro que no eres tan listo como yo me lo figuré. ¡Vaya! vete á los quehaceres que ya te llamaré cuando te necesite.

Lorenzo obedeció al instante, retirándose mohino y cariacontecido.



XXXI

La tormenta

Pronto supieron en casa de D. Jacinto que D.^a Jacoba con su nieta habían salido del pueblo para sus haciendas del Sauzal. Las de Taburete enteraronse de esto por la vieja Francisca que se había quedado encargada de la casa. Esta noticia causóles alegría á D.^a Clara y su hija mayor por aquello de que á enemigo que huye puente de plata; pero si la hija confiaba en que lejos Margarita le sería más fácil atraerse á su tío, la madre, conociendo el carácter de su hermano, dudaba mucho se le pudiera vencer, cosa que se guardó de decir por no desesperar á su hija. La inesperada presencia del Vizconde vino de pronto á evitarle aquel trabajo.

Efectivamente, en lo que madre é hija se comunicaban la noticia traída por las Taburetes, el Vizconde llegaba de Icod con cara de vinagre, que revelaba á la legua la tempestad que dentro rugía.

En la puerta de la calle echó pié á tierra y sin esperar á que salieran á recoger la caballería el mismo entróla de la brida y amarrándola á uno de los pilares que sostenían el corredor, subió á los gabinetes de su padre, el que en aquel momento encontrábase escribiendo.

Tan pronto entró en el gabinete y se cercioró que sólo su padre estaba en él cerró la puerta y echó la llave y luego, dirigiéndose al padre, saludóle con la formula acostumbrada de besarle la mano.

El viejo Marqués miróle á la cara y presagiando lo que le pasaba, díjole:

—Y bien; ¿qué hay?

—Hay tanto padre que no sé por donde empezar. Confírmole ante todo lo que le dije ayer. Fueron ciertos los insultos de Clara á la tía Jacoba y la echada á la calle de mi hermana por obra y gracia de la criada, pero todo esto fueran tortas si no trajera la coleta de haberme denunciado al Santo Oficio por sospechoso de herejía.

—¿Qué me dices, Cristóbal?

—Lo que mi padre está oyendo.

—Eso no puede ser; el hijo del alguacil mayor del Sto. Tribunal nunca podrá ser hereje.

—A fé que no lo soy, pero vuesa merced lo oye que por ese delito se me denuncia.

—¿Pero y quién? ¿cuál ha de ser el atrevido?

—Mire, padre y señor, de la denuncia rióme yo que no ha de haber tribunal que me condene faltando los hechos, pero lo que me duele son las sospechas que me matan.

—¿Y de quién sospechas tú?

—¿De quién? ¡Ah! ¿quién otra ha de ser, señor, más que la rencorosa de Clara?

—¡Jesús, Dios mío! ¡Jesús!—exclamó el viejo y con ambas manos sujetóse la cabeza, pues le parecía se le había de volar; y mirando al cielo exclamó:—¡Dios mío! ¡qué amarga vejez me guardaste!

Impresionado el Vizconde por el sentimiento que á su padre causaba, se puso en pié y le dijo:

—No hay porque apurarse, padre. Como tengo la conciencia tranquila no hay que temer ni á la Inquisición ni á los inquisidores; sólo venía á decir á V. que en esta casa no puedo volver á entrar y Dios me ayude. Así que si mi padre desea mi compañía espero me cumpla hoy lo que

me tiene prometido para que mañana y de una vez se instale en Icod.

A este punto llegaba el Vizconde cuando sintió empujaban y tocaban casi á un tiempo en la puerta. Conociendo el Vizconde era su hermana, para no obligar á que su padre se levantara, descorrió la llave y abrió la puerta.

Al entrar D.^a Clara saludó al hermano muy sería, y con pretexto de que el Marqués había almorzado poco, preguntóle si tomaría un poco de caldo, y dado el asentimiento por D. Baltasar, desde la puerta llamó para que le bajasen aquél, interín se sentaba. Callaron su padre é hijo, y como nada decían la situación hacíase embarazosa por segundos; pero D.^a Clara, con los humos de estar en su casa, comenzó á charlar dirigiéndose á los dos con cierta sonrisa, con un si es ó no de burla que al Vizconde sabíale á rejalgar, el que, no pudiendo aguantar más, levantóse, tomó su sombrero y saludando al padre díjole:

—Bien, señor, conque quedamos que vuesa merced suba mañana y se encargue de los trabajadores interín doy vado á las diligencias que espero se terminen pronto.

Entendiendo el viejo marqués la intención de su hijo, contestóle:

—Sí, hombre, sí, me haré cargo, pues no se puede dejar la obra terminada y veo que tú no puedes menos que presentarte al General. Así, pues, á las diez estaré en Icod y tú, si te pones en camino á esa hora, si no llegas con día á la ciudad por lo menos será á prima noche.

Dió el Vizconde por terminada la visita, y despedido de su padre y con toda sequedad de su hermana, salió de aquella casa con propósito de no entrar en ella en buen tiempo.

Pero no bien había salido D. Cristóbal, cuando D.^a Clara le dice al marqués:

—¿Pero, señor padre, será posible que enfermo se ha de querer ir para Icod?

—¡Qué quieres tú, hija! no se puede dejar abandonada la fábrica. A Cristóbal lo llama el general para negocios de las milicias, y no hay más remedio.

—¿Cómo que nó? ¡qué pida licencia, y exponga la situación! —repuso D.^a Clara.

—No puede ser, mujer eso que tú dices; la orden recibida por Cristóbal no admite excusa; yo iré, me pondré al frente de la obra y caso que no pueda, le avisaré para que venga.

—¡Ah! pero vuesa merced sólo, padre mío, no puede estar en Icod, y ya que no tiene más remedio que ir, yo voy con V. para cuidarle.

—¡Tú! ¿estás, loca Clara? ¿cómo puedes tú dejar tu casa? No, no pienses en eso, la criada que tenía Cristóbal es buena y ella me cuidará.

—¡Ah! no, no señor; por lo menos tiene que ir con mi padre, uno de los muchachos, pues de no, no puedo estar tranquila,—replicó D.^a Clara.

El viejo, por verse libre, djole, que bien, y para que le dejara sosegar, pidióle la ropa para levantarse.

Al siguiente día á cosa de las 11, llegaba el viejo Marqués á la Viña de Alzola, con mala cara y peor talante, acompañábale su nieto D. Bonifacio con uno de los esclavos de la casa, y luego que se instalaron y comieron, el Vizconde enteró á su padre, de todos los pormenores de la fábrica recomendando el cuidado de ella al maestro de carpintería, hombre práctico y entendido, y á cosa de las tres, despidióse de su padre y sobrino, y acompañado de su criado Lorenzo, salieron ambos á caballo para la Rambla donde pensaban hacer noche, á fin de al siguiente día llegar á la Laguna.

Como el Vizconde iba preocupado con todo lo que le ocurría, y Lorenzo nada contento por apartarse tanto de

Leonor, en todo el camino no se dijeron más palabras amo y mozo, que las muy precisas á que los accidentes del camino les obligaban, llegando á la Rambla ya el sol queriéndose poner, pues cómo gran bola de fuego lucía en el horizonte, camino de hundirse en el blando colchón de las mullidas olas, para pasar la noche arrullado por su continuado balanceo...

XXXII

Una visita inesperada

Muy ajena de la visita, la familia de Domingo de León, mayordomo y medianero en una pieza de las fincas del Vizconde en la Rambla, preparábase á pasar la velada de aquella noche. María Josefa y Lucía, ya habian traído con un zagal, que después de la partida de Lorenzo había entrado Domingo, la hierba necesaria para la comida del ganado hasta que fuera hora de salir á pastar; é ínterin amo y zagal estaban en la gañanía arreglando los pesebres, las dos chicas en la cocina, ayudaban á su madre, preparando los avíos para la modesta cena sobre una mesa bajita, casi junto al fogón, que á prisa hacía hervir una gran olla que cubierta con su correspondiente tapa, se apoyaba, aunque negra, muy ufana sobre tres teniques.

En esta ocupación se encontraban las mujeres, cuando sintiendo el ruido de las herraduras de las caballerías en el empedrado del patio, salió Lucía á la puerta de la cocina, y viendo á la luz del crepúsculo, que los llegados eran el amo y su hermano, de un grito casi anunciólo á su madre y hermana que disparadas, dejando la olla y los preparativos, salieron también al patio á tiempo que el Vizconde echaba pié á tierra, y Lorenzo brincaba de sobre los líos que en lazos traía su caballo.

La buena Francisca saludó al amo dándole la bienvenida, y cuando Lorenzo se le acercaba, sombrero en mano, diciendo: *écheme la santa bendición de Dios, señora madre, la*

infeliz mujer se la dió con toda el alma, pero al mismo tiempo lo abrazó y besó con cariño y amor, que bien dió á entender al hijo que le tenía colocado en lugar muy preferente en su corazón.

Corrió Lucía á la gañanía á dar aviso á su padre, el cual llegó apresurado para saludar á su amo y antiguo compañero de juegos, hecho lo cual, é interin subía con su amo á lo alto de la casa para abrir las habitaciones de los señores, daba órdenes á Lorenzo y al zagal para que acomodaran las caballerías en la cuadra.

Tras del Vizconde y Domingo, subieron Francisca y María Josefa con luz en un candil y un manojillo de llaves la primera, y una cántara pequeña llena de agua la segunda, y después de haber echado aceite del candil en un velón de aljofar que sobre una mesa estaba en la sala, y encender dos de sus mechas, pasaron con el candil y agua á la alcoba, y sacando de una arca ropa de cama, mulleron y arreglaron el lecho del Vizconde, dejando agua en un lebrillo sevillano, y un jarro grande de basija de la misma procedencia, que estaba sobre una rinconera.

Interin el Vizconde hablaba á Domingo con mucho calor en la sala, sin cuidarse de lo que hacian las mujeres, pero cuando éstas salieron de la alcoba y ya en la sala, trataban de poner al centro una mesa que habían cubierto con un mantel, se dió cuenta de ellas y de que trataban de ponerle la mesa para la cena, en vista de lo que dijo á Francisca: no me pongas la mesa, déjala como estaba porque hemos de salir de madrugada, y por esta noche quiero cenar abajo en la cocina con vosotros y de vuestra misma cena.

—Pero, señor, replicó Francisca, si nosotros no tenemos esta noche más que un potage de coles y *judías* y gofio con leche.

Pues á fe que es lo mejor que me podéis dar. Además, ¿no tenéis huevos?

—Lo que es huevos si señor, ¡hasta una haldada, buena, hay! respondió Francisca.

—Pues nada, échala á la olla toda. Tú Domingo vete á la bodega, y saca vino del mejor, y trae para la cocina, que esta noche quiero recordar los tiempos de mi niñez; porque si así no lo hago, creo que la cabeza se me marcha.

—Pero, señor, objetó Francisca, será mejor que eso lo coma su señoría aquí, porque la cocina es poca cosa para el señor y los muchachos...

—¿Qué dices tú, Francisca? ¡si yo lo que quiero es ver senar á los muchachos! ¡y verlos reír, cantar y bailar! y... nada, vamos, vamos para abajo.

A mandato tan expreso, todos le siguieron, después de haber Francisca apagado el velón por temor al fuego, y aunque la noche estaba bastante oscura, al llegar al patio, vió el Vizconde que Lorenzo departía con tres chicos más, y por lo que percibió de su conversación, contábales lo bien que lo pasaba, y lo bonito que era Icod y Garachico.

Del patio pasó á la cocina, y en ella encontró á Lucía, que con la gran cuchara de palo, revolvía el potage que contenía la olla que hacía oír sus hervores sobre los teniques.

Era la cocina un salón á teja vana, bastante capaz; al fondo del cual, un largo poyo de mampostería daba lugar á tres fogones y la negra y oscura boca del horno que sólo se ejercitaba por cuenta de los medianeros de pascua á pascua, las carnes tolendas, y por S. Juan de Junio fiesta del pueblo, de resto permanecía trío y mudo, á no ser que los amos estuvieran en la hacienda que entonces entraba en funciones sábados y jueves; pero este honor hacía muchos años no lo disfrutaba por la ausencia del Marqués y su hijo, para tierras de fuera. Para el resto del año el pan proporcionábanlo otros tres artefactos que también ocupaban un hueco en la espaciosa cocina, era el uno un fogón, al lado del cual y arrimado á la pared estaba el amplio *tostador* con el inseparable *remejiquero* ea que á fuego

lento se tostaba el trigo y millo para el *gofio*, otro el molino en que se trituraba la sabrosa harina, el que con sus dos piedras asentaba sobre una batea concavada de madera de tea, que á su vez sostenía dos piés de lo mismo, fijos en el suelo y la pared, todo cubierto por una zalea adobada de piel de carnero y por último, completábalo el palo herrado en un extremo conque se le movía con su púa, y que estaba arrimado al rincón, formando el tercer artefacto un gran zurrón de una piel entera de cabra donde se hacía el depósito del *gofio*, que por el lazo colgaba de un garabato de hierro, que asimismo pendía de un tirante, por medio de un cabo de sogá que sostenía sobre un nudo, y casi á la mitad de su tamaño, un gánigo agujereado para impedir que los ratones visitaran el *gofio*.

El resto del mobiliario de la cocina, constituía un bazar también de mampostería en uno de los rincones, en cuyo centro se veía una gran talla de barro colorado con su plato, y cantarita de lo mismo que le tapaba la boca, y á su alrededor platos y escudillas de loza basta de Sevilla, de muchos colorines y garabatos, una gran balza en que fregaban las ollas y basijas, varios lanquillos de tres y cuatro patas, dos tuesitas bajas para comer, y una amplia tarima junto al fogón forrada con una estera de palma, luciendo en la pared, sobre de ella colgado de un clavo, un rosario de cuentas gordas de los llamados de la Casa Santa.

Otras más cosas de menor importancia, contenía esta habitación, que á la familia de Domingo de León servía de cocina, comedor, sala, y no sé que más, tales como las cestas de costura y apuntado, una jaula de un mirlo y otra de un capirote, y algunas herramientas de labranza, como azadas, podaderas, barras y otros trabajos.

Tan pronto entró el Vizconde en la cocina, la muchacha dejó la olla y se puso en la penumbra; pero como tras el

Vizconde, entraban sus padres y María Josefa, pronto se unió á ellos, sin quitar la vista del amo al que miraba curiosa y admirada.

Sentóse D. Cristóbal en la tarima junto á la mesilla, que estaba pronta, y como buen observador, vió que en redor del lebrillo que esperaba el potaje, habían siete cucharas de palo, y mirando al medianero, preguntóle: —¿Qué! ¿teníais esta noche convidados, Domingo?

— Por qué dice el señor eso? — contestó Domingo.

— Pues muy sencillo; vosotros sois cuatro y veo tenéis siete cucharas.

— ¡Ah, señor! contestó Domingo mirando á su amo y picándole el ojo, esas eran para Pedro y Vicente, los hijos de mis compadres Pedro Luis y Antón Díaz, que las noches de los días en que me ayudan al trabajo, les doy de cenar, y también la de *Grigorio* el zagal.

— ¿Y dónde están esos? — dijo el Vizconde.

— Ahí, en el patio *hablando* con Lorenzillo, señor, que son camaradas.

— Llámalos, llámalos, — dijo el Vizconde, — que de Pedro Luis bastante me acuerdo y quiero conocer al hijo; pero del Antón no hago memoria.

— Señor, al compadre Antón, no lo conoce su señoría, dijo Francisca, pues vino á la *jacienda* de la Tornejara ocho años, pero ese señor es un *guen* vecino y hombre de bien.

— Así lo creo, repuso el Vizconde. En esto, obligados por el mandato del Vizconde, entraban los cuatro mozos, y si bien en Lorenzo la vista de su amo no le causó azoramiento, no así en los otros tres que no descocieron la boca, ni aún para dar las buenas noches, por lo cual Domingo, conociendo su embarazo, dijo:

— Vaya, señor; aquí tiene su señoría á los mozos, ellos como no están *jechos* á tratar con los señores, están vergonzosos.

—¡Qué vergüenzal—dijo el Vizconde; —á los hombres sólo les debe dar vergüenza de ser malos, por lo demás basta no ser descarado. Paróse un poco mirando á los tres jóvenes y luego señalando de los tres al que estaba á la cabeza de la fila, dijo:

—Tú debes ser el hijo de Pedro Luis, si la pinta no me engaña.

—Cierto es señor, le dijo Francisca; lo que tiene que es muy diablete, pero por lo demás hay anda.

—¡Ya se vé que anda! replicó el Vizconde, y dirigiéndose al mozo, díjole: ¿Cómo te llamas, hombre?

—Pedro, para servir á su señoría—contestó el preguntado.

—Vamos, así me gusta. Bueno, trae esa otra mesa y júntala á ésta: así.— Vaya, estirad ahora el paño:—poned el brillo al centro, y según ordenaba, los muchachos iban ejecutando sus mandatos.

Terminada la operación volvióse á Domingo y díjole: —Véte á la bodega y trae del vino que te dije, y tú María Josefa aparta el potaje y tápalo, saca tú, Francisca, la haldada de huevos y échalos á pasar, é interín se cuecen rezaremos el tercio, y poniéndose en pié descolgó el rosario.

Tan luego vió entrar á Domingo con un barriletito de vino, se puso en pié, se descubrió y con mucha gravedad comenzó á persignarse, y siguió el rezo con pausa y marcada devoción en el que le acompañó toda aquella buena gente, sin que fuera obstáculo la atención que ponía en el rezo, para que con sus ojos vivos y veloces, dejara de expiar los menores movimientes de todos y cada uno de los presentes.

Acabado el rezo, ya la olla en que estaban los huevos, cantaba con sus hervores y mirándola el Vizconde, díjole á la medianera: mira, Francisca, ya están en punto estos se-

ñores, escúrrele el agua á la olla, y echa los huevos en agua fría, en aquella batea.

Púsose Francisca irresoluta, y djóle: ¡Señor! ¿y no se perderán?—¡Que se han de perder mujer! Házlo como digo y tú verás. No replicó Francisca y ejecutó lo que se le decía, echado la veintena de huevos en la batea llena de agua.

Pasado un momento, pidió á Lucía un plato grande de los que tenía el bazar, donde hizo que las mujeres echaran los huevos pelados, picados en trozos y rudas muy ténues, todo lo que hizo regar con sal, aceite y vinagre.

Terminada esta operación, ordenó se echara el potage en el lebrillo, y luego el gófio, y haciendo que el matrimonio se le pusiera á los lados, mandó á los demás comensales que se sentaran, pero cuando Francisca vió que el Vizconde cogía una de las cucharas de palo para comenzar á comer, le dijo: señor, con esa nó; y sacando una de aljofar reluciente, de un cajoncillo, púsosela delante.

--¡Válgate, Dios Franciscal si cabalmente estoy cansado de cueharas de plata y de metal,—respondió el Vizconde.

Pero visto esto por Lucía, se levantó, y de su cesta de costura, sacó una cucharita de palo de castaño muy pulida, y poniéndosela delante del Vizconde, le dijo: estrene su merced esta.

Tomóla el Vizconde, miróla á la luz del velón, alabó la hechura y dijo: por ser tan bien labrada, y por ofrecérmela Lucia, la voy á estrenar con mucho gusto; pero vamos á ver, ¿de dónde te vino á tí, esta monada de cuchara?

--Señor, esa cuchara se la regaló Vicente, que para eso tiene mucha *abilidad*, dijo Francisca; á lo que el Vicente y Lucía se pusieron colorados, bajando la cabeza, todos azorados; por lo que Pedro, María Josefa y el zagal comenzaron á contener la risa que les retozaba en la boca, pero con tan poca suerte, que todos lo notaron por los gallos que se escapaban, y como Domingo volviese á mirar á su

amo sonriente y le guiñara nuevamente un ojo, el Vizconde se dió una palmada en la frente diciendo:

—Pero seré yo torpe, ¡vaya, los viejos ya no entendemos de amores! Y dirigiéndose á los azorados les dice:

—Vamos, Vicente y Lucía, no hay porque ponerse colorados; por lo que veo, os queréis, y con gusto y licencia de vuestros padres. ¡Todo sea para bien! ¡Dios permita que en vuestro querer no encontréis contradicciones. Y dió un hondo suspiro, por lo que todos le fijaron los ojos, lo que, notado por él, fué causa á que poniendo cara alegre, continuara diciendo:

—Pero lo que no me parece acertado, Vicente, es que sólo una cuchara le hayais regalado á Lucía, pues por lo menos seréis dos el día de la boda.

La ocurrencia del amo, hizo reventar la risa en los muchachos, y María Josefa animada por la expansión que notaba en todos, le dice:

—Señor, esa sola cuchara no le dió, que yo le *vide jasta* media docena.

Esta revelación de María exasperó á Lucía, que muy enfadada, dijo:

—¡Vaya la *jabladora!* ¿y por qué no dices tú que Pedro te *jizo* el presente de la cesta de costura con los cuatro cestitos pegados? A cuyo reproche los aludidos á su vez se azoraron, dando que reír á los mayores, y á Lorenzo que por el mayor trato con su amo, no ponía diques á su hilaridad.

Pero continuando alegre la cena opápara para aquella buena gente, como estos incidentes hicieron disipar la melancolía del Vizconde, muy alegre, díjoles:

—Pues yo tengo también que dar otras nuevas y muy buenas, á cuyo dicho todos miraron para él.

—Es el caso Domingo y Francisca,—continuó diciendo—que á lo que veo, María Josefa y Lucía, están ya comprometidas, y cuando vosotros lo consentís y ampa

ráis creo que Pedro y Vicente serán dos hombres de bien, como lo supongo; yo mucho me alegro del bien de vosotros y prometo ayudar á las bodas para que se establezcan y formen sus familias, que igual hicieron mis padres contigo y tu hermano Antonio, pero como Lorenzo no ha de ser menos que sus hermanas, os hago saber que también tiene sus amores con una moza muy formal, y con mi licencia, y como él no podía venir acá á pedirnos el permiso yo se lo he dado por vosotros, esperando que le déis la bendición.

Miró Lorenzo á su amo entre azorado y agradecido, —pues le aborraba el trabajo de decírselo á sus padres, cuyas intenciones traía y le tenían preocupado—pero viendo á su padre sério por la nueva y á su madre llorosa, listo como era, se dirigió al primero y poniéndose de rodillas delante pidióle la bendición, pero Domingo, grave como un patriarca de la antigua ley, dijo:

--Señor, cuando yo deje *dir* á Lorenzo á servir á su señoría, *jice* cuenta que ya no tenía *jijo*, y qué á él le había salido otro padre de más valimiento; si su señoría es gustante que *jable* con esa moza, bien está, que la mucha ley que su señoría nos tiene, con seguridad no le dejará arrimar á cosa mala. Yo si le doy mi bendición porque es mi *jijo*, pero más falta está de la de su merced; y dándole á besar la mano derecha á Lorenzo, con el dorso de la izquierda secóse dos lagrimones que no pudo impedir le salieran al curtido rostro.

Levantóse Lorenzo y arrodillado delante de su amo, pidióle la bendición, cumpliendo la indicación que de su padre tenía, y luego que le besó la mano, fué á dar con su madre que lo recibió en sus brazos, sin poderle decir nada, pues el llanto se lo impedía, en lo que la acompañaron todos los circunstantes.

El Vizconde para dar término á la cena, comenzó el rezo de gracias y por los difuntos y concluido dijo:

—Vámonos á dormir que hay que madrugar; yo quisiera salir una hora antes del dia, á fin de estar en la ciudad con toda comodidad, y salió de la cocina precedido de Domingo que llevaba el velón con que alumbraba sus pasos.

Al llegar á la sala alta dijo el Vizconde á su mayordomo:

—Me parece Domingo que los muchachos pronto te dejen sólo.

Y como ha de ser, señor, esta es la desgracia que tenemos los padres pobres al pasar penas para criar la familia, y luego cuando son grandes nos dejan.

—No te aflijas hombre,— le dijo el Vizconde— que los buenos hijos no abandonan á sus padres. ¿No te casaste tú? ¿y por eso abandonaste á los tuyos?

—Cierto que no, señor; que el gofio que más me supo, fué el que gané para mantenerlos á ellos y á mis hijos.

—Pues ten confianza; los chicos son buenos, tú los has criado en temor de Dios, y El no falta al que cría.

—Con esa confianza vivo, señor, y cúmplase la voluntad de Dios en todo.

—Bueno, Domingo, pasa buena noche y si acaso me durmiere, llámame.

—Duérma se su señoría tranquilo, que el gallo de casa es muy seguro.

—Pues, nada, á buenas noches.

—El señor se las dé buenas.

Al bajar Domingo, fué á la cuadra con Lorenzo y sus futuros yernos, y luego que vió que las caballerías ya las tenía racionadas, salió al patio y dijo á los muchachos se fueran á acostar al pajero, porque Lorenzo tenía que ir con el amo, y los demás al romper del dia, á cavar las viñas; y tomand o su manta, manifestó tenía que ir al pueblo á cumplir un encargo del amo, y ver si encontraba quien

le diera un poco de chocolate para que se lo hicieran antes de partir.

En cumplimiento de lo que se disponía, los cuatro mozos se fueron al pajero donde tirados en las mantas, sobre la mullida paja, alegraron mucho de sus quereres y de sus ilusiones, pero al fin el cansancio y las pocas preocupaciones, hízoles cerrar los ojos quedándose profundamente dormidos.

No estuvieron tan conformes María Josefa y Lucía en la sala baja donde habitaban, ocupando una de las dos alcobillas en que con la sala se dividía la estancia, pues la última no quería acostarse con su hermana en la misma cama en que dormían por el resentimiento que le guardaba de que hubiera sido alegadora, pero al fin Francisca puso término á la disputa, con la imposición de su autoridad de madre, y las hermanas depusieron sus rencores hajo la sabana que las cubria y se durmieron á la postre después de rezar sus devociones con la imaginación llena de flores de primavera.

A hora avanzada, llegó Domingo de su excursión al pueblo y como en el país no había temor á ladrones, empujó la puerta de la sala que Josefa habia dejado entornada, y aunque á obscuras, colocó un lío que traía bajo la manta en una silla, y sacando del bolsillo el chocolate, púsolo sobre una mesa, y él tendióse sobre la tarima á fin de que la blandura del lecho no le impidiera el llamar al Vizconde á la hora convenida.

A cosa de las dos despertóse sobresaltado, salió al patio, miró al cielo y viendo la altura de las cabrillas y el lucero, luego entendió lo que de la noche ita corrido, y aunque realmente era algo temprano para echarle de comer al ganado vacuno, por temor á dormirse entró en la casa, encendió la candileja del farol y fuése á la gañanía.

Terminado este trabajo, colgó el farol de una estaquilla que tenía en la pared y sentóse en la cabeza del dorna-

jo estasiado en ver comer los animales; pero en el interín decía el bueno del medianero: ¿Para que querrá el amo este *vistuario* de guanchero que me mandó *percurara*, y estos dos *pértigos* y seis pares de suela que me mandó mercar? *Vúlete* Dios señor D. Cristóbal que ni con la *edad* se le quita el ser perrete. ¿Qué tramoya tendrá ahora la *maginación*?

Pero en fin, yo jamás de los *jamases* ha sido *goledor* de las cosas del amo; allá se las avenga si no hay pecado, y Dios le ayude como bueno es *pa* nosotros.

Llegada la hora, fuese al pajero y llamó á los muchachos, é igual diligencia lizo con su mujer é hijas, y un poco más tarde subió la escalera para avisar á su amo; pero al querer tocar en los maderos de la ventana de la alcoba, oyó la voz de D. Cristóbal que le ordenaba entrar, encontrándosele ya vestido en traje de camino.

Al penetrar en la sala, el buen Domingo no pudo menos que decirle á su amo:

—¡*Guá, señor!* ¿su merced no ha dormido?

—Sí, hombre, sí,—contestóle el Vizconde—é incontinentemente le preguntó por el encargo que le había hecho.

—Todo está señor tal cual S. S. lo quiere.

—Vamos, así me gusta—replicó D. Cristóbal.—¿Y cuánto te ha costado todo?

—Pues, señor; la ropa siete pesos, y las suelas tres y medio, contestóle Domingo.

—Bien está—replicó el Vizconde.—Del dinero del vino toma esa cantidad para que te cobres y le des un poco á cada una de las muchachas.

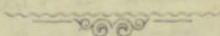
—¡Señor! Eso nó: las muchachas nada tienen *jecho* al caso.

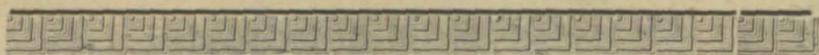
—Pero, es mi gusto, Domingo, y no se hable más. Pon todo ese lio en el caballo de Lorenzo con los demás y á Francisca que me guise un poco de leche.

—Señor, ella le está *jaciendo* chocolate que anoche *truje* del pueblo, que Mariquita Joñes lo labra muy rico y muy *asiado*.

—Vamos, Domingo, está bien. Venga ese chocolate de la Mariquita y veámos si las obras corresponden á las alabanzas.

Bajó Domingo y subió Francisca llevandole el chocolate, é interín el Vizconde comprobaba ser ciertas las alabanzas, Lorenzo y sus futuros cuñados se echaban con el correspondiente gofío una escudilla de leche de vaca y daban fin al vino del barrilete que de la noche había sobrado





XXXIII

Un viaje que tiene de todo.

Preparado el caballo de Lorenzo y ensillado el del Vizconde, ya queriendo clarear el día, salieron de la Rambla amo y mozo, y á buen paso á cosa de las diez llegaron á la Hacienda de D. José de la Santa y Arisa, situada entre la Matanza y Sauzal.

En un recodo que hace el camino volvióse el Vizconde á su criado, diciéndole:

—Vamos á pararnos aquí y echaremos un taco, pues con el frio de la madrugada el chocolate que me dió tu madre creo se ha marchado á los tobillos.

Obediente al mandato de su amo, Lorenzo arrimo su caballería á una pared, saltó sobre ésta y de allí al suelo, é introduciendo la correa en que terminaba la jáquima por entre dos piedras amarró al bruto para que no se marchara y luego tué junto al caballo de su amo para sostenerle el estribo, el que apeado de su cabalgadura comenzó á desentumecerse, dando algunos pasos y estirándose todo lo que podía.

Mientras el Vizconde procuraba dar á sus miembros la agilidad que con el frío habían perdido, Lorenzo después de cruzar los estribos sobre la silla, llevó de la brida al caballo de su amo junto al suyo y metiendo la mano en la alforja sacó una saquilla que le echó al cuello al hermoso animal y le amarró asimismo en otra piedra de la pared luego de quitarle la brida y cabezada; hecho esto, de los lios que le servían de asiento en su cabalgadura, tomó dos cebaderas y las ajustó á las cabezas de los brutos, con lo cual los pacíficos animales quedaron entretenidos, contentos y en condiciones de esperar.

Tranquilo por lo que al agasajo de los caballos, volvió junto al suyo, bajó su manta y las alforjas y tendiendo la vista por el suelo se dirigió á un pelado ribazo de piedra, tendió en él su manta y puesta una rodilla en tierra sacó de la alforja un paño que traía envuelto una libra de pan y una poca de carne fiambre en papeles y luego sacó del mismo depósito una botella pequeña y un zurrón algo repleto.

Hecho esto, tomó el zurrón y llamó á su amo, interín de la cintura se sacaba un cuchillo que en su vaina entre la faja traía atravesado, el cual se lo presentó al Vizconde diciéndole: tome, señor, para que parta.

Reparando D. Cristóbal en todos los detalles de los preparativos sentóse sobre la manta, mientras decía para sí: no me engañé, este muchacho es inteligente y creo me quiere tanto como su padre; cuidado que es la primera vez que hacemos viaje y creo no falta nada de lo necesario; y mientras se quitaba los guantes y sacaba el pan y la carne de los papeles en que venían envueltos, observó que Lorenzo después de haberse lavado muy bien las manos en un charco que estaba en el camino, se disponía á sacar de su zurrón algo con que poder acallar las tripas que en confusa revuelta le traían algo mohino.

D. Cristóbal tomó el pan, partió dos pedazos y con la

carne hizo otro tanto y luego llamó á Lorenzo. Este se presentó limpiándose la boca con el revés de la mano, de los residuos del gofio que el primer bocado le había dejado en los labios, y ordenóle se sentara también en la manta tan pronto lo vió junto á sí.

Quedóse el muchacho algo parado, pero reparando en la cara de vinagre que su amo tenía, al segundo mandato no se hizo de rogar y sentóse sin decir palabra.

Luego que el Vizconde le vió sentado pidióle el zurrón, sacó una pella de gofio y después de devolvérselo ordenóle comiera mientras él hacía otro tanto. Terminó de comerse el gofio, tomó un poco de pan y apenas si probó la carne, hecho lo cual limpióse las manos en el paño que envolvía los comestibles y djóle á Lorenzo que se tomara el pan, y carne sobrante, mientras él apoyando la cabeza en ambas manos quedóse pensativo en profunda meditación.

Lorenzo á quien los años y buena salud daban apetito, no se hizo de rogar y tras el gofio, embaulóse el pan y carne que su amo le ofreciera sin dejar migaja; pues aunque real y verdaderamente quería á su amo, las desazones de éste no eran causa bastante para dejar de comer cuando la coyuntura se lo proporcionaba, y como se levantara para echar un trago de un barrilete que traía en la alforja, fué motivo á que su amo, dejando sus meditaciones, reparara en que el muchacho había terminado ya su almuerzo.

Cuando el Vizconde vió que su criado devolvía á la alforja el barrilete, djóle:

--Lorenzo, ven aca y siéntate, que tengo que hablarte.

Obedeció el muchacho y sentándose en la punta de la manta, pusóse á mirar á su amo, el cual le habló en aquesta forma:

—Yo, ahora tengo que dejar este traje y tomar otro que viene en tu caballo en un lío, y como el traje que he de tomar no me permite ir montado, tu coges las dos ballerías y vas por el camino de Las Mejías que ya te

ndicaré y sigues á la ciudad; pero en llegando al calvario del Sauzal te apeas y me esperas aunque llegue á media noche; y aunque te pregunten y te saquen el cuero, no dirás á nadie ni con quien vienes, ni á quien esperas, ni nada que pueda traslucir ando yo por estas vueltas.

—Bueno, señor, contestóle Lorenzo.

—Bien, pues si me has entendido nada más tengo que decirte, púnte la manta y trae tu caballo del cabestro, que yo llevaré el mio—añadió el Vizconde—y acompañando la acción á la palabra, levantóse, fué á la pared, quitó la cebadera á su caballo, la que dió á Lorenzo y desatando la sogá, por ella tiró del bruto que le siguió paso á paso.

Tras el caballo de D. Cristóbal marchaba Lorenzo que igualmente tiraba del suyo por la jáquima; pero al muchacho devanávasele la cabeza con lo que su amo le había dicho, y aunque despreocupado por naturaleza, tráfale algo inquieto el silencio de su amo y el marcado mal humor que á cada paso le crecía, según echábase de ver.

Como un cuarto de hora llevarían de camino, cuando llegaron á un barranco que el camino cortaba por un vado y parándose el Vizconde le dijo:

—Dame ese lío que viene en el pañuelo colorado y tu manta y espérame aquí con las dos bestias que yo vendré pronto.

Obedeció Lorenzo entregando á su amo lo que pedía, é interín el Vizconde se internaba por el cauce, quedóse el muchacho á la boca del barranco sentado sobre una piedra con los cabestros de los caballos en la mano, y la cabeza más alborotada por no poder adivinar lo que su amo trataba de hacer, y lo que nosotros sabremos primero que él, pues seguiremos al Vizconde.

Después de andar un buen trecho D. Cristóbal por el fondo del cauce mirando á uno y otro lado, dirigióse á un cóncavo que al costado derecho habían labrado las aguas de la corriente y metídose en él: tendió la manta, abrió el

lío y se despojo de su ropa interior, sombrero, peluca y calzado, comenzando su nuevo equipo, poniéndose unos zapatos de suela cruda y unos botines que le cubrieron hasta la rodilla. Tras esto recogióse los encajes de la camisa en cuello y puños y sobre ella puso otra, aunque limpia y laborada, la pechera de lienzo casero del país nada fino. Por último, púsose unos calzones del mismo lienzo con espigueta, bastante largos y grandes para su cuerpo, y después de echarle la lazada, sugetólos con una banda de colores; hecho esto, tomando sus vestidos, de un bolsillo interior de su jubón sacó un pequeño espejo y una muñequilla y cojiendo cada cosa en una mano con la muñeca empezóse á pomazar el rostro, al cual se le cambiaba el color de blanco y rosado en moreno subido con algo de amarillez que más bien parecía cetrino.

Satisfecho, al parecer, el Vizconde de su transformación, acabó su disfraz, pasando la muñeca por sus propios cabellos, los que de rubios convirtiéronse en castaños oscuros, y puesto un chaleco ó armador de colores, cubrióse con una montera y metiendo en el pañuelo la ropa que se había quitado, recogió la manta y el lío y salió barranco abajo.

Cuando llegó donde está a Lorenzo no le dijo nada y como el muchacho no lo esperaba en aquel traje, por más que le miraba, no pudo adivinar quien era, hasta que reconociendo su manta y el pañuelo del lío, conoció al Vizconde, de lo que no se admiró poco.

Dióle D. Cristóbal la manta y lío de ropa y díjole:

—Acomoda eso en tu caballo de cualquier manera, pues ahora has de ir montado en el mío; y sácame unos rollos de suela cruda y tu palo, pues necesito de ambas cosas.

Sin hablar palabra Lorenzo, obedeció lo que se le ordenaba y cuando el Vizconde tuvo el palo y las suelas, metió el lío de estas en el palo y díjole á Lorenzo:

—Sigamos para decirte el camino que tienes que recorrer; y un poco más adelante, como á los diez minutos de andar la senda que seguían, se bifurcaba en dos y parándose díjole á Lorenzo:

—Este camino que tienes que seguir que se llama de Las Mejías por el barranco y fuente que están en aquel cañaveral, siguiendo por él sin torcerte, sales á la plaza de la iglesia del Sauzal cuya torre vez allí. Bueno, pues cuando llegues á la frontera de la Parroquia por la parte de abajo que mira al mar, sigues el camino que lleva á la ciudad y por él caminas derecho hasta el calvario del pueblo, que está junto á unos pinos y que no te puede pasar desapercibido porque está casi en el camino: cuando llegues, pues, al calvario, te apeas, atas las bestias y allí me esperas hasta mañana si fuere preciso; pero ni á tu camisa has de decir ni á quien esperas ni á quien sirves: antes al contrario, dirás que vas á la ciudad á buscar á un caballero y que esperas por otros criados que han de llegar; y, continuando, díjole: ahora, monta en mi caballo y al paso lleva del cabestro al tuyo.

Separáronse amo y mozo, y mientras el muchacho seguía el camino paso á paso mirando de cuando en cuando para su amo que bajaba por el otro camino saltando de piedra en piedra, hacíase cruces y á la vez que temor sentíase orgulloso de participar de los secretos de su amo y de sus aventuras. Dejémosle seguir al cumplimiento de las órdenes de su señor y sigamos á éste.



XXXIV

Una sorpresa



Tan preocupado caminaba el Vizconde con su lio de suelas á las espaldas, que no sintió repicaban las campanas de la Parroquia, ni que por el camino de los tanques bajaba á paso lento un grupo de personas precedidas por una que con asta tremolaba al viento una banderita roja.

Al llegar á la plaza de la ermita de los Angeles, el sonido estridente de una campanilla, hizole levantar la cabeza y fijarse en el grupo que cerca ya de la Viña de Lordelo, se hacía más perceptible. Por la gravedad del peso que traía y porque en la puerta de la casa más cercana á la Ermita, una viejecilla se arrodillaba santiguándose devota, comprendió se trataba de un viático de aldea, siempre solemne y poético, y creyendo que aquel grupo subiría por el camino que él llevaba, paróse al final de la plaza. Pero viendo desde allí que el Viático entraba por la portada de la hacienda de los Gallegos, á donde el Vizconde encaminaba sus pasos á la carrera, venció la pequeña distancia que lo separaba y unióse al acompañamiento en el momento en que el sacerdote atravesaba el umbral de la sala en que parecía estar el enfermo.

Dando codazos y empujones, no sin protestas un tanto ruidosas de las mujeres agraviadas, consiguió él también penetrar en la sala; pero al fijar su vista en el enfermo que

yacía en un sillón, entre dos personas que le daban aire á pesar de tener las ventanas de la sala totalmente abiertas, una convulsión nerviosa invadió todo el cuerpo del Vizconde, que echando al suelo el lio de suela, casi maquinalmente cayó de rodillas.

Como un petrificado, no quitó la vista del enfermo que no era otro que la angelical Margarita, que yacía sentada en ancho sillón de vaqueta, entre su abuela y Anastacia; y mientras en pié ésta le hacía aire con un abanico para ayudar al oprimido pecho, la anciana dábale calor á una de las manos entre las suyas rugosas y temblonas.

El sacerdote después que depositó sobre el altar la caja de plata que contenía la sagrada hostia, dió comienzo á la augusta ceremonia. Preguntada la enferma si tenía de que reconciliarse, contestó con un signo negativo de cabeza pues tal era su fatiga; pero cuando con la santa forma en la mano, le interrogó su fe, el rostro de Margarita como que se iluminó y con voz firme contestó á todas las preguntas. Invitada á pedir perdón á los que hubiera ofendido, dijo que aunque no recordaba haberlo hecho, no obstante desde luego lo pedía. Pero cuando el ministro de Dios la insinuó perdonara á los que le habían ofendido, coloreósele el rostro y como si un brillo lo inundara, echando los brazos adelante y fija la vista en la sagrada hostia con bríos inesperados, dijo:

—Sí, señor Beneficiado: yo les perdono, y mi Dios sabe lo mucho que los amo.

Y como si este esfuerzo le agotara el ánimo, dejó caer la cabeza hacia atrás y cruzadas las manos sobre el pecho, después de repetir por tres veces la frase de: ¡Señor mío Jesucristo, yo no soy digna! ¡Ven, mi Jesús, ven! el sacerdote la comulgó no sin harta impresión; pues la voz de la paciente y sus lágrimas daban testimonio de lo que le habían emocionado los arranques de fé de aquella alma candorosa.

Como si el sacerdote quisiera dar lugar á que calmaran las emociones de la enferma, en alta voz leyó las oraciones últimas y las indulgencias y ordenó el despejo de la sala por causa de la angustia que á la enferma causaba el calor.

Mal á su pesar las mujeres desocuparon la sala obligadas por el tío Pedro medianero de la finca, el cual visto que el suelero de la Guancha, no se daba por notificado, pues continuaba en la misma postura, se llegó á él, y tomándolo por un brazo, díjole:

—Oiga, amigo, ¿no auyido que se salga?

Como si el contacto del rústico despertara de su abstracción al Vizconde, púsose éste en pié y mirando á uno y otro lado, díjole:

—Amigo, yo no debo salir... y se dirigió á donde Margarita estaba.

No entendiendo el tío Pedro de razones, bastante amostazado, lo tomó nuevamente del brazo y dijo: *Gua... que no entiende*, y quizo á la fuerza llevarlo á la puerta; pero recobrado algo el Vizconde, sacudió al importuno con fuerza, el cual fué á caer contra una silla, y poniéndose de rodillas junto á Margarita le temó una mano y se la besó.

El ruido de la caída del tío Pedro y la acción del supuesto suelero, no dejó de sorprender á los circunstantes; pero él que nada oía ni á nada atendía, más que á la desmayada joven, aunque temeroso, con voz suave, dijo:

—¡Margarita, hermosa prenda, no conoces á D. Cristóbal del Hoyo!... Y al paso que esto decía regaba con llanto la mano de la joven que aún retenía entre las suyas.

A la voz de D. Cristóbal, Margarita como si despertara de un profundo sueño, abrió los apagados ojos, lo miró atenta y reuniendo las postreras fuerzas, dijo:

—¡Gracias, Dios mío, que melo dejás ver... y gracias á

tí, Cristóbal, que vienes á cerrarme los ojos!... ¡Cuida de madre Jaco... Ja... coba...!y doblando la cabeza sobre el pecho quedóse callada; pero el hilo de sangre que le apareció en los lábios, trájoles á todos el convencimiento de que había dejado de existir.



XXXV

Desesperación

La repentina declaración de D. Cristóbal, las palabras de Margarita y su muerte, en los primeros momentos sobrecogió á todos, no siendo de los menos, el buen Beneficiado, su sacristán y el tío Pedro, los cuales no se atrevieron á interrumpir el dolor de las otras tres personas que, desechas en llanto, rodeaban el cadáver de la infortunada joven; pues mientras el Vizconde, aún arrodillado no cesaba de llorar sobre la mano que había tomado y D.^a Jacoba retenía sobre su pecho la otra, queriéndole prestar el poco calor que ya les restaba; la fiel Anastacia sostenía y acariciaba aquella cabeza que fué su encanto y vanidad, dándole apasionados besos sobre los rizos de la sedosa cabellera. Pero la infeliz, harto se había contenido, y no pudiendo más, dió un grito y cayó desplomada.

El grito de Anastacia y el ruido que hacían el sacristán y tío Pedro para levantarla del suelo, sacaron al Vizconde de su ensimismamiento y recobrándose, púsose en pié, colocóle al eadáver la mano que le tenía entre las suyas sobre las rodillas y dirigiéndose á D.^a Jacoba, djíjole:

—Señora tía: ¡la voluntad de Dios está cumplida! Falta cumpla ahora la de Margarita. Su última palabra fué encargarme cuidara de V., y yo quiero cumplir su mandato: ¿Me admite V. por su defensor? Y al decir esto, habíase arrodillado ante la silla en que la vieja estaba sentada. Esta sólo

dió por respuesta el abrir los brazos y estrecharlo contra sí, renovándose entre ellos el llanto y los lamentos; pero rehecho el Vizconde, añadió:

—Tía Jacoba, es preciso que V. se retire. Bien sabe V. que hay que hacer cosas que la afligirían mucho. Por tanto, le ruego se recoja á la alcoba.

—¡Ay, Cristóbal, no! En eso no te hago el gusto. Ya que Dios me quitó á mi Margarita, yo quiero cumplir con ella acompañando su cadáver todo el tiempo que pueda.

—No, tía; yo no pretendo quitarle á V. ese gusto, nada de eso; yo sólo quiero que V. se retire interín se vista el cuerpo y se le arregle. Tan pronto se haga todo esto, los dos la velaremos, pues somos los obligados.

Persuadida por estas razones D.^a Jacoba, dejó la sala y pasó á la habitación inmediata, donde á fuerza de ruegos se tendió en el lecho, junto al cual rogó al Beneficiado la acompañara.

Inmediatamente pasó á la sala donde la mujer del tío Pedro y sus hijas trataban de consolar á Anastacia; pero reparando el Vizconde que el traje en que se encontraba ningún objeto tenía ya, y que desdecía de su persona, con un hijo del tío Pedro mandó llamar á su criado, diciéndole trajera las caballerías; pero recordando que Lorenzo no le obedecería en fuerza de las instrucciones que le había dado, seguidamente envió otro mensajero dándole el palo que había traído por señal de su misión y con lo que no dudaba que Lorenzo seguiría á los emisarios.

Hecho esto, dirigióse á Anastacia, diciéndole:

—Anastacia: el ánimo es para las ocasiones. A Margarita hay que vestirla y yo quiero que tú y yo nos encarguemos de esto: yo por mi obligación y tú porque es el último cuidado y agasajo que le haces.

La pobre mujer que sentada en el hueco de la ventana no daba lugar á sus sollozos, al oír al Vizconde, levantóse resuelta y dijo:

—¿Pues qué, señor? ¡quién ha de vestir á mi niña sino yo? ¿A caso quiere S. S. quitarme el derecho que me dejó su madre?

—No, mujer; yo no quiero quitarte tu derecho. Antes al contrario, te lo doy de buen grado, pues ninguna como tú la puede tratar con más cariño. Dígotelo para que sa-caras ánimo.

—Yo, señor, lo tengo, á Dios gracias. Y digo que á mi niña nadie la ha de tocar con un dedo.

—Bueno—dijo el Vizconde—pues traete la ropa que se le ha de poner.

Bebiéndose las lágrimas en compañía de una hija de la medianera, salió Anastacia, y al poco tiempo apareció con todo el equipo, y tendiendo en el suelo una manta y colchón sobre él, descansando la cabeza en un cojín pusieron el cadáver de Margarita, ayudadas por el Vizconde y sacristán.

Este trato con el cadáver serenó un tanto á Anastacia y levantándose, díjole á la muchacha:

—Candelaria, retírate que eres muy niña, y dile á tu madre que venga á ayudarme.

Salió Candelaria y á poco apareció la mujer y en cuanto Anastacia la vió, díjole al Vizconde que agitado paseábase por la estancia:

—Señor: voy á vestir á la niña y deseo salga su merced de la sala, pues mi niña en vida *delantre naide* se vistió y muerta quiero sea lo *mesmo*.

Comprendiendo el Vizconde el pudor de Anastacia para tratar á su ama, salió de la sala llevándose al sacristán y trás él, cerróse por las mujeres la puerta, y mientras el sacristán se fué á la casa del tío Pedro para comentar con la familia lo ocurrido, el Vizconde continuó sus paseos cada instante más nervioso y contrariado, donde le encon-

tró Lorenzo que cariacontecido y asombrado llegó con las caballerías que traían los dos emisarios.

Miróle el Vizconde, y como nada le dijera, el muchacho quedóse parado esperando á que su amo acabara su paseo! pero visto que á pesar de su espera nada le decía y entendiendo lo preocupado que el Vizconde estaba, aunque con algo de timidez, llegóse á él y díjole:

— Señor, como en el caballo traigo la ropa de S. S. me *paece jaría* bien en mudarse.

— Sí, hombre, tienes razón, que desgraciadamente mi disfraz ya no tiene porque ser. Tráele y mira á ver si hay por ahí una habitación donde me pueda vestir.

No esperó Lorenzo á más, ayudado de los hijos del tío Pedro, descargó su caballo y buscando el lío de la ropa de su amo, metióse en la casa y después de ver las habitaciones, por fin eligió el comedor, por tener recado de lavarse, y en él ya, sacó del lío todas las piezas de vestir, fuélas sacudiendo y colocando en las sillas una por una y cuando creyó que nada faltaba, bajó, llamó á su amo y llevólo á donde todo lo tenía pronto.

Casi al tiempo en que el Vizconde salía del comedor en su propia indumentaria, Anastacia, y la mujer del tío Pedro salían también de la sala en que dejaban el cadáver de Margarita vestido con sus ropas interiores y cubierto por una sábana; pues el vestido exterior no quiso ponérselo Anastacia sin consultar á D.^a Jacoba.

Pero como consultara al Vizconde sobre el punto, ambos convinieron en que D.^a Jacoba decidiera, y al efecto fueron á la alcoba donde la encontraron algo más resignada, pues en su mucha fé y piedad el Beneficiado había encontrado gran base para consolarla.

Expúsole el Vizconde el caso y la anciana quedó pensativa y al poco dijo:

— Si esta desgracia me hubiera cogido en mi casa todo

lo tendría arreglado, pues con mandar á buscar un hábito nuevo á las monjas de Concepción estaría amortajada á mi gusto, pero como estoy tan lejos, no puede ser, y quedóse callada; pero luego preguntóle á Anastacia si en los baules de la ropa de Margarita habían traído la saya azul y como ésta le contestara que sí, dijo:

—Pues todo está arreglado: de esa saya que hagan un manto y escapulario y en la cómoda que está en mi cuarto, en la última gaveta de abajo, está guardado mi vestido de boda que es blanco, y que después de viuda quise traer á esta casa como recuerdo de que en ella me desposeí. Con esos dos vestidos, pues, le hacéis la mortaja, que bien merece las bodas con Dios Ntro. Señor que el vestido sea blanco como blanca es su alma. Y volyió á gemir con gran ahinco, por lo cual el Beneficiado hubo de recordarle la conformidad en la divina voluntad.

Al fin, llamada una mujer del pueblo que entendía de amortajar, por indicación del cura, al anochecer ya el cadáver estaba primorosamente vestido y colocado en un ataúd, tendida la abundante cabellera rubia coronada de rosas y en la mano un ramo de azucenas de transparente blancura.

Al contemplar aquel despojo de la muerte, sentíase el corazón oprimido; pues no perdió ni la hermosura de semblante ni la placidez que tan atractiva hacían á Margarita en vida.

Cuando D.^a Jacoba supo que todo estaba arreglado, quiso levantarse para acompañar aquellos restos queridos; pero el cura convencióle de que no era prudente y que abriendo la puerta de la alcoba, desde la cama en que estaba, podía ver y acompañar lo que anhelaba.

Para el día siguiente habíase dispuesto el entierro, para lo cual D.^a Jacoba dió ámplios poderes al Beneficiado, el cual para solemnizarlo á más de dos presbíteros que había en el pueblo, convidó á los curas de la Victoria, Matanza

y Tacoronte y los Religiosos del Convento de este último lugar, disponiendo el sepelio en la inmediata Ermita de los Angeles por la especial devoción que á la Santa Imagen profesaba D.^a Jacoba.

La alcurnia de la difunta, su juventud, belleza y hasta las circunstancias de aparecer el Vizconde en traje de suelero de la Guancha en el momento de la muerte, todo fué materia para dar á hecho tan natural y común, carácter de acontecimiento por lo corto del lugar; así que á la conducción del cadáver de la casa á la Ermita para las honras y enterramiento concurrió todo el vecindario, ansioso de ver á la niña de D.^a Jacoba como decían; y las jóvenes aldeanas al poner una flor sobre los vestidos de la muerta, dejaban con ella una lágrima.

El momento de sacar el féretro, fué duro trance para la anciana D.^a Jacoba. A la infeliz señora, ni un sólo gemido se le sintió dar; pero en cambio, sus ojos no cesaron de verter abundante llanto. Así es que, lo que D.^a Jacoba no pudo hacer porque su educación y resignación cristiana se lo impedían, hizolo Anastacia, la cual, loca y fuera de sí, á grito herido fué trás el cadáver hasta la portada, cayendo en ella con un síncope como herida por un rayo.

Trás el féretro marchaba el Vizconde, mudo, contraído el rostro por un dolor que no podía disimular, tanto que sus amigos los capitanes D. Juan de Fonseca y D. Pedro Lisaga, que le acompañaban, no se atrevieron á dirigirle ni una sílaba, pues barruntaban que aquella mina al menor choque reventaría.

Todos los oficios aguantólos á pié firme junto al féretro y cuando acabados éstos, llevaron aquél junto á la fosa, antes que le bajaran, tomó una mano del cadáver, besóla respetuoso, y sacando un pañuelo de seda de su bolsa, cubrióle el rostro.

Hecho esto, el tío Pedro tendió sobre todo el cuerpo de

Margarita una sábana, según orden de D.^a Jacoba, y enseguida depositaron aquel cuerpo en el hoyo, al que los concurrentes echaron puñados de tierra que antes besaban devotos.

Cuando el Vizconde llegó á la puerta de la Ermita acompañado de sus amigos los capitanes, antes de ponerse el sombrero, volvióse atrás y dijo:

—¡Descansa, Margarita, porque sólo de Dios eres digna!.... Sin embargo, como que te mataron, yo vengaré tu muerte.

Y como si esta promesa le aliviara, calóse su chambergo, y saludando y dándole las gracias á sus amigos, despidiólos y fuese á la casa.



XXXVI

Una luz que se apaga

Los edificios ruinosos apuntalados resisten por largos años los estragos del tiempo; pero al primer huracán se desploman.

D.^a Jacoba Gallegos cuya existencia se libraba á fuerza de cuidados, el rudo golpe de la muerte de Margarita, postuló en cama para no levantarse más. El estómago no pudo sufrir los alimentos, pues las energías habíanse agotado y aunque el Vizconde había hecho venir el médico de la Laguna, el galeno después de examinar á la enferma, manifestó que nada había que hacer; que aquella luz se apagaba á toda prisa y que por tanto debían disponerla recetándole para consuelo algunas infusiones de hierbas, á fin de contener los continuos vómitos que tanto la mortificaban.

Pasados los días, los vómitos cesaron por agotamiento y D.^a Jacoba que no se había hecho ilusiones de su estado, llamó al Beneficiado, confesóse, recibió el santo Viático y terminado el acto otorgó su testamento, para lo cual había hecho venir al escribano de Tacoronte.

La mayor parte de los bienes raíces que disfrutaba, eran vinculados, como así mismo un pequeño número de muebles que detalló el escribano en cuanto pudo, según los datos que daba la enferma; y cuando ésta quedó satisfecha

con la relación, pasó á disponer de lo restante en la siguiente forma:

Legó al Vizconde la mejor de las fincas libres como recuerdo á su cariño y para que no olvidara á Margarita; igualmente distinguióle con otros recuerdos en muel les de familia y alhajas, lo que oído por el Vizconde, le dijo:

—Tía y señora: yo agradezco sus recuerdos, prendas para mí de más estima por el motivo que lo hace que no por el buen valor que tienen; pero ya que vuesa merced quiere favorecerme, á trueque de todo ese hermoso legado, yo preferiría un pequeño cuadro de la Dolorosa que Margarita quería mucho y que nunca he visto.

Este recuerdo afligió á la anciana y contestóle:

—Bien se conoce tu nobleza Cristóbal; ese cuadro que tú deseas, desde ahora es tuyo. Esta dentro de esa papelera en la hornacina del centro y donde ella lo ponía siempre que veníamos al Sauzal; pero aunque desde hoy es tuyo quiero lo dejes en el mismo sitio en que está hasta que yo muera.

—Gracias, tía, repitió el Vizconde,— esta bondad de vuesa merced, mientras viva la tendré muy presente.

Pasada esta pequeña interrupción, D.^a Jacoba prosiguió su testamento.

Anastacia, la fiel Anastacia, no la podía dejar olvidada. Así que con gran solicitud le asignó lo suficiente para que pudiera vivir. El resto de su herencia distribuyólo en limosnas á pobres y obras pías, cuidando que de las primeras fuesen atendidos con generosidad sus medianeros y colonos.

Terminado el testamento y despedido el escribano, D.^a Jacoba dirigióse á D. Cristóbal y con voz desfallecida díjole:

—Ya estoy tranquila porque todo está arreglado; dos cosas, sin embargo, me restan que encargarte: es la una que á mi cadáver le des sepultura lo más junto que se pue-

da al de Margarita y la otra que me llames á la buena de Anastacia.

Cumplióse el mandato y la sirvienta presentóse en la alcoba y como siempre sumisa y cariñosa dijo:

—¿Qué me quiere la Señora?

—Pues que te pongas de rodillas aquí junto á mí y me des tu mano.

Algo sorprendida Anastacia, hizo lo que su ama le decía y cuando ésta tuvo entre las suyas la mano que le había pedido, díjole:

—¿Me prometes Anastacia, que cuando yo muera te irás con Cristóbal y lo cuidarás y atenderás en memoria de Margarita?

Al oír esto, aquella festiva mujer cuyo semblante ya no se conocía porque los sufrimientos lo habían trastornado, entre sollozos contestó:

—Yo *jaré tuito* lo que quiera la Señora.

—Bueno;—replicóle D.^a Jacoba, —no esperaba yo menos de tu lealtad. ¡Cristóbal, éste es el mejor de los legados que te dejo!

—Y yo le admito señora tía —dijo el Vizconde— á quien la escena le había hecho saltar las lágrimas.

—Bien. Todo está terminado,—replicó la enferma:—dénme un poco de agua que estoy fatigada y déjenme descansar á sólas un rato; pues lo que me queda de vida quiero dedicarlo á mi Dios y á mi alma.

Hízose como lo había pedido, y retiraronse á la sala desde donde velaron para acudir al menor llamamiento.

Tres días más vivió aún Doña Jacoba: la profesía del médico se iba cumpliendo. Aquella lámpara moría por falta de aceite, y aunque la agonía era tranquila, fué lenta, muy lenta, tanto que apenas pudieron darse cuenta del preciso momento de su fin.

A los siete días de los funerales de Margarita celebrábanse los de D.^a Jacoba en idéntica forma, con sólo la *el-*

riante de que á éstos concurrieron el viejo Marqués de S. Andrés y los parientes de D.^a Jacoba, aunque lejanos todos llamados por el Vizconde, y entre los cuales se hábfa de uscitar reñido litigio por los dos mayorazgos que dejaba vacante la finada.

Pero, habiendo dado orden el Vizconde de acuerdo con el Beneficiado de que abrieran la fosa junto á la de Margarita, los campesinos entendiendo mal el mandato, abrieron la propia de ésta y sacaron el féretro con el cadáver de la joven, el cual á pesar de los dias transcurridos aún no daba señales de corrupción, quizás esperaba al de su abuela para juntos pagar á la madre tierra el debido tributo.



XXXVII

Camino de la venganza

Con la actividad que le caracterizaba al Vizconde en sólo tres días arregló todo lo que á la testamentaria de su tía pertenecía en el Sauzal; aunque perdiendo realizó las existencias de la bodega, los frutos recolectados y semovientes, pagando todos los gastos que las dos muertes habían ocasionado. Al cuarto día, de mañana, una larga recua de caballerías trasportaba á Garachico, mobiliario, baulés y otros efectos.

Tras ellos en buenos caballos cabalgaban el Vizconde y su padre y en pos de los señores otras dos buenas caballerías llevaban á Lorenzo y Anastacia, ésta última muy apenada y llorosa.

Bastante fatigados, á las doce llegaron á la Rambla donde dieron descanso á las caballerías, y á cosa de las tres volvió á ponerse en marcha la caravana, llegando á Icod á las cinco de la tarde y á las oraciones descargábase todo el equipaje frente á la casa que fué habitación de D.^a Jacoba y su nieta en Garachico.

Luego que los arrieros entraron los bultos, el Vizconde despidió á aquellos pagándoles generosamente y ordenó á Lorenzo se quedara en la casa para que acompañara á la Anastacia, y él volviendo á montar su caballo, á todo galope partió para Icod donde había dejado á su padre.

Sólo diez dias gastó el Vizconde en terminar los asuntos de la testamentaria de su tía, después entregó á la justicia todo lo vinculado, igualmente que el legado de Anastacia y realizando lo demás, dió entero cumplimiento á todo lo dispuesto por D.^a Jacoba, y como ya no tenía que hacer, recogió á Lorenzo y á Anastacia llevándolos á la casa de Icod é instalando á ésta en calidad de ama de llaves y jefe de toda la orden de sirvientas.



XXXVIII

En campaña

Al día siguiente sentados frente á frente junto á la mesa del comedor de su casa de Icod, encontrábanse el viejo Marqués de San Andrés y su hijo el Vizconde de Buen-Paso, esperando á que les sirvieran el almuerzo, ambos pensativos y con marcadas señales de mal humor.

Levantando el Marqués la cabeza y fija la mirada en su hijo, dijo:

—Bueno, y que piensas hacer tú ahora.

—Pues, nada; acabar esta fábrica y plantar viña que creo que es lo que nos interesa—respondió el Vizconde.

—No, no es eso lo que te pregunto,—replicó el Marqués bastante contrariado al ver la evasiva de D. Cristóbal.—Lo que yo quiero saber de tí, es lo que vas tú á hacer con la familia de tu hermana; es decir, si piensas seguir esta situación insoportable de rompimiento, que es un escándalo constante en estos pueblos.

Al oír esto el Vizconde palideció y poniéndose en pié fué á la puerta y cerróla, echándole el aldabón y dirigiéndose á su padre le dice:

—Sepa mi padre que sobre la cabeza de mi desgraciada hermana pesan dos muertes; dos vidas que día y noche piden justicia, y aunque se la pueda librar de la de la tía Jacoba por su edad, de la de Margarita no la libraré nadie

mientras yo viva, pues á toda hora la acusaré; la herida que Clara me tiene hecha es de las que manan sangre constantemente y cuyo escozor no se aminora; así, pues, mi padre me perdone, pero yo, para con mi hermana, seguiré lo mismo.

Tan emocionado había dicho el Vizconde estas frases que el Marqués aterrado no pudo decir otra cosa que ésta:

—¿Y que culpa tienen sus hijos?

—Sí padre, cierto que sus hijos no tienen culpa y que á pesar de todo algo les quiero. Sobre todo, á las hembras, pero tratar á las sobrinas y no hacerlo con la hermana no me parece bien. Así es que casa de Clara no volveré, y para que esto no se trasluzca más, con licencia de mi padre desde Icod pienso irme á España y tomar plaza en el ejército.

—¡Eso nunca, señor Vizcondel, gritó el Marqués ya fuera de sí. Usted hará lo que su padre le ordene: usted, irá á casa de su hermana, y usted, en fin... tratará á su familia so pena de mi maldición.

La actitud del Marqués desconcertó á D. Cristóbal, que á pesar de sus cuarenta años guardaba á su padre un profundo respeto; y dándose cuenta de aquella escena y de lo descompuesto que había estado, corrido, abrió la puerta para marcharse; pero entendiéndolo el Marqués la intención, todavía muy hosco, ordenóle se sentara para almorzar, lo que fué obedecido por el Vizconde.

Sin otro incidente, terminó el almuerzo y acabando el viejo primero, levantóse y se despidió de su hijo, ordenándole cuidara de la fábrica y que no lo esperara á comer.

Al poco rato, en el caballo del Vizconde y seguido de Lorenzo, el viejo Marqués marchaba camino de Garachico.



XXXIX

Padre è hija

Cuando D.^a Clara vió á su padre que sin esperarlo se presentaba en la saleta donde la dama con sus hijas y otra doncella que había reemplazado á Leonor cosfan, tiró á un lado su labor y abrazó al viejo; ejemplo que siguieron Otilia é Inesita. Pasado el saludo, el viejo dijo á su hija que tenía que hablarle y se fue: on alestrado de la crujía principal que ya conoce el lector.

Sentados frente á frente padre é hija el Marqués comenzó de este modo:

—Ya sabes Clara que yo quiero á todos mis hijos por igual; que bien sabe Dios cuanta amargura llevo en el alma por no serme posible volver á ver á Juan. Pues bien, yo soy venido hoy para decirte que antes de morir, quiero volver á verte en paz y amistad con Cristóbal. Y cuando hubo dicho esto D. Gaspar fijó los ojos en su hija esperando con anhelo la respuesta.

No dejó de sorprender á D.^a Clara la pretensión de su padre, pero hábil, de pronto nada dijo y apoyando la cabeza sobre el pecho púsose á reflexionar. Por fin el Marqués sacóla de su mutismo diciéndole:

—¿Pero qué, no contestas?

Levantó la cabeza D.^a Clara y aumentando aún más su propia gravedad contestóle:

—Bien quisiera complacer á mi padre; pero él mejor que yo conoce que la falta de Cristóbal sólo puede tener perdón con la reparación debida, y como no la ha de dar, y caso que quisiera yo, no había de consentir en ella, por que no estoy dispuesta á que se sacrifique mi hija entregándola como oveja al matadero; me parece, señor padre, que lo prudente será dejar las cosas como están, ya que Cristóbal las ha traído á este punto, y por desgracia tropezó la honra de mi casa con sus manos.

Si una bombarda hubiera estallado á sus piés, seguramente no hubiera impresionado más al viejo Marqués que la respuesta de su hija. Así que, desalentado, djole:

—Nada, está visto que mis últimos dias han de ser amargos, y se puso á gemir como un chicuelo.

Algo impresionada D.^a Clara por la aficción de su padre, ya le pesaba haberla causado, máxime cuando sus intenciones iban muy distantes de su fingida intransigencia; así que, cambiando de tono, dijo:

—Padre, por Dios, ¡qué no le vea yo afligido! Haga vuesa merced lo que mejor le plazca. Así que, aunque yo nada debía decir de esto sin contar con Jacinto, como si lo supiera él nada ha de contradecirme, le repito que disponga, Señor Padre, que todo se obedecerá...

El Marqués al oír esto, más afectado aún, se levantó y abrazando á su hija contestó:

—Ya sabía yo que tú eres buena. ¡Ay Clara! tú no puedes saber cuanto te agradece esto tu padre.

—Bien; pero establezcamos bases sobre esta alianza,—replicó D.^a Clara.

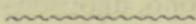
—Las que tú quieras, hija,—contestó el Marqués.

—Bueno; pues mire mi padre, lo primero es que en esta casa no se hable ni una palabra de todo lo pasado, ni se nombre para nada á esas desventuradas de la tía Jacoba y Margarita. No exijo más ni pido más.

— ¡Oh, que bien pensado!—dijo el Marqués.—Como de

tu talento, hija mía; y contento el viejo volvió á repetir el abrazo.

Completamente tranquilo el viejo y su hija, salieron del estrado y pasando á la saleta de la costura, allí estrecharon el tiempo hasta la hora de comer, y a la tardecita el viejo Marqués alegre y satisfecho regresó á Icod seguido de Lorenzo, que luego veremos no perdió el tiempo.





XL

El viejo no puede vivir

Aunque Lorenzo en los días que permaneció en Garachico con Anastacia, había visto á Leonor más de una vez, ya en compañía de aquella, ya sólo, sabiendo que á la ocasión la pintan calva no desaprovechó la proporción que tan á la mano se le venía. Así fué que indagada la hora en que deseaba salir el Marqués, tan pronto arregló la caballería, salió de estampía para la casa de la vieja Hipólita bien ajeno de lo que en ella ocurría.

Como de costumbre, de un empujón abrió la puerta; pero al ir á saludar, la palabra cortósele en la garganta, porque en la salita había cinco ó seis personas que apenas conocía de vista.

Algo azorado miró para la alcobilla y al llamar á Leonor, ésta que tenía la cabeza entre las manos, de un salto fuése á él y sin miramiento á los presentes abrazóle y comenzó á llorar.

Aturdido el muchacho y azorado, díjole:

—¿Qué tienes? ¿qué te pasa?

—¡Ay, Lorenzo! que *seña* Hipólite está muy malita y me voy á quedar sola.

—Cuando Lorenzo oyó esto, dejó á Leonor en manos de una mujer que se había acercado á consolarla, y él bñriendo las cortinillas, entró en la alcoba y sin reparar en

los presentes, acercóse al lecho, y vió, que en efecto, la pobre anciana yacía en él sin conocimiento y que del pecho le salía un ruido de hervor muy marcado.

Como la habitación no estaba muy clara, no se pudo dar cuenta de las demás personas que la ocupaban; pero cuando sus ojos se fueron haciendo á la obscuridad, vió que á la cabecera de la enferma estaba D. Jacinto con los ojos hinchados del llanto.

Bastante corrido Lorenzo, se descubrió y le pidió perdón de su descortesía, y de él supo que por la noche había sido atacada Hipólita de aquel accidente, y que no había ya más que esperar por la muerte, según lo pronosticaba el físico Vasconcelo.

Por demás está decir que Lorenzo no se separó de la vieja, y cuando tuvo que dejarla para ir con el Marqués, prometió que volvería á la noche.

Con este suceso la cabeza de Lorenzo daba más vueltas que un molino, porque Leonor se le había fijado muy adentro y como entendía que Hipólita le hacía falta, el muchacho estaba pesarozo, y aunque nada decía al Marqués de lo ocurrido, conviniéndole abreviar el viaje, con su vara no dejaba parar al caballo.

En cuanto llegó á Icod, llamó á otro criado para que desencillara el caballo y él sudoroso y sofocado fuese á buscar á Anastacia, á la que informó de todo lo ocurrido. Esta, que su gran virtud era el reconocimiento, en cuanto el muchacho le anunció la gravedad de *seña* Hipólita, corrió á buscar al Vizconde para pedirle licencia para ir á Garachico, y como el Vizconde sabía los motivos de agradecimiento que Anastacia tenía para con la vieja Hipólita, desde luego se la dió, ordenando á Lorenzo la acompañara.

Cuando llegaron á la casa, Hipólita estaba en la agonía y junto al lecho, un fraile Francisco llamado á toda prisa, recitaba las preces de los moribundos; pero si Anastacia po-

co pudo hacer en obsequio de su primer protectora cuyos favores tenía muy presentes para Leonor fué la providencia.

D. Jacinto no se encontró en el instante presente del fin de su segunda madre, pues ocurrió la muerte en el corto rato en que fué á su casa para dar cuenta á D.^{na} Clara de ciertos asuntos y en el preciso momento en que esta muy satisfecha le imponía de la venida del Marqués y del objeto de su visita.

Como á Hipólita se le consideraba cou ahorros y además poseía el casucho en que moría, el alguacil dió cuenta al alcalde Real para que losellara, pues era público que la Naranjita no tenía parientes. Al efecto, constituyóse en la casa el alcalde y el alguacil interín se buscaba al Escribano que estaba fuera del lugar. Al llegar éste, con sorpresa de todos, súpose que Hipólita había testado pocos días antes ante el mismo y que fuera de pequeños recuerdos á los hijos de D. Jacinto, instituía por heredera á Leonor de todo lo que se reconociera ser suyo, con lo cual la chica lloró más y Lorenzo guiñó el ojo, máxime cuando en los funerales nada hubo que gastar, porque D. Jacinto ordenó se le hicieran muy lucidos y á su costa.



XLI

Una nueva impudencia

Tres días después de los sucesos que acaban de pasar en el comedor de la hacienda de la viña de Alzola, el Marqués de S. Andrés y su hijo el Vizconde de Buen-paso, almorzaban sin decirse palabra. El padre terminó primero como de costumbre y apoyando el codo sobre la mesa, descansó la cabeza sobre la mano y así aguardó á que su hijo terminara que, por la calma con que éste procedía, no parece sino que quería retardar el final; pero por mucho que se empeñaba en prolongar el acto, al fin fuéle forzoso dar por concluido el almuerzo y comenzó á limpiarse con la servilleta.

Cuando el Marqués lo vió en estas alturas, se levantó y dijo secamente:

—Vamos. Y siguiendo sus pasos el Vizconde como un doctrino, llegaron al patio, donde ya relinchaban los caballos. Montó el Marqués en uno de ellos, ayudado de Lorenzo y en el otro el Vizconde, sin esperar á que le tuviesen el estribo, y ambos á dos tomaron camino de Garachico, seguidos del criado.

Apeáronse á la puerta de D. Jacinto y mientras el Marqués subía la escalera dando voces, y Lorenzo entraba el caballo, el Vizconde con el suyo de la brida esperó á que Lorenzo viniera á recogerlo, y cuando le dió la brida, hablando consigo mismo decía: ya que lo quieren sea. Y dirigiéndose á Lorenzo añade:

—Lorenzo, después que arregles el caballo, observame porque lo necesito saber, como está atrancada la puerta del patio que da á la calle trasera y cuidado con ser bobo. Y entrando en la casa con harta flema, subió las escaleras quitándose los guantes.

Ya en la antesala, esperábalo la familia de D. Jacinto toda entera, que rodeaban al abuelo.

La que primero se acercó al tío fué Inesita, y él que realmente quería á la chica, subióla á los brazos y dióla dos besos; luego abrazó á D.^a Clara, apretóle la mano al cuñado y sobrinos y á Otilia con una familiaridad que nunca había usado, púsole un brazo á la espalda dándole un golpecito, y dijole con el mejor humor:

—¿Y tú como estás, buena moza?

Esta expansión del Vizconde hízole salir los colores á Otilia y fruncir el seño á D.^a Clara; pero al buenazo de D. Jacinto parecióle lo más natural del mundo, y al Marqués la señal mayor de respeto y obediencia que su hijo le podía dar.

La pequeña nube pronto se disipó en D.^a Clara, y á Otilia pasóle el rubor también pronto y todos alegres ó aparentando estarlo, fuéronse al estrado donde en animada tertulia, pasrron alegre rato; pero habiendo dicho el Marqués, que quería hacer unas diligencias, invitó á su hijo para que le acompañara. Este escusóse, diciendo le dolía un poco la cabeza. Lo que, oído por D.^a Clara, esta convidóle á descansar en el lecho de Policarpo, á no ser,—añadió—que quisiera irse al gabinete; pero que tendría que esperar á que arreglaran la cama.

Aceptó el Vizconde la invitación y fuese al cuarto del sobrino, y quitándose la peluca y la casaca cerró los tapaluces y tendióse en la cama.

Al cabo de un rato, sintiendo pasar por el corredor á Inesita, citóla y dijole le llamara á D.^a Clara, y cuando és-

ta se presentó, suplicóle le pusiera unas vendas de vinagre en la cabeza porque según decía le dolía atrocemente. Como la cosa era natural, Doña Clara muy solícita púsole las vendas, aconsejándole reposo y que hiciera por dormirse, y le dejó sólo.

Salió D.^a Clara de la habitación y yendo á la saleta de la costura, dió cuenta del mal de su hermano recomendando no hicieran bulla para que se durmiera.

No pasó mucho rato, cuando D.^a Clara mandó á la doncella á que peinara á Inés y al quedarse sóla con su hija Otilia, dejando la costura fijóle la vista y le dijo:

—¿Qué me dices de tu tío?

—¡Qué quiere Vd. que le diga madre! Nada; que está malo y algo debe tener, porque el pobre venía pálido.

—Sí, efectivamente, muy pálido llegó á la antesala—dijo Doña Clara, y quedóse pensativa,—y después añadió: veremos. A él lo conozco y no me la juega dos veces, y siguió cosiendo.

Llegó en esto Inesita y bien etiquetada, y tras ella la doncella. Y cuando Doña Clara las vió, ordenóle á Otilia se fuera á arreglar, porque la hora de la comida se acercaba.

Salió Otilia, y al llegar cerca de la puerta del cuarto de Policarpo, oyó que llamaba el Vizconde á su madre en voz quejumbrosa y creyendo de su deber saber lo que quería, llegóse á la puerta, y díjole:

—¿Qué se le ofrece tío?

—¡Ah! eres tú—contestóle el Vizconde,—pues bien: creo que te trajo Dios. Me duele mucho la cabeza y no me puedo dormir porque está la almohada baja. Alcánzame la de la cama de Juan Tomás.

Obediente, condolida y satisfecha Otilia, tomó la almohada y acomodóse la al Vizconde; pero éste, tomóle una mano, besóse la y compungido, díjole:

—¡Perdóname, Otilia!

La joven que no esperaba este lance, asustada retiró prontamente la mano, y fuese; pero observando que el Vizconde ponía las manos en la cara y como que sollozaba, compasiva Otilia desde la puerta, díjole:

—Tío, por mi parte está perdonado, y se retiró.

Llegada la hora de la comida y reunida la familia, D.^a Clara fué á llamar á su hermano, el cual se levantó más aliviado, según decía, pero no dejó de comer con bastante apetito. Y cuando terminó quedóse alegre y placentero como si nunca nada le doliera.

Terminada la comida, el Marqués y D. Jacinto fuéronse á echar la siesta y aunque á ello invitaron al Vizconde, éste se escusó alegando sentía cansancio de estar acostado, y se quedó en la saleta rodeado de Inesita, Policarpo y Juan Tomás que le molían á preguntas, aunque él, afable como nunca, á todos y á todo satisfacía.

D.^a Clara y Otilia hacían también compañía sentadas en sus taburetes, y como el Vizconde nada les decía y casi no miraba para ellas, con el calor y el ruido de la conversación, á D.^a Clara comenzóle el sueño á molestar pidiendo la acostumbrada siesta, lo que visto por Otilia y Policarpo la dijeron se fuera á dormir, pues sabían se ponía mala.

Defendíase D.^a Clara, y el Vizconde que nada perdía de vista, aunque parecía que no se daba cuenta, hizo como que oía y parando la conversación que traía con Inesita, dijo á la hermana:

—Parece Clara que te mortificas demasiado por mí, así es que ó te vas á dormir como dicen tienes de costumbre ó me marchó.

—Pero Cristóbal, si no es por eso: si yo muchos días dejo de dormir.

—Mira, tío, no la creas—dijo Inesita,—si no duerme la siesta le duele la cabeza.

—Pero, chiquilla, para que dices embustes,—añadió D.^a

Clara al paso que se levantaba, y decía:—bueno, pues voy á tenderme un poquito. Quédense ustedes ahí y no hagan mucha bulla, pues ya saben que padre está en el Gabinete.

Efectivamente, por los resquicios del tablado oíanse los ronquidos que el bueno de D. Baltasar daba á toda máquina, por lo cual D. Cristóbal recomendando silencio á los sobrinos comenzó á hablarle á Inés en voz baja.

Pronto Policarpo y Juan Tomás se aburrieron en vista de que su tío sólo se dirigía á Inés, y se marcharon de puntillas para no hacer bulla, quedándose el Vizconde con las dos sobrinas; pero como el diablo no duerme, de pronto unas voces delgaditas dadas desde el patio llamando por Inesita, hizo levantar á la niña diciendo alborozada: Mariquita, Mariquita... y salió á toda prisa como sus hermanos, procurando no hacer ruido con las pisadas.

Al quedarse sólo con Otilia, el Vizconde miróla, sonrióse y díjola:

—No sabía sobrina que fueras tan buena: gracias muchas por tu generoso perdón.

—¿Pero tío, que se ha de hacer con quien pide perdón sino dárselo—contestó Otilia.

—¡Oh, sobrina! pero tú no sabes lo que vale un perdón dado por una mujer tan guapa como tú.

—Pues qué ¿acaso vale más el perdón de una bonita que el de una fea?

—¡Vaya que si vale!--contestó el Vizconde; —pero sintiendo que Inesita subía, añadió: de esto no se puede hablar ahora. Ya lo haremos en mejor oportunidad y sin que nos oiga nadie; y viendo que Inés llegaba contrariada, díjole: ¿pero qué traes? ¿qué te pasa?

—Qué Mariquita no se quiso quedar á jugar conmigo, porque va con su madre á la viña y dice que bien podría ir yo con ella,—respondió Inés.

—Eso sí que nó—le dijo Otilia,—cuando madre despierte si te deja ir, bien; pero lo que es con sólo mi licencia, ni soñado.

Molesta Inés por la negativa de su hermana, comenzó á llorar, lo que fué causa de que Otilia se molestara. Afortunadamente poco después se presentó D.^a Clara, quien puso término á la aficción de Inés no sin protesta de su hermana.

Al poco rato presentóse el Marqués satisfecho y placentero, é invitando á su hijo para regresar á Icod, obligóle á levantarse y salir para dar orden de que pusieran las sillas á los caballos.

Avisados por el page de D. Jacinto de que ya estaban listas las caballerías, dispusieronse á partir saliendo á despedirlos D.^a Clara y sus hijas hasta la antasala. Cuando todos llegaron á ella encontráronse con D.^a Olalla Oscar y Tropeé que acababa de subir la escalera, la cual al ver al Vizconde que venía con Inesita abrazada por el cuello, quedóse alelada y como viendo visiones, sacándole de su espanto el Vizconde que al verla le dijo:

—Pero, ¡Santo Dios! si creo que D.^a Olalla es bruja. Sí, sí, no me queda duda.

—¡Qué qué yo soy *buja!* bah bah... contestó la gaga entre colérica y confusa.

—Sí, Doña Olalla, sí;—le replicó el Vizconde,—¿pues si no, como podía V. conservarse tan buena moza?

Al oír esto Inesita rompió á reír. Otilia miró al Vizconde y también se rió; pero D.^a Clara temiendo una imprudencia de parte de D.^a Olalla, dijo:

—Válgate Dios, Cristóbal, cuando será que estés formal.

La gaga quedó admirada y por toda respuesta sólo dió la de mirar con cierta vaguedad á los dos hermanos.

El viejo Marqués vino en ayuda de todos, y saludando

á la Oscar, abrazó y besó á D.^a Clara y á sus nietas y comenzó á bajar la escalera. D. Cristóbal para calmar á la gaga, despidióse de ella con muchas salamerías, y luego abrazó á su hermana: besó á Inesita y poniendo el brazo derecho á Otilia por los hombros y estrechándola un poquito más que por la mañana, le decia: Queda con Dios... y bajando precipitado la escalera, salió á la calle donde ya le aguardaba su padre á caballo y Lorenzo que tenía el del Vizconde por la brida.

Las mujeres fuéronse á la sala y puestas al balcón diéronles el último adios, viéndoles partir y siendo Otilia la última que se entró.

XLII

Amansando á una araña

Como si estuviera en un brasero tostándose á fuego lento así estaba Doña Olalla, por saber lo que ocurría. Para ella era inexplicable aquel enigma, y aún mayor su confusión porque nada había barruntado de lo que acababa de ver, pues antes al contrario, en su última visita á la casa de D. Jacinto que no había cinco dias cabales, le había dado cuenta de que la inquina contra D. Cristóbal iba en aumento y ella misma tuvo ocasión de atizar aquel fuego que no daba trazas de extinguirse.

Efectivamente, en la visita comentáronse las muertes de la abuela y nieta como castigo del cielo que volvía por los fueros de la justicia, y aunque la gaga decía que Dios la perdonara como ella lo hacía, bien se echaba de ver en su satisfacción que no correspondían las intenciones con los dichos; así, pues, con estos antecedentes ya no llamaba la atención la admiración de Doña Olalla.

En el momento en que Doña Clara estaba en el balcón viendo partir á su padre y hermano, ocupábase en arreglar su plan y lo mismo fué entrar en la sala que abrazarse con la gaga, diciéndole:

—¡Hemos vencido Olalla, hemos vencido! Si no son tus consejos y tus servicios, con seguridad que se pierde la partida, y volvía á repetir los abrazos.

-- *Pedo mujé cuéntame la histodia,* — decía la gaga.

—Nada, amiga, nada; que la batalla se ganó gracias á tu ayuda.

—Bueno, *mugé; pedo dime que que ha pasado.*

Doña Clara no queriendo hablar delante de sus hijas, mandólas para afuera y sentándose junto á su amiga le dijo:

—Pues nada, Olalla, que hoy cuando menos se esperaba, llegaron mi padre y hermano; cuando yo ví á éste ya tu supondrás como me quedaría. Mi primer impulso fué ponerlo en la calle; pero contenida por la presencia de mi padre, no pude decir ni palabra, porque te confieso que la cólera me ahogaba.

Mi padre dijo que teníamos que hablar y fuimos á ese estrado. Entonces mi hermano me pidió perdón, tú lo crearás... hasta de rodillas.

Como tú me conoces, me cogió por mi lado flaco... y que iba á hacer... Es mi hermano y mi padre el intermediario.

Y con esto basta Olalla para que comprendas que todo se acabó, quedando en el olvido.

Pero digo y repito que gracias á tu ayuda hemos llegado á este estado satisfactorio.

¡Yal ¡Yal— decía á intervalos la gaga como el que empieza á ver en una habitación obscura cuando comienza á distinguir los objetos—y al fin como si tomara su partido, se levanta y abrazando á Doña Clara dióle mil enhorabuenas y dispúsose al engaño según veía trataban de hacer con ella.

Llamó Doña Clara á las niñas. Los halagos de éstas á la de Oscar, el chocolate de la siesta, y unos bollicos de leche, acabaron con los remilgos de Doña Olalla; y en la tertulia de la noche mostróse más decidora que de costumbre y hasta se permitió sus bromitas con el físico Vasconsleo.

Al siguiente día levantóse muy temprano y desde Fr.

Tomás al portero de Santo Domingo hasta los vendedores de pescado á todos dió la noticia Doña Olalla, de la próxima boda de Otilia con su señor tío el Vizconde de Buen-Paso.



XLIII

Un barquero que toca la vihuela

Al tercer día de los sucesos que acabamos de relatar así como á la hora de cerrar la noche, un ginete cuidadosamente embozado bajaba el Guincho, al parecer con poca prisa, pues la caballería que montaba con paso tardo iba salvando los guijos del camino. Al llegar al roque de tierra apeóse y llevando el caballo de la brida, con el mango de la fusta llamó á la choza de Toribio el pescador; al ruido de los golpes salió un viejecillo descalzo de pié y pierna, con el calzon arremangado, una camiseta colorada y un gorro marino á la cabeza. Saludó respetuoso, tomo el caballo de la brida y entrólo en un chocillo, que junto al suyo había y luego volvióse á éste donde ya le esperaba el ginete sentado sobre una arquilla desvencijada.

Cuando Toribio entró en su choza lo primero que hizo fué soplar el rescoldo del fogón y de prònto una claridad rojiza iluminó la estancia, pues el fuego había prendido en unas pajas que le pusiera.

Con esta claridad pudo tomar un caracol marino que le servía de lámpara el que tenía sobre de una tabla que con cuerdas hacia oficio de estante, y llevándolo á la llama prendió en ella la mecha de trapo que al caracol le salía por la ranura, la que empezó á arder chisporroteando y con luz opaca y olor acre del aceite de pardela de que estaba lleno.

Cuando esto hubo terminado, Toribio se dirigió á su huésped diciéndole;

—*Alevantase Señor, pues de hay tengo que sacar la vestimenta.*

A la media hora de la choza de Toribio salía un pescador con su gorra de cuero, su camisola encarnada, arremangadas las mangas hasta el codo, su calzón blanco, barqueta á la espalda y caña al hombro, y entrando en Garachico tomó la calle trasera como en dirección á S. Pedro ó á la Caleta.

Cuando subía el primer repecho, llegó á su oído el rasgear de una vihuela desafinada y tan mal tocada que hacía erizar los nervios, oyéndosele decir: «¡No me engañaron; ni adrede se toca peor. Veremos si está sólo, ese bollo de chocolate!»

Según el marinero iba avanzando, el ruido infernal del instrumento hacía-se más perceptible y al llegar junto al músico, que sentado en el chaplón de una puerta con afán rascaba las cuerdas, el marinero díjole:

—Que tal, señor Pedro.... ¿parece que se divierte?

Paró el músico su instrumento, y levantando la cabeza á la que la luna iluminó de lleno, dejó ver su faz negra como el ébano; y cuando vió que el que hablaba era un pescador, con la familiaridad de los de su raza, contestóle:

—Pues, *mia tú*, niño, echando penas *al jondo*.

—Vamos, señor Pedro, que en la casa que V. sirve no se ha de pasar muchas.

—Calla, niño, el *pobe nego* siempre es burro, aunque sea en la casa de D. Jacinto.

—Pero, me parece, señor Pedro, que la vihuela está des-templada—repitió el pescador.

—Si estará, niño, yo no se *jacerlo*, ¿sábelo tú?

—Quizás lo sepa. *Déquela*; y quitándose la cesta de encima púsola en el suelo y arrimando la caña al muro, tomó el instrumento, afinólo, y recorriendo luego los trastes tocó algunos preludios.

Cuando el negro oyó los primeros acordes, púsose en pié y no quitaba ojo ni del instrumento ni de los dedos del tocador; pero como éste le diera la guitarra diciéndole tenía que irse, Pedro le suplicó exclamando:

—*No, ite tú sin tocá mucho y bueno, no pue sé.*

—Pero, señor Pedro, si tengo de *dir á coger unos pejitos.*

—Yo pago *lo pejes.* ¿Cree niño que Pedro no tiene maravedís *pa pagá pejes?*

—Si tendrá, no arguyo que no; pero deje que me vaya.

Viendo el negro la resolución de su improvisado amigo, tomó el tono de la súplica y díjole:

—*Po Dios, niño, toca un ratito pa alegrá á un pobe esclavo.*

Como vencido por la súplica, el barquero contestóle:

—Bueno; pero en la calle de ninguna manera.

—*Gueno, hombre,*—repitió el negro.—*Enta, que en e patio púe tocá sin que nadie se apare.*

—Pero dime, niño, ¿de dónde eres que tan *tocaor saliste?*

—Yo, señor Pedro, soy canario y en mi tierra enseñóme un compadre que es un vihuelista fino, como que no hay otro.

—¿Y *po que venite* á Garachico?

—Pues porque me querían coger para los barcos del rey y en el último viaje á la costa tocamos en Teno por el mal tiempo y el patrón mandóme por agua y *entoavía* me está *asperando.*

Causóle gracia al negro la hazaña de su amigo é invitó-le á entrar, y luego de estar en el patio trancó la puerta y sentándose en una escalera de piedra que daba acceso á la dicha puerta dióle la guitarra.

El marinero cogió el instrumento, volvió de nuevo á afinarlo y tocó en él una canción que cantaba por lo bajo; pero el negro fuera de sí, oyendo al músico, no pudiendo

contener su entusiasmo, trepó por otra escalera de madera que de lo alto de la casa bajaba al patio y dió parte á Francisca su mujer y á otros sirvientes para que fueran á oír á su amigo.

Bien pronto corrió la noticia del hábil tocador, y el corredor que daba al traspatio vióse concurrido por Doña Clara, sus hijas y las criadas, bajando al patio toda la parte masculina á ver de cerca al músico que tocaba, para dar gusto, todo lo que le pedían y á él le ocurría; y tanto le agradó á Doña Clara la serenata que mandó darle una botella de vino para que se brindara, con lo cual todos quedaron contentos. Pero siendo ya la hora de la cena, Doña Clara hizo subir á sus hijos y todos fuéronse al comedor, cosa que Pedro deseaba para que su amigo le diera una lección de punteo como él decía.

Cuando mal á su pesar se retiró la concurrencia y el negro y el marinero quedaron solos, Pedro dijo al marinero:

—Niño, vamos á echá un traguito. Y le dió la botella. Probóla el marinero y al punto devolviola al negro, diciéndole:

—Está picado: yo tengo vino mejor y lo *trairé* mañana.

No le pareció á Pedro tan malo el que tomaban; pues de dos besos que le dió á la botella, vió por el fondo la cara de la luna que lucía en toda su plenitud, y no encontrándose en disposición de recibir lecciones, despidiéronse los dos amigos con promesa de verse á la inmediata noche.

Efectivamente, á la siguiente noche como de costumbre, Pedro rascaba su guitarra sentado en el chaplón de la puerta trasera de la casa de sus amos, pero de tiempo á tiempo se paraba en su afán, y poniendo el oído, esperaba sentir el ruido de los pasos de su maestro de música.

Ya mohino de tanto aguardar en vano y cargados los ojos de sueño, disponíase á recoger, cuando por lo alto

de la calle sintió unos pasos apresurados, y el corazón dió-le un vuelco cuando á la claridad de la luna descubrió á su camarada que, al llegar junto á él, dijole:

—Ya me *dia acostá niño*.

—Vaya, señor Pedro, que dormilón se va *jaciendo*. La mar estaba *güena* y los pejes picaban y no podía perder la vez.

—*Gueno*, niño. Pero *jagote sabé* que va á *tené iscuela*, pues *la dos niñas* y D. Juan Tomás *quien aprendé*.

—Pues yo no enseño más que á mi tocayo, porque le *jago* saber que también me llamo Pedro, si bien todos me dicen Perico.

—¡Ay, niño, pues entonces no *apriendo* nada!

—*Gua*, ¿y por qué, señor Pedro?

—*Po* que enfadan los amos y no dejarán que *aprienda*.

—Bueno, vamos esta noche á darle la *lición* que ya se verá después.

Entraron al patio. Perico dejó su barqueta y su caña, y después de labarse las manos en un tanquillo que en él había, tomó la guitarra y afinóla. Tocó un poquito y dió-sela al negro colocándole los dedos en los trastes para enseñarle el zapateado; tonada que por saberla tocar el buen negro daría un ojo de la cara.

Pero cuando más estusiasmados estaban maestro y discípulo, sintieron que por la escalera bajaban de la casa, y que al corredor llegaban otras personas. En efecto, tras de Perico estaba D. Juan Tomás y Otilia cada uno con su laud; y en el corredor hallábanse D. Jacinto y D.^a Clara. El primero con aire imperativo desde lo alto gritó:

—Muchacho, mis hijos D. Juan Tomás y D.^a Otilia quieren les enseñes una tonada que parece tocaste anoche. Bien lo puedes hacer que yo te pago. Y sin decir más me-

tióse para el interior. Perico, que al oír la voz de D. Jacinto se había quitado la gorra, quedóse rascando la cabeza y sus patillas negras, y al fin dijo:

—Pero si yo no sé *pa mí malamente*, como diantre voy á enseñar á sus señorías.

—Nada,—dijo Doña Clara desde el corredor—tú le enseñas esa tonada que como ellos saben ya tocar luego la sacarán.

Con esto animóse algo Perico y dijo:

—*Gueno; ¿y cuala era?*

—Aquella que cantaste bajito y decía:

«Con la proa al viento, corre mi barquilla,»—replicó Juan Tomás.

—¡Ah, yal esa es fácil y si sus mercedes saben tañer, luego la *aprienden*; pero *¿á cual* enseñe primero?

—A mí,—dijo D. Juan Tomás.

Y en efecto, Perico después de tocar la tonada delante de los dos hermanos todo lo más despacio que pudo para que observaran el movimiento de los dedos, hizo que Don Juan Tomás con su laud frente á él hiciera por imitarle, y cuando vió que el joven había ya entendido, *díjole*:

—Ahora su merced váyase para otro lado á tañer, para que la señora no se *trabuque* oyendo otra vihuela.

Sentado Perico frente á Otilia la que tenía en las manos su laud, él con la guitarra de Pedro ibale diciendo la posición de los dedos; pero si la joven sólo estaba atenta á la explicación que se le daba, el buen observador pudo ver que el maestro estaba muy inquieto, algo anheloso y que con ella, con la joven, no usaba el lenguaje tosco y ordinario.

Terminada la lección, el marinero metió la mano en la barca, y sacando una bolsilla de la que tomó un papelito que dió á Doña Otilia, repuso:

—En este *papelico* tiene su merced la canción. *Sáquela de limpio*, y no la enseñe á *naidie*. Dicho esto, tomó su

su barca y caña de pescar y so pretexto de ser tarde se marchó, dejando desconsolado á Pedro, pues con los nuevos discípulos veía iba á salir perjudicado en tercio y quinto en su aprendizaje.

Subió Otilia y fuese á su habitación y á la luz de la tujía desdobló el papel que Perico le diera y en el que efectivamente estaba la canción; pero llamóle la atención la letra, pues era de persona á quien conocía mucho; más al acabar de desdoblar el pliego, dedentro de éste cayó un billetito cerrado y dando olor á perfume, el que en el sobre escrito decía: «Para Otilia.» Y por el interior aunque de letra desconocida se leía: «Perico, es...»

Tan sorprendida quedó la joven al leer el billete, que se le cayó de las manos; pero repuesta, lo recogió y volviéndolo á la luz, leyólo y releyólo por quinta vez, y al fin, dijo: —¡Quién había de pensar que fuera él...!



Lo que vale el vino del rincón
de Buenavista

- A la siguiente noche, trocáronse los papeles. En lugar del negro esperar á Perico, éste era el que aguardaba á aquél arrimado á la puerta, desde poco de haber obscurecido; así fué que cuando el negro abrió dicha puerta y se encontró con Perico, quedóse gratamente sorprendido y entablaron el siguiente coloquio:

—¿Como tan *tempano*, é *niño*?

—Pues, diréle, señor Pedro; como esta noche la mar está agitada y *dende* media tarde no me pica un pez, me dije: pues voy á ver si señor Pedro *apriunde* esta noche el toque del *zapatado*, y vineme para acá.

—¡Ah, niño, cuánto me *alego*! Entra, entra, que voy por la vihuela en un momento.

Cuando el negro volvió díjole Perico antes de comenzar.

—*Tocayo*, vamos á echar un trago del que yo le dije. Y sacando de la barca una regular calabaza, ofrecióse la al negro, el cual desde que la destapó dijo:

—*¡Ete si huele á bueno!* Y poniéndola en la boca dióle un tiento que dejó la calabaza yacia en una tercera parte, y aunque sin ganas al quitársela de la boca, añadió:

—Vaya, *compare*, que este es el del *mesmo* rincón de Buenavista.

—Cierto que así es—dijo Perico.—Un amigo hace la ca-

ridad de llenarme esta calabacita cuando lo voy á ver.

—*Eso si son amigos*—dijo el negro--y no *é roñozo* de *señó Colás* que dice que lo es, y sólo le da á un *pobe* cuando va á la bodega un vasito *de picao*, que es *cuasi vinage*. Si te digo yo niño que *pobe de esclavo*, que por más que esté en casa rica *siempre* pasa penas.

No conviniéndole á Perico que el negro se engolfara en lamentos, dióle una explicación de como había de poner los dedos para la tocata que tanto apetecía y casi llevándoselos con su mano, al fin pudo conseguir que el negro medio que enderezara el dichoso zapateado que tanto apetecía; pero de pronto, llegó D. Juan Tomás con su laud para que Perico le explicara dos ó tres compases que le faltaban para tocar la canción que le había comenzado á enseñar en la noche antecedente, y condescendiendo Perico con mucho gusto, explicóle todo lo que aquel quería é hizo. le tocara en su presencia, mandándolo luego á que fuera á estudiar la tocata á su cuarto, pues ya su hermana Otilia esperaba en el comedor á que terminara la lección y aunque decía D. Juan Tomás que ella también quería explicaciones, bien entendió Perico con solo la presencia de aquella á la cita, que las que venía á pedir eran de otro género y no las musicales.

No quiso Otilia bajar al patio y sentóse en los tramos últimos de la escalera; en la parte, por cierto en que la luna proyectaba sombra. Allí, pues, tuvo que ir Perico á dar las explicaciones que pedía, notando al tomarle la mano para que la pusiera en el mango de la guitarra que su contacto le hacía estremecer.

Perico con toda afabilidad dábale la lección, y como Otilia tenía facilidad para manejar el instrumento, pronto sonó la tonadita, por lo que doña Clara que desde el corredor presenciaba aquella clase *sui géneris*, quedó muy complacida, y más cuando Perico en medio de su rudeza, todo se hacía elogios ponderando la habilidad de la niña; por todo lo

cual al llevarse Doña Clara á la familia para la cena ordenó que también le mandara la cena al marinero con una buena botella de vino.

Terminada la lección de los señores, Perico volvió á emprenderla con el negro, con quien compartió la cena que le mandara Doña Clara, haciéndole tomar el vino que contenía la botella en su totalidad, á lo que no se resistió el negro, pues era devotísimo de Baco. Al poco rato y después de breves explicaciones de Perico, el negro soltó la vihuela y bajando la cabeza sobre uno de los escalones de piedra que daban acceso á la puerta de la calle, quedóse roncando y Perico, dándole envidia, acompañóle por el opuesto lado.

Terminada la cena, amos y criados fueron cogiendo sus respectivos nidos; pero viendo la negra Francisca que su hombre no iba á hacerle compañía, fuése al patio y encontróse á maestro y discípulo que dormían á pierna tendida, y como observara que la calabaza y botella estaban vacías sospecha la causa y montando en cólera, cogió al negro por un brazo y sacudiéndole, decíale:

— *Recondenao*, borrachón... *despieta*. Pero el negro ni por esas podía soltar la carga que tenía. Entonces, la negra molesta, miró á la puerta y como la vió trancada, fuése gruñendo para su aposento.

Tan pronto como la puerta del cuarto de la negra se cerró con harto ruido, el dormido Perico levantóse y se quedó sentado en el mismo escalón que le servía de lecho, mirando fijo al corredor que le quedaba enfrente.

Cosa de dos horas llevaba ya paciente nuestro marinero en la posición indicada; la luna se había puesto y la obscuridad de la noche no le dejaba ver como él quisiera.

Al fin un leve ruido de la puerta que daba al corredor, hízole dar un vuelco al corazón, y más cuando una sombra blanca se dibujó en el barandaje.

Pasado un momento, atrevióse á decir el marinero muy

quedo: «aquí estoy.» Y transcurridos algunos minutos, se oyó un continuado cuchicheo que terminó al cabo de dos horas, en que el negro comenzó á desperezarse como queriendo despertar.

Las lecciones de vihuela, las libaciones del buen Pedro el negro y los cuchicheos repitiéronse con frecuencia. Poco después de los episodios que acabamos de relatar, al salir Perico el marinero una madrugada por la puerta trasera de la casa de D. Jacinto, oyósele decir:

—¡Perdona Margarita; pero ya estás vengada!



XLV

La loba tiene celos

Por la muerte de Hipolita, Anastacia había dejado la casa del Vizconde, y se había constituido en ama y madre de Leonor y canchero del enamorado Lorenzo. Ella que quería á su modo y manera, tomó á Leonor como legado que le hiciera la vieja, y con la persuasión del que cumple su deber constituyóse en amparo de la muchacha, y no sólo la celaba como madre vigilante, sino que le daba todo el regalo que podía, no permitiendo que fuera á la compra, hiciera la comida y otros quehaceres, pues todo esto y más tomólo Anastacia á su cargo.

Con motivo de estas ocupaciones que la ponían en carácter, pronto se enteró de lo que por el pueblo se corría con relación á la reanudada boda del Vizconde con su sobrina, y aunque al principio no quiso dar crédito á la noticia, como averiguara por Lorenzo que efectivamente entre Don Cristóbal y Doña Clara se habían firmado las paces y que el Vizconde casi todos los dias venía á comer casa de D. Jacinto, uniendo esto á la fama de enamoradizo de que disfrutaba, no le quedó duda y dió por cierto lo del matrimonio.

Este manifiesto agravio á la memoria de su niña Margarita no lo pudo llevar á bien Anastacia, pues ella que no pasaba dia ni noche sin que á solas la llorara, igualmente que á su señora vieja, no podía entender como queriéndola

tanto, según decía el Vizconde, la pudiera olvidar tan presto por otra mujer, y así ha sucedido, según opinaba ella por las cosas que había observado.

Por otra parte—seguíá pensando Anastacia—á decir verdad, ella nunca había querido al Vizconde, si no en cuanto sabía que en estimarlo agradaba á Margarita, pues allá en sus interiores, ella hubiera querido para su niña un pimpollo joven y lozano y no un pollancón pasad^o como D. Cristóbal.

Todas estas reflexiones y otras que se callan, y que sólo las contenía Anastacia en vida de sus amas por el mucho amor que les tenía y muertas por el recuerdo á su memoria, estallaron en Anastacia cuando se convenció de que el Vizconde galanteaba á Otilia, y no pudiendo desahogar su cólera en él porque no lo tenía á mano, trató de cobrarla en Lorenzo por considerarlo parte integrante de su Señor. Así fué, que en cuanto lo vió entrar para hacer á Leonor la visita diaria que acostumbraba, encarándose con él, de manos á boca, soltóle la siguiente filípica:

—¿Aonde vienes? Tú te *seguras* que en esta casa vas á *jacer* lo que tu amo acostumbra; *pues mía* que te *equivucas*, pues si esa es tu intención, ya puedes tomar soleta.

La cara toda hosca que puso Anastacia, y el tono con que hablaba, bien dieron á entender á Lorenzo y Leonor que lo dicho no era efecto del carácter bromista de la icodera. Así fué que el mozo díjola muy sério:

—Y porque me dice V. eso.

—Pues te lo digo porque tu amo ni tiene temor de Dios ni... y porque no lo *é decir*, ni vergüenza.

—Caracoles—replicó Lorenzo,—que fuerte está hoy la *mareya*.

Qué mosca la ha picado *seña* Anastacia?

—Si tu tuvieras lo que tiene la gente, no me lo preguntabas, *endino*. ¿Pues, qué, tú no sabes que *entoavía* no está *podrida* la niña de mis ojos, que entre todos tus amos

me la mataron, y ya el velitre del tuyo trata de casarse con la *mesma* que fué su cuchillo? ¡Ah, pero Dios está en los cielos y El no deja sin castigo al malo! ¡Sí, se casan los muy *arrastraos!* Su pago llevaron él y ella. Y no pudiendo más rompió á llorar.

De pié junto á Anastacia, Leonor y Lorenzo no se atrevían á desplegar los lábios y cuando vieron que ya se había desahogado algo su pena, Leonor dijo:

—¿Pero que culpa tiene ni Lorenzo ni yo de todo eso?

—¿Tú también los abogas? ¡Ay, Dios quiera que algún día no la amargues! Mira, todos los hombres son iguales: á las mujeres las lloran cuando más *un diya*, y como aquella se *enfriyó*, *luegecito* buscan *la acolor* de otra. ¡Bobona! ¿tú te crees que este te ha de tener siempre como a santo en andas? Pues mira que te *inquivucas* ¡Dale gracias á Dios si no te rompe una costilla á los ocho días de casados! Y bravía, levantóse de la silla en que estaba sentada y fuese al patio, quedándose Leonor y Lorenzo mirándose el uno al otro sin saber que decirse, sacándolos de su estupefacción unos golpes con que llamaban á la puerta.

Cuando Leonor la abrió, dió un grito, y al oirla volvióse Lorenzo todo asustado, echándose ambos á temblar á la vista de la persona que llamaba, que no era otra que Don Cristóbal del Hoyo, Vizconde de Buen-paso.

El grito de Leonor y el temblor y turbación de ambos jóvenes, pusieron de mal talante al caballero, quien ceñudo y colérico dirigiéndose á Lorenzo le increpó, diciéndole:

—¡Qué haces villano! Es este el modo de respetar á una desgraciada? ¿Es esta la manera de observar mis consejos? ¡Agradeces gran pillo que estoy en casa ajena y delante de esta mala hembra que sin temor de Dios y sin vergüenza se te abandona.... y quedóse parado; pues en aquel momento la infeliz muchacha rompía á llorar á voz en grito,

cuando Anastacia apareció en la puerta que daba al patiocillo, demudada, encarnizados é hinchados los ojos de llorar y con una cara tan hosca y furiosa que la hacia doblemente más fea de lo que era en realidad, pareciéndose en su gesto y postura á la loba que siente el aullido de sus cachorros.

Al ver D. Cristóbal á Anastacia, confirmóse más en el mal pensamiento que formara y volviendo sobre los jóvenes, notó que Lorenzo estaba anonadado, pálido como la muerte y con la barba hundida sobre el pecho y Leonor desecha en llanto.

—¡Infames!—dijoles.—No me lo neguéis; el estado de aflicción de Anastacia me confirma en mi sospecha. ¿Así pagáis la generosidad de esta buena mujer? ¿Es justo que á su cariño paguéis faltando á vuestros deberes?

Quedóse alelada Anastacia oyendo al Vizconde y al fin dijo:

—¿Pero que es lo que hay? ¿que ha pasado?

—Eso debía yo preguntartelo á tí—replicó D. Cristóbal.

—Si nó, dime, ¿por qué has llorado? ¿Si tienes los ojos como tomates!

—¿Y me pregunta su señorío porque lloro? ¡Si digo yo que el mundo es una comedia y los comediantes *tuitos!* Y, en lo que decía esto, veíasele subir por oleadas la cólera al rostro, que de puro rojo dejábanle amoratado. ¡Cómo si una *esvenurada*—añadió—no pudiera llorar cuando quisiera! Potra, con los caballeros, que al *probe* ni llorar lo dejan. ¡Ah, cuerno, que se vayan *pu drento* y se verán los causantes. Y sentándose en una silla bajó la cabeza, y apoyó la mejilla en la palma de la mano y comenzó á llorar en silencio.

Si hasta aquel momento los anonadados habian sido Leonor y Lorenzo, ahora tocóle á su vez á D. Cristóbal; pues metido en confusión, todo se le iba en pasear la vista

por los aturdidos jóvenes y la compungida Anastacia; pero dándose cuenta luego aquel señor de su estado, rehizo-se y dijo:

—¿Sepamos lo que aquí pasa para podernos entender? Y como no obtuviera respuesta, encaróse con su criado, y le dice:

—¿Vamos; dí tú lo que aquí ha sucedido?

—Señor, yo no lo sé, porque en cuanto entré *seña* Anastacia comenzó á *pelearme*—contestó Lorenzo.

—Pero, ¿por qué te peleaba?

—Señor, yo no lo sé. Y me figuro que ni ella tampoco; porque yo no me he portado mal con *Lionor* ni ahora ni nunca; y si no ella que lo diga.

—No, señor; Lorenzo no ha tenido para mí ni una mala palabra—dijo Leonor.

Más confuso el Vizconde con lo que acababa de oír, argumentó:

—Pues si con ustedes no ha habido nada, ¿por qué está llorosa Anastacia? ¿Quién la ha dañado? ¿Qué es lo que tiene?

Calláronse los jóvenes, y como Anastacia nada dijera tampoco, D. Cristóbal muy sério se levantó y dirigiéndose á ella, dijole:

—Vamos á ver señora, ¿se puede saber lo que pasa?

Furiosa entonces Anastacia en vista de que le iban tomando las trincheras, se levanta y dice:

—Eh, tú Lorenzo, largo de aquí. Ya te puedes marchar; y tú *Lionor váyase vusé* á la cocina que tengo que *jablar* con su señorío. Y acompañaba las palabras con la acción, puesto que con las manos les indicaba las opuestas puertas de la pequeña casa por donde debían salir á cumplir sus órdenes. Los muchachos obedecieron sin replicar.

Luego que salieron, Anastasia fué á las dos puertas y púsoles sus respectivas trancas, y cuando hubo hecho esto, encarándose con el Vizconde y alterando la voz, dijole:

—¿Quiére su señorío saber lo que pasa?

—Sí; ya te lo he dicho.

—Pues bien: el que quiere salir su mal escucha. Yo lo que tengo es que las que muerden la tierra, me agujonean aquí, aquí, (y golpeábase el pecho) porque ha de ser *sabidor* el señor que no eran *nengunos piés puercos*, para que su merced á los dos meses no cabales, trate de escupirlas y *patiarlas*, porque al casarse con la que las mató, no digo escupirlas y *patiarlas*, sino que las mira como si hubieran sido unas *pirujas*; y, *cuerno*, su señorío mejor que *naidie* sabe que eran honradas como el sol del medio día y mi niña tan santa y buena como la que más. Y tomando alientos, prosiguió diciendo: Porque ha de saber su merced—repetía—que aunque *probe*, estoy sentida en las *telas del corazón*, y como estaba rabiosa y no podía desemberrinchar con su señorío, lo *jice* con Lorencillo que, en verdad de Dios, él es hombre de bien.

Con que ya sabe su merced lo que tengo: y sepa también que ni quiero *dir* á su casa, ni me da la gana; porque *pa* tener que salir mañana botada, mejor estoy con mi *probeza*, sola. Y no pudiendo más, jadeante, dejóse caer en la silla y comenzó de nuevo á llorar.

Mientras duró la filípica de la irritada mujer, el Vizconde no dijo ni una sílaba. Contentóse con bajar la cabeza y golpear el suelo con la contera de su bastón, esperando paciente á que pasara el nublado; pero cuando vió que Anastacia se sentaba y comenzaba á llorar, al cabo de un instante preguntóle:

—¿Tienes algo más que hablar?

Como ya había desahogado, sólo contestó Anastacia á esta pregunta:

—Nada más tengo que *dicir*.

—Pues bien: escucha atenta lo que te voy á decir, que,

aunque rústica, tienes mucha perspicacia para entender las cosas.

Tienes razón en estar incomodada, pues todo lo que dices es muy cierto, y si en lugar de encontrarte tan brava, hubieras condescendido con mis caprichos, no estimara tanto el legado que de tí me hizo la tía Jacoba—que Dios tenga en gloria—y que no quiero perder por ningún motivo y menos por mi culpa.

Porque si bien es cierto que tengo hechas las paces con las que dieron muerte á la que era la luz de mis ojos, Dios sabe que no era esa mi voluntad; pero me han obligado á ello y ya tienen el premio de su empeño. Y dibujándose una sonrisa en sus labios, cosa que no pasó desapercibida para Anastacia, continuó nuestro hombre diciendo: aunque te digan Anastacia que el Vizconde ha galanteado á su sobrina, y aunque te exageren que me han visto con ella en intimidades, bien puedes jurar y morir en una Cruz asegurando que nunca ni por la salvación seré su marido. Hizo una pausa y poniendo una mano sobre el corazón, siguió diciendo: has de saber buena mujer, que las heridas que tengo aquí, todos los dias manan sangre y son de las que sólo la muerte puede apaciguar su quemor.

En una palabra. Oye bien, Anastacia, lo que voy á decirte. Y se acercó más á la mujer, que ya mostraba susto en el rostro. Oye,—repetía:— mis pecados los ha castigado Dios Ntro. Señor atravesando en mi camino, á mi loca y desgraciada hermana, ofreciendo como víctima á su hija desventurada. Y á fé que me ha castigado aquél que está en los cielos; pues me han clavado una daga en el alma que duele y escuece... Pero así como Dios me castiga con ellas á su vez las castiga á ellas conmigo. Margarita será vengada cumplidamente.

Tal expresión dió D. Cristóbal á lo que acababa de decir que á la infeliz de Anastacia le dió tal terror que cayen-

do de rodillas ante el Vizconde, cruzadas las manos en ademán suplicante, dijo á éste:

—¡Por Dios, señor: déjese de venganzas, que Dios lo castigará más duramente. Acuérdesese que mi niña no era vengativa. Mire que si Su Magestad la tiene en penas quizás se las acreciente. Y la pobre muger con ademán suplicante seguía en la misma posición, mirando el rostro contraído y sañudo del Vizconde que, al cabo de algunos instantes, dando un suspiro, dijo:

—Ya no hay remedio: lo que está hecho, hecho está. Y como si los alientos se le acabaran, dejóse caer en la silla que había ocupado.



Para unos desgracia, y para
otros fortuna

Transcurrido que fué un rato de silencio, Anastacia se levantó y fuése á sentar en otro sitio de la habitación, y el Vizconde como si despertara de un sueño pasóse la mano por la cara y dijo:

—Necesito poner casa en la Ciudad y he pensado, Anastacia, en que tú vayas á servirme. ¿Estás dispuesta, pues, á vivir en la Laguna?

—Yo, señor, voy donde su señorío me mande; pero piense en que no puedo dejar abandonada á esta muchacha, y en las alturas por donde andan ya sus amores no me parece bien dejarla sola.

—Dices, bien, Anastacia; yo no había echado cuenta de eso y el Vizconde quedó pensativo. Al fin, levantando la cabeza, dijo:

—Mira, lo que ha de ser tarde, cuanto más pronto suceda mejor. Ellos se han de casar; pues que se casen y con Francisca que formen la servidumbre de mi padre en Alzola, ya que la fábrica de la casa está terminada de un todo. ¡Ah, sí, la casa que pensé fuera el nido de mis amores y de mi redención! Y como al decir esto dos lágrimas rodaran por sus mejillas, Anastacia enternecida empezó á gimotear.

—En fin, hay que obrar, Anastacia—añadió D. Cristóbal.—Que se preparen los chicos y vayan á casa del

Beneficiado, para que se amonesten en la semana que entra que hay dos días festivos y el lunes de la otra los casamos. Que sean felices los que me rodean, puesto que yo no puedo serlo ya en el mundo.

—Callóse Anastacia, porque su corazón compasivo no podía ser indiferente al dolor de D. Cristóbal, al que ya estimaba en mucho, pues veía claro que no había olvidado á su niña. Y para consolarlo, díjole:

—Calle, señor: anímese su merced, que las mujeres de bien *antodavía no se acaban*, y un tan gran caballero bien merece encontrar una buena compañera. Yo no soy fuera de razón.

Sonrióse el Vizconde y con triste acento respondióle:

—Ya yo sabía que tú eres buena; pero te aseguro que lo que Margarita hizo aquí (y señalaba al corazón) no lo hará otra.

—*Gueno, señor*: ya sé que como niña no *criya* Dios otra; pero como digo *antoavía* hay mujeres *guenas*.

—Bien. Dejémos esto y pensemos en los muchachos. Toma; y sacó de la bolsa unos ducados. Esta noche vas con ellos á casa del Beneficiado y arreglas lo de la boda para el día que te dije y si falta algo del ajuar, cómpralo que todo esto y más lo merecen los muchachos.

—Señor; la muchacha con lo que tiene, lo de madre Hipólita y algo que yo le doy nada le falta; quizás á Lorenzo solamente habrá que comprarle algo de ropa.

—Bueno. Lo de Leonor y de Hipólita bien está que lo tenga; pero tú no estás para dar. Lo tuyo lo puedes necesitar todavía, pues tienes familia pobre. Lo que le falte á Lorenzo desco lo compres todo á mi cuenta.

—Mire su señorío: lo que yo le doy es poca cosa; yo les *jago* el presente de buena voluntad, porque en verdad que los quiero y esperó que me sean buenos.

—Sí; no lo dudes Anastacia, son de nobles y cristianos sentimientos estos chicos.

Estando de acuerdo en todo—continuó diciendo el Vizconde—voy á irme. Pero antes llama á Leonor.

Obedeció Anastacia y abriendo la puerta que daba al patio, llamó á la muchacha, la que se presentó luego, aún con las señales de su reciente lloro.

—Vaya, muger, ánimo y perdóname el agravio que te hice, al suponer lo que Dios gracias no es cierto, y además de pedirte perdón te doy las gracias, pues entendiendo perfectamente lo que ha pasado, aprecio mucho la buena acción que hiciste de aguantar mi acusación antes que descubrir lo que Anastacia encolerizada dijo de mí; así lo hacen las mujeres discretas.

Pero como ha de ser. Las apariencias me condenaron á mi ante los ojos de Anastacia y las apariencias os condenaron á vosotros para mis ojos ciegos que no veían que sólo ellos eran aquí los culpables; y como quiero que no quede sin premio la buena acción, ya puedes prepararte para que te cases de hoy en diez días. Para todo lo cual tiene licencia y mis órdenes Anastacia.

Leonor que había escuchado el sermón con la boca abierta, cuando oyó la última parte, agradecida echóse á los piés del Vizconde y tomándole una mano besósele, diciéndole:

—¡Señor! Dios se lo pague por todo, y la Virgen Santísima le ampare siempre como su merced lo hace con esta pobre.

El agradecimiento y sencillez de Leonor no dejaron de afectar á D. Cristóbal, igualmente que á Anastacia, y no queriendo prolongar más aquella escena, el Vizconde se despidió y se fué.

Cuando las dos mujeres quedaron solas, miráronse la una á la otra, y Leonor cuya emoción era grandísima no pudiendo ya contenerse, echóse en los brazos de Anastacia y comenzó á llorar, diciéndole:

—¡Ay, *seña* Anastacia, cuanto le debo! Con que le pa-

garé yo estos favores. Y seguía en su llanto, mientras un empellón dado con fuerza abrió la puerta de la calle y apareció Lorenzo jadeante.

Al ver á Leonor que lloraba y que Anastacia hacía pucheros, con cara de pascua, dijo:

—Cuernos, que en esta casa hoy todo es *lagrimeo*; *mi si acaban* y se ríen grandísimas lloronas, y tomando una mano de Leonor y otra de Anastacia preguntóles: *¿Con cuál de las dos me caso?*

Esta broma acabó de disipar el mal humor de Anastacia, que dijo:

—Grandísimo *arrastrao*, después que no me quisiste, ahora vienes con ese recado! Mira, si no fuera por que te dejo *feyo* y esta bobona ño te querría, te arrancaba esos cuatro pelos que tienes en el *josico*, y mirando al muchacho y viendo el gran cariño que le demostraba, dióle un abrazo con toda la efusión de su alma. Leonor que presenciaba aquella escena reía.

Pero soltando Anastacia á Lorenzo, exclama:

—¿Pero tú eres *sajorín*? ¿Por dónde supiste...? No le dejó concluir Lorenzo, diciéndole:

—¿Vaya; por donde había de saberlo? Por el amo que me encontró *asentado en la pretilada* de la plaza y me llamó y me dijo que lo perdonara por el mal pensar que ha *jecho* de nosotros; que viniera á verles para que supiera que en la semana que entra no, si no en la otra nos casábamos. Mire, *seña* Anastacia, cuando me dijo esto se me arrayaron los ojos. Y si quiere que le diga, más por lo del perdón que por lo del casorio, aunque lo *deseyo*.

¿No es verdad, *Lionorilla*, que el amo es muy bueno?

—Vaya que si lo es,—replicó la chica.

A la verdad, *seña* Anastacia—repuso Lorenzo;—al amo no le he notado si no que es *namoradillo*; pero á buen corazón no hay quien le gane.

—¡Gran pillo! Habías de ser macho *pa golver* por los tuyos—añadió Anastacia.

—¡Ah, voime! Que me dijo el señor que me fuera luegucito y ya va á anochecer. Y mirando á Anastacia, dijo: Venga otro abrazo *feya buena*. Y como lo decía lo hacía. Pero luego añadió: Ahora con su licencia voy á darle otro á *Lionor* por cuenta de los que le tengo *aprometidos*

Rióle Anastacia su desenvoltura, y dijo:

—Bueno; pero con cuidado.

En efecto, los jóvenes se abrazaron con mucho comedi-
miento, y con los ojos dijéronse todo lo que se querían.

Mientras Lorenzo, feliz y contento, á todo correr se encaminaba á buscar á su amo, Anastacia decía á Leonor:

—Hijita, vamos á calentar algo de cena y á acostarnos en gracia de Dios porque la cabeza no la puedo tener de lo que me duele.

—A mí me pasa igual *seña* Anastacia—contestóle Leonor.



XLVII

Aclaraciones necesarias

En los días en que ocurrieron los sucesos relatados, el Marqués de S. Andrés D. Gaspar, del Hoyo, mostrábase altamente complacido. A la verdad, los hechos no eran para menos; él veía que las relaciones de sus hijos no podían ser más íntimas ni más afectuosas. La fábrica de la casa de Alzola que tan molesto le tenía y que le había costado más de lo que calculaba, ya tocaba á su fin, pues á su juicio dentro de dos ó tres días despediría carpinteros y alarifes; y por último, veía también que las relaciones del Vizconde y su nieta, si bien no podía asegurar eran las de dos enamorados, por lo menos eran afectuosísimas; observaba que D. Cristóbal había depuesto la prevención que parecía tener á los varones, que con Inesita siempre era cariñoso, y las distinciones que dentro del trato general tributaba á Otilia dábanle esperanzas fundadas al viejo para creer que lo que todavía no era amor lo llegara á ser con el tiempo.

Bien era cierto que el viejo más de una vez sorprendió á D. Cristóbal con señales recientes de haber llorado y que en las visitas que un día sí y otro no hacían á la casa de Don Jacinto padre é hijo, éste nunca quiso pernoctar en ella, aunque se lo rogaron todos menos Otilia; pero todas estas cosas que algunos recelos daban á D. Gaspar, pronto se le disipaban, pues aunque viejo, entendía que la memoria de Margarita no era de las que fácilmente se podían borrar. También veía que las gracias de su nieta,

eran lo bastante suficientes para que cualquier hombre se consolase de la pérdida de la mujer amada, máxime si esta pérdida era por causa de muerte.

Pero el Marqués, aún no había entendido el carácter de su hijo. El creía que la obediencia ciega que á sus mandatos siempre había prestado, se extendería á todas las materias, y no contaba conque en la de afectos nunca le había puesto á prueba; y aunque creyó que cuando él le ordenara el casarse con Otilia, su hijo lo haría sin mostrar oposición, sin embargo deseaba que el trato íntimo y el amor hiciera menos tirana su orden. Así es que procurara hacer más frecuentes las entrevistas y aún pensó en que volvieran á vivir con D. Jacinto, so pretexto de pasar en su compañía una corta temporada.

Al Vizconde no se le ocultaban ni las obras ni los pensamientos de su padre, y como le quería entrañablemente, apenábale la sinceridad del bueno del Marqués y creyendo que toda la solicitud de éste era obra de su hermana Clara, aunque á la superficie no dejaba salir el Vizconde de su mal humor cosa alguna, allá en el fondo sentía crecer la mala voluntad que á su hermana le tuviera, llegando ya á los últimos grados de la aversión.

Con estos pensamientos que tanto le atormentaban, el Vizconde paseábase una tardecita en la galería de la casa de Alzola y no pudiendo ya con su cabeza, fué á su habitación, tomó el sombrero y bastón y marchó en casa de D. Nicolás Borges: preguntó por él y como le dijeran que estaba en su despacho, allá se fué y saludando á su amigo, dejóse caer en un sillón frente á la mesa en que el Ldo. estaba escribiendo.

—¿Qué trae el señor Vizconde por esta casa? ¿Cómo van esos ánimos? preguntóle D. Blas.

—¡Cómo ha de irme, Blas! Cada día que pasa la pena me ahoga más; y lo peor es el martirio de tener que poner buena cara á los que odio, á los que me son repugnantes.

—Calma amigo, calma. Las penas, como toda sensación, tienen su período de crecimiento y de descenso.

—Si no digo que no; pero es cuando no hay quien se cuida de atizar el fuego.

—¡Pues qué! ¿Hay más novedades?

—Como novedades no hay—dijo el Vizconde,—sino que para mí es bastante combustible el verlas. El obligarme á tenerlas en mi presencia á menudo es echar leña á la hoguera.

—¡Vaya, D. Cristóbal, vaya! ¿Dónde está esa fé cristiana? ¿dónde la generosidad?

—Sabes, Blas, que observo que tú también te me mudas al bando de los que me persiguen, y es preciso que sepas que cada dia les aborrezco más y que en mí la memoria de la muerte es más viva, y que si aliento es porque la idea de la venganza me ha sostenido. Vengado ya, poco me importa la vida. Puede esta irse cuando y como quiera.

Al oír esto el Ldo. Borges, soltó la pluma que aún sostenía en la mano y fijando la vista en el Vizconde, díjole:

—¡Conque al fin te has rebajado hasta la venganza, Cristóbal!

—No, Blas; D. Cristóbal del Hoyo no se rebaja hasta la venganza. No; D. Cristóbal se toma la justicia por su mano. Porque hay delitos que la ley no castiga y no deben ni pueden quedar impunes, y el que peca en el orgullo en el orgullo debe ser castigado, y el que con el orgullo mata á seres inocentes, en el orgullo debe ser herido.

—Indudablemente debes estar loco, Cristóbal. Supongo que tu venganza contra el orgullo de hermana no llegará á la sangre, y contra los defectos de la señora Doña Clara, si es que los tiene, prescindiendo de las de la lengua, no veo tengas otras armas ofensivas.

Con una solemne carcajada contestó por de pronto el Vizconde á su amigo. Y luego dijo:

—¡Como se conoce Blas que si eres sabio en las ciencias, en las cosas del mundo estás raso!

Sepa el señor Ldo. que mi hermana está herida en lo más vivo de su orgullo y que la llaga no tendrá cura.

Confuso D. Blas con lo que oía, y no pudiendo atinar con el enigma, picado en su amor propio, levantóse y acercándose al Vizconde, díjole:

—Seguramente que esa arma sólo está reservada para tu talento, pues al común de los mortales no le es dado el vislumbrarla.

Mirándole el Vizconde con aire de compasión, se levantó y echando una ojeada á todos lados receloso, acercóse á D. Blas, y casi al oído le habló en voz baja.

Según el Vizconde le iba hablando, D. Blas poníase pálido y cuando aquel terminó volvióse á él diciendole:

—Y tú hiciste eso?

Era tal el tono con que lo preguntaba D. Blas, que D. Cristóbal bajando la cabeza sólo pudo contestar un sí tan apagado que apenas se le pudo oír.

—¡Válgame Dios, Cristóbal!—dijo D. Blas con tristeza:—no lo hubiera creído en tí aunque me lo jurara mi madre. Lo siento más por tí que por todos los demás; pues ya tienes hasta la muerte el peor de los compañeros: el remordimiento. Y bajando la cabeza e nterró la barba en el pecho quedándose pensativo.

Al fin, sacudiendo la cabeza como el que acaba de tener un sueño que le molesta, volvióse al Vizconde y le dijo:

—Todavía si quieres tienes remedio. La cosa... Y sin dejarle concluir, D. Cristóbal añadió:

—Sé lo que me vas á decir; pero advierte que eso nunca. Primero la muerte en patíbulo infamante.

—¡Desgraciado!—dijo con desaliento D. Blas,—ya sé lo que pasa en tu interior: horrible lucha, pero lucha entre el escozor del mal obrar y la venganza satisfecha. ¡Desgraciado, repito! Ahora comienza tu calvario.

Blas,—dijo el Vizconde tomando su sombrero,— he venido á buscar consuelo á tu casa y sólo llevo de ella mayor escozor en las llagas abiertas.

—¡Oh Cristóbal, Cristóbal!—díjole D. Blas.—¡Ojalá pudieras ponerles el único bálsamo que las alivie! Pero tú no lo quieres. Y más triste aún de lo que estaba, D. Blas estrechó la mano de su amigo y despidiólo.



XLVIII

Un desengaño más

Al siguiente día en el comedor de la casa de Alzola hallábase el Marqués de San Andrés y su hijo el Vizconde de Buen Paso que acababan de almorzar. En el recinto reinaba un silencio profundo. En esto, el marqués encarándose con su hijo le dice:

—Hoy iremos á comer con tu hermana.

—Mi padre puede ir—contesta el Vizconde;—yo no quisiera, pues me encuentro algo malo.

—Pero ¿qué te pasa? Hace tres días tienes cara de espanta amigos.

—Si digo verdad á mi padre, ni se lo que tengo; pero no me encuentro bien. Todo me hastia: por nada siento gusto y más que todo, los riscos desde el callado hasta Interían parece que me oprimen y no me dejan vivir.

—¿Pero que tienen que ver los riscos con las personas?

—Pues, caba'mente. ¡Las personas que habitan estos riscos son las que me mortifican y no ellos!

¡Y en qué! ¿Se puede saber?

—Pues en que en esta parte de la isla la vida se hace imposible; porque estas gentes dan por cierto lo que uno ni piensa ni ha soñado.

—Sepamos de uua vez lo que te pasa.

—¡Que me ha de pasar! ¿acaso lo ignora mi padre? ¿No sabe que la gente vuelve á dar por cierto mi casamiento con Otilia?

—Bien, y qué. ¿Tiene eso algo de malo?

—¡Que si tiene de malo! Pues qué, ¿no lo ha de tener el que las malas lenguas traigan y lleven la honra de Otilia de un lado á otro y me imposibiliten de ir á su casa?

—Pues muy sencillo. Te casas y que digan lo que quieran.

—¡Ah! eso sabe mi padre que no puede ser ni lo será nunca mientras yo tenga mi tino cabal. En todo me precio de haber obedecido á mi padre; pero en eso no puedo ni mi padre ha de querer hacerme infeliz para toda mi vida, y como que no-me he de casar con Otilia aunque me crucifiquen, ya vé mi padre que las malas lenguas hasta el pequeño goce del trato de la familia me lo quitan. Enterado el público de esas voces que circulan, no casándome, no puedo seguir frecuentando la casa de Clara.

Como si á los piés del Marqués se hubiera abierto una sima, así se quedó de espantado al oír á su hijo, y como la ilusión que se formara se disipó convirtiéndose en humo, lanzó un suspiro, y dijo:

—¡Y yo que me había figurado que te enamorarías de Otilia!

—Padre, mio: yo por Otilin sólo siento el amor de sobrina y no más. Y dicho esto, ambos quedáronse callados.

Al fin, el Marqués levantándose repuso:

—¡Cómo ha de ser! Lo siento mucho; pero no te obligo de ninguna manera. ¿Qué dirá Clara al ver tu retirada otra vez de la casa?

—No crea mi padre que no ha dejado de quitarme el sueño este asunto; pero creo se le puede dar una buena resolución.

La casa está ya terminada, á Dios gracias, y esto ya no nos puede perjudicar. Vuesa merced se queda en ella con Francisca para que guise y Leonor para el arreglo de la casa y atenciones de su ropa, y Lorenzo para lo que es-

tá; y yo me voy á la Laguna, so pretexto de asuntos de milicias, con Anastacia y un mozo que entre.

—Pero qué, ¿me vas á dejar á Lorenzo y su novia en la casa?

—No, señor, á Lorenzo y su mujer, pues se han de casar el lunes de la semana que entra.

—¡Ah, de ese modo ya es otra cosa!

—Además en esto no hay mentira. Vuesa merced sabe por la carta de Lordelo que le enseñé, que Don Juan de Mur está herido de muerte y ya sabe mi padre que las postrimerías de los mandos y los comienzos de los nuevos, es ocasión propicia para adelantar algo en los grados. Además ya toda la nobleza está trasmigrando á la ciudad Aponte y Franquis se marchan en esta semana, y allá, según noticias, está Benitez, Calderón y otros.

—No me parece mal tu plan; pero te advierto que todo eso lo arreglas tu sólo; y que aunque pare la obra de la capilla de S. Francisco, los padres me ayudan, y no me harás falta. Cuando venga el barco de los géneros que tengo pedidos, te espero; ó antes si el asunto del cobro de Acialcázar se apresura. De no suceder, también me viene bien estés en la ciudad para que agites el embargo.

—Yo, padre, al menor aviso suyo, estaré á su lado.

El Marqués aunque poco satisfecho, levantóse de la mesa y cada cual fuese á sus quehaceres, quedando ambos en que al siguiente día bajarían á Garachico para no infundir sospechas.



XLIX

La boda del criado

Como el Vizconde le tenía afecto no sólo á Lorenzo sino también á su padre con el cual había compartido sus juegos en la niñez, interesóse en que la boda del hijo fuera lucida. Además en una nueva visita que había hecho á la casa que fué de la vieja Hipólita, adquirió otro motivo más para su empeño. En esta visita dió instrucciones á sus sirvientes de todo lo que tenía dispuesto, y pareciendo que ya era tiempo, interrogóles sobre quienes habían de ser los padrinos.

Al punto los muchachos quedáronse encarnados; pero Leonor mirando antes á Lorenzo dijo:

—De padrinos ya tenemos *jablado* Lorenzo y yo, y sin que lo que hemos dicho estorbe *pa* nada á lo que el señor quiera, nos parece que la madrina debe ser *seña* Anastacia, que *pa* mi ha sido como mi madre, y el padrino lo ponemos en manos de su señorío *pa* que nos dé el que quiera.

—Vaya, vaya,—replicó el Vizconde.—Ya os entiendo: con gusto lo seré. Aunque á deciros la verdad, yo lo esperaba así de vosotros.

Por último, díjoles que tenía avisado á los padres de Lorenzo y que ya sabían que venía toda la familia: que en cuanto se casaran, que sería muy de madrugada, todos se irían para la viña de Alzola, pues como allí se habían de quedar, para servir á su padre, según les tenía dicho, allí se había de celebrar la boda, máxime ya que por la noche

Anastasia y él aprovechando la compañía de la familia de Lorenzo se irían para la Rambla, donde descansarían y pasarían un día, para al inmediato irse á la ciudad: que todo esto no se debía de decir para despistar á la gente.

Conforme estas instrucciones, tanto en Garachico, como en Icod y la Rambla, todo se dispuso; pero donde más efecto causó la noticia, fué en este último pueblo, y sobre todo en la familia de Domingo que allí vivía.

Francisca que era la única que de ellos sabía leer, cuando se enteró de la carta en que el Vizconde le participaba la próxima boda, se echó á llorar, y Domingo aunque hombre, tuvo que salirse de la cocina para que no se le notara la impresión que la nueva le causara.

Pasada la noche, en la que no pudieron dormir ambos consortes, trataron de los preparativos del viaje, y por fin acordaron ir todos según los amos pedían, para lo cual Domingo fué á casa de sus compadres Pedro Luis y Antón Díaz, no sólo para encargales el cuidado de la hacienda en los tres días de ausencia, sino también para pedir les prestaran las caballerías y les dejaran ir con ellos á sus respectivos hijos Pedro y Vicente que como ya sabemos eran los prometidos de María Josefa y Lucía.

La alegría que en los jóvenes produjo la noticia de su asistencia á la boda fué grandísima. Esforzaronse todos en el trabajo durante la semana para desquitar los días que habían de perder en la parranda, y sobre todo las muchachas con su madre no se dieron momento de reposo; pues además de aprontar las ropas y vítuallas para la expedición, quisieron asear la casa, porque el Vizconde les decía en la carta que acudiría con ellos á la hacienda para estarse dos noches y un día.

El sábado al medio día, después que comieron, pusiéronse en camino. En la jaca de la casa sobre las alforjas bien provistas, iba Domingo con su traje de camino. Sobre

una borrica fuerte y bien ajaezada caminaba Francisca y en dos caballos matalotes, pero nuevos y fornidos, María Josefa y Lucía, asistidas por sus respectivos arrieros ó expoliques, que no eran otros que Pedro y Vicente. Con cuya compañía, por demás está decir que el viaje fué azas alegre y divertido.

A cosa de las tres de la tarde la pequeña caravana llegaba á la viña de Alzola ó hacienda del Vizconde, como ya la comenzaba á llamar D. Gaspar y con él toda la gente del lugar de Icod. Apeáronse; recibiólos Lorenzo con abrazos. Saludaron á sus amos y luego se determinó que en cuanto hicieran la merienda, las mujeres bajaran á Garachico y se quedaran allí, para que á la madrugada no hubiese detenciones. Algunos momentos después entró Francisca con sus hijas en el cuarto de Lorenzo y deshaciendo el lío de ropa que llevaban, sacaron y ordenaron la que se habían de poner los hombres, y luego ellas quitándose la que trajeron por el camino, ataviáronse con la que á prevención llevaban.

Terminado su tocado, salieron las mujeres de la habitación y entraron los hombres, no sin que antes las dos muchachas fueran remiradas por Pedro y Vicente con ojos encandilados; y recibieran las ovaciones de D. Gaspar y el Vizconde, que desde la baranda del corredor disfrutaban viendo la alegría de sus colonos y sirvientes.

Al fin, arreglados los hombres con sus vestidos dominigueros, pusieronse en marcha para Garachico, donde llegaron ya obscurecido, porque á María Josefa, Pedro y Lucía, todo se les iba en pararse, mirar y preguntar, por ser la primera vez que veían aquellos lugares y el mayor viaje que en su vida habían hecho.

Llegados á la casa de Leonor, donde ya eran esperados, Anastasia con su franqueza ingénita, recibiólos alegre y obsequiosa, y aunque Leonor algo se cortó, no le faltó ánimo para pedir la bendición á los que ya consideraba sus

padres; éstos se la dieron muy gustosos y aunque Anastasia quería retenerlos para que cenaran juntos, Lorenzo les advirtió no debían detenerse, porque como habían de madrugar, los amos querrían recogerse temprano, lo que fué aprobado por todos. Luego se despidieron, regresando los hombres á Icod, los que tan pronto llegaron se tendieron para descansar, pues estaban molidos del camino, principalmente Pedro y Vicente que todo el viaje lo habían hecho á pié.

Lorenzo que le interesaba no dormirse en las pajas, á cosa de la una levantóse, ensilló el caballo del Vizconde y luego de llamar á todos, comenzó á vestirse con la ropa nueva que para su boda le había regalado D. Gaspar; y cuando todos estuvieron prontos, pusiéronse nuevamente en camino para Garachico tan pronto bajó D. Cristóbal y montó á caballo; pero á los pocos momentos Pedro llamó á Vicente; secreteáronse, y éste díjole á señor Domingo:

—Vayan andando que nosotros luego vamos: yo sé el camino.

En la casa donde estaban las mujeres, nada se notaba que acusase detención, pues éstas ya había rato les esperaban, y en cuanto aquellos llegaron cerraron la puerta y juntos marcharon á la Parroquia, y aunque Lucía preguutó por Vicente á Lorenzo, luego se tranquilizó porque su hermano le dijo que se habían quedado atrás él y Pedro y que pronto vendrían; aunque en todo lo que duró la confesión de los desposados y la ceremonia de la boda no parecieron, por lo cual las dos hermanas y aún sus padres se empezaban á inquietar.

Ya quería amanecer, cuando terminó el acto, y como quisiera Domingo ir á buscar á los perdidos, al llegar á la puerta de la Iglesia, quedóse sorprendido al verlos en ella, con las cuatro bestias de los cabestros que trajeron de camino para que en ellas fueran las mugeres; advertencia que

todos celebraron y que Anastasia amenizó con sus dichos picarescos, pues sabiendo por la madre de Lorenzo que los dos chicos eran los prometidos de sus hijas, en todo el camino no dejó en paz á las muchachas con sus bromas en las que fué ayudada por el Vizconde con satisfacción y gusto de todos.

Cuando llegaron á la Viña recibíolos el viejo Marqués muy alegre y la familia de Blas Socas—á quien también se había convidado—tirando á los novios las flores y el trigo símbolos sencillos de la dicha y abundancia con que nuestros mayores celebraban la fundación de una nueva familia.

Hízolos subir el Marqués á la sala para que los padres les dieran la bendición; pero euando los desposados fueron unidos de la mano á ponerse ante Domingo de León, éste todo afectado díjoles:

—Yo *jijos*, si vos doy la bendición; pero antes pídanla al señor Marqués y al señor Vizconde que *han jecho* por Vdes. más que yo.

A esto el Vizconde, añadió entonces:

—No, Domingo; en esto el derecho de los padres no lo quita el favor. Mi señor padre y yo te agradecemos tu atención; pero bendice á tus hijos. Lorenzo, á tus padres primero, luego á quien fú quieras.

A orden tan terminante obedecieron sin réplica, y luego que hubieron tomado la bendición del viejo Marqués y su hijo, fueron á dar con Anastasia. Esta, conociendo la intención de los muchachos, abrazóse á ellos y juntas las tres cabezas rompieron á llorar, hasta que la infeliz mujer díjoles al oído:

—¡Ay, *jijos!* Dios *vos jaga felices!* Todo esto me recuerda á mi Margarita.

Pasados estos momentos, que en toda boda justifican lo que se dice, que siempre la acompaña el llanto, en la amplia cocina y comedor sirvióseles á todos de una olla lle-

na hasta la boca espumoso chocolate, con pan de leche y roscones de manteca, entreverado con sendos vasos de malvasía viejo.

Y como los señores se sintieran con ganas de descansar por la mucha madrugada que hicieron, retiráronse á sus habitaciones, y la alegre concurrencia fué á solazarse por la hacienda. Los jóvenes á tañer las guitarras á la sombra de los árboles y los viejos á recorrer la finca para ver la viña y los animales de labor y comparar y hacer cálculos sobre lo que producirían.

En este interín, Francisca llamó á Leonor y entrándola en el cuarto de Lorenzo donde ya tenían su lecho, púsole á la joven los brazos sobre los hombros y fijándose en todas sus facciones sin pronunciar palabra dióle un beso y abrazóla, y después dijole:

— Mira, *jija*, Lorencillo es un niño y como no he tenido más varones, siempre lo tengo en el corazón. No me lo dejes tener amigotes que me lo pueden perder. Mi *jija*, cuida á los amos, pues *pa* nosotros han sido más que padres. Yo no tengo otros presentes que *jaceros* que esta colcha de colores y estas sábanas de lienzo; tómelas mi *jija* y que el Señor les colme de bienes. Y enternecida, volvió á besar y abrazar á la muchacha que á su vez correspondió á sus cariños.

Y como á la sazón viera á Lorenzo que pasaba por el patio con una bota y un vaso en las manos, llamólo y díjole:

— Mira, Lorenzo, á tu mujer le he dicho que *hastora* eres formal: que cuando no lo *seyas* me avise. Tú, toma *enjemplo* de señor Padre que en su vida me ha dado un pesar.

El muchacho que en aquellos momentos no estaba para sermones, soltando el vaso y la bota que llevaba para convidar á unos amigos, que lo habían venido á felicitar, te-

niendo á la vista á los dos séres que más quería, abrazó-les, manifestando:

—Ya verá *seña* madre como desde mañana le parto una costilla á esta perra—y dándole á Leonor un pellisco en el brazo que la hizo chillar—tomó la bota y el vaso y salió corriendo en busca de los amigos.

La comida hizose bajo el emparrado. Allí la alegría tocó á su límite, aunque contenida por las sanas costumbres y la presencia de los amos. Y como todo tiene fin, la hora de la marcha de la familia de Lorenzo con el Vizconde y Anastasia dióselo á la boda.

Hombres y mujeres pusieronse en traje de camino. Cuatro arrieros cargaron en sus mulas con los baules del Vizconde y Anastasia, y salieron delante; á la postre, después de las despedidas y renuevo de lágrimas, pusieronse en camino todos alegres y satisfechos, no siendo el Vizconde el menos contento que iba, pues las bromas que daba á las muchachas y sus novios, distraíanlo de los pensamientos que le tenían preocupado.



L

Las sospechas renacen

Sin incidentes dignos de contar, el Vizconde hizo su viaje á la Laguna, instalándose con Anastasia y un criado que tomó á su servicio, en una casa junto á la Parroquia de Remedios, desde la cual podía si quería oír misa en la capilla del sagrario, que por cierto estaba dedicada al Santo de su nombre por el fundador D. Cristóbal Viera.

Ya llevaba un mes de estancia en la ciudad. Durante él, sólo á su padre había escrito y creyéndole estaba distraído, el Marqués al contestarle una de las cartas, indicóle escribiera á su hermana Clara, pues habían estrañado mucho esta falta de atención.

Obligado por esta orden del Marqués, el humor del Vizconde no era de lo mejor, cuando se decidió á tomar la pluma para escribir la siguiente carta:

«Hermana: En esta ciudad que no es París, Lóndres ni
»el Haya, sino la reina tuerta en la ciega tierra de Tenerife,
»nada de particular encontré en su exterior, pues las mis-
»mas ranas cantan en la laguna y los mismos gatos mayan
»en los tejados sembrados de *verodes* como de coles las
»huertas de la Vega ó los altos de Isora.

»Pero, si el aspecto de este pueblo siempre es triste y
»melancólico, las asambleas son alegres y entretenidas,
»porque fuera de la manía de hablar de la salud del Ge-
»neral que en todos germina, no hay que dudar que exis-

«te en este pueblo gente culta é instruída que me hacen ol-
 »vidar del sitio en que me encuentro. Además, hay una
 »echadura nueva de hijas de Eva que, aunque viejo toda-
 »vía, me encandilan; y sobre todas, una tal Teresa, sobrina
 »del Inquisidor Talavera que tiene gracias y donaires de
 »gran madama y que es capaz por lo guapa, de entrar en
 »las tentaciones de San Antón.

»Pero no tengas cuidado por este gallo pasado de tu
 »hermano, que el golpe que recibió todavía le mana san-
 »gre, y creo no dejará de darla.

Tu hermano,

EL VIZCONDE DE BUEN-PASO.»

Cuando terminó la carta, leyóla de nuevo, sonrióse y mientras la cerraba dijo:

—¡Quiere mi señor padre que el cantero se rompa, pues ya está roto! Y con toda calma puso en el sobrescrito:

«A mi Sra. D.^a Clara del Hoyo
 Garachico.»

Al dejar el Vizconde la carta sobre la mesa, siguió su monólogo exclamando:

—¡Ay Clara, Clara... hasta donde has ido y hasta donde me has llevado! Si, no hay duda, tu ambición y tu locura á todos nos ha hecho infelices; pero cuando sepas lo que pasa, porque lo sabrás sin duda, serás tú la que más padezca. Y se quedó pensativo y taciturno. Al fin, después de haber pasado en su ensimismamiento más de una hora, se levantó y como si quisiera despertar, se pasó las manos por la cara y pasado un momento repentinamente entró en su alcoba, se desnudó y se metió en la cama.

Al levantarse D. Cristóbal, dió al arriero con otras cartas para su padre y amigos la que escribió para su hermana, encargándole la diera en propia mano.

Pasados cuatro dias, un propio mandado de expreso, llegó á la casa del Vizconde preguntando por él. Como

Anastasia le dijera que no estaba en la población ni que estaría en tres ó cuatro días, pues había ido con D. Tomás de Castro á su finca del Palmar de Anaga, manifestó que tenía que volverse y aunque la mujer le rogó dejara para su amo las cartas que decía traía para él, se excusó, diciendo no tenía orden para ello: por lo cual Anastasia dándole de comer, lo despidió sin poderle sacar nada sobre el objeto de su viaje.

Dejemos al peatón volver á desandar el camino andado y veamos el efecto que la carta de D. Cristóbal hizo en su hermana.

La inquietud de D.^a Clara y la ansiedad de Otilia por saber de su hermano y tío, túvolas molestas desde los pocos días de la partida del Vizconde; y si bien D.^a Clara ni aún con su hija quería dar su brazo á torcer, cuando fueron pasados veinte días, su mal humor aumentó tanto que aún á despecho de su disimulo, notábasele, sin embargo, que deseaba tener cartas de su hermano. La tardanza en recibirlas la hizo entrar en sospechas. Así fué que, al hacerle entrega de la que su hermano le remitiera y ver el sobrescrito, no pudo disimular la impresión que le causaba; y sin atreverse á abrirla, todo se le iba en darle vueltas entre las manos. En esta perplejidad encontróla Otilia que vino á decirle que le llamaba la negra Francisca, y fijándose Otilia en la carta y en la letra del sobrescrito, reconoció que aquella era obra de su tío y exclamó:

—¡Ay, madre, esa carta es de tío!

—Sí; es de tu tío y si quieres que te diga, temo abrirla; porque tengo el presentimiento que nos traerá una pesadumbre.

—¡Vaya, señora madre, las cosas tuyas! ¿Y por qué ha de ser eso? Cabalmente nunca tío me ha distinguido tanto como lo hace ahora, y estoy segura que me ama y mucho. Abrela y verás como digo verdad.

—¿Y en qué te fundas tú para decir que Cristóbal te ama? ¿en que te trata con cariño?

—Yo que lo digo, señora madre, es porque tengo mis razones.

No queriendo D.^a Clara ahondar más; las expresiones de su hija tranquilizáronla, y abriendo la carta comenzó á leerla; pero al paso que recorría los renglones, una densa palidez cubrióle el rostro. Lo que fué notado por Otilia que con gran sobresalto dijo:

—¿Pero qué tienes? ¿qué dice tío?

D.^a Clara por toda respuesta alargóle la carta que Otilia devoraba con la vista. Cuando acabó de leerla, arrojóla al suelo y cubriéndose el rostro con las manos empezó á sollozar, y tanto se angustió para comprimir el llanto á fin de que no la oyeran, que perdió el conocimiento.

Alarmada D.^a Clara y temiendo un nuevo accidente como el pasado, acudió á su hija; aflojóle el corpiño y rociándole la cara con agua, pronto volvió en sí. En este estado, ya D.^a Clara pudo respirar y aconsejar á su hija se retirara á su alcoba. Ya en ella, hizole acostar sobre la cama y púsose á su lado, dándole los consuelos que le sugería su cólera mal reprimida; pues en la orgullosa dama la reacción del abatimiento á la sed de venganza se había operado con suma rapidez, y si bien se refrenaba era por la consideración al dolor de su hija.

Otilia seguía llorando sin consuelo y como su madre la besara, la joven púsole el brazo sobre el cuello y en medio de su llanto, exclamó:

—¡Perdón, madre mía! ¡perdón!

Alarmada D.^a Clara replicóle:

—¿Pero de qué tengo que perdonarte, hija mía?

—¡Ay, sí, madre querida! ¡perdón... por Dios!... ¿Verdad que me perdonarás, madre mía?

La alarma de D.^a Clara subía de punto. Y preveyendo algo grave en las súplicas de sua hija, díjola:

—Pues qué, ¿no te había de perdonar hija mía?...

—¡Gracias, señora madre!—dijo aquélla.

—Otilia,—prosiguió D.^a Clara—habla; díme lo que te pasa. Te lo ordeno.

—Sí, madre, sí; yo lo diré todo; pero antes siéntese aquí y cierre la puerta. Hízolo así D.^a Clara y muy preocupada sentóse á la cabecera de su hija.

Mas de una hora duró la dolorosa confidencia. Lo que la hija comunicara á la madre, nadie lo ha sabido hasta ahora: lo único que se sabe es que al terminar Otilia, D.^a Clara se secó las lágrimas que como fuego le abrasaban la cara, y besando á la joven, díjola:

—Tranquilízate; tu madre sabrá salvarte. Nos vengaremos, hasta con sangre sí preciso fuera. Y saliendo de la alcoba fuese á otra habitación y en ella entregóse á un dolor desesperado, oyéndosela exclamar:

—¡Señor, si es castigo de tu mano, duro, muy duro ha sido!

Aquel mismo día al sentarse á la mesa D. Jacinto, preguntó por Otilia; pero díjole D.^a Clara que le dolía la cabeza, igualmente que á ella; por lo cual ni á él ni á sus hijos les extrañó que apenas probara la comida.

Llegada la noche, antes de acostarse, D.^a Clara llamó á D. Jacinto y después que se convenció de que la familia estaba recogida, llevólo al estrado y encerrados en él, hablaron hasta tarde de la noche. Igualmente de lo que marido y mujer trataran, nada se supo, sino que lloroso y cariacontecido D. Jacinto fué á acostar, quedándose Doña Clara escribiendo una carta. Cuando la terminó era muy tarde. Antes de cerrarla, volvióla á leer y satisfecha al parecer, cerróla con doble lacre. Por la mañana entrególa á un peatón para que la llevara á su hermano á la Laguna, con orden expresa de volverla á traer siempre que no la pudiese entregar en propia mano.



LI

Un percance

El poner casa en la ciudad, el Vizconde de Buen paso, fué un acontecimiento muy comentado; pues los unos alegráronse de tener un sujeto más adornado de vasta ilustración con que decorar las asambleas de la pequeña corte de Canarias, y otros—que por cierto no eran cortos en número,—disgustáronse por la aparición de esta nueva figura que podía eclipsarlos y aún dejarlos maltrechos si en su mal humor, contra ellos dirigía los dardos de su acerada crítica.

Fué de los primeros, el Capitán General D. Juan de Mur y Aguirre, quien en las pocas veces que había tratado al Vizconde había quedado prendado de su finura y galantería y de la gran discreción que mostraba para tratar los asuntos serios; y más que todo, la mucha gracia y donaires con que amenizaba las conversaciones sin que llegara nunca á cansar.

Como en esta época la autoridad de los Capitanes Generales, comenzaba á mostrar tendencias de avasallar todo, siendo verdaderos Vi-reyes aunque faltos del título, alrededor, pues, de estos personajes, pululaban una pléyade de aduladores y ambiciosos de todos estados y condiciones que, ó bien por el medro ó por figurar, halagaban á estos jefes, aplaudiendo aún sus defectos manifiestos. Y como desde la muerte de Brizuela y Urbina habían fijado su residencia en la Laguna, unos por creerlo así y otros

al parecer por ironía, llamábanla la corte de Islas.

A la sazón en que nuestro Vizconde se presentaba en escena, á la corte canaria y á su monarca traílos preocupados una gravísima cuestión: tratábase nada menos que de descubrir la isla encantada de San Borondón. La sequedad del año 1721, no sólo había traído el hambre á estas peñas, sino también la fausta noticia de que la tierra encantada se había dejado ver desde la Gomera y Hierro en aquel otoño, con tan repetida frecuencia, que parece daba voces para que fueran á ella á ponerla bajo el cetro de España y el estandarte de la fé católica.

Para una sociedad perdida en el Océano en la que se pasaba la vida jugando á las grandes poblaciones, la ocasión ni podía ser más propicia ni el asunto de mayor importancia; una tierra fabulosa que se aseguraba tener más de ochenta leguas de extensión, en que habitaba un Arzobispo y siete Obispos sufragáneos, todos encantados, y á la cual había ido por el don de vilocación la monja Catalina de S. Mateo á convertir infieles, no hay duda que su descubrimiento y posesión había de estimular á los buenos canarios.

D. Juan de Mur y Aguirre, cuya imaginación caduca se encerraba en un cuerpo enfermo pronto á pagar á la tierra su tributo, dió acogida fácil á estos anuncios, y picando de alto, mandó formar un expediente y dispuso una famosa expedición, creyendo que una y otra cosa dejaría á la posteridad un testimonio de su pericia en el mando y de amor á sus soberanos.

Para justificar sus procedimientos, el General mandó formar una Junta de todos los sujetos más nobles que tenía el país en letras y posición y conocimientos de los mares de islas y costa de Africa; y como el Vizconde llegara á la Laguna en esta sazón, no sólo fué invitado, sino que se le rogó con instancia para que concurriera.

Celebróse esta magna asamblea en la sala principal de S. E., á la que concurrieron á más del corregidor D. Jaime de Villanueva y el Alcalde Mayor D. Juan Montero de la Concha, Titulos de Castilla, Regidores perpétuos, Coroneles, Capitanes, los Teólogos y Abogados del Cabildo, los Beneficiados de las Parroquiales, los Superiores de las órdenes monásticas y otros muchos sugetos doctos ó que por tal pasaban.

Presidió el acto el mismo Mur en persona, á pesar del grave estado de salud en que se hallaba, y el tal presidente abrió la asamblea con un discurso en que hizo la apoteosis de la empresa y excitó el celo de los concurrentes para que ilustraran el punto é ilustrado este coadyuvaran para darle término.

Tras el general habló el señor Fraire, Beneficiado de los Remedios y probó la existencia de la tierra encantada de S. Blandón con textos de las Sagradas letras, de los poetas griegos y latinos, de los Stos. Padres y hasta de su propia cosecha; pero sobre todo esto, la prueba más concluyente que el docto clérigo adujo fueron las revelaciones de la Sierva de Dios, Catalina de San Mateo, monja de San Bernardino de Las Palmas, sobre sus trasportes en espíritu á la tierra encantada.

Oido este ilustrado parecer, ya nadie dudó de la existencia de la tierra encantada, todos asintieron y la conversación se hizo general. Entre tanto el Vizconde jugando con su alto bastón en las puntas de sus lustrados zapatos, asomaba á sus lábios aquella sonrisa maliciosa que tanto le distinguía, y como no hubiera desplegado sus lábios, notado por el general su silencio, en una trégua que dió la conversación, dirigiéndose á él, díjole:

—¿Veo señor Vizconde de Buen-Paso, que usted nada ha dicho?

—Señor, ¿qué puede decir en cuestión tan peliaguda un

rústico viñatero? Si S. E. me preguntara por el malvasía, por el vidueño y el tintillo, algo de milicias, un poco de esgrima, ó cosas de este jaez quizás algo pudiera decir, pero como la cuestión de que se trata, me parece que pertenece de lleno á los cosmógrafos y náuticos y sólo á ellos, ¿qué quiere S. E. que yo diga cuando de esos ramos del saber sólo tengo rudimentos? Y como no tengo oído el parecer de los dichos en esta asamblea mal puedo formarme idea de esta opinión.

Cuando el Vizconde acabó de hablar, un murmullo de censura sedejó oír; pero como D. Tomás de Castro, el Marqués de Villanueva, Urtusaustegui y otros manifestaran que se debía oír el parecer de náuticos experimentados, el Beneficiado orador creyóse obligado á defender su proposición y así con la voz algo alterada, dijo:

—Por lo visto, para el señor Vizconde no son suficientes las autoridades que he citado de autores de la antigüedad, los Stos. Padres, las Sagradas Escrituras y las revelaciones de la V. San Mateo, aseguradas nada menos que por un cronista tan sabio y espiritual como mi digno antecesor el M. R. P. Dr. Tapia.

El Vizconde sin dejar su sonrisa, levantóse y dirigiéndose á la asamblea, dijo:

—Libreme Dios de poner en duda los textos de los libros Santos que el señor Beneficiado ha referido, ni tampoco los de los Stos. padres, aunque no sea de fe creerlos á ojos cerrados, ni aún los de los autores de la antigüedad, aunque meros historiadores, sujetos al error y á la mentira; pero lo que al señor Beneficiado falta probar es que todos esos textos y citas se refieran á la San Borondón ó San Ilusión que de todo puede haber. Porque señores, siendo nuestros mares tan cruzados hoy de bageles, esquifes y balandras de todos los países, que no se haya tropezado todavía con esa tierra que de existir debe de estar cerca,

ya que se deja ver con la vista natural, es cosa que no puedo creer ni poco ni mucho y mi opinión es que en empresa tan sin fundamento no se deben gastar los caudales del común sin que los cosmógrafos y náuticos den su opinión.

A las primeras palabras del Vizconde, el Beneficiado, el decrépito general y sus aduladores, pusieron cara de perro; pero el Vizconde á pesar de ver el nublado que se le venía encima, no abandonó su ronrisa, ni dejó de seguir jugando con su bastón, y aunque el Beneficiado se levantó para contestarle, el general quitóle la vez, diciendo:

—Del punto de gastos todavía no se ha tratado, que eso corre de cuenta del que tiene los poderes de S. M. (q. d. g.) — y bajó la cabeza en señal de acatamiento— pero sepa el Sr. Vizconde que mi bolsa está pronta siempre para servir al Rey; así que si el proyecto se vislumbra probable y el común no puede, el General Mur hará la empresa del gasto sin ayuda.

Volvióse á levantar el Vizconde y dijo:

—No esperaba yo menos del ánimo esforzado y generoso del jefe que nos rige; pero si el asunto se vislumbra probable como dice el General y por si acaso la empresa necesitara de ayuda, mi bolsa, mis bienes, mi persona y mi propia vida todo está al servicio de mis Reyes. Así, pues, señor, de amor al soberano creo que todos estamos inflamados, y como el San Borondón no ha de correr, propongo que se envíe á la corte un mensajero, que proponga á S. M. el descubrimiento: que S. M. oiga el parecer de personas sabias y que permita á la nobleza canaria, si el proyecto fuera aprobado, hacer el gasto de la expedición á su costa sin retribución estimada; por que en amor al soberano no quiero que nadie me supere. Y sentóse.

Ya antes de sentarse el Vizconde habíase levantado el

Beneficiado que ardía en deseos de apabullarla, y habló así:

—Señores: tengo demostrado la existencia de San Blandón y no San Borondón, como dice la gente rústica é indocta, (y recalcó la frase) contextos y citas de las Sagradas letras, Ilustres Padres y autores de la antigüedad, y aunque puede decirse que las citas no hacen relación á la tierra encantada, después de lo sucedido á la V. Catalina de San Mateo, no puede haber lugar á duda; pues es probado que ella pasó por modo milagroso á predicar la fé á los guanches que habitan la tierra desconocida y como esto lo creen todos, me parecía demostrado que las citas aducidas, á ella se refieren y no á otra. A no ser que se quiera negar la mucha virtud y santidad de esta Sierva de Dios. Y sentóse muy ufano de su peroración.

Cuando esto oyó el Vizconde, levantóse y con gravedad replicóle, diciendo:

— Yo tengo dicho que acato y venero todas y cada una de las citas por el señor Beneficiado aducidas para probar la Isla de San Blandón— como dicen los doctos —y no pongo en duda la mucha virtud de la monja Catalina de San Mateo y la de todos los siervos de Dios, incluso el señor Beneficiado; pero con él, no creo con fundamento en los milagros de los siervos de Dios interín la Iglesia no los declare. El señor Beneficiado no ignora que esta es la doctrina sana y segura.

Viendo el General el sesgo que la discusión tomaba, para cortar toda disputa dió por terminado el acto y dando las gracias á los concurrentes, retiróse á su alcoba para descansar, pues la hinchazón de las piernas acrecentada con la posición que tuvo que guardar durante la asamblea, le fatigaba demasiado.

Aunque el general se retirara, la reunión duró algún tiempo más; pero al fin, unos sonrientes y otros escama-

dos, todos abandonaron el palacio de su S. E., retirándose á sus casas, donde el despejo del Vizconde, su frescura y aplomo, dió mucho que decir y disputar.

No se le ocultó al Vizconde las consecuencias del chubasco que se le venía encima, con oponerse á la expedición famosa, y el dudar en lo de los viajes de Sor Catalina; pero de todo ello diósele un ardite. Cuando sus íntimos le reconvinieron sobre el caso, contestóles diciendo, que hacía tiempo tenía entendido que el mundo lo componían cuatro clases de personas: bobos de repique, pillos de redoma, tontos que lo son y no lo parecen y gente tratable. Riéronle la clasificación y por oírle picáronle la lengua para que se explicara.

No haciéndose de rogar el Vizconde, al punto dijo:

—Sí, señor; esa es la clasificación exacta de la humanidad. De los primeros, por desgracia, el número es cortísimo; de los segundos, si bien no son tan pocos en número, hay los euficientes para dar que hacer á todos y tenerlo á uno sobre un pié como la grulla; de los terceros, ó sea de los tontos que no lo parecen, es la gran mayoría; y por eso son las divergencias, las disputas y otra infinidad de penalidades que sufrimos. Los pillos, en esa clase, es donde tienen su gran almacén de *bastimentos* para todos sus planes maquiavélicos, porque halagan la vanidad de la competencia de aquellos, aunque sólo les saca á plaza la soberbia; y de los últimos, el número ahí anda con el de los tontos; y por eso los blancos de las iras no son muchos.



Cuando Doña Clara vió al peatón de vuelta que le entregaba la carta por no haber encontrado al Vizconde, no pudo disimular la contrariedad que le causaba. Pasados los primeros momentos serenóse, y como si una idea luminosa le asaltara, de pronto rasgó la carta sin abrirla y fuese á la cocina y echóla al fuego.

Aquella misma tarde encerróse con Otilia en el estrado y después de una larga conferencia, madre é hija salieron placenteras y alegres, recibiendo aquella noche á los tertulios con marcadísimo buen humor.

Pero si Doña Clara y Otilia entraban en un período de felicidad relativa, al bragazas de D. Jacinto, una nube de tristeza le cubría; la que haciéndose cada día más densa, rebajaba su lozanía de un modo muy visible. Por fin, un día el pobre hombre no encontró ánimos para dejar el lecho, y quejábase de fuerte dolor de cabeza y opresión en el pecho, y creyéndose fuera un catarro, diéronsele infusiones de hierbas cordiales para provocar un sudor; pero siguiendo en aumento la opresión, llamado el médico Vasconcelos, éste declaró antes de anochecer que el paciente tenía un dolor de costado de carácter grave.

La confusión que la inesperada enfermedad produjo en la casa, fué grande. Bajó de Icod el viejo Marqués, se mandó aviso al Vizconde y como todo tiene fin y término en esta vida, la de Don Jacinto hizo punto al cuarto día de

cama, después de recibidos los sacramentos y de haber hecho testamento y demás diligencias para el viaje á la eternidad.

El Vizconde llegó tan á tiempo, que sólo tuvo el necesario para mudarse de ropa y asistir al entierro del cadáver y, al salir de este acto—que tuvo lugar en la bóveda de la capilla familiar de la iglesia de Domínicos,—desde allí montó á caballo y se fué á la viña de Alzola.

Este desvío de D. Cristóbal comentóse en el lugar; pero á los dos dias, los más enterados averiguaron que el resentimiento del Vizeonde tenía origen en no haberlo dejado el difunto por testamentario, prefiriendo para el cargo á particulares, entre los que estaba el viejo mayordomo señor Nicolás.

Como la muerte llega sin que nada lo impida, la inconstancia del tiempo todo lo borra. Así que el dolor de la familia fué calmándose y la normalidad en la casa restablecióse con la subida al trono del primogénito; dignidad que compartía gustoso con la viuda, su señora madre, máxime cuando el carácter imperante de la dama no sufría primacías donde ella estuviera. Así fué que la dinastía continuó bajo la misma tutela avasalladora.

Pero llegó el día en que el viejo Marqués creyó de su deber dejar la casa de su hija. Con sólo este anuncio, la dolorida D.^a Clara requiriólo para una conferencia, á lo que el viejo accedió gustoso.

Encerráronse padre é hija en el estrado que ya conocemos, y comenzó la conferencia que duró dos horas largas, de la cual salió D.^a Clara con cara satisfecha aunque llorosa y el Marqués con la de un condenado; pues las contracciones nerviosas del rudo caballero movían al minuto todas las facciones de su rostro.

Sin despedirse de' más nadie, el anciano bajó, y montando en el caballo que el negro Pedro le tenía de la bri-

da, como si tuviera prisa en llegar, clavóle las espuelas y salió á galope, llegando en bien á la Viña, donde echando pié á tierra preguntó por su hijo, y habiéndole dicho Leonor que estaba en su cuarto, allá se encaminó, y empujando la puerta entró en la estancia.

El Vizconde que sentado en el alfeizar de la ventana á la sazón estaba leyendo, al ver á su padre, levantóse, dejó el libro sobre una mesa y fué á besarle la mano como de costumbre; pero el Marqués al descubrir la acción de su hijo, retirándose un poco, le dice:

—¡Absténgase, caballero, de emplear formas que no admito! Y como estoy en mi casa, contésteme.

Para continuar V. S. en esta casa se necesita que pague las deudas que tiene contraídas. ¿Está V. S. en ánimo de cumplirlas?

—Sepamos, Señor... ¿de qué deudas se trata?

—¡Nada, Señor Vizconde, V. S. mejor que yo sabe á lo que me refiero! Con que espero su pronta contestación.

—Pues, mi señor padre, aunque con grave sentimiento lo diga, a lo que mi padre y señor quiere obligarse, eso... vivo yo, ¡nunca! Y si no, oígame:

—Nada, nada, señor Vizconde—le interrumpió el marqués,—no admito ninguna otra palabra. Ya veo que es V. S. mal caballero, mal hijo, mal hermano y peor deudo. Está bien: ¡antes de la noche, saldrá V. S. de mi casa y no recuerde nunca el nombre del Marqués de S. Andrés; y déle gracias á Dios que estoy viejo, que si nó, el sí se lo sacaría con la punta de esta espada!... Y el viejo en el paroxismo de la cólera, echó mano á la espada del Vizconde que pendía de una espetera y la desenvainó.

Aunque el Vizconde esperaba un nublado por parte de su padre, nunca creyó fuera de tamañas proporciones. Y exaltado, con actitud enérgica, y cruzando los brazos, contestó al Marques:

—Puede herir mi señor padre sin compasión ni temor,

que no levantaré voz, ni mano; que al fin, sería el desenlace mejor para el drama trazado por esa furia de su hija y mi hermana.

—¡Qué dices desdichado!!—gritó el Marqués ya fuera de sí poniendo la espada con mano temblorosa ante los ojos de D. Cristóbal,—el cual pálido como la misma muerte, pero sereno, replicóle:

—¡Sí, padre!... tendré á honra morir á manos del que me dió el ser.

—¡Insensato,—rugió el viejo—y me provocas! Y como si una nube le pasara por la vista, tiró al suelo la espada y dándole con el pié, dijo á su hijo:

—¡Sí! ¡váyase vuesa merced! ¡Váyase!... y dando media vuelta, cogió la puerta y la cerró tras sí con gran ruido, entrándose en su habitación que atrancó por dentro.

De pronto quedóse el Vizconde como petrificado. Todavía, en ese estado de excitación, descruzó los brazos, sentóse á la mesa, tomó un pedazo de papel, y luego de escribir en él, llamó á Leonor y díjole:

—Toma este papel: vé al cuarto del señor Marqués, dásele y espera por la respuesta.

La muchacha para la cual no había pasado desapercibida la disputa de sus amos, tomó el papel y con los ojos humedecidos, quedóse mirando á D. Cristóbal; pero éste observando la aflicción, díjole con triste sonrisa:

—Cómo ha de ser... Leonor: cosas de la vida. Cree, hija, que este es el primer disgusto que tengo con mi padre después que soy Cristóbal.

Leonor, dando un suspiro, contestóle:

—¡Ah, señor pa drino, como Barrabás enreda las cosas! Cuando Lorenzo lo sepa quien lo *uye*. Y salió á cumplir lo que se le ordenaba.

Leonor llegó á la puerta de la habitación del Marqués y temblando, con los nudillos llamó en las maderas; pero el

Marqués no se dió por notificado, y sólo se oían los pasos precipitados con que aquél recorría la estancia. Por fin, la muchacha se atrevió á decir:

—¡Señor! soy yo. Y como el viejo la oyera, de mal talante abrió la puerta, diciéndole:

—Y bien, ¿qué quieres?

—Este papel que me ha dado padrino y espera contesta de V. S.

—Vuélveselo á llevar. Pero.... no. Espera—dijo el Marqués,—y á poco salió con otro papel, y añadióle: Dile á D. Cristóbal que ahí tiene la contestación.

Al recibir el papel de su padre, D. Cristóbal quedóse inmutado y como dudando de él. Leyólo en alta voz y vió que decía:

—«Señor Vizconde: No estoy de ánimo de oír disculpas, ni leer papeles. D. Gaspar del Hoyo dice las cosas una vez; si V. S. no está en ánimos de obedecerme, deje mi casa; previniéndole que no quiero verle. Y como si V. S. se retira tiene derecho á la alimenticia, puede mandar á cobrarla del mayordomo Blas Socas

EL MARQUÉS DE S. ANDRÉS.»

Irritado D. Cristóbal, llamó á Leonor, y dijole:

—Júntame toda la ropa y pónla en el saco que trajo el arriero y manda llamar á Lorenzo. Y enseguida fuése á la galería y púsose á pasear harto preocupado.

Después de mucho tiempo de paseo al fin apareció Lorenzo cariacontecido, porque Leonor lo había impuesto de lo que ocurría. Y como el Vizconde le dijera que le buscase un arriero para que le ensillara su caballo, Lorenzo contestó: El arriero ya está aquí: yo voy.

—No; tú no te meneas de aquí, porque yo no quiero. Ved y has lo que te digo y vuelve á mi cuarto donde te espero.

A orden tan terminante, Lorenzo bajó la cabeza y para cumplirla, fué á la cuadra, echó piense al caballo y á la me-

día hora estaba de vuelta con un mozo de la vecindad, alto y fornido, su palo en la mano, mochila al cuerpo y traje de peón de camino.

Cuando Lorenzo entró en la habitación de su amo, éste escribía, y al notar la presencia de su antiguo criado, díjole que llamase á Leonor, y cerrada la carta que escribiera, púsose las botas y tomó su capa, su sombrero y guantes de viaje. En este instante entraba el matrimonio.

—Bueno: ¿dónde está la vieja Francisca? preguntó el Vizconde.

—Señor,—díjole Leonor,—ella desde esta mañana está en la *utagea* lavando: yo hoy estoy al cuidado de todo.

—¿De forma que ella nada sabrá de lo ocurrido?

—No, señor,—respondió Leonor.

—Bien; mejor,—dijo el Vizconde,—pues quiero que de lo pasado aquí nada se sepa por Vdes. y que de todo lo que ocurra me déis aviso y me tengáis al corriente. Esta carta la dejáis como está sobre la mesa para que mi padre la vea y la recoja; pero si viérais que él no entra en este cuarto, entonces se la dáis. Ahora, quedaos con Dios. Y colocado en medio del matrimonio, púsoles á ambos esposos los brazos por los hombros, rompiendo á llorar los acariciados.

En un principio el Vizconde nada pudo decirles por estar él bastante afectado; pero repuesto, díjoles:

—Ea, ánimo: no ser niños. Cuiden á mi padre con más esmero. Y tú, Lorenzo, toma el saco y dáselo al arriero y no hagáis más lamentos que mi padre puede oír. Y salió resuelto: bajó, montó a caballo y marchó á paso lento sin atreverse á mirar para atras.

Aunque el Vizconde dejó la carta cerrada, con su licencia abrirémosla para saber su contenido, que dice así:

«Señor Padre: Si en algo le tengo ofendido, suplícole »como hijo me perdone; pues nunca mi ánimo se ha deter-

»minado á causarle incomodidad alguna. No está en mi
»mano el poder obedecerle en el punto á que su mandato
»me ordena, porque entre su deseo y yo, se levanta la ba-
»rrera de dos muertas que claman venganza de Dios y los
»hombres.

»Mi padre me ha condenado sin oirme. Acepto la pena,
»aunque dolorosa y para mí cruelísima.

»Por lo que hace á los alimentos, le doy las gracias; por-
»que á su generosidad debo el tener hoy con que hacer
»los gastos de mi dignidad hasta que llegue el día en que
»S. M. me emplee en su real servicio y á cuya diligencia
»desde hoy dirigo todos mis pasos.

»Si algún día mi padre necesita de su hijo, sepa que el
»mayor de sus deseos es serle útil.

EL VIZCONDE DE BUEN PASO.»

Cinco meses habían pasado ya de los sucesos relatados. El viejo Marqués aunque más vivía en la casa de su hija, en Garachico, que en la viña de Alzola, á pesar de los cuidados que con él tenían, mucho había envejecido. En la casa de D.^a Clara no se nombraba á su hermano ni á prodigios; si algún incauto preguntaba por él ó le citaba en la tertulia, padre, hija y nietos sólo decían que estaba en la Laguna y variaban la conversación. La D.^a Olalla Oscar y Tropea dábase á todos los diablos por no saber lo que ocurría. El escribano del lugar tenía muchas y largas conferencias con el Marqués.

Una mañana, un barquito pesquero entró en el puerto: de su bordo saltaron dos hombres escuálidos, calenturientos, medio desnudos. La gente de mar se arremolinó junto á ellos que con voces á medias y los tripulantes por entero, dijeron eran dos náufragos que de sobre un palo habían recogido en alta mar. Su estado lastimoso excitó la compasión y fueron llevados al Hospitalito. Allí el físico Vasconcelo trató de confortarles el cuerpo; pero su estado

más necesitaba de los consuelos del alma que le proporcionó el Beneficiado de Santa Ana. Los infelices llevaron cuarenta y ocho horas de hambre y de batalla contra las olas después que abandonaron el *Micael*, navío francés que venía cargado de géneros para el Marqués de San Andrés y que se había hundido á vista de la Isla.

La noticia corrió como el relámpago. A D. Gaspar del Hoyo, dióselo un marino á boca de jarro, y el Marqués fué á prisa al Hospitalillo y por los agonizantes náufragos supo todo lo ocurrido al detalle; pues como sabía el francés con perfección entendióles el relato hasta en sus menores frases.

Esta catástrofe para su fortuna abatiólo más de lo que estaba. No dormía ni podía dejar de pensar en la pérdida sufrida. Trató de arreglar sus asuntos y para ello quiso ir á Vilaflor á comunicarse con su amigo D. Pedro Soler, y aunque su hija se oponía al viaje, el carácter irascible del anciano salió de madre y no sólo hubo de ceder D.^a Clara, si no que vió, sin poder de cir nada, que lo emprendía con sólo un arriero en compañía.

Una noche de luna púsose en viaje. Llegó á Icod, subió la cumbre; pero ya en las cañadas, sintióse enfermo: un dolor en el pecho fatigábale. El arriero, ó porque en la turbación equivocó el camino, ó porque le pareciera más cerca, llevólo á Granadilla, y allí pidió la posada á Margarita de Osorio, quien se la dió descuidada de lo que había de suceder. Como el Marqués siguiera molesto con el agudo dolor que en la mitad del pecho sentía, y creídos los que le rodeaban fuera del frío de la cumbre, aplicáronle unas bayetas calientes, á cuyo beneficio pronto recobró su normal estado, por lo cual se chanceaba. Ya de noche, al irse á recoger el enfermo y en el momento que intentó desnudarse para meterse en el lecho, el dolor fué tan intenso que lo derribó. A los pocos instantes fallecía ahogado por un vómito de sangre.

La noticia de la muerte de D. Gaspar consternó al Vizconde; pero inmediatamente la recibió, acudió á la Grana-dilla, donde también concurrieron sus sobrinos D. Policarpo y D. Juan Tomás, y aunque ya se le había dado sepultura al cadáver, celebraron los funerales con todo el aparato que se pudo proporcionar.

Desde allí trasladóse el Vizconde á Icod: recogió la hacienda, hizo celebrar nuevos funerales, y entregando todos los bienes libres á la justicia con renuncia de su parte á favor de los herederos, quedóse sólo con lo vinculado, pero libre de toda cuestión con sus hermanos y sobrinos.

Este golpe de la muerte del viejo Marqués, si bien aflijó á D.^a Clara, no desconcertó sus planes; pero el inesperado de la renuncia del Vizconde á la legítima, si que le destrozó los proyectos que maquinaba.

No era D.^a Clara de las mujeres que se dejan vencer. Tan pronto ésta vió rota la celada en que esperaba coger á su hermano, delineó otra eu su mente y por lo satisfecho que demostraba el semblante no parecía estar descontenta de su nuevo plan. Y al efecto, so protesto de diligencias sobre partición, hizo viaje á la Laguna y de ella, á Santa Cruz, según hemos visto en el capítulo primero de esta historia, en el que consta la nueva faz que la Señora quería dar á su proyecto de venganza.

LIII

El Lcdo. D. José Jacinto Loreto

En la Plaza de los Remedios y en la acera que mira al sur, en la cuarta casa á contar desde la esquina de la calle de Santa María (Juan de Vera), vivía en la época de este relato el Presbítero Lcdo. D. José Jacinto Loreto, Abogado de los tribunales del Reino.

Era el clérigo abogado un tipo raro en lo moral y estético. Alto, algo grueso de cuerpo, cargado de espaldas, moreno, de ojos vivos, nariz ancha y loca un tanto maliciosa, con el pelo totalmente blanco: este era su físico. Suave de trato, condescendiente hasta el límite extremo; franco, infranqueable en los principios, rígido en materia de intereses ajenos: enemigo de la doblez y el engaño; sin pelos en la lengua para decir lo que le gustaba ó nó. Tal era su modo de ser moral. Y si á esto añadimos que sus aficiones las dedicaba á tener muchos y buenos libros, y sus afectos á sacrificarse por parientes y amigos. tendremos bosquejado el tipo.

Por demás está decir que un hombre de estas condiciones, necesariamente había de ser discutido; pero de las discusiones sobre su persona al bueno de D. José Jacinto dábale un ardite.

A este abogado, pues, dirigióse D.^a Clara del Hoyo, y como habitaba frente á la casa que ocupaba su hermano, no queriendo ser vista de éste, por una esquila que mandó con un criado, solicitó una entrevista del abogado á prima hora de la noche.

En efecto, á poco de dar las oraciones de la siguiente noche en que D.^a Clara se encontró con el corregidor Mesones acompañado de su page y un criado, tocaba á la puerta del Licdo. Loreto, que abrió la sirvienta de éste, candil en mano para alumbrar á la visitante.

La buena muger saludó á la Señora, y precediéndola, entró en la sala donde con el candil encendió dos de los mecheros de un velón de aljofar que estaba sobre una mesa, y diciéndole á la señora que tomara asiento en un estradillo formado por cuatro sillas moscovias, puestas de frente dos á dos sobre una estera de palma, despidióse, diciendo iba á avisar á su amo. Al salir á la antesala colgó el candil de un clavo para que se alumbrasen el page y el criado y yendo al despacho del abogado que departía con dos de sus amigos, dióle la noticia de la visita.

Por la puerta de la alcoba presentóse el grave eclesiástico envuelto en su loba de retina y después de los saludos cumplidos sentóse frente á la dama, diciendo:

—Sepamos á que debo el honor de esta visita y en que puedo servir á la Señora.

—Señor Licdo.: el honor es mío—replicó D.^a Clara,—y respecto á lo demás, vuesa merced puede servirme de mucho, según verá. Y comenzaron el siguiente diálogo:

Antes que nada, debo decir á vuesa merced, señor Licdo., que soy venida por recomendación del señor Obispo.

—No la necesitaba la Señora, por más que siempre aprecie esa valiosa recomendación.

—Gracias, señor Loreto; pero quiero lo sepa vuesa merced—continuó diciendo.—Ha de saber vuesa merced que soy viuda por mi desgracia y con cuatro hijos, de los cuales la más vieja es una joven casadera, y no por que sea mi hija, no señor, sino por lo amante que soy de la verdad, he de referir á Vd. que mi hija es una señorita nada despreciable por su buen parecer y hacendosas maneras;

como que en su crianza he puesto todo cuidado como era de mi obligación.

Pues, bien: á esta hija saliéronle algunos partidos no despreciables; pero ella no quiso condescender con las honestas miras de los pretendientes. Al fin, llegó mi hermano de Francia y aunque le dobla la edad á la niña, prendóse ésta de él, por requerimientos que á este fin le hiciera mi referido hermano.

Estas honestas relaciones hiciéronse públicas, y, como siempre, los únicos que nada sabíamos éramos mi difunto esposo y yo, hasta el día que una amiga fiel nos puso en cuidado. Y como al preguntar nosotros á nuestra hija sobre el asunto, nos confesara la verdad, con la autoridad de familia pedimos á mi hermano una explicación... ¡Ay! aquí llega señor Lcdo. lo horrible. Ni sé como tengo fuerzas para decirlo. ¿Qué cree vuesa merced que contestó?

— ¡Que puedo yo creer Señora, si vuesa merced nada me ha dicho!

— Sí; dice bien vuesa merced. El infame, negó no sólo su afición, sino también la palabra de casamiento que dió á mi hija. Y dicho esto, calló esperando que el clérigo dijera algo; pero en vista de su silencio continuó:

¡Este disgusto concluyó con la vida de mi buen esposo! Y al llegar D.^a Clara á este punto, la voz se le anudó en la garganta y sollozando, añadió:

— A mi desgraciado padre también le ocasionó la muerte ¡Ay, señor Licdo.! ¡cuán menguada fué para mí la hora en que alegre volví á ver á mi hermano! Y como volviera á repetir su llanto, djíjole el señor Loreto.

— No se aflija Vd. tanto, Señora. Veamos si la cosa tiene algún remedio. Conteste vuesa merced con llaneza á lo que le pregunto:

— ¿Dígame, señora, ¿tiene vuesa merced ó la señorita su hija alguna misiva ó papel en la que su señor hermano dá proas? mes

—No. No señor.

—¿Ni carta en que le manifieste su pasión?

—¡Solamente hay un papelillo en que le pide una cita. Y quedóse parada. Añadiendo luego: cita, realmente, nó. En el referido papel sólo explica quien éra el cantor y vihuelista de aquella extratagema inventada por él. Pero, ¡ah! ni eso sirve; porque el muy ladrón ó lo hizo escribir por mano ajena ó defiguró la letra.

Frunció el entreeejo el Lcdo. y luego dijo:

—Bien; si no hay cartas, seguramente habrá testigos.

—¡Ah!... lo que es eso, si señor; todo Garachico puede serlo.

—De modo que habra quien declare que el señor Vizconde trataba de amores con su sobrina. Que los vieron hablarse á la reja, mirarse como enamorados; ó que le oyeran decir á él que se casaría con su sobrina.

—¡Ah! lo que son esos puntos señor Loreto, no sé habra quien los declare. Más bien creo que no; pues mi hermano es muy taimado, y el tuno más bien hablaba de lo poco que le gustaba la sobrina y otras mil industrias de que se valía para ocultar sus propósitos infames. Pero, á Dios gracias, y á la virtud de mi Otilia nada pudo conseguir.

Pues señora, —dijo el Lcdo. meneando la cabeza en signo negativo, —no entiendo; ó mejor dicho, no veo claro. Vuestra merced tiene mal concepto de su señor hermano. Su hija, nada ha perdido hasta hoy á Dios gracias: no existe ni la más pequeña prueba de que le prometiera casarse con ella. Y, sin embargo, parece quiere V. hacer casar á su hermano.

—Pues, si señor—contestó D.^a Clara,—quiero hacerle que cumpla la palabra que dió á mi hija y su sobrina, porque esos amores aunque honestos, han trascendido al pueblo bajo, y como éste siempre es malicioso ha supuesto lo

que no ha habido; pero que sin embargo estas suposiciones quebrantan la honra de la mujer.

—Bueno, señora; no seré yo quien le niegue á vuesa merced el derecho de quejarse; pero como abogado deseo decirle que si no tiene más pruebas que alegar en su favor que la voz del pueblo, poca cosa es en verdad de provecho para el caso.

—¿Quiere, decir, señor Loreto, que vuesa merced cree que no saldré bien en mi demanda?

—No digo tanto señora. Lo que sostengo es que no veo en que apoyar el litis.

—Pues el señor Obispo si lo vé y me ha dado la razón y por su orden he venido á que Vd. me defienda mis derechos que son los de la justicia.

—Señora, celebro mucho que el señor Obispo esté tan de su parte; pero yo siento decirle que no puedo defenderla.

—Vamos, que sospecho que mi hermano ha prevenido á vuesa merced.

Al oír esta acusación, el clérigo todo contrariado, se levantó y díjole:

—Señora: á mí nadie me previene y menos su hermano á quien no he saludado en mi vida.

Entendiendo D.^a Clara que se habia adelantado y procurando corregir el yerro cometido y dulcificando el tono de voz, díjole:

—¡Cómo que no creo, señor Loreto, que vuesa merced me desampare!

—Señora, yo ni amparo ni desemparo. Lo que si digo es que no veo en que apoyar su pretensión y no soy yo de los abogados que meten á sus clientes en pleitos temerarios.

En tal tono dijo el clérigo estas frases, que Doña Clara entendió bien, que daba con todo un carácter, y d^o espe-

rando de su imprudencia quiso quemar el último cartucho y levantándose con la altanería que le era propia, añadió:

—Está bien, señor Loreto. Si vuesa merced no quiere defenderme, no faltará quien lo haga. Yo he venido á su casa por recomendación del señor Obispo, que tiene de vuesa merced buena opinión, como igualmente el General á quien he visto hoy y él también parece cree en su saber; pero no importa: visto que vuesa merced no tiene con que sacar mi derecho en limpio, iré en pos del Licdo. Correa que defiende á mi parienta D.^a Francisca Viña de Vergara, y á quien tanto me recomendó y alabó el Beneficiado Freire, en casa de S. E. Y á la verdad, soy franca; voy descontenta de su saber tan ponderado, por lo que me inclino á creer ya lo que dice de Vd. el señor Freire.

Levantándose también el clérigo Loreto, replicóle sonriéndose:

—Señora, me alegro mucho de no saber defender su derecho que á vuesa merced le parece tan limpio y tan claro. El señor Obispo y el General tienen de mí concepto errado, quizá porque los veo rara vez; pero sea como fuere, lo que puedo asegurar á Vd. es que no conozco si sé ó nó algo de provecho.

Conociendo D.^a Clara que la entrevista se hacía cada momento más violenta, despidióse y salió, acompañándola el clérigo hasta la puerta donde le dió el último adiós. Al volver á subir el señor Loreto la escalera de su casa, decía en alta voz:

—Vaya en paz la señora y no lleve cuidado que Correa deje de defenderla. Me parece que se entenderán vuestas mercedes pronto y bien.



LIV

La tertulia de S. E.

De las posiciones más codiciadas en la corte de Canarias, era sin disputa la de tertulios del General. Este alto honor procurábase por todos los medios posibles alegando méritos ya de cuna, ya de posición, ó ya del saber y la competencia. Dividíase la tertulia en dos cámaras, por decirlo así; la íntima, á que sólo pertenecían los escogidos, que duraba de 5 á 6 ó de 6 á 7 de la tarde, según las estaciones, y que después de tomar chocolate con S. E. pasaban tras de él como cortejo, del gabinete de su despacho, á la sala grande, y por lo tanto, á la tertulia general y pública que se verificaba en este espacioso lugar y duraba de 8 á 9 de la noche, á no ser que la *pita* se enredara ó por las muchas novedades que había que referir, ó por las discusiones que se entablaran.

La tarde en que examinamos la tertulia, era lluviosa y fría. Sólo habían concurrido á la íntima, el viejo D. Luis Parrado de Leon, Caballero noble y muy apreciado por su honradez y prudencia, el Padre Avendaño, Domingo, Lector en su orden y confesor de su S. E., el Capitán Vajido, su secretario particular Ayudante y ahijado, y el Beneficiado y Rector de los Remedios Lcdo. D. Juan Freire é Iglesias, Teólogo menos que mediano y legista de estam-pilla. Esto que de todos era conocido, no obstaba para que al buen Rector no se creyera un Séneca en toda ciencia

si no la acompañara de una violencia de carácter, unos modales incultos y sobre todo de un odio y rencor para con los que creía sus enemigos, que el desdichado no lo podía disimular ni poco ni mucho y le descubría la hilaza y lo abatanado del tejido.

A esta repulsión que inspiraba su carácter, uníasele un físico poco simpático: más bien alto que bajo de estatura, de facciones abultadas, gran calvicie y bello algo caído, que cuando la válvula de seguridad se lo abría por el hervor del coraje, castañeteábalo con tanta prisa que á menudo se lo hería. En fin, el ingente Beneficiado seguramente era una figura, cuya remembranza pasaría á la posteridad como en efecto ha pasado.

Lo más gracioso en esta figura que delineamos, era no tanto las cualidades que dejamos apuntadas, cuanto las candideces y niñerías con que las salpicaba. A pesar de que estas debilidades, algún malicioso más las achacaba á lo zote del señor que á flojeras de carácter.

En primer lugar, para tenerlo contento y sacar de él todo lo que se quería, bastaba adularlo; condición que explotaban á maravilla sus serviciales, y sobre todos ellos, los que hacían bailar al señor Freire en la nota que se les antojaba, eran ciertos dos sujetos: un infeliz y un peine. Llamado el primero *Maestro Aleznas* y el segundo *Vizconti*, porque si no era tuerto lo parecía. Los dos *puntos* citados eran para el bedoque del Beneficiado, de tanta inteligencia y saber que con su dictámen corroboraba sus juicios como si fueran unos santos Padres, ó sabios de la Grecia.

En la tarde en que nos encontramos, ó porque el tiempo estaba desapacible ó porque los males de S. E. iban en aumento, que era lo cierto, el General hallábase abatido, y a penas tomaba parte en la conversación que el señor Freire sostenía con el Padre Avendaño. Reparando en la tristeza del enfermo D. Luis Parrado, díjole:

—Parece, señor, que V. E. está desabrido de ánimo. ¿Acaso se siente peor?

—No, D. Luis, no; los males *ahí se andan*. Lo que me agobia y aburre es el gobierno y sus incumbencias enfadosas. Estoy resuelto á pedir á S. M. mi relevo por el primer barco que salga.

Al oír al General el Domínico y el Beneficiado pararon la conversación, y el segundo dijo:

—Señor, no quiera V. E. gravar su conciencia cometiéndolo ese pecado, máxime en las críticas circunstancias en que la Isla se encuentra de tanta hambre y miseria, que no sé que hubiera sido de los pobres, si Dios Nuestro Señor no nos hubiera deparado un San Juan limosnero en D. Juan de Mur. Aunque bien entiendo, que ya V. E. debe estar cansado de tanto dar.

—No, Beneficiado. El hambre no me agobia, ni lo que doy me quebranta; todavía queda y se dará si á Dios place. Lo que aflige es este constante intrigar de la gente principal que acaba con la paciencia de un santo, cuanto más con la de un pecador como yo.

—Pues, señor, buen remedio. A los intrigantes, palo duro y tente tieso, y ya verá V. E. como encalman.

—¡Oh, si eso valiera!.. Pero son tantos y de tal calidad—añadió el señor Mur,—que no puede uno... Y dirigiéndose á su secretario, díjole:

—Valido: levántate y tráeme la carta del señor Obispo que está sobre la papelera. Y en lo que el mandato se cumplía, dirigiéndose á los concurrentes, prosiguió diciendo:

—Cuando vuestras mercedes sepan lo que dice esa carta ya me dirán si tengo razón. Y como el secretario estuviera de vuelta con la carta en la mano, el general ordenóle la leyera en alta voz.

La carta no era otra, que la que el señor Conejero le escribiera desde Santa Cruz con D.^a Clara del Hoyo y que

ésta le había entregado en propia mano, según prometiera, al Obispo.

Cuando el Secretario acabó la lectura de la carta, el general mirando á sus tertulios, díjoles:

—¿Qué les parece á los señores? Por una parte unas damas nobles que piden reparación y por otra un título de Castilla, su propio hermano y tío acusado de una falta gravísima. De seguro que ellas afirmarán y él negará. Y si el General condena, se dirá que es fuerte déspota; y si absuelve que es por favor, por venalidad, ó que sé yo.

Como al Beneficiado todavía le escociera la oposición que el Vizconde le hiciera en la junta en que se acordó la expedición á San Borondón, no quiso perder la coyuntura que la buena suerte le deparaba de atizarle una andanada. Aunque había visto á D.^a Clara en aquella mañana y por ella sabía andaban de justicia los hermanos, nunca se creyó fuera por la causa que la carta ponía de manifiesto.

Así, pues, el Beneficiado púsose en pié y, encarándose con el fatigado general, arengóle en esta forma:

—Señor: mejor que yo conoce S. E. el grave cargo que pesa sobre sus hombros, pues no sólo S. M. le ha deputado para cuidar de la defensa de las Islas, si que también para cuidar de la moral de la república. El caso que le delata el Sr. Obispo es gravísimo á todas luces, con la agravante de que el que debió de dar el ejemplo, es la causa principal del bochorno en que necesariamente va á poner á un linaje ilustre y noble.

—Mire, señor, que Dios le pedirá cuenta y cuenta estrecha, si no favorece á las desvalidas; y mayor, si por contemplaciones lo dejase fugar. Creo el hecho positivo, por que si nó el Sr. Obispo no lo afirmara. Por tanto, debe S.E. asegurar al malvado en un castillo, con buena guardad. Y como si hubiera resuelto la cuestión, sentóse satisfecho, mirando atento al general; pero éste permaneció callado.

A los pocos minutos Parrado dijo: ¿Y vos D. Luis, qué decís sobre esto?

—Yo, señor, siento no opinar como el Sr. Beneficiado; pues creo no se debe condenar sin oír, y como el Sr. Obispo dice que se va á poner litis, veremos quien sale condenado. Y en cuanto á la fuga que se teme, me parece que basta con que el Vizconde prometa no hacerla; pues caballero como lo es, si dá su palabra la cumplirá.

Ya iba á replicar el Beneficiado, cuando un criado que estaba con una fuente de plata y en ella los pocillos del chocolate humeante, le cortó la palabra.

Sirvióles el mozo y luego que vió tomaron el agua, habló al general, diciendo:

—Mire S. E. que como la noche está fría y lluviosa ya hay gente en la sala esperando.

—Pues, vamos,—dijo el general.—Levantóse y apoyándose en el bastón y el brazo de su secretario, presentóse en la sala, siendo los que primero le saludaron, los Señores Vizconde, Castro y D. Gregorio de Herrera Leiva, los que en animada conversación departían junto al balcón.

Luego de instalados en su asiento el general y los tertulios de la íntima, el primero preguntó:

—¿Sepamos, D. Gregorio, de que se trataba?

—Pues de poca cosa señor.—repuso éste.—Decíales á los amigos que, ó yo me engañaba ó el *San Telmo* estaba á la vista; porque tal me pareció por la facha, un barco que veí desde la primer vuelta de la cuesta esta tardecita cuando subía de Sta. Cruz.

—¿Qué me dice vuesa merced?—replicó el general—¿será posible?

—Yo no lo aseguro, pero se me pareció,—contestó Herrera.

—Pero el general muy excitado dirigiéndose al secreta-

rio, ordenóle fuera á San Cristóbal, á ver si sabía alguna cosa de cualquier caminante que subiera á la ciudad.

Desde aquel punto, la conversación giró sobre mil conjeturas. El Beneficiado aseguraba el descubrimiento y con él todos los que entendían que opinando así halagaban al décrepito general. Los más callaban; pero el Vizconde, haciendo que miraba á unos pecesillos que daban vueltas dentro de una redoma, con el pié cucaba á Castro y se sonreía.

Al poco rato entró el Capitán Valido dando la noticia, de que en Sta. Cruz se tocaban las campanas y la gente corría al puerto, diciendo que ya estaba á la vista el barco que fué á buscar la tierra encantada; pero que—añadía el capitán—el arriero que le dió la noticia no le había podido dar más pormenores, porque estando cerca de la salida y con las bestias cargadas no se pudo detener.

Con esto ya no quedó duda de que á aquella hora los expedicionarios ya estaban seguramente en tierra y como se esperaba el aviso, la impaciencia crecía por momentos en los concurrentes, y más en el general, porque en ello le iba la honra, según decía.

Algunos de la tertulia no pudiendo tener paciencia, fuéronse á la calle por parecerles sabrían más pronto la noticia, y como esta se divulgara por la ciudad, vióse ir llegando á la tertulia hasta las personas que rara vez concurrían á ella; tal era la preocupación en que los traía envueltos San Borondón y sus encantos.

Ya se desesperaba el general al saber iban á sonar las nueve de la noche, cuando por la esquina de las salas del Cabildo dejóse oír el galope de caballos sobre los gijes del empedrado y que al poco rato paraban frente al portal del palacio.

La ansiedad del anciano Jefe era grande, como la de to-

dos los concurrentes que á una habían fijado la vista en la puerta de entrada.

Efectivamente, á los cortos momentos entraban por ella el capitán D. Juan Francisco de Medina jefe de la famosa expedición, su segundo el capitán D. Gaspar Domínguez y los P. P. Fr. Francisco del Cristo y Fr. Pedro Conde, Franciscano, que habían ido en calida de capellanes.

Como era regular, dirigiéronse primero que nada á saludar al Jefe, el que no podía andar por la hinchazón de sus piernas; y después de los cumplidos, el Capitán jefe de la expedición del descubrimiento tomando la palabra dijo en alta voz:

Señor: no ha querido el cielo premiar los desvelos de S. E., por el mejor servicio del Rey nuestro Señor; pero no todo se ha perdido, antes al contrario, en mi sentir se ha ganado mucho en pro del real servicio; pues con esta expedición se ha acrisolado el amor de los buenos al soberano: se ha dejado á la posteridad, grandes ejemplos y se ha prevenido toda ruina al real erario, puesto que ya no habrá ocasión de hacer más dispendios. — Cuando el orador llegó á este punto, los concurrentes abrieron la boca y todos se hicieron oídos, y el que menos se figuró que si no habían descubierto á San Borondón, con seguridad el hallazgo sería cosa mejor. Pero Francisco de Medina después de escupir y toser un poco, continuó diciendo: Por cuanto está ya demostrado que ni hay ni ha habido tal tierra encantada, ni más San Borondón que la sombra de una de las Islas que el Sol proyecta.

Al oír esto el Sr. Freire no pudiendo ya sostener la válvula de retenida, dijo casi á gritos:

— ¡Eso, no puede ser!....

El orador al sentirse interrumpido, sólo se dignó dirigir el interpelante una mirada despreciativa y continuó diciendo.

—Esta observación se debe Señor, al Padre Conde, pues dos días seguimos todos ciegos á vela tendida, á la maldita tierra que corría delante de nosotros. Siempre, á la misma distancia, hasta que el segundo día habiéndose interpuesto entre el sol y la popa del barco una nube, la tierra desapareció por encanto y el horizonte se dejó ver limpio y diáfano, tanto que bien se podía percibir un mosquito.

Esta comprobación la repetimos por tres días seguidos, y al fin nos convencimos de que eran ciertas las observaciones del Padre. Y después de cruzar el mar en todas direcciones, decidimos retornar, como lo hemos hecho, si no descubridores de San Borondón, que esto no puede ser, por lo menos descubridores de la verdad, que en mi concepto vale tanto ó más para el servicio del Rey nuestro Señor.

Ni el estallar de una bombarda hubiera dejado más callada a la concurrencia, ni más impresionado al enfermo General, que levantándose dijo:

—Estoy contento de su servicio, D. Juan. Ya hablaremos con más detención otro día: por esta noche perdone que no le acompañe por más tiempo. Estoy muy fatigado. Ahí quedan los señores que pueden seguir complaciendo á Vd. Y se retiró á su alcoba, donde tomó el lecho muy contrariado y abatido.

Con el General fuéronse también los respetos. Formáronse corros, en los que las distintas opiniones se comentaban con más ó menos calor, según el temperamento de los que los formaban.

Al Vizconde que había querido levantarse del asiento que ocupara, rodeáronle los jóvenes en tanto que su amigo Castro manifestaba:

—Amigo, Vizconde: V. S. fué de los pocos que dieron en el clavo.

El Vizconde que vió al Beneficiado que cerca de él en

voz baja hablaba entusiasmado con el P. Avendaño, haciéndose como que no le veía, respondiéndole en voz alta:

—No, amigo Castro, yo no di en el clavo. Así, pues, no tengo porque alegrarme, antes al contrario, tengo motivos para estar triste.

—Pues no lo entiendo—le repuso Nava.—¿V. S. no fué el que manifestó que no creía en tierras encantadas?

—Si, Señor; sí.

—¿Por qué entonces esa causa de tristeza?

—¡Válgame Dios! ¡Cuándo me entenderán los amigos, ó cuando me explicaré yo! Estoy para llorar. La emoción me embarga el ánimo, solamente en pensar que ya Catalina de San Mateo no tiene tierra en que pasearse.

Decir esto el Vizconde, romper á reír los que le acompañaban y levantarse trémulo y airado el Beneficiado y encarsarse con el Vizconde, todo fué uno.

—¡Sr. Marqués de San Andres y Vizconde de Buen-paso!—vociferó el Beneficiado.—De mí no se ha de reír Vd.; pues hasta la fecha no he sido demandado por bellaco, ni por inculto. Al querer contestar á este reproche el Vizconde, el Beneficiado que lo observó, dió media vuelta y salió de la tertulia y del palacio.

No le supo bien al Vizconde la pulla del Clérigo; y no dándose por aludido salió de la tertulia con los otros caballeros y fuese á su casa algo preocupado.



LV

El Licenciado D. Hipólito Correa

Alto, grueso, nariz aguileña, ojos verde-claro, boca proporcionada, voz dulce y de sueltos tonos; magestuoso en el andar, cabeza erguida, adornada con una peluca empolvada con esmero y tres bucles por banda; pulcro en el vestido que, negro y de severo corte, denunciaba á la legua al hombre de ley. Tal era el empaque del Licenciado D. Hipólito Correa. Dicho señor tenía su bufete en la Plaza de la Concepción, en la casa que decían del *Traspaso*.

No correspondía la fama del Abogado con su apostura y talle. El público tenía lo por mal leguleyo. Tanto que una mañana de S. Juan algún chusco colgóle de la puerta un guijarro; y afirmábase que su dulzura, al incauto que la probaba, convertíase en rejalgar. Decíase además, que lo mismo servía para un fregado que para un barrido. En fin, el apuesto Licenciado, es lo cierto que si no tenía el provecho por lo menos la fama de que picardía que se perdiera y se encontrara en su bufete no había quien se la quitara.

A este personaja, pues, encaminóse D.^a Clara con su negocio, por la recomendación del Sr. Freire, y según auguró el Licenciado Loreto, no sólo se entendieron pronto y

bien, si no que ella se hacia lenguas de la amabilidad y finura de su abogado, pues este —según decía—pusóse escualido y macilento de la pena y dolor que sentía por los sufrimientos de las dos damas; aunque este dolor y pena, tuvo que compartirlo con Borromeo Pavero el procurador, que en esto de afligirse y acongojarse por las cuitas de los clientes no había curial que le pusiera el pie delante.

El abogado dióse prisa: formuló el escrito de demanda con todas las ponderaciones de sufecundo ingenio, y él mismo en persona, con Borromeo á la zaga, bajó a Sta. Cruz y presentólo al Obispo, pidiéndole por un *otro si*, tuviese á bien nombrar juez Ecco. letrado en comisión para el asunto.

El Sr. Conejero, como D.^a Clara, quedóse prendado de D. Hipólito: y aunque alguna especie había llegado á sus oídos sobre la fama del sujeto, borrósele por completo con oír de su boca melosa la gran veneración que á su persona tenía, no tanto por ser su Obispo y Pastor, cuanto por la competencia jurídica que le reconocía.

Así, pues, la conferencia fué cordialísima; hasta el punto de que el Prelado, como por vía de información, preguntóle:

—Dígame, D. Hipólito: ¿cuántos son los Eccos. juristas que tiene la ciudad?

El preguntado no pudo disimular la alegría de esta pregunta; pero recapacitando para desorientar al Obispo, díjole:

—Pues son varios, Itmo. Sr.; pero tres están fuera de este combate: Jacinto Loreto porque ha dado dictamen, D. Pedro Cairós porque está muy viejo, y Ocampo y Guerra porque está actualmente enfermo. Quedan el Sr. Freire, hombre de mucho carácter y Lenar, que es bueno, si bien algo joven.

—Está bien. Ya proveeremos, díjole el Obispo. Y poniéndole el anillo para que lo besara, despidiólo.

Dióse prisa el abogado en hacer viaje á la ciudad, tanto para dar cuenta á su clienta de lo ocurrido, cuanto para comunicarle las albricias al Sr. Freire. Cual no sería su asombro al encontrarse que si bien á los dos días de su viaje el Obispo había dado la comisión pedida, no fué á favor de Freire, sino de D. José de Ocampo y Guerra, Beneficiado de la Parroquial de la Concepción, hombre de carácter templado y bien reputado entre la generalidad de las gentes.

Este contratiempo no dejó de irritar á D.^a Clara. Al fin, consolose, por que vió, que si perdía un juez decidido, ganaba en el refuerzo de la defensa; pues Freire en la sombra y Correa en la luz, si no formaban un sólo perfecto, por lo menos afinarían la puntería.

A los dos días el Vizconde se encontró con el emplazamiento que se le hacía por el Sr. Ocampo, para que se personara en la demanda de cumplimiento de exponsales, á que le compelia su hermana D.^a Clara del Hoyo, como tutora y curadora de su hija D.^a Otilia. Y como el hecho era público, fué un nuevo aliciente de las Asambleas ó tertulias y un nuevo motivo de divisiones y pareceres; pues unos tomaron la defensa de las demandantes y otros las del demandado.

Dejemos seguir al litigio sus procedimientos enfadosos y en el que por ambas partes se hicieron prodigios de argucias y sutilezas y asistamos á otros acontecimientos en que el Vizconde tomó parte y á D.^a Clara le sirvieron á su intento.



LVI

Como se enterraba á un General en Tenerife en 1722.

A proporción que el año de 1722 iba creciendo en días, la enfermedad que hacía tiempo aquejaba á D. Juan de Mur y Aguirre iba también en aumento, llegando su desdicha á tanto, que en fines de Febrero ya no podía tomar la cama, teniendo el infeliz que permanecer dia y noche envuelto en mantas y sentado en un sillón.

Y conociendo que su fin se le acercaba más pronto de lo que se creyera, preparóse á recibir la muerte con la resignación de cristiano y con el valor de militar aguerrido.

Al efecto, el general llamó al P. Avendaño su confesor y, en dolorosa confesión, redimió su larga vida de las miserias humanas. Hecho esto, hizo venir al escribano mayor de Cabildo y otorgó su testamento, documento que publicaba además de su fé, su amor al soberano y su liberalidad para con los pobres; pues no bastándole el haberlos redimido de la muerte cuando la epidemia y el hambre afligieron las Islas, repartiendo con ellos de su propio caudal más de 30.000 pesos, si no que en su muerte les legó casi el total de su fortuna.

Y creyendo que como autoridad primera de la Provin-

cia, aún no había cumplido dando todo el ejemplo, que debía, quiso se le administraran los últimos sacramentos con gran solemnidad.

Sabido el piadoso deseo del enfermo, el Obispo que invernaba en Santa Cruz, subió á la Laguna el día 10 de Marzo y por la tarde en solemnisima procesión á la que concurrió toda la gente de iglesia y mucho pueblo, desde el templo de Remedios en cuya jurisdicción está el palacio, llevóle el SSmo. Viático, administrándosele por sí, igualmente que el sacramento de la Extrema Unción que con fervor pedía el enfermo.

Aunque estos actos de la fé Católica siempre son imponentes, la serenidad del enfermo, su humildad en pedir perdón á los pueblos que había gobernado en las personas de los concurrentes,—y sobre todo el acto de rendir el mando entregando el bastón de la Comandancia al Corregidor y Capitán á Guerra, D. Jayme Gerónimo de Villanueva—dió á dicho acto tal carácter de solemnidad, que por mucho tiempo duró su memoria.

Después de cumplido este deber, los cinco días más que vivió D. Juan de Mur, bien se puede decir que los pasó en lenta y dolorosa agonía, exacerbada á ratos por el terror que infundía en su ánimo el recuerdo de los infelices que en miserable horca habían dado la vida por la muerte del intendente D. Juan Antonio Ceballos, cuya silueta también veía en sus terrores. Al fin, el 15 de Marzo con el último aliento, dejó de padecer acá en la tierra, entregando su alma á Dios el ilustre general.

A los pocos minutos de ocurrido el fallecimiento, los clarineros, las cajas y pífanos en la ciudad, y los cañoneros del Castillo de San Cristóbal en el Puerto de Sta. Cruz, anunciaban á los pueblos, que la Capitanía General estaba vacante y que el Corregidor había asumido el mando de las armas.

La ciudad, los cortesanos y las gentes de los pueblos comarcanos quisieron honrar la muerte del General de un modo inusitado. Deseaban dignificar la memoria del hombre que, si bien con dádivas encubrió sus faltas, con estas mismas dádivas les alivió la triste situación que la fortuna les deparaba.

El Obispo ofició en los funerales. Y á la conducción del cadáver desde la parroquial de los Remedios á la iglesia de los Dominicos, donde se había mandado á enterrar el cadáver, fué tanta la concurrencia de gente, que apenas el cortejo fúnebre compuesto de toda la cleresía y regimientos de las milicias, se podía hacer camino por medio de la apiñada multitud que de los pueblos había venido, la que pedía á voces pararan el féretro para ver por última vez al que aclamaban padre de los pobres.

Quizás en estos honores extraordinarios que la ciudad tributaba al cadáver de este ilustre General, presagiaba serían los últimos que á estas autoridades haría; pues como hemos visto, con la muerte de D. Juan de Mur y Aguirre, la que fué capital de Tenerife perdió ser el asiento de la silla de la comandancia, honor de que venía disfrutando desde 1638.



FIN DEL PRIMER TOMO.

